

-¡Ah! ¡Los criados de la marquesa Raversi! -exclamó el postillón- los aguardamos, y si la señora quisiera, pronto estarían exterminados.

-Algún día; pero guardaos de hacer nada sin órdenes mías.

La duquesa quería enviar a Fabricio una copia de la carta del príncipe; no pudo resistir al placer de divertirle, y quiso añadir palabras contando la escena en la cámara regia; esas dos palabras se convirtieron en una carta de diez páginas. Mandó llamar al postillón.

-No puedes salir hasta las cuatro, cuando abran las puertas de la ciudad dijo ella.

-Pensaba salir por la alcantarilla grande; tendría agua hasta la barba, pero pasaría.

-No -dijo la duquesa-, no quiero exponer a uno de mis más fieles servidores a que coja las fiebres. ¿Conoces tú a alguien en casa de monseñor Landriani, el arzobispo?

-El segundo cochero es amigo mío.

-Aquí tienes una carta para ese santo prelado; entra sin ruido en su palacio, haz que te lleven al cuarto del ayuda de cámara; no quiero que despierten a monseñor. Si ya está encerrado en su cuarto, pasarás la noche en el palacio, y como tiene la costumbre de levantarse antes de ser de día, hazte anunciar de mi parte mañana por la mañana a las cuatro, pídele su bendición, entrégala este paquete y toma las cartas que quizá te dé para Bolonia.

La duquesa mandaba al arzobispo el original de la carta de príncipe. Como esta carta se refería a su primer vicario general le rogaba que la guardara en los archivos de arzobis-

pado, en donde esperaba que los señores vicarios y canónigos tomarían conocimiento de ella. Todo esto, con la condición del secreto más profundo.

La duquesa escribía a monseñor Landriani con una familiaridad que había de encantar a este buen burgués; pero en cambio la firma sola llenaba dos líneas. La carta, muy amistosa, terminaba con estas palabras: Angelina Cornelia I-sota Valserra del Dongo, duquesa Sanseverina.

Nunca he firmado tan largo, se dijo la duquesa, riéndose, desde mi contrato matrimonial con el pobre duque; pero a esa gente se la maneja así, y para los burgueses la caricatura es belleza. No pude terminar la velada sin ceder a la tentación de escribir una carta d, burla al pobre conde. Le anunciaba oficialmente, para su gobierno decía, en sus relaciones con las testas coronadas, que no se sentí; capaz de divertir a un ministro destituido. "El príncipe le tiene ; usted amedrentado; cuando ya no pueda usted verlo, ¿me tocará ; mí amedrentarle a usted?" Hizo llevar esta carta en seguida.

Por su parte, el príncipe mandó llamar al día siguiente, a la siete de la mañana, al conde Zurla, ministro de Gobernación. "Hay que volver a dar, dijo, las más severas órdenes a todos los podestá para que detengan al llamado Fabricio del Dongo. Se nos anuncie que acaso se atreva a presentarse en nuestros Estados. Este fugitivo se halla en Bolonia, donde parece burlarse de nuestros tribunal de justicia. Pónganse esbirros que le conozcan personalmente: en todas las aldeas del camino de Bolonia a Parma; en los alrededores del castillo de la duquesa de Sanseverina, en Sacca, y de su casa de Castelново; alrededor del castillo del conde Mosca Espero

de su gran prudencia, señor conde, que sabrá sustraer el conocimiento de estas órdenes del soberano a la penetración del conde Mosca. Sepa usted que quiero que se detenga al llamado Fabricio del Dongo.”

En cuanto este ministro hubo salido, una puerta secreta dio entrada al fiscal general Rassi, que se adelantó doblando la cintura cada paso. La cara de este bribón era digna de ser pintada; correspondía perfectamente a la infamia de su papel, y mientras que los movimientos rápidos y desordenados de sus ojos delataban e: conocimiento que tenía de sus propios méritos, la seguridad arrogante y gesticulante de su boca mostraba que sabía luchar contra el desprecio.

Como este personaje va a tener bastante influencia sobre el destino de Fabricio, vamos a decir algo acerca de él. Era alto, tenía hermosos ojos muy inteligentes, pero la cara estropeada por la viruela. Tenla, talento y mucho, y de lo más fino. Concedíasele un conocimiento perfecto de la ciencia jurídica; pero brillaba sobretodo por un ingenio fecundo en recursos. Cualquiera que fuese el giro que tomara un asunto, sabía encontrar en un momento la manera, bien fundada en Derecho, de conseguir una condena o un fallo absolutorio. Era, ante todo, el rey de las astucias leguleyescas.

Este hombre, que poderosos monarcas habrían envidiado al príncipe de Parma, no tenía más que una pasión: estar en intimo trato con grandes personajes y agradarles con sus bufonadas. Poco le importaba que el hombre poderoso se riese de lo que decía, o de su persona, o le diese bromas intolerables acerca de la señora Rassi; con tal de verlo alegre y tratarlo con familiaridad, estaba contento. A veces el prínci-

pe, no sabiendo ya cómo abusar de la dignidad de este juez supremo, le lanzaba unos cuantos puntapiés; si los puntapiés le hacían daño, Rassi se echaba a llorar. Pero el instinto de bufón era en él tan poderoso, que se le veía a diario preferir el salón de un ministro que se burlaba de él, que su propio salón en donde reinaba, como un déspota, sobre todos los togados de la nación. Rassi se había colocado, sobre todo, una situación excepcional: era imposible al noble más insolente conseguir humillarle. Su modo de vengarse de las injurias que le decían a diario, era contárselas al príncipe a quien, por especial privilegio, podía decirlo todo. Cierto es que a veces la respuesta era un bofetón bien dado, que le dolía; pero no por eso se alteraba en lo más mínimo. La presencia de su juez supremo distraía al príncipe en sus ratos de mal humor, y entonces se entretenía en ultrajarle. Se ve, pues, que Rassi era poco más o menos el cortesano perfecto: sin pundonor y sin mal humor.

-Necesito discreción, ante todo -le gritó el príncipe sin saludarle y tratándole enteramente como a un faquino, él, que tan cortés era con todo el mundo-. ¿Qué fecha tiene la sentencia?

-Alteza Serenísima, la de ayer por la mañana.

-¿Cuántos jueces la han firmado?

-Los cinco.

-¿Qué pena?

-Veinte años de fortaleza; lo que me había dicho Vuestra Alteza Serenísima.

-La pena de muerte hubiera parecido mal dijo el príncipe hablando consigo mismo-. ¡Es lástima! ¡Qué efecto habría

producido sobre esa mujer! Pero se llama del Dongo, y este nombre es reverenciado en Parma a causa de los tres arzobispos. ¿Decís que veinte años de fortaleza?

-Sí, Alteza Serenísima -respondió el fiscal Rassi, de pie y doblada la cintura-. Primero excusas públicas ante el retrato de Vuestra Alteza Serenísima, luego prisión con ayuno de pan y agua todos los viernes y las vísperas de las principales fiestas, por ser el sujeto de notoria impiedad. Esto para el porvenir y para quebrar en flor su fortuna futura.

-Escribid -dijo el príncipe-: "Su Alteza Serenísima, habiéndose dignado escuchar bondadosamente las muy humildes súplicas de la marquesa del Dongo, madre del culpable, y de la duquesa Sanseverina, su tía, las cuales han manifestado que en la época del crimen, su hijo y sobrino era muy joven y además estaba obcecado por una pasión loca que sentía hacia la mujer del desgraciado Giletti, ha tenido a bien conmutar la pena a que ha sido condenado Fabricio del Dongo, por la de doce años de fortaleza."

El príncipe firmó y fechó con fecha del día anterior; luego devolviendo la sentencia a Rassi, le dijo:

-Escribid debajo de mi firma: "Habiéndose la duquesa Sanseverina prosternado de rodillas ante Su Alteza, el príncipe ha permitido que todos los jueves el culpable tenga una hora de paseo por la plataforma de la torre cuadrada llamada vulgarmente Torre Farnesio."

-Firme eso -dijo el príncipe-, y sobre todo silencio, sea lo que fuera lo que oiga decir más tarde. Al consejero Del Capitán, que ha votado por dos años de fortaleza y hasta ha perorado en favor de esta unión ridícula, dígame que le acon-

sejo vuelva a leer las leyes y los reglamentos. Y chitón. Buenas tardes.

El fiscal Rassi hizo muy lentamente tres profundas reverencias; el príncipe ni siquiera le miró.

Esto ocurría a las siete de la mañana. Algunas horas después la noticia del destierro de la Raversi corría por la ciudad y por los cafés. Todo el mundo hablaba de este gran acontecimiento. El destierro de la marquesa libró a Parma, por algunos días, del aburrimiento, ese implacable enemigo de las pequeñas ciudades y de las pequeñas cortes. El general Fabio Conti, que ya se consideraba ministro, pretextó un ataque de gota y no salió de la fortaleza en varios días. La burguesía y el pueblo sacaron de todo lo que sucedía la conclusión de que estaba claro que el príncipe había resuelto dar al arzobispado de Parma a monsignore del Dongo. Los políticos de café llegaron a afirmar que al arzobispo actual, el padre Landriani, le habían aconsejado que fingiera una enfermedad y presentara su dimisión; se le concedía una gran pensión sobre el arriendo del tabaco; había seguridad de ello. Este rumor llegó hasta el arzobispo, quien se alarmó mucho y por unos días contuvo su celo en favor de nuestro héroe. Dos meses después, leíase en los diarios de París la noticia ligeramente alterada: era el conde Mosca, sobrino de la duquesa Sanseverina, el que iba a ser nombrado arzobispo.

La marquesa Raversi estaba furibunda en su castillo de Felleja. No era una mujercilla de esas que creen vengarse bastante de sus enemigos, injuriándolos. Al día siguiente de su destierro, el caballero Riscara y otros tres de sus amigos presentáronse, por orden suya, al príncipe y le pidieron per-

miso para ir a verla a su castillo. Su Alteza los recibió amabilísimo, y cuando llegaron a Velleja sintió la marquesa un gran consuelo. Antes de terminar la segunda semana de su destierro, había en el castillo más de treinta personas, todas las que en un ministerio liberal habrían ocupado los puestos. Todas las noches la marquesa celebraba Consejo con los mejor informados de sus amigos. Un día, había recibido muchas cartas de Parma y de Florencia, y se retiró muy temprano a sus habitaciones. La doncella introdujo primero al amante, el conde Baldi, joven de admirable figura, pero muy insignificante; luego entró el caballero Riscara, su predecesor; este era un hombrecillo negro, tanto en lo físico como en lo moral, que empezó siendo profesor de geometría en el Colegio de Nobles de Parma, y era ahora consejero de Estado y caballero de varias Ordenes.

-Tengo la buena costumbre -dijo la marquesa a los dos hombres-, de poder destruir nunca los papeles y las cartas que recibo; suelen serme de gran provecho. He aquí nueve cartas que la Sanseverina me ha escrito en distintas ocasiones. Vais a partir para Génova los dos, vais a buscar entre los condenados a galeras a un antiguo notario llamado Burati, como el gran poeta veneciano, o quizá Durati. Conde, siéntese en mi escritorio y escriba lo que voy a dictarle: "Se me ocurre una idea y te escribo dos palabras. Voy a mi cabaña de Castelnuovo; si quieres venir a pasar doce horas conmigo, seré muy feliz, no hay, creo yo, gran peligro, después de lo ocurrido; las nubes se alejan. Sin embargo, detente antes de llegar a Castelnuovo; en el camino encontrarás a uno de mis criados: todos re adoran. Conservarás, claro está, el nombre

de Bossi para este viajecito. Dicen que tienes barba como el más admirable capuchino, y en Parma nadie te conoce otra cara que la muy respetable de vicario general. ¿Comprendes, Riscara?

-Perfectamente; pero el viaje a Génova es un lujo inútil. Conozco en Parma a uno que si aún no está en galeras, no le falta mucho. Imitará admirablemente la letra de la Sanseverina.

Al oír esto, el conde Baldi abrió enormemente sus hermosos ojos; por fin había comprendido.

-Si conoces a ese digno personaje de Parma, para quien esperas un ascenso -dijo la marquesa a Riscara-, es que él también conoce a ti. Su querida, su confesor, su amigo pueden estar vendidos a la Sanseverina. Prefiero diferir la broma por algunos días y no exponerme a una casualidad desfavorable. Marchaos dentro dos horas, como inocentes corderos, no veais a nadie en Génova y volved pronto.

El caballero Riscara salió riendo y hablando gangoso, con Polichinela: Hay que preparar los baúles, decía, brincando con un bufón. Quería dejar a Baldi ;solo con la dama. Cinco días después, volvieron Riscara y Baldi; éste venía molido, pues para acortar seis leguas habían tenido que atravesar una montaña subidos en mulos. Juraba y perjuraba que no volvería a meterse en hacer largos viajes. Baldi entregó a la marquesa tres ejemplares de la carta que le había dictado y cinco o seis cartas más, de la misma letra, compuestas por Riscara, y de las que acaso pudiera sacarse provecho más adelante. Una de esas cartas contenía delicadas bromas sobre el miedo que el príncipe sentía de noche y sobre la deplora-

ble delgadez de la marquesa Baldi, su querida, la cual, decía la carta, deja sobre los cojines donde se sienta, la diminuta huella un pellizco. Hubiérase jurado que todas esas cartas estaban escrito por la señora Sanseverina.

-Ahora ya sé, sin duda alguna -dijo la marquesa-, que amigo querido, el Fabricio, está en Bolonia o en sus alrededores.

-¡Estoy demasiado enfermo! -exclamó el conde Baldi interrumpiéndole-. Pido la merced de que se me dispense de este nuevo viaje, o al menos de que se me concedan unos días de descanso para reponer mi salud.

-Voy a salir en defensa de usted dijo Riscara. Se levantó habló bajo con la marquesa.

-Bueno, consiento en ello -respondió ésta sonriendo-. Cállese; usted no partirá dijo la marquesa a Baldi con aire desdeñoso.

-Gracias -exclamó éste con un suspiro que salía del corazón.

En efecto, Riscara se metió solo en la silla de posta. No hay dos días que estaba en Bolonia, cuando vio en una calesa a Fabricio con la pequeña Marietta. ¡Demonio!, pensó, parece que nuestro futuro arzobispo no se aburre; habrá que enterar de esto a la duquesa, que se alegrará mucho. Riscara no tuvo más trabajo que seguir a Fabricio, para saber su posada. Al día siguiente éste recibió por un correo la carta fabricada en Génova. La encontró algo corta, pero nada sospechó. La idea de volver a ver a la duquesa y al conde le volvió loco de alegría, y a pesar de las objeciones de Ludovico, tomó un caballo de posta y partió a galope. Sin sospe-

charlo iba seguido a poca distancia por el caballero Riscara, quien al llegar a seis leguas de Parma, en la primera posta antes de llegar a Castelnovo, tuvo el placer de ver un grupo en la plaza, delante de la cárcel del lugar. Dos esbirros elegidos y envía, dos por el conde Zurla acababan de reconocer a nuestro héroe cuando cambiaba de caballo.

Los ojillos del caballero Riscara brillaron de alegría; comprobó minuciosamente todo lo que acababa de ocurrir en la pequeña aldea y envió un correo a la marquesa Raversi. Hecho esto, se puso a pasear por las calles, fue a ver la iglesia, muy curiosa, y luego a buscar un cuadro de Parmesano que le habían dicho que había por allí; encontró por fin al podestá, quien se apresuró a presentar sus respetos al consejero de Estado. Riscara fingió sorprenderse de que el podestá no hubiese enviado en seguida a la fortaleza de Parma al conspirador que había tenido la fortuna de detener.

-Podría temerse -añadió Riscara con mucha frialdad-, que sus numerosos amigos, que le buscaban anteayer para ayudarle a atravesar los Estados de Su Alteza Serenísima, tengan un encuentro con los guardias; esos rebeldes son, por lo menos, diez o doce y van a caballo.

-Intelligenti panca -exclamó el podestá guiñando el ojo astutamente.

XV

Dos horas después el pobre Fabricio, esposado y atado por una larga cadena a la sediola misma en donde la habían instalado; salía para la fortaleza de Parma con una escolta de ocho guardias. Estos tenían orden de ir recogiendo a todos los compañeros que encontraran a su paso por las aldeas. El podestá mismo acompañaba a tan importante preso. Hacia las siete y media, la sediola, seguida por todos los pilluelos de Parma y escoltada por treinta guardias, atravesó el hermoso paseo, delante del palacete donde vivió la Fausta, y se presentó ante la puerta exterior de la fortaleza en el momento en que el general Fabio Conti y su hija iban a salir. El coche del gobernador se detuvo antes de llegar al puente levadizo, para dejar paso a la sediola en donde venía atado Fabricio. El general gritó en seguida que cerrasen las puertas de la fortaleza, y se apresuró a bajar a, la oficina de entrada para ver de qué se trataba. No quedó poco sorprendido al conocer al preso, que venía entumecido por el camino tan largo que había hecho, atado a la sediola. Cuatro guardias lo habían

cogido por el cuerpo y lo llevaban a la oficina. Tengo, pues, en mi poder, pensó el vanidoso gobernador, a ese famoso Fabricio del Dongo, ese joven que, desde hace un año, parece ser el único objeto de la conversación, en la buena sociedad de Parma.

Veinte veces el general lo había visto en la corte, en casa de la duquesa y en otros sitios; pero se guardó muy bien de demostrar que lo conocía. Tenía miedo de las malas consecuencias que esto pudiera acarrearle.

-Que se levante acta muy detallada -dijo al empleado de la prisión- de la entrega que me hace del preso el digno podestá de Castelnovo.

Barbone, el empleado, personaje terrible por el volumen de su barba y por su aspecto marcial, se incorporó con un ademán de gravedad, dándose más importancia que nunca. Hubiérase dicho t; carcelero alemán. Creía saber que la duquesa Sanseverina era que principalmente había impedido que su amo, el gobernador i la fortaleza, consiguiera llegar al Ministerio; fue, pues, de una solencia extraordinaria con el preso. Dirigíale la palabra llamó dole voi, que en Italia es el modo de hablar a los criados.

-Soy prelado de la Santa Iglesia de Roma -dijo Fabricio con firmeza- y vicario general de esta diócesis; mi nacimiento solo n hace acreedor a más consideraciones.

-Yo no sé nada de eso -replicó el empleado con impertinencia-. Enseñe usted las credenciales que demuestran que tiene derecho a esos títulos muy respetables.

Fabricio no tenía credenciales y no contestó. El general Fabio Conti, de pie al lado del empleado, mirábalo escribir

sin alzar la vista sobre el preso, para no tener que decir que era realmente Fabricio del Dongo.

De pronto Clelia Conti, que esperaba en el coche, oyó un ruído terrible en el cuerpo de guardia. El empleado Barbone, haciendo una descripción insolente y muy larga de la persona del preso, había ordenado que desabrochara sus vestidos a fin de poder coa probar el número y el estado de los arañazos recibidos en el combate con Giletti.

-No puedo -dijo Fabricio con amarga sonrisa-; no me hallo en estado de obedecer a las órdenes del señor, porque las esposas me lo impiden.

-¡Cómo! -exclamó el general fingiendo extrañeza-, ¿el preso tiene las esposas puestas?, ¿dentro de la fortaleza? Esto es antirreglamentario; hace falta una orden especial. Quitadle las esposas.

Los guardias le quitaron las esposas. Acababan de saber que Fabricio era sobrino de la duquesa Sanseverina, y se apresuraron tratarle con una melosa cortesía que contrastaba con la grosería del empleado; éste pareció picarse por ello y dijo a Fabricio, que permanecía inmóvil.

-Vamos, vamos, aprisa, enséñenos los arañazos que recibió del pobre Giletti, cuando lo asesinó usted.

Fabricio dio un salto y cayó sobre el empleado, dándole tal bofetada, que Barbone vino con su silla al suelo sobre las piernas d general. Los guardias cogieron por los brazos a Fabricio, que ; guía inmóvil. El mismo general y dos guardias que estaban a lado se apresuraron a levantar al empleado, cuyo rostro estaba lleno de sangre. Dos agentes situados más allá fueron corriendo a cerrar la puerta de la oficina, creyen-

do que el preso intentaba evadir. El brigada que los mandaba pensó que el joven del Dongo no podía intentar en serio la fuga, puesto que estaba dentro de la fortaleza, sin embargo, se acercó a la ventana, para impedir el desorden, por instinto de guardián. Frente a esta ventana abierta, a dos pasos d' ella, estaba parado el coche del general. Clelia se había acurrucaban el fondo, para no ser testigo de la triste escena que ocurría en la oficina. Al oír el ruido miró.

-¿Qué pasa? dijo al brigada.

-Señorita, es el joven Fabricio del Dongo, que acaba de una buena bofetada al insolente Barbone.

-¡Cómo! ¿El señor del Dongo es el preso?

-Sin duda -dijo el brigada-. El alto abolengo de este pobre joven es la causa de que se hagan con él tantas ceremonias; yo creía que la señorita lo sabía.

Clelia ya no se apartó de la portezuela. Cuando los guardia que rodeaban la mesa se retiraban un poco, podía ver al preso ¿Quién me hubiera dicho, pensó, cuando lo encontré en el camino del lago de Como... que lo volvería a ver por vez primera en tac triste situación? Me dio la mano para subir a la carroza de su madre Ya estaba con la duquesa. ¿Habían empezado ya entonces sus amores?

Ha de saber el lector que en el partido liberal, dirigido por la marquesa Raversi y el general Conti, se afectaba no poner en duda la relación amorosa que se decía existir entre Fabricio y la duquesa. El aborrecido conde Mosca era objeto de infinitas burlas.

¡Así, pues, pensó Clelia, ya está preso y en manos de sus enemigos! Porque en el fondo, el conde Mosca, aunque sea un ángel, estará encantado de esta captura.

Una carcajada general sonó en el cuerpo de guardia.

-Jacobó -dijo Clelia al brigada, con voz conmovida-, ¿que pasa?

-El general ha preguntado con energía al preso por qué había golpeado a Barbone, y monsignore Fabricio ha contestado fríamente: me ha llamado asesino, que enseñe las credenciales que le autorizan a darme ese título. Todos se han echado a reír.

Un carcelero que sabía escribir reemplazó a Barbone. Clelia vio salir a este hombre, limpiándose con su pañuelo la sangre que manaba abundante de su horrible rostro. Juraba como un demonio.

-Ese c... de Fabricio -decía en voz muy alta-, morirá a mis manos. Reemplazaré al verdugo , etcétera, etc. Se había detenida entre la ventana de la oficina y el coche del general, para mira a Fabricio. Las blasfemias iban en aumento.

-Largo de aquí -le dijo el brigada-, no se puede hablar delante de la señorita.

Barbone alzó la cabeza para mirar al coche y sus ojos encontraron a los de Clelia, quien lanzó un grito de horror; nunca ha visto de cerca una expresión tan atroz en la cara. ¡Matará a Facio!, pensó. Voy a avisar a don César. Don César era su tío, uno de los sacerdotes más respetables de la ciudad. El general Conti, hermano, le había dado el puesto de ecónomo y capellán primero de la prisión.

El general se acercó a su coche.

-¿Quieres volver a casa -preguntó a su hija-, o venir conmigo al palacio? Pero te advierto que tendrás que esperarme quizá mucho tiempo en el patio, pues voy a dar cuenta de todo esto soberano.

Fabricio salía de la oficina escoltado por tres guardias. Llebanle al cuarto que le estaba destinado. Clelia miraba por la por zuela; el preso estaba muy cerca de ella. En ese momento contesté a la pregunta de su padre con estas palabras. Iré con usted. Facio al oír estas palabras pronunciadas muy cerca de él, alzó la vi y encontró la mirada de la joven. Advirtió sobre todo la expresión de melancolía que había en aquella cara. ¡Cómo ha embellecido pensó, desde nuestro último encuentro en el lago de cómo expresión de profundo pensamiento!... Con razón la comparan con la duquesa; ¡qué fisonomía más angelical! Barbone, el empleado ensangrentado, que no sin intención había permanecido cerca del coche, hizo un ademán para detener a los tres guardias que llevaban a Fabricio, y dando la vuelta por detrás del coche, la portezuela cerca de la cual estaba el general.

-Como el preso ha cometido un acto de violencia, dentro la fortaleza -le dijo-, ¿no sería el caso de ponerle las esposas 1 tres días, en virtud del artículo del reglamento?

-¡Vaya usted al demonio! -exclamó el general, a quien e detención no dejaba de preocupar.

La cuestión era, para él, no irritar demasiado a la duquesa al conde Mosca. Además, ¿cómo iba el conde a tomar este asunto. En el fondo, la muerte de Giletti era una bagatela y sólo la intriga había conseguido sacar de ella algún partido.

Durante este breve diálogo, Fabricio, en medio de los guardias estaba magnífico, presentando la más noble, la más arrogante figura. Sus rasgos finos y delicados, la sonrisa de desprecio que corre por sus labios, hacían un admirable contraste con el aspecto grosero de los guardias que le rodeaban. Mas todo eso no constituía, decirlo así, sino la parte externa de su fisonomía. Contemplaba, conmovido, la celestial belleza de Clelia y su mirada delataba toda su sorpresa. Ella, profundamente pensativa, no había pensado en ocultar la cabeza dentro del coche; él la saludó con una semisonrisa respetuosísima. Luego, después de un momento:

-Páreceme, señorita -le dijo-, que ya otra vez, cerca de un lago he tenido el honor de encontrar a usted; también había acompañamiento de guardias.

Clelia se puso muy colorada, y tanta fue su turbación que no encontró palabras para contestar. ¡Qué nobleza, en medio de esos seres groseros!, pensaba en el momento en que Fabricio le dirigió la palabra. La profunda conmiseración, y hasta diremos casi el enternecimiento que se apoderó de ella, le arrebataron la presencia de ánimo necesaria para hallar una palabra cualquiera. Se dio cuenta de su silencio y se pudo aún más colorada. En este momento, descorrían violentamente los cerrojos de la puerta grande de la fortaleza; el coche de su Excelencia llevaba más de un minuto esperando. El ruido fue tan grande bajo la bóveda, que aunque Clelia hubiera podido decirle algo, Fabricio no hubiera oído sus palabras.

Arrastrada por los caballos que salieron galopando del puente levadizo, Clelia pensaba: ¡Me habrá encontrado ridí-

cula; Y de pronto añadió: No sólo ridícula sino vil y rastrera; habrá pensado que no contestaba a su saludo porque él es un preso y yo la hija del gobernador.

Esta idea desesperó a la joven, que tenía un alma noble. Lo que envilece mi proceder, añadió, es que cuando nos encontramos por vez primera, también con acompañamiento de guardias, como él dice, era yo la que estaba presa y él quien me servía y me sacaba' de apuro Si; convengamos en que me he portado muy mal; mi proceder ha sido a la vez grosero e ingrato. ¡Ay!, ¡pobre joven! Ahora es desgraciado; todo el mundo va a mostrarse ingrato con él. Ya me dijo entonces: ¿Recordará usted mi nombre en Parma? ¡Cuánto me despreciará ahora! ¡Era tan fácil decirle una palabra cortés! Hay que confesarlo, sí, mi conducta con él ha sido atroz. Aquella vez, sin el generoso ofrecimiento del coche de su madre, hubiera tenido que ir a pie por el polvo de la carretera, detrás de los guardias, o lo que es peor aún, montar en la grupa del caballo de uno de ellos. Mi padre era entonces el detenido y yo estaba sin defensa. ¡Sí, sí, bien me he portado! ¡Y cuán vivamente ha debido sentirlo un corazón como el suyo! ¡Qué contraste entre su fisonomía tan noble! ¡Parecía un héroe rodeado de sus viles enemigos! Ahora comprendo la pasión de la duquesa. Si así se porta cuando le ocurre un suceso adverso que puede tener atroces consecuencia ¡qué no será cuando su alma es feliz!

La carroza del gobernador de la fortaleza estuvo más de hora media en el patio de palacio, y, sin embargo, cuando bajó el general, después de haber hablado con el príncipe, Clelia no encontró que hubiera tardado mucho.

-¿Cuál es la voluntad de Su Alteza? -preguntó Clelia.

-Sus palabras han sido: la prisión. Pero su mirada: la muerte ¡La muerte, Dios mío! exclamó Clelia.

-Vamos, cállate -replicó el general malhumorado-, ¡qué necio soy en contestar a una niña!

Mientras tanto, Fabricio subía los trescientos ochenta escalones que conducían a la torre Farnesio, nueva prisión construida soba la plataforma de la torre grande, a una altura prodigiosa. No pensó ni una sola vez, al menos claramente, en el considerable cambio que acababa de ocurrir en su destino. ¡Qué mirada!, pensaba. ¡Cuanta expresión!, ¡qué profunda piedad! Parecía decirme: la vida es un tejido de desgracias, no nos afectemos demasiado por lo que no sucede; ¿no hemos venido al mundo para sufrir el infortunio? ¡Que fijos estaban en mí sus ojos tan bellos! ¡Siguió mirándome cuando los caballos arrancaron estrepitosamente haciendo retumbar la bóveda!

Fabricio se olvidaba por completo de su desgracia.

Clelia estuvo con su padre en varias casas. Al comienzo de la velada, nadie tenía todavía noticia de la detención del gran culpable, nombre que los cortesanos pusieron dos horas después a este pobre joven imprudente.

Aquella noche pudo advertirse algo más de animación en la cara de Clelia. Y precisamente la animación, la participación activen lo que ocurría a su alrededor era lo que solía echarse de menos en el rostro de tan hermosa mujer. Cuando se la comparaba con la duquesa, lo que le perjudicaba era sobre todo esa aparente ausencia de emoción, esa manera de estar como por encima de todo. En Inglaterra o en Francia,

países donde domina la vanidad, probablemente la opinión hubiera sido la contraria. Clelia Conti era una joven demasiado esbelta aún, comparable a las hermosas figuras Guido. No negaremos que según los cánones de la belleza griega pudiera reprocharse a su cabeza algún rasgo excesivamente dura por ejemplo: los labios eran algo gruesos, aunque por lo demás poseían una conmovedora expresión de ternura.

La admirable singularidad de esta figura, en la que sobresalía las ingenuas gracias y la celeste expresión de un alma noble, era que, poseyendo la más extraña y peregrina belleza, no se parecía en nada a las cabezas de las estatuas griegas. La duquesa, por el contrario, tenía una belleza acaso demasiado ideal, demasiado conocida, y su cabeza, realmente lombarda, recordaba la sonrisa voluptuosa y la tierna melancolía de las Herodías de Leonardo de Vinci. Así como la duquesa chispeaba de ingenio y de malicia y se entregaba con pasión, por decirlo así, a todos los temas que el curso de la conversación ofrecía a los ojos de su espíritu. Clelia, en cambio, mostrábase tranquila y tardía en la emoción, sea por desprecio de cuanto la rodeaba, sea por añoranza de alguna ausente y lejana ilusión. Durante mucho tiempo se creyó que acabaría por entrar en la villa religiosa. A los veinte años le repugnaba ir a los bailes, y si acompañaba a su padre, era por obediencia y por no` dañar a los intereses de su ambición.

El general, espíritu vulgar y vanidoso, solía pensar: ¡el cielo me ha dado por hija a la mujer más hermosa y más virtuosa de los estados de nuestro soberano, y sin embargo, va a serme imposible sacar partido de ella para mejorar mi posición! Mi vida es demasiado aislada; no tengo a nadie en

el mundo más que a ella y necesito a toda costa una familia que me sostenga en la sociedad, y me proporcione algunos salones, en donde mis méritos y sobre todo mi actitud para el Ministerio sean sin disputa el punto de partida constante de todo razonamiento político. Pues bien; mi hija tan hermosa, tan buena, tan cuidadosa, se enoja cuando un joven bien establecido en la corte se propone merecer su atención. ¿Es el pretendiente definitivamente rechazado? Su carácter entonces se hace menos sombrío y casi alegre, hasta que otro viene a pretenderla. El hombre más guapo de la corte, el conde Baldi, presentóse y desagradó; el más rico de los estados de Su Alteza, el marqués Crescenzi, le ha sucedido, y ella afirma que hará su desgracia.

Decididamente, pensaba el general otras veces, los ojos de mi hija son más hermosos que los de la duquesa, sobre todo porque en algunas ocasiones son susceptibles de una expresión más honda; pero esta expresión tan magnífica ¿cuándo brilla en sus pupilas? Nunca en los salones en donde se cosecha honor y provecho, sino en el paseo, sola conmigo, o cuando se enternece ante la desventura de algún horrible villano. Conserva un resto siquiera de esa mirada sublime, le digo yo alguna vez, para los salones adonde iremos esta noche. Pues nada; cuando se digna venir conmigo a una reunión, su figura noble y pura ofrece la expresión bastante altanera y poco alentadora de la obediencia pasiva. El general, como se ve, no desperdiciaba ocasión de hallar un yerno conveniente; pero decía la verdad; Clelia no le ayudaba.

Los cortesanos, no teniendo nada que contemplar en sus propias almas, estaban atentos a todo cuanto les rodeaba. Habían notado que en esos días en que Clelia no podía decidirse a abandonar sus queridos sueños y fingir interesarse por algo, en esos días principalmente era cuando la duquesa gustaba de detenerse con ella y de hacerla hablar. Clelia tenía los cabellos rubios, claros, con un matiz de ceniza, que se destacaba en dulcísimo contraste sobre unas mejillas de colorido fino, aunque algo pálidas. Sólo la forma de la frente hubiera demostrado a un atento observador, que ese noble ademán, esa actitud tan por encima de los encantos comunes, provenían de una profunda incapacidad de sentir lo vulgar. Había en aquel rostro ausencia de interés, pero no imposibilidad de interesarse por algo. Desde que su padre era gobernador de la fortaleza, Clelia vivía feliz o por lo menos sin pena, en sus habitaciones altas. El formidable número de escalones que había que subir para llegar a ese palacio del gobernador, situado en la explanada de la torre mayor, evitaba las visitas aburridas, y Clelia por esta razón material gozaba de una libertad conventual; esta libertad era casi todo el ideal de felicidad que, en un tiempo, la atrajo hacia la vida religiosa. Sobrecogíale una especie de terror al pensar en poner su querida soledad y sus pensamientos íntimos a la disposición de un hombre, quien, con el título de marido, adquiriría la facultad de turbar toda su vida interior. Si por medio de la soledad no llegaba a la felicidad, por lo menos había conseguido evitar así las sensaciones demasiado dolorosas.

El día en que Fabricio fue conducido a la fortaleza, encontróse la duquesa con Clelia en la velada del ministro del Interior, conde Zurla. Todo el mundo las rodeaba, y aquella noche la belleza de Clelia superaba a la de la duquesa. Los ojos de la muchacha tenían una expresión tan profunda, tan peregrina, que casi rayaba en indiscreta; había en su mirada conmiseración, había también indignación e ira. La alegría y las brillantes ocurrencias de la duquesa parecían sumir a Clelia en trances de dolor horrible. ¡Cuánto va a llorar y gemir la pobre mujer, pensaba, cuando' sepa que su amante, ese joven de tan gran corazón y de tan noble fisonomía, acaba de ser preso! ¡Y la mirada del soberano lo ha condenado a muerte! ¡Oh poder absoluto! ¿Cuánto acabarás de pesar sobre Italia? ¡Almas viles y venales! ¡Y soy yo la hija del carcelero! ¡Y he demostrado claramente que lo soy, no queriendo contestar a Fabricio, a Fabricío, que antaño fue mi bienhechor! ¿Qué pensará de mí ahora, en su cuarto, a solas con su lamparita? Conmovida por esta idea, Clelia miraba horrorizada la magnífica iluminación de los salones de ministro del Interior.

Los cortesanos que rodeaban a las dos beldades de moda, atentos a mezclarse en su conversación, estaban atónitos. Nunca, decían, se han hablado en tono tan animado y a la vez tan íntimo. ¿Ser que la duquesa, siempre atenta a paliar los odios que provoca e primer ministros habrá pensado en algún gran matrimonio par Clelia? Esta conjetura se apoyaba en una circunstancia que hasta entonces, no se había presentado a la observación de la corte; le ojos de la muchacha tenían más fuego y hasta, por decirlo así, más pasión que los

de la hermosa duquesa. A ésta, por su parte, le extrañaban y, puede decirse en honor suyo, le encantaban las nuevas perfecciones que descubría con un placer que rara vez se siente a ver a una rival. ¿Qué pasará?, preguntábase la duquesa. Nunca Clelia ha estado tan hermosa y tan conmovedora; ¿habrá hablado por fin su corazón?... Pero en este caso, se trata de seguro de un amo desgraciado, porque en el fondo de esta excitación tan nueva ha algo de dolor sombrío... Pero el amor desgraciado guarda silencio ¿Tratará acaso de recobrar el cariño de un inconstante por medio de los éxitos mundanos? Y la duquesa miraba atentamente a los jóvenes que estaban en el salón. No veía en ninguno de ellos nada de singular: sus rostros expresaban la fatuidad más o menos satisfecha. Es milagroso, pensó la duquesa, fastidiada de no poder adivinarlo. ¿Dónde está el conde Mosca, ese hombre tan penetrante? No, no me engaño; Clelia me mira con insistencia y como si yo fuese para ella objeto de un interés nuevo. ¿Será efecto de alguna orden que le haya dado su padre, ese vil cortesano? Yo creía que esta alma noble y joven sería incapaz de rebajarse a intereses pecuniarios. ¿Tendrá el general Fabio Conti que hacer al conde alguna petición decisiva?

Hacia las diez, acercóse un amigo de la duquesa y le dijo palabras en voz baja. La duquesa palideció intensamente; Clelia le tomó la mano y se atrevió a apretarla.

-Gracias, gracias, ahora comprendo...; tiene usted un alma hermosa dijo la duquesa con gran esfuerzo, sin poder apenas pronunciar estas pocas palabras. Dirigió muchas sonrisas a la dueña de la casa, que se levantó para acompañarla hasta la puerta del último salón; este honor no se le tributaba

más que a las princesas, y contrastaba cruelmente con la posición presente de la duquesa. Sonríe mucho a la condesa Zurla; pero a pesar de sus inauditos esfuerzos; no pudo dirigirle una palabra.

Llenáronse de lágrimas los ojos de Clelia, al ver a la duquesa pasar por esos salones donde bullía la más brillante sociedad de Parma. ¿Qué va a ser de esa pobre mujer, pensó, cuando esté sola en su coche? Sería una indiscreción por mi parte ofrecerme a acompañarla; no me atrevo... Y, sin embargo, ¡qué consuelo para ese pobre preso, sentado en alguna horrible celda si supiera hasta que punto es amado! ¡Qué horrible soledad debe de ser la suya! Y nosotros aquí, en estos brillantes salones. ¡Qué horror! ¿Habría algún medio de transmitirle una palabra? ¡Dios mío! Eso sería traiciona a mi padre, cuya situación es tan delicada, entre los dos partidos ¡Qué será de él si excita el odio apasionado de la duquesa, que dispone de la voluntad del primer ministro!. . . ¡Y el conde es e amo en casi todo! Por otra parte, el príncipe se ocupa sin cesa ele lo que sucede en la fortaleza, y sobre este punto no admite bromas; el miedo lo hace cruel... En todo caso, Fabricio (Clelia ya no decía el Sr. del Dongo) es mucho más desgraciado...; ¡pare el se trata de algo mucho más grave que el peligro de perder un puesto!..., ¡y la duquesa!..., ¡qué pasión más terrible es el amor!..., ¡y, sin embargo, todos estos embusteros de la sociedad hablan de él como si fuera una fuente de ventura! Compadecen a las mujeres de edad, porque no pueden ya ni sentir ni inspira amor... Nunca olvidaré lo que acabo de ver; ¡qué cambio tan súbito! ¡Qué tristes y apagados están los ojos de la duquesa siempre tan hermosos,

tan radiantes! ¡Las fatales palabras que el marqués N.... le ha dicho al oído, han sido un golpe terrible!... ¡Preciso es que Fabricio sea bien digno de ser amado!

Sumida Clelia en estas reflexiones tan graves, que ocupaban su alma entera, oía con más desagrado aún que de costumbre las palabras halagadoras que sonaban sin cesar en torno suyo. Para librarse de ellas, acercóse a una ventana abierta y medio oculta por una cortina; esperaba que nadie se atrevería a seguirla en esta especie de retiro. Esta ventana daba a un bosquecillo de naranjos plantados en la tierra, aunque en verdad todos los inviernos había que cubrirlos con un tejadillo. Clelia respiraba con delicia el perfume de sus flores, y este deleite parecía devolver algo de paz a su alma... Fabricio tiene, ciertamente muy noble figura, decía: pero ¡inspirar una pasión tan grande a una mujer tan distinguida! ¡A una mujer! que ha tenido la gloria de negarse a aceptar el amor del príncipe, y que, si hubiera querido, sería la reina de sus estados!. . . Mi padre dice que la pasión del soberano era tan grande, que se hubiera casado con ella, si alguna vez quedaba libre... ¡Y este amor por, Fabricio dura ya tanto tiempo! Hace ya cinco años por lo menos se que nos encontramos cerca del lago de Como Sí, cinco años pensó después de un momento de reflexión. Ya lo noté entonces cuando tantas cosas pasaban inadvertidas a mis ojos de niña. ¡Cómo parecían admirar a Fabricio aquellas dos señoras!

Clelia advirtió con alegría que ninguno de los jóvenes que le hablaban con tanto calor se habían atrevido a acercarse al balcón Uno de ellos, el marqués Crescenzi, anduvo algunos pasos en ese dirección, pero se detuvo cerca de una

mesa de juego. Si al menos pensaba Clelia, pudiera yo ver desde mi ventana del palacio de la fortaleza, la única ventana que tiene sombra, unos preciosos naranjos como éstos, mis ideas serían menos tristes. Pero las piedras enormes de la torre Farnesio son mi única perspectiva... ¡Ah!, exclamó haciendo un movimiento, quizá lo hayan puesto ahí. Qué ganas tengo de hablar con don César; será menos severo que el general. Mi padre no me dirá nada, de seguro, al volver a la fortaleza; pero todo lo sabré por don César... Tengo dinero, podré comprar algunos naranjos y ponerlos debajo de la ventana de mi pajarera; así no tendré siempre ante mi vista el muro de la torre Farnesio, que vas a parecerme mucho más odioso ahora, conociendo a una de las personas encerradas allí. Sí, es la tercera vez que lo he visto; una vez en la corte, en el baile de la princesa; hoy, rodeado de tres guardias, cuando ese horrible Barbone pedía las esposas para él, y por último, cerca del lago de Como... Hace cinco años de esto. ¡Que cara de pilluelo tenía entonces! ¡Cómo miraba a los guardias!, ¡qué miradas tan extrañas le dirigían su madre y su tía! De segur aquel día había algún secreto, algo de particular entre ellos; se me ocurrió entonces la idea de que él también tenía miedo de los guardias Clelia tembló. Pero ¡qué ignorante era yo entonces! Sin duda ya entonces la duquesa sentía interés hacia él ¡Cómo no hizo reír a los pocos momentos, cuando las señoras, a pesar de si evidente preocupación, se hubieron acostumbrado a la presencia de una extraña!... ¡Y esta tarde he podido dejar sin respuesta e saludo que me ha dirigido! ¡Oh ignorancia y timidez, cuántas veces se os puede confundir con los más viles y los más bajos sentimientos! ¡Y

soy así a los veinte años cumplidos!... Mucha razón tenía en pensar en el claustro; realmente estoy hecha para la vida retirada... ¡Digna hija de un carcelero!, habrá pensado. Me desprecia, cuando pueda escribir a la duquesa le hablará de mi falta de consideración, y la duquesa me tomará por una niña falsa e hipócrita porque, en fin, esta noche ha podido creer que sentía su desgracia.

Clelia advirtió que alguien se aproximaba, al parecer con el propósito de colocarse a su lado, en el antepecho de hierro de la ventana. Sintió gran contrariedad; los ensueños en ,que estaba sumida no dejaban de tener cierta dulzura. He aquí a un inoportuno a quien voy a recibir bonitamente, pensó. Volvía la cabeza con mirada altanera, cuando vio la cara tímida del arzobispo, que se acercaba al balcón con pequeños movimientos insensibles. Este santo hombre no tiene modos mundanos, pensó Clelia. ¿Por qué viene a turbar a una muchacha como yo? No tengo más que mi tranquilidad. Clelia lo saludó con respeto, pero también con altanería. El prelado dijo:

-Señorita, ¿sabe usted la horrorosa noticia?

Los ojos de la muchacha habían ya mudado de expresión; pero siguiendo las instrucciones repetidas de su padre, respondió fingiendo una ignorancia que contradecía rotundamente el lenguaje de sus ojos.

-Nada sé, monseñor.

-Mi primer vicario general, el pobre Fabricio del Dongo, que es tan culpable como yo de la muerte de ese bribón de Giletti, ha sido raptado en Bolonia, donde vivía bajo el nombre de José Bossi. Lo han encerrado en la fortaleza. Ha

llegado allí atado al coche mismo que lo traía. Una especie de carcelero llamado Barbone, que hace algún tiempo fue indultado de la pena que se le impuso por haber asesinado a uno de sus hermanos, quiso hacer violencia a la persona misma de Fabricio; pero mi joven amigo no es hombre que aguante un insulto. Ha tirado por el suelo a su infame adversario, por lo cual lo han metido en un calabozo, a veinte pies debajo de tierra, después de colocarse las esposas.

-¡Las esposas, no!...

-¡Ah! Usted sabe algo -exclamó el arzobispo. Y el rostro del anciano se iluminó, perdiendo algo del profundo desaliento que antes expresaba-. Pero, ante todo, alguien puede acercarse al balcón e interrumpirnos: ¿tendría usted la caridad de entregar, usted misma, a don César, mi anillo pastoral?

La joven había tomado el anillo, pero no sabía dónde ponerlo para no perderlo.

-Póngaselo en el pulgar -dijo el arzobispo colocándoselo él mismo-. ¿Puedo contar con que usted entregará este anillo?

-Sí, monseñor.

-¿Quiere usted prometerme que guardará el secreto de lo que voy a decir, aun en el caso de que no crea usted conveniente otorgarme lo que pida?

-Sí, sí, monseñor -contestó la muchacha, toda temblorosa al ver el aire serio y sombrío que el anciano de pronto había tomado. -Nuestro respetable arzobispo -añadió-, no puede darme órdenes que no sean dignas de él y de mí.

-Diga usted a don César que le recomiendo a mi hijo adoptivo sé que los esbirros que lo han cogido no le han dejado tiempo de llevarse su breviario; ruego a don César que le entregue el suyo y si su señor, no quiere mandar a alguien al arzobispado mañana, yo me encargo de darle otro libro en lugar del que él haya dada Fabricio. También ruego a don César que haga llegar hasta ese señor del Dongo el anillo que ahora está en esa linda mano.

El arzobispo fue interrumpido por el general Fabio Conti que venia a buscar a su hija para llevársela. Hubo un momento de conversación, en la que el prelado no dejó de mostrar cierta habilidad. Sin hablar del preso en manera alguna, arreglóselas de suerte que en el curso de sus palabras acudieran ciertas máximas morales políticas, como por ejemplo: hay en la vida de las cortes momento de crisis que deciden de la existencia de los más altos personajes seria notoria imprudencia cambiar en odio personal el estado de alejamiento político que es a menudo el resultado muy sencillo de posiciones opuestas. El arzobispo, dejándose llevar un poco por el profundo dolor que le causaba una detención tan imprevista llegó hasta decir que había que conservar, ciertamente, las posiciones que uno ocupa, pero que sería imprudencia gratuita atraer esa para después odios furibundos, prestándose a ciertas cosas que no se olvidan nunca.

Cuando el general estuvo solo con su hija en su carroza:

-Esto puede muy bien llamarse una amenaza dijo.
¡Amenazas a un hombre como yo!

En veinte minutos el padre y la hija no cambiaron más palabra que éstas.

A1 tomar el anillo pastoral del arzobispo, Clelia había pensado desde luego, hablar a su padre, en el coche, del servicio que el prelado le pedía. Pero después de oír la palabra amenazas dicha por el general, tuvo la certeza de que su padre interceptaría la comisión. Con la mano izquierda ocultaba el anillo y lo oprimí apasionadamente contra su pecho. Durante el tiempo que tardó el coche en ir del Ministerio a la fortaleza, se preguntó si no sería criminal por su parte el no hablar a su padre. Era muy piadosa, muy tímida, y su corazón, tan tranquilo siempre, latía con violencia extraordinaria. Por fin el quién vive del centinela que se paseaba por encima de la puerta, sonó al acercarse el coche, antes de quo Clelia hubiese podido encontrar los términos convenientes para disponer a su padre a no negarse a lo que solicitaba el arzobispo tan grande era el temor que le causaba la idea de una negativa. Al subir los trescientos escalones que conducían al palacio del gobernador, tampoco Clelia pudo articular una palabra.

Se apresuró a hablar a su tío, que le regañó y se negó a prestarse a nada.

XVI

Pues bien exclamó el general al ver a su hermano de César la duquesa va a gastarse cien mil escudos para intenté burlarse de mí y que se escape el preso. Pero, por el momentos vemos obligados a dejar a Fabricio en su cárcel, en lo alto de la fortaleza de Parma. Está bien guardado y volveremos a encontrarla más tarde, acaso un poco cambiado. Vamos a ocuparnos, por ahora de la corte, en donde muy complicadas intrigas y sobre todo la pasión de una mujer desgraciada van a decidir su suerte.

Mientras subía los trescientos noventa escalones que conduce a la prisión de la torre Farnesio, Fabricio que tanto había temido este instante, halló que no tenía tiempo de pensar en su desgracia. Cuando la duquesa volvió a su casa, después de la velada de conde Zurla, despidió a sus criadas y dejándose caer vestida en la cama, exclamó en alta voz: ¡Fabricio está en poder de sus enemiga y van a envenenarlo quizá por culpa mía! ¿Cómo pintar el momento de desesperación que siguió a estas palabras, resumen exacto ch la si-

tuación presente? La duquesa era una mujer poco razón de la sensación presente, y, sin confesárselo, estaba locamente enamorada del joven preso. Fueron gritos inarticulados, arrebatos de rabia, movimientos convulsivos; y ni una lágrima. Había despedido a sus criadas para ocultar el llanto; pensaba que estando sola, se desbordarían las lágrimas; pero este consuelo de los grandes dolores le faltó por completo. La ira, la indignación, el sentimiento de inferioridad con respecto al príncipe dominaban demasiado en su alma altiva.

-¡Qué humillación! -exclamaba a cada instante-; me ultrajan y lo que es peor exponen la vida de Fabricio ¿y no me he devengar? ¡Alto ahí, príncipe! Me matas; bueno, tienes poder para ello pero yo luego te quitaré la vida. ¡Ay, pobre Fabricio! ¿De que servirá? ¡Qué diferencia entre hoy y aquel día en que quise irme Parma! Y, sin embargo, entonces créame muy desgraciada. ¡Que ceguera! Iba a romper con todos los hábitos de una vida placentera. ¡Ay!, sin saberlo estaba próxima a un suceso que iba a decidir mi suerte para siempre. Si por sus infames hábitos de baja cortesanía, el conde no hubiera suprimido la palabra "proceso injusto" en la carta fatal que pude arrancar a la vanidad del príncipe, estábamos salvados. Tuve la fortuna, más que la destreza, es cierto, de excitar su amor propio a propósito de su querida ciudad de Parma. Entonces disponía aún de la amenaza de marcharme..., entonces era libre... ¡Dios mío! Ahora soy esclava. Heme aquí clavada a esta infame cloaca y Fabricio encadenado en la fortaleza, en esa fortaleza que, para tanta gente distinguida, ha sido antecámara de la muerte. ¡Y yo sin,

poder dominar a ese tigre, por el temor de que me vaya de su guarida!

Tiene demasiado talento para no comprender que nunca me alejaré de la infame torre, en donde mi corazón está encerrado. Ahora la vanidad herida de ese hombre puede sugerirle las más extrañas ideas, cuya extravagante crueldad será un acicate más para su inaudita vanidad. Si vuelve a dirigirme sus antiguas frases de trivial galantería, si me dice: O acoge usted benévola los homenajes de este su esclavo o perece Fabricio, entonces, ¡oh!, entonces... la vieja historia de Judit... Sí, pero lo que para mí es un suicidio, es para Fabricio un asesinato, porque el imbécil del sucesor, nuestro príncipe real y el infame verdugo Rassi mandarían ahorcara Fabricio como cómplice mío.

La duquesa empezó a gritar: esta alternativa de la que no veía la manera de salir, torturaba su desgraciado corazón. Su cabeza, turbada, no veía otra probabilidad en el porvenir. Durante diez minutos estuve revolcándose como una insensata, hasta que de puro agotamiento se quedó dormida; su vida se agotaba. Despertóse sobresaltada y se halló sentada en su cama; parecíale que estaba viendo al príncipe cortar la cabeza de Fabricio. Miró en torno con los ojos perdidos. Cuando por fin se convenció de que no tenía ante su vista ni al príncipe ni a Fabricio, volvió a caer sobre el lecho y estuvo a punto de desvanecerse. Su debilidad física era tan grande que no tenía fuerzas para cambiar de postura. ¡Dios mío!, si pudiera morir, pensó... Pero ¡qué cobardía, abandonar yo a Fabricio en la desgracia! No sé lo que digo... Veamos; volvamos a la realidad, consideremos con sangre fría la horrible

situación en que, estoy metida. ¡Qué locura más funesta venir a habitar la corte de un príncipe absoluto, de un tirano que conoce a todas sus víctimas! Una mirada se le antoja un reto. ¡Ay! Esto es lo que ni el conde ni yo vimos cuando abandoné Milán. Yo pensaba en los encantos de una corte amable; algo así como aquellos hermosos día cuando el príncipe Eugenio reinaba en Milán.

De lejos no podíamos figurarnos lo que es la autoridad de un déspota que conoce de vista a todos sus súbditos. La forma externo del despotismo es la misma que la de los otros gobiernos; hay jueces, por ejemplo, pero aquí los jueces son unos Rassi. ¡Qué monstruo! ¡No vacilaría en mandar ahorcar a su padre, si el príncipe se lo ordenase!..., llamaría eso su deber... ¿Y si yo sedujera a Rassi? ¡Desgraciada! ¿Con qué medios? ¿Qué puedo ofrecerle? ¿Cien mil francos? Pero el príncipe le dará más. ¡Se dice que cuando fue herido últimamente de una puñalada de la que se salvó porque la ira del cielo está desencadenada contra este desgraciado país, le mandó el príncipe una cajita con diez mil monedas de oro! Per además, ¿qué cantidad de dinero podría tentarle? Ese alma fangos que nunca ha visto en las miradas de los demás hombres sino e desprecio que por él sienten, se da el gusto aquí de ver pintado en los rostros el temor y hasta el respeto. Puede llegar a ministro d Policía ¿por qué no? Y entonces las tres cuartas partes de los habitantes del país serán sus cortesanos y temblarán ante él como E ante el soberano.

Puesto que no puedo salir de este lugar aborrecido, he de se útil a Fabricio. Si me voy a vivir sola, solitaria, desesperada ¿que hago por Fabricio? Vamos; anda; desgraciada mu-

jer, cumple con tu deber; preséntate en sociedad, finge que no piensas en Fabricio... ¡Fingir que te olvidó!, ¡ángel mío!

En este instante la duquesa rompió a llorar; por fin acudía las lágrimas a sus ojos. Después de haber concedido una hora a la humana debilidad, vio con alguna alegría que sus ideas comenzaban a aclararse. Si tuviera la varita mágica, pensó, y consiguiendo sacar a Fabricio de la fortaleza, nos refugiaríamos en algún par venturoso, en donde no pudieran perseguirnos, en París, por ejemplo. Empezaríamos por vivir con los mil doscientos francos que se apoderado de su padre me entrega con tan puntual exactitud. Y podría reunir cien mil francos con los restos de mi fortuna. La imaginación de la duquesa repasaba con indecible delicia, los detalles todos de la vida que podría hacer a trescientas leguas de Parma. Allí, pensaba, entraría en el ejército con un nombre supuesto..., en un regimiento de esos valientes franceses, el joven Valse-rra pronto ganaría una reputación; sería feliz, en fin.

Estas venturosas imágenes ocasionaron nuevas lágrimas que esta vez fueron lágrimas dulces y tiernas. ¡Aún existía, quizá, la felicidad en alguna parte! Este estado duró mucho tiempo; la pobre mujer se horrorizaba ante la idea de volver a pensar en la acerba realidad.

Por fin, como el alba comenzaba ya a marcar con una línea blanca la cima de los árboles del jardín, violentóse y pensó: dentro de unas horas estaré en el campo de batalla; se tratará de hacer y si lo que me sucede es algo irritante, si al príncipe se le ocurre dirigirme alguna palabra referente a Fabricio, no sé si podré conservar toda mi sangre fría. Hay,

pues, que tomar aquí, sin dilación, las oportunas resoluciones.

Si me declaran criminal de estado, Rassi manda coger todo lo que hay en este palacio. En los primeros días del mes hemos quemado el conde y yo, como de costumbre, todos los papeles de que la policía pudiera abusar; y lo gracioso es que el ministro de Policía es él. Tengo tres diamantes de algún precio. Mañana Fulgencio, mi antiguo barquero de Grianta, marchará a Ginebra y los pondrá a buen recaudo. Si Fabricio se escapa (Dios mío, sedme propicio, suspiró santiguándose), la inconmensurable cobardía del marqués del Dongo considerará pecaminoso enviar pan a un hombre perseguido por un príncipe legítimo: entonces encontrará por lo menos mis diamantes y tendrá pan.

Despedir al conde..., encontrarme sola con él, después de lo sucedido, me es imposible. ¡Pobre hombre! No es malo, no; al contrario. Es débil tan sólo. Esa alma vulgar no está a la altura de las nuestras. ¡Pobre Fabricio! ¡Si pudieras estar aquí conmigo un instante, para deliberar acerca de nuestros peligros!

La prudencia meticulosa del conde estorbaría todos mis proyectos y además no debo arrastrarlo conmigo a la ruina... Pues la vanidad del tirano puede encarcelarme. Habré conspirado..., nada más fácil probarlo. Si me enviase a su fortaleza y pudiera yo, a fuerza de oro, hablar con Fabricio, un solo instante, ¡con qué valor iríamos juntos a la muerte! Pero dejemos estas locuras. Su Rassi le daría buenos consejos y en lugar de pasearme por las calles en una carreta, cosa que podría conmover la sensibilidad de los queridos parmesanos,

le aconsejaría que acabase conmigo por medio del veneno... ¡Pero siempre he de estar forjando novelas! ¡Ay de mí! Perdónense estas locuras a una pobre mujer cuya suerte real y verdadera es muy triste. La vanidad de todo esto es que el príncipe no me hará morir; pero nada más fácil que meterme en prisión y dejarme allí. Mandará que escondan en un rincón de mi palacio toda suerte de papeles sospechosos, como se hizo con ese pobre L... Bastarán entonces tres jueces, no demasiado bribones, y media docena de testigos falsos puesto que habrá lo que llaman documentos de prueba. Puedo, pues, ser condenada a muerte por conspiradora, el príncipe clementísimo, considerando que he tenido antes honor de ser recibida en su corte, conmutará mi pena por diez años de fortaleza. Pero yo, para no desmentir esa violencia de carácter que tantas necedades ha hecho decir a la marquesa Raversi y de más enemigas mías, me habré envenenado valientemente. Por menos, el público tendrá la bondad de creerlo así. Y apuesto a que Rassi se presentará en mi calabozo para traerme, galante, de parte del príncipe, un frasquito de estricnina o de opio de Perusa.

Sí; voy a romper muy ostensiblemente con el conde, pues quiero arrastrarlo en mi ruina, eso sería una infamia; ¡el pobre hombre me ha amado con tanto candor! Mi error ha sido creer que en un verdadero cortesano podía quedar aún alma bastante par ser capaz de amar. Muy probablemente el príncipe hallará algo pretexto para meterme en la cárcel; tendrá miedo de que yo pe vierta la opinión pública en lo referente a Fabricio. El conde hombre de honor; al momento hará lo que los imbéciles de ese corte llamarán una

locura; dejará la corte. Me he rebelado victoriosa contra la autoridad del príncipe, aquella noche de la carta; todo puedo temerlo de su vanidad herida. Un hombre que nació príncipe ¿puede olvidar nunca la sensación que le di aquella noche? Además el conde, separado de mí, estará en mejores condiciones para servir a Fabricio. Pero ¿y si el conde a quien mi resolución va a desesperar, se vengase?... Pero esta idea, desde luego, no se ocurrirá nunca. No tiene el alma esencialmente vil y baja del príncipe. El conde podrá refrendar, gimiendo, un decreto infame, pero tiene honor. Y además, ¿de qué iba a vengarse? ¿De que después de haberle amado cinco años, sin la menor ofensa a su cariño, diga un día: querido conde, tuve la ventura de quererle a usted pues bien, esa llama se apaga; ya no le amo, pero conozco el fondo de su corazón, y conservo por usted una profunda estimación; siempre será usted mi mejor amigo?

¿Qué puede contestar un caballero a tan sincera declaración?

Tomaré un nuevo amante o por lo menos se creará en sociedad que lo he tomado. Diré a ese amante: en el fondo el príncipe tiene razón en castigar la imprudencia de Fabricio; pero sin duda, el de su santo nuestro gracioso soberano le devolverá la libertad. A gano seis meses. El nuevo amante, designado por la prudencia, ese juez vendido, ese infame verdugo, ese Rassi..., se encontrará ennoblecido y, de hecho, le dará entrada en la buena sociedad. Pe dona, querido Fabricio, pero semejante esfuerzo rebasa para mí los límites de lo posible. ¡Cómo! ¡Ese monstruo manchado aún con sangre del conde P. y de D.! Me desmayaría de horror al verle acer-

carse a mí, o más bien cogería el puñal y lo hundiría en su infame corazón. No me pidas cosas imposibles.

¡Sí, sobre todo olvidar a Fabricio! Y ni sombra de ira contra el príncipe. Recobrar mi alegría de siempre, que parecería aún más amable a esas almas fangosas; primero, porque parecerá que me someto de buen grado al soberano; segundo, porque lejos de burlarme de ellos, estaré atenta a realzar sus lindos méritos, por ejemplo, felicitando al conde Zurla por la belleza de la pluma de su sombrero, que acaba de mandar venir de Lyon por un correo especial, y que hace su felicidad.

Buscar un amante en el partido de la Raversi... Si el conde se va, será el partido ministerial, tendrá el poder. Un amigo de la Raversi mandará en la fortaleza, pues el Fabio Conti será ministro. Cómo el príncipe, hombre de sociedad, hombre de talento, acostumbrado al trabajo fácil del conde, va a poder hablar de negocios con ese buey, con ese rey de los necios, que medita gravemente sobre este capital problema: los soldados de Su Alteza ¿deben llevar en la casa, siete o nueve botones? Esos brutos, envidiosos de mí -ahí está el peligro, querido Fabricio-, esos brutos son los que van a decidir mi suerte y la tuya. Así, pues, no consentiré que el conde dimita. Que se quede, aunque tenga que sufrir humillaciones. Se imagina que presentar su dimisión es el mayor sacrificio que" un primer ministro puede hacer y siempre que su espejo le dice que va haciéndose viejo, me ofrece ese sacrificio. Así, pues, ruptura completa, si, y reconciliación sólo en el caso de que tal fuera el único modo de impedir su marcha. Desde luego romperé con él, conservando la mejor

amistad posible; pero después de la omisión de las palabras "proceso injusto" en la carta del príncipe, siendo que para no odiarle necesito pasar unos meses sin verle. En aquella noche decisiva no me hacia falta su ingenio; bastaba que escribiese fielmente lo que yo dictaba, no había más que estampar aquella palabra que yo había obtenido por mi carácter. Pero sus hábitos de cortesano fueron más fuertes. Me decía, al día siguiente, que el príncipe no podía firmar un absurdo, que hubieran sido precisas cartas de indulto. ¡Dios mío! Con hombres como el príncipe, con esos monstruos de vanidad y de rencor llamados Farnesio, se toma la que se puede.

Esta idea reanimó la cólera de la duquesa. Me ha engañado el príncipe, pensaba, y ¡qué cobardemente!. . . No tiene disculpa; tiene talento, es fino de ingenio y sabe razonar; lo rastrero en él son sus pasiones. Veinte veces lo hemos notado el conde y yo. Su espíritu no se torna vulgar sino cuando se figura que han querido ofenderle. Pues bien, el crimen de Fabricio es extraño a la política, es un pequeño asesinato como hay cientos al año en sus felices estados; además, el conde me ha jurado que ha adquirido noticias exactas y que Fabricio es inocente. Ese Giletti no carecía de valor; viéndose a dos pasos de la frontera, tuvo de repente la tentación de deshacerse de un rival que agradaba demasiado a Marietta.

La duquesa estuvo largo rato examinando si era posible creer en la culpabilidad de Fabricio. No es que pensara que un hidalgo como su sobrino, cometiese un grave pecado al deshacerse de la impertinencia de un histrión; pero en su desesperación, empezaba a sentir vagamente que se iba a ver obligada a luchar por probar esta inocencia de Fabricio. No,

pensó al fin; he aquí una prueba decisiva: él es como aquel pobre Pietranera, que llevaba siempre armas en los bolsillos; sin embargo, ese día, no tenía más que una mala escopeta de un cañón, prestada por uno de los obreros.

Odio al príncipe porque me ha engañado del modo más cobarde. Después de su carta de perdón, ha mandado raptar al pobre muchacho en Bolonia, etc. Pero ya arreglaremos cuentas. Hacia las cinco de la mañana, la duquesa, aniquilada por la violencia de su desesperación, llamó a sus doncellas. Estas, al entrar, lanzaron un grito. Al verla en la cama, vestida, con sus joyas, pálida como las sábanas y con los ojos cerrados, les pareció ver un cadáver sobre el lecho fúnebre. Hubieran creído que estaba totalmente desmayada, si no recordaran que acababa de llamar. Algunas lágrimas, muy pocas, resbalaban de vez en cuando sobre sus mejillas insensibles; las doncellas comprendieron por una seña que quería que la metieran en la cama.

Después de la velada del ministro Zurla, habíase presentado el conde dos veces en casa de la duquesa. Como no fue recibido, le escribió que tenía que pedirle un consejo para sí mismo: "¿Debo conservar mi puesto después del insulto que se han atrevido a inferirme?" El conde añadía: "El joven es inocente; pero aunque fuera culpable, ¿debían detenerlo sin avisarme a mí, su protector declarado?" La duquesa no vio esta carta hasta el día siguiente.

El conde no era virtuoso y hasta puede añadirse que lo que los liberales llaman virtud (buscar la felicidad del mayor número), le parecía una candidez; ante todo creíase obligado a buscar la felicidad del conde Mosca della Rovere. Pero

tenía honor y era sincerísimo cuando hablaba de su dimisión. Nunca había mentido a la duquesa. Esta, por lo demás, no prestó la menor atención a carta. á Su resolución penosísima estaba tomada: fingir que olba a Fabricio. Después de este esfuerzo, todo le era indiferente.

A1 día siguiente, hacia las doce del día, el conde que había estado diez veces en el palacio Sanseverina, fue por fin admitido. A1 ver a la duquesa, quedóse atónito... ¡Tiene cuarenta años!, pensó, ¡y estaba ayer tan brillante, tan joven!... Todo el mundo me dijo que durante su larga conversación con Clelia Conti, parecía tan joven como ella y mucho más seductora.

El tono de la voz de la duquesa era tan extraño como el aspecto de su persona. Limpio de toda pasión, de todo humano interés, de toda cólera; ese tono hizo palidecer al conde, recordándole a uno de sus amigos que, pocos meses antes, a punto de morir y habiendo recibido ya los Sacramentos, quiso conversar con él.

A los pocos minutos la duquesa pudo hablarle. Le miró y sus ojos permanecieron apagados.

-Separémonos, querido conde -le dijo con voz débil, pero bien articulada y que ella se esforzaba por hacer amable-. Separémonos, es preciso. Tomo al cielo por testigo de que desde hace cinco años mi conducta para con usted ha sido irreprochable. Me ha proporcionado usted una existencia brillante en lugar del tedio que me aguardaba en el castillo de Grianta. Sin usted hubiera entrado en la vejez unos años antes... Por mi parte la única preocupación ha sido su felici-

dad. Porque le quiero es por lo que le propongo esta separación amistosa, como dicen en Francia.

El conde no comprendía; tuvo ella que repetirlo varias veces. Púsose pálido como un muerto y echándose de rodillas al lado de su cima, le dijo cuanto la estupefacción más profunda y luego la más cruel desesperación pueden inspirar a un hombre de talento, enamorado con pasión. A cada instante le ofrecía presentar su dimisión y partir con ella a un retiro lejos de Parma.

-¡Se atreve usted a hablarme de partir estando aquí Fabricio! -exclamó ella al fin, incorporándose a medias. Pero como advirtió que este nombre de Fabricio producía una impresión penosa, añadió tras un momento de calma, estrechando levemente la mano del conde-. No, querido amigo, no le diré que mi amor por usted haya sido esa arrebatada pasión juvenil que ya no se siente, creo yo, después de los treinta años; y estoy ya lejos de esa edad. Le habrán dicho que amaba a Fabricio; sé que ese rumor ha corrido por esta corte perversa. (Sus ojos brillaron por vez primera, en esta conversación, al pronunciar la palabra perversa.) Y juro ante Dios y por la vida de Fabricio que nunca entre él y yo ha habido la menor cosa que no haya podido ver un tercero. No diré tampoco que le ame exactamente como a un hermano. Le amo de instinto, por decirlo así. Amo en él su valor tan sencillo, tan perfecto que puede decirse que se ignora a, sí mismo. Recuerdo que este género de admiración empecé a sentirlo, a su vuelta de Waterloo. Todavía un niño, a pesar de sus diecisiete años; su gran preocupación entonces era saber si realmente había asistido a la batalla y, en c afir-

mativo, si podía decir que había combatido, a pesar de no haber marchado al ataque de ninguna batería ni de ninguna columna enemiga. Durante las graves discusiones que tuvimos ambos acerca de este importante asunto, fue cuando comencé a percibir en una gracia perfecta. Su alma grande se revelaba a mí. ¡Cuán mentiras habría ensartado en su lugar un joven bien educado! En fin, si él no es feliz, no puedo yo ser feliz. Mire, esas palabras pintan muy bien el estado de mi corazón; si no es la verdad, es al menos todo cuanto veo en mí. El conde, alentado por ese tono de franqueza y de intimidad, quiso besarle la mano; ella la retiró con t; especie de horror. Acabaron los buenos tiempos le dijo; tengo treinta y siete años, estoy en la vejez y siento sus desalientos; acaso no esté lejos la tumba. Ese momento es terrible y sin embargo parece que lo deseo. Siento el peor síntoma de vejez: la llama de corazón se apaga con esta desgracia horrible, ya no puedo amar. No veo en usted, querido conde, sino la sombra de uno a quien quise. Sólo el agradecimiento me hace hablarle así.

-¿Qué va a ser de mí? -repetía el conde-, yo que siento que la quiero a usted con más pasión que los primeros días, cuando veía en la Scala.

-Una cosa le confesaré, querido amigo. Hablar de amor aburre y me parece indecente. ¡Vamos -dijo, tratando en vano sonreír-, valor! Sea usted hombre de talento, hombre juicioso, hombre de recursos en estas circunstancias. Sea usted conmigo lo que realmente es usted para los indiferentes, el hombre más hábil, mayor político que ha producido Italia desde hace siglos.

El conde se levantó y se paseó silencioso unos momentos.

-Es imposible, querida amiga -le dijo-, estoy desgarrado por la más violenta pasión y ¿me pide usted que interroge a mi razón. Ya no hay razón para mí.

-No hablemos de pasión, se lo ruego -dijo secamente, y é; fue la primera vez en dos horas de conversación, que su voz tu expresión. El conde, desesperado, trató de consolarla.

-Me ha engañado -exclamaba sin responder de ningún modo a las esperanzas que el conde le daba-, me ha engañado del modo más cobarde. -Y su palidez mortal la abandonó un instante; pe aún en este momento de violenta excitación, notó el conde que tenía fuerzas para alzar el brazo.

¡Dios mío!, pensó, ¿será posible que esto no sea más que una enfermedad? Pero aun en este caso sería el comienzo de una gravísima. Y entonces, luego de inquietud, propuso que llamara al célebre Razoni, el primer médico del país y de Italia.

-¿Quiere, pues, dar a un extraño el gusto de que sepa cuán grande es mi desesperación? ¿Es consejo de traidor o de amigo? -Y miró al conde con ojos singulares.

Todo está perdido, pensó el conde desesperado, ya no tiene amor hacia mí; es más, ni siquiera me coloca entre los hombres de honor vulgares.

-Le diré a usted -añadió el conde hablando apresuradamente-, que ante todo he querido obtener detalles sobre la detención que nos desespera y, ¡cosa extraña!, nada sé positivamente. He mandado preguntar a los guardias del puesto próximo. Han visto llegar al preso por el camino de Cas-

telново y han recibido la orden de seguir la sediola. He mandado en seguida a Bruno, cuyo celo y cuya devoción conoce usted bien; tiene orden de ir de puesto en puesto para saber dónde y cómo Fabricio ha sido detenido.

A1 oír pronunciar el nombre de Fabricio, la duquesa fue presa de una ligera convulsión.

-Perdone, amigo mío -dijo al conde cuando pudo hablar-, esos detalles me interesan mucho; cuéntemelo todo, hágame comprender las más leves circunstancias.

-Pues bien, señora -replicó el conde tratando de distraerla un poco-, me dan ganas de enviar un hombre de confianza a Bruno, para ordenarle que llegue hasta Bolonia. Allí es quizá donde ha sido cogido nuestro joven amigo. ¿Qué fecha tiene su última carta?

-Martes, hace cinco días.

-¿Había sido abierta en el correo?

-Ninguna señal de haberla abierto. He de decir que estaba" escrita en horrible papel y que la dirección, de letra de mujer, es la de una vieja lavandera parienta de mi doncella. La lavandera cree que se trata de amores de mi doncella y Chekina le paga el importe de las cartas sin darle un centavo más.

El conde, que había acabado por adoptar el tono de un hombre de negocios, trató de descubrir, discutiendo con la duquesa, cuál podía haber sido el día del rapto en Bolonia. Y entonces comprendió por fin que ese era el tono que había que tomar. Esos detalles interesaban a la desgraciada mujer y parecían distraerle un poco. Si el conde no hubiese estado enamorado, se le hubiera ocurrido esta idea tan sencilla al

entrar en la habitación. La duquesa lo despidió para que pudiese sin demora enviar nuevas órdenes al fi Bruno. Se habló, de pasada, de la cuestión de saber si había habido sentencia antes del momento en que el príncipe firmó la carta dirigida a la duquesa y ésta aprovechó la ocasión para decir al cono apresuradamente:

-No le reprocharé la omisión de las palabras proceso injusto en la carta que usted escribió y que él firmó; el instinto del cortesano dominaba en usted; sin darse cuenta prefirió usted el interés del amo al de la amiga. Hace ya tiempo que ha puesto usted s voluntad a mis órdenes, querido conde, pero no está en su pode el cambiar de naturaleza; tiene usted talento para el Ministerio pero también el instinto del oficio. La supresión de la palabra injusto me pierde; mas lejos de mí la idea de reprochárselo, la culpa del instinto y no de la voluntad.

-Recuerde usted -añadió variando el tono y con ademán imperioso-, que no estoy demasiado afligida por el rapto de Fabricio que no he pensado en lo más mínimo alejarme de aquí, que profeso el mayor respeto hacia el príncipe. Eso es lo que tiene usted que expresar y he aquí lo que yo tengo que decir a usted. Como de aquí en adelante pienso dirigir yo sola mi conducta, quiero s pararme de usted amigablemente, es decir, como una buena vieja amiga. Figúrese que tengo sesenta años; la mujer joven ha muerto en mí, ya no puedo hacerme ilusiones, ya no puedo amar. Pero ser más desgraciada aún de lo que soy, si por mi culpa peligrase s porvenir de usted. Puede entrar en mis proyectos el aparentar ten un amante joven; no quisiera afligir a usted. Puedo jurar por

vida de Fabricio detúvose medio minuto después de esta palabra, que jamás le he sido a usted infiel en los cinco años que llevaban juntos. ¡Y cinco años son largos! dijo tratando de sonreír. SE pálidas mejillas se agitaron, pero sus labios no pudieron separarse. Juro que nunca he tenido ni el proyecto ni el deseo siquiera de serle infiel. Y ya que esto está claro, déjeme usted.

El conde salió desesperado del palacio Sanseverina. Veía en duquesa la intención decidida de separarse de él, y él nunca había estado tan locamente enamorado de ella como ahora. Esta es una de las cosas que hay que repetir muchas veces, porque son muy ir probables fuera de Italia. Al volver a su casa mandó hasta seis personas diferentes, por el camino de Castelnovo y de Bolonia, encargadas de llevar cartas. Pero no es esto todo, pensó el desgracias conde; puede ocurrírsele al príncipe ordenar la ejecución de es desgraciado niño para vengarse del tono con que habló la duque el día de la fatal carta. Yo veía que la duquesa traspasaba un límite que nunca debe pasarse, y para arreglar las cosas cometí la increíble necesidad de suprimir las palabras proceso injusto, las únicas q obligaban al soberano... Pero ¡bah!, ¿hay algo que obligue a esa gente? Esa es sin duda la mayor falta que he cometido en toda mi vida; he abandonado a la casualidad lo que para mí representa el valor de la vida. Se trata de reparar esa tontería a fuerza de actividad y de destreza. Pero, en fin, si nada puedo obtener, aun sacrificando un poco de mi dignidad, dejo plantado al príncipe. Con sus sueños de alta política, con sus ideas de hacerse rey constitucional de Lombardía, veremos cómo va a sustituirme... Fabio Coa es

un necio, y el talento de Rassi se limita a mandar legalmente la horca a un hombre que desagrada.

Habiendo tomado la resolución de dejar el Ministerio si los rigores contra Fabricio excedían a los de una simple detención! el conde pensó: Si un capricho de la vanidad de ese hombre, imprudentemente herida, me cuesta la felicidad, al menos me quedará el honor... Y, a propósito, ya que me río de la cartera, pues permitirme cien actos que aún esta mañana me habrían parecido insensatos. Por ejemplo: voy a intentar todo lo humanamente posible para favorecer la evasión de Fabricio... ¡Dios mío!, exclamó el conde interrumpiéndose y abriendo los ojos como si estuve percibiendo una imprevista felicidad, la duquesa no me ha habla de evasión; ¿le habrá faltado sinceridad por primera vez en su vida? ¿no será la ruptura el simple deseo de que haga traición al príncipe ¡Pues por mi parte, hechal!

La mirada del conde había recobrado toda su agudeza satírica. Ese amable fiscal Rassi, pagado por su amo para dictar esas sentencias que nos deshonran en Europa, no es hombre que se niegue tomar lo que yo le dé por descubrirme los secretos del amo. E animal tiene una querida y un confesor; pero la querida es de demasiada baja para poder hablar con ella; al día siguiente le costaría la entrevista a todas las fruterías de su calle. El conde, a que la esperanza daba nuevos bríos andaba ya camino de la Catedral. Extrañado de la ligereza de su marcha, sonrió a pesar de su pena ¡Lo que hace no ser ya ministro!, dijo para sí. Esa Catedral, con muchas iglesias italianas, sirve de paso de una calle a otra. El

con vio de lejos a uno de los vicarios generales del arzobispo, atravesando la nave.

-Ya que le encuentro a usted -le dijo-, ¿quiere usted tener bondad de ahorrarme el mortal cansancio de tener que subir has las habitaciones del señor arzobispo? Le agradecería infinito que dignara bajar a la sacristía.

El arzobispo se alegró mucho cuando recibió este aviso; te mil cosas que decirle al ministro acerca de Fabricio. Pero el maestro adivinó que todas esas cosas no eran sino palabras, y no que oír nada.

-¿Qué tal hombre es Dugnani, vicario de San Pablo?

-Pequeño espíritu y gran ambición -respondió el arzobispo- pocos escrúpulos y una pobreza extremada, pues también tener vicios, señor conde.

-¡Caramba, monseñor, pinta usted como Tácito! -Y se despidió riendo. Apenas estuvo de vuelta en el Ministerio, mandó llamar al abate Dugnani.

Usted dirige la conciencia de mi excelente amigo el fiscal general Rassi. ¿No tendrá el señor Rassi nada que decirme?

Y sin más palabras ni más ceremonias, despidió a Dugnani.

XVII

El conde se consideraba como fuera del ministerio. Veamos, pensó, cuántos caballos podremos tener después de mi caída, que así es como se llamará mi retirada. El conde hizo la cuenta de su fortuna: cuando entró en el Ministerio tenía ochenta mil francos; con gran extrañeza halló que, contándolo todo, su haber actual no llegaba a quinientos mil francos. Estos son veinte mil francos, de renta, a lo sumo, dijo. Hay que confesar que soy un gran loco. No hay en Parma un burgués que no crea que tengo ciento cincuenta mil francos de renta, y el príncipe sobre este punto es más burgués que nadie. Cuando me vean en la miseria dirán que sé muy bien ocultar mi fortuna. ¡Vaya!, exclamó, si soy aún tres meses ministro, la veremos doblada esa fortuna. Encontró en esta idea una ocasión para escribir a la duquesa, y la aprovechó con avidez; pero para hacerse perdonar una carta, en la situación en que se hallaban, hubo de llenarla de cifras y de cálculos. "No tendremos más que veinte mil francos de renta para vivir en Nápoles los tres: Fabricio, usted y

yo. Fabricio y yo tendremos un caballo de silla para los dos". Acababa el ministro de enviar su carta, cuando el fiscal general Rassi fue anunciado. El conde lo recibió con una altanería que frisaba casi en impertinencia.

-¡Cómo, señor mío! -le dijo-. ¡Me manda usted raptar en Bolonia a un conspirador que yo protejo, quiere usted además cortarle la cabeza y no me dice usted nada! ¿Sabe usted, al menos, el nombre de mi sucesor? ¿Es el general Fabio Conti, o usted mismo?

Rassi quedó aterrado. No estaba al tanto de las costumbres de la buena sociedad para comprender si el conde hablaba en serio o no. Enrojeció y masculló algunas palabras ininteligibles. El conde le miraba y gozaba de su turbación. De pronto, Rassi hizo un movimiento y exclamó con perfecta naturalidad, con el aire de Fígaro sorprendido " in fraganti' por Almaviva:

-A fe mía, señor conde, no voy a andar con rodeos. ¿Qué me dará Vuestra Excelencia por contestar a todas sus preguntas como lo harta a mi confesor?

-La cruz de San Pablo (es la Orden de Parma) o dinero, si puede usted proporcionarme un pretexto para concedérselo.

-Prefiero la cruz de San Pablo, porque me ennoblece.

¡Cómo, querido fiscal! ¿Todavía le da usted algún valor a vuestra pobre nobleza?

-Si hubiera yo nacido noble -respondió Rassi con todo el impudor de su oficio-, las familias de los que he mandado a la horca me odiarían, pero no me despreciarían.

-Pues bien; yo le salvaré a usted del desprecio -dijo el conde-, cúreme usted a mí de la ignorancia. ¿(qué piensa usted hacer con Fabricio?

-A fe mía, el príncipe está muy indeciso. Teme que seducido por los bellos ojos de Armida (perdone usted este estilo algo vivo, pero son las palabras mismas del soberano), teme que, seducido por unos ojos muy hermosos que le han conmovido a él mismo, no le deje usted plantado, y no hay otro como usted para los negocios de Lombardía. Hasta le diré añadió Rassi bajando la voz que hay en esto para usted una magnífica ocasión que bien vale la cruz de San Pablo. El príncipe le concedería a usted como recompensa nacional una bonita tierra de seiscientos mil francos que saldría de los dominios del principado, si consintiera usted en no ocuparse de la suerte de Fabricio del Dongo, o por lo menos en no hablarle de eso más que en público.

-Esperaba más -dijo el conde-; no ocuparme de Fabricio es romper con la duquesa.

-Pues bien; eso mismo es lo que dice el príncipe. El hecho es que está terriblemente furioso contra la señora duquesa, dicho sea entre nosotros, y teme que, como compensación por la ruptura con esta amable dama, vaya usted a pedirle la mano de su prima, la vieja princesa Isota, que no tiene más que cincuenta años de edad.

-Lo ha adivinado -exclamó el conde-. Nuestro amo es el Hombre más perspicaz de sus estados.

Nunca había tenido el conde la idea extraña de casarse con esa vieja princesa; las ceremonias de la corte le hastiaban hasta la muerte.

Púsose a jugar con su tabaquera sobre el mármol de una mesita próxima a su sillón. Rassi vio en ese gesto de vacilación la posibilidad de un buen negocio y sus ojos brillaron.

-Señor conde —exclamó—, si Vuestra Excelencia quiere aceptar o la gratificación en dinero o la tierra de seiscientos mil francos, ¡268 hágame la merced de no usar otro intermediario que yo. Me comprometería añadió en voz baja a aumentar la gratificación y hasta a añadir un importante bosque a la tierra. Si Vuestra Excelencia quisiera poner algo de dulzura y de consideración en su manera de hablar al príncipe de ese mocoso que hemos apresado, Podría quizá erigirse en Ducado la tierra que el príncipe le ofrecería como expresión del agradecimiento nacional. Le repito a Vuestra Excelencia, que el príncipe por ahora aborrece a la duquesa, pero está muy indeciso, tanto que he creído a veces que había alguna circunstancia secreta que no se atrevía a decirme. En el fondo puede ser esto una mina de oro, vendiendo yo sus más íntimos secretos y muy libremente, pues todo el mundo cree que soy vuestro enemigo. Está furioso contra la duquesa, sí, pero también cree, como nosotros, que usted es el único que puede llevar a bien las gestiones secretas referentes al Milanésado. ¿Me permite Vuestra Excelencia que le repita textualmente las palabras del soberano? —agregó Rassi; hay muchas veces en la posición de las palabras una fisonomía que ninguna traducción puede expresar. Vuestra Excelencia verá en ellas más de lo que yo veo.

-Lo permito todo -dijo el conde, que con gesto distraído seguía golpeando el mármol con su tabaquera de oro-. Lo permito todo y no seré ingrato.

-Deme usted carta de nobleza transmisible, además de la cruz, y estaré más que satisfecho. Cuando le hablo al príncipe de hacerme noble, me contesta: ¡Noble, un bergante como tú! Habría que cerrar la tienda al día siguiente; nadie en Parma querría ya hacerse noble. Pero volviendo al asunto del Milanesado, el príncipe me decía, no hace aún tres días: No hay más que ese bribón para seguir el hilo de nuestras intrigas; si lo echo o si se va con la duquesa, ya puedo renunciar a la esperanza de verme un día jefe liberal y adorado de toda Italia.

A1 oír esto el conde respiró. Fabricio no morirá, pensó.

Jamás había podido Rassi conseguir una conversación íntima con el primer ministro. Estaba fuera de sí de felicidad. Veíase próximo a dejar ese nombre de Rassi, que el país había hecho sinónimo de cuanto hay en el mundo de bajo y de vil. El pueblo daba el nombre de Rassi a los perros rabiosos; no hacía muchos días que unos soldados habían tenido un desafío porque uno había llamado Rassi al otro. Por último, no pasaba semana sin que ese desgraciado nombre no apareciese engarzado en algún soneto atroz. Su hijo, joven inocente, estudiante de dieciséis años era expulsado de los cafés en cuanto decía su nombre.

El recuerdo abrasador de todos esos trances, le hizo cometer una imprudencia.

-Tengo una tierra -dijo al conde, acercando su silla al sillón del ministro-; se llama Riva; yo quisiera ser el barón Riva.

-¿Por qué no? -dijo el ministro.

Rassi estaba fuera de sí.

-Pues bien, señor conde, me permitiré ser indiscreto; me atreveré a adivinar el objeto que usted desea. Aspira usted a obtener la mano de la princesa Isota, y es una noble ambición. Siendo pariente del príncipe, está usted a salvo y tiene usted cogido al hombre. No le ocultaré que ese matrimonio con la princesa Isota le horroriza. Pero si confía usted sus asuntos a un hombre diestro y bien pagado, puede abrigarse alguna esperanza.

Yo, querido barón, no abrigaría esa esperanza; de antemano desmiento cuanto pueda usted decir en mi nombre; pero el día en que esa alianza ilustre vaya por fin a colmar mis deseos y a darme tan elevada posición, yo tendré gusto en ofrecer a usted trescientos mil francos de mi dinero, o bien aconsejar al príncipe que le conceda la merced que usted mismo prefiera.

El lector encuentra esta conversación demasiado larga. Y, sin embargo, le hemos ahorrado más de la mitad. Duró dos horas más. Rassi salió de casa del conde loco de felicidad; el conde quedó lleno de esperanzas de salvar a Fabricio y más decidido que nunca a presentar su dimisión. Pensaba que su privanza necesitaba robustecerse por medio de la presencia en el Ministerio de hombres como Rassi y el general Conti. Gozaba deliciosamente de una posibilidad, que acababa de entrever, de vengarse del príncipe. Que expulse,

si quiere, a la duquesa, exclamó; pero, ¡caramba!, habrá de renunciar a su esperanza de ser rey constitucional de Lombardia. (Esto era una ridícula fantasía, de la que el príncipe, hombre de talento, se había enamorado a fuerza de soñar con ella.)

El conde, lleno de alegría, corrió a casa de la duquesa a darle cuenta de su conversación con el fiscal. Encontró la puerta cerrada para él; el portero casi no se atrevía a confesar esa orden, dada por la misma duquesa. El conde regresó tristemente al palacio del Ministerio. La desgracia que acababa de sufrir, borraba por completo la alegría causada por la conversación con el confidente del príncipe. Sin ánimo para ocuparse de nada, el conde vagaba triste por su galería de cuadros, cuando recibió un billetito que decía:

"Puesto que es cierto, querido y buen amigo, que no somos ya más que amigos, vendrá usted a verme sólo tres veces por semana. Dentro de quince días reduciremos esas visitas, siempre caras a mi alma, a dos por mes. Si quiere usted agradarme, publique esta especie de ruptura. Si quiere usted devolverme casi todo el amor que le he profesado elija una nueva amiga. En cuanto a mí, tengo grandes deseos de divertirme; pienso ir mucho a sociedad, y hasta quizá encuentra un hombre de talento que me haga olvidar mis desgracias. Sin duda, como amigo, siempre tendrá usted el primer puesto en mi corazón; pero no quiero que se diga que mi actitud ha sido aconsejada por la prudencia de usted. Quiero, sobre todo, que se sepa bien que he perdido todo influjo sobre su ánimo. En suma, querido conde, usted ha de ser siempre, créalo mi más querido amigo, pero nunca otra

cosa. No conserve, se lo ruego, ninguna idea de que podamos volver a arreglarnos; todo está terminado. Cuente siempre con mi amistad.”

Este último golpe no pudo aguantarlo el valor del conde. Escribió una hermosa carta al príncipe presentando la dimisión de todos sus empleos, y se la mandó a la duquesa, con el ruego de hacerla llegar a palacio. Un momento después la volvió a recibir, rota en cuatro pedazos; en uno de los claros del papel habíase dignado escribir la duquesa: ¡No, mil veces no!

Difícil sería describir la desesperación del pobre ministro. Tiene razón, convengo en ello, pensaba a cada momento; mi omisión de las palabras proceso injusto es una horrible desgracia que acarreará quizá la muerte de Fabricio, la cual ocasionará la mía. Con el alma traspasada de dolor, el conde, que no podía presentarse en palacio sin ser llamado, escribió de su puño y letra el motu proprio nombrando a Rassi caballero de la Orden de San Pablo y confiriéndole la nobleza transmisible. El conde añadió un dictamen de media página exponiendo al príncipe las razones de estado que aconsejaban ese nombramiento. Halló una especie de melancólica alegría en hacer dos hermosas copias de ambos documentos y mandarlas ala duquesa.

Perdíase en conjeturas; trataba de adivinar cuál iba a ser el plan de conducta de la mujer a quien amaba. No lo sabe ella misma, decía; sólo hay una cosa cierta, y es que por nada del mundo faltará a las resoluciones que ha tomado. Lo que aumentaba su desgracia era que no podía encontrar censurable la conducta de la duquesa.

Me ha favorecido con su amor; cesa de quererme después de una falta, ciertamente involuntaria, pero que puede acarrear una consecuencia horrible; no tengo derecho a quejarme. Al día siguiente por la mañana supo el conde que la duquesa había vuelto a presentarse en sociedad; había estado la noche antes en todas las casas en donde se recibía. ¿Qué habría sucedido si se encuentran en el mismo salón? ¿Cómo hablarle? ¿Con qué tono dirigirle la palabra? Y, por otra parte, ¿cómo no hablarle?

El día siguiente fue un día fúnebre. Corría el rumor de que Fabricio iba a ser ejecutado. La ciudad se conmovió. Decíase además, que el príncipe, por consideración a su alcurnia, se había dignado decidir que le cortarían la cabeza.

-Yo soy quien lo mata -pensó el conde-. Ya no puedo pensar en volver a ver a la duquesa.

A pesar de tan sencillo razonamiento, no pudo por menos de pasar tres veces por su casa; aunque, para no ser visto, fue a pie. En su desesperación tuvo hasta el valor de escribirle. Había mandado llamar a Rassi dos veces; el fiscal no se había presentado. El bribón me traiciona, pensó el conde.

Al día siguiente, tres grandes noticias conmovían la alta sociedad y hasta la burguesía de Parma. La ejecución de Fabricio se afirmaba con más certeza que nunca; y como extraño complemento de esta noticia, la duquesa no parecía demasiado desesperada. Al parecer, la muerte de su joven amante le causaba una pena muy moderada; sin embargo, aprovechaba con arte infinito la palidez que le había dejado una indisposición bastante grave que le sobrevino el mismo

día de la detención de Fabricio. Los burgueses consideraban esos detalles como prueba de la sequedad de corazón de las clamorosas de la corte. Por decencia, sin embargo, y como sacrificio a los manes de Fabricio, había roto con el conde Mosca. ¡Qué inmoralidad!, decían los jansenistas de Parma. Pero ya la duquesa, ¡cosa increíble!, parecía dispuesta a escuchar los halagos de los jóvenes más guapos de la corte. Se notó, entre otras cosas extrañas, que había estado muy alegre en una conversación con el conde Baldi, el actual axtinte de la Raversi; había bromeado sobre los frecuentes viajes de Baldi al castillo de Velleja. La pequeña burguesía y el pueblo se indignaban de la muerte de Fabricio, que esta buena gente achacaba a los celos del conde Mosca. La sociedad cortesana también hablaba mucho del conde, pero para burlarse de él. La tercera gran noticia que hemos anunciado no era, en efecto, otra sino la dimisión del conde; todo el mundo se burlaba de un amante ridículo, que a los cuarenta y seis años sacrificaba una magnífica posición al dolor de verse abandonado por una mujer sin corazón, que desde hacía tiempo prefería a un jovenzuelo. Sólo el arzobispo tuvo el talento, o más bien la elevación de alma de comprender que el honor le impedía al conde seguir siendo primer ministro en un país en donde iba a ejecutarse, sin consultarle, a un joven protegido suyo. La noticia de la dimisión del conde tuvo por efecto curar de la gota al general Fabio Conti, como lo referiremos a se debido tiempo, cuando hablemos de la vida que el pobre Fabricio hacía en la fortaleza, mientras que toda la ciudad preguntaba qué hora iba a ser ejecutado.

A1 día siguiente, el conde vio a Bruno, el fiel agente que había mandado a Bolonia. El conde se enterneció al ver entrar a este hombre en su despacho. Recordó que cuando le mandó a Bolonia era aún casi feliz, porque aún estaba casi de acuerdo con la duques; Bruno volvía de Bolonia sin haber descubierto nada; no había podido encontrar a Ludovico, a quien el podestá de Castelnovo tenía encerrado en la cárcel de su aldea.

-Vuelva usted a Bolonia -dijo el conde a Bruno-; la duques no querrá perder el triste placer de averiguar detalles de la desgracia de Fabricio. Diríjase al sargento de guardias que manda el pueblo de Castelnovo Pero no -exclamó el conde interrumpiéndose-; marche al instante a Lombardia y distribuya dinero, mucho dinero, a todos nuestros corresponsales. Mi objeto es obtener d toda esa gente comunicados alentadores.

Bruno, que había comprendido muy bien la finalidad de s misión, se puso a escribir sus cartas de crédito. Estaba el conde dándole sus últimas instrucciones, cuando recibió una carta muy bien escrita, pero hipócrita y falsa; era el príncipe que le escribí como un amigo que escribe a otro para pedirle un favor. Había oído hablar de ciertos proyectos de retirada y suplicaba a su amigo el conde Mosca que conservase el Ministerio; se lo pedía en nombre de la amistad y de los peligros de la patria y se lo ordenaba como señor. Añadía que el rey de *** acababa de poner a su di posición os cordones de su Orden; que se quedaba con uno par él y enviaba el otro a su querido conde Mosca.

-¡Ese animal hace mi desgracia! -exclamó furioso el conde delante de Bruno, estupefacto-. Cree seducirme con las mismas frases hipócritas que tantas veces hemos arreglado juntos para caza a algún necio.

Rehusó el cordón que le ofrecían, y en su respuesta habló del estado de su salud, que no le dejaba sino muy poca esperanza de poder cumplir por mucho tiempo sus penosos deberes de ministro. Un momento después fue anunciado el fiscal Rassi, a quien trató como a un perro.

-¡Cómo! ¡Porque le he hecho noble empieza usted a insolentarse! ¿Por qué no vino usted ayer a darme las gracias, como era su estricto deber, señor bribón?

Rassi estaba muy por encima de los insultos; a diario los recibía del príncipe, pero como quería ser barón, justificóse con ingenio. Nada era más fácil.

-El príncipe me ha tenido todo el día clavado en la silla, sin poder salir de palacio. Su Alteza me ha mandado copiar con mi mala letra de procurador tantos documentos diplomáticos necios y verbosos, que en verdad creo que su único objeto era tenerme preso. Cuando por fin he podido despedirme, hacia las cinco, muerto de hambre, y de sed, me ha dado la orden de ir directamente a mi casa y de no salir en toda la noche. Y, en efecto, he visto a dos de sus espías particulares, a quienes conozco mucho, pasearse por mi calle hasta las doce de la noche. Esta mañana, en cuanto he podido, he mandado venir un coche, que me ha llevado hasta la puerta de la Catedral. He bajado del coche muy despacio, y luego a todo correr he atravesado la, iglesia, y heme aquí.

Vuestra Excelencia es en este momento el hombre a quien más deseo agradar.

-Y yo, señor bribón, no me dejo engañar por esos cuentos mejor o peor urdidos. Anteayer se ha negado usted a hablarme de Fabricio. He respetado sus escrúpulos y sus juramentos referentes al secreto, aun cuando los juramentos para un ser como usted no son más que maneras de escudarse. Hoy quiero saber la verdad. ¿Qué rumores ridículos son esos que condenan a muerte a ese joven como asesino del comediante Giletti?

-Nadie mejor que yo puede dar cuenta de esos rumores a Vuestra Excelencia, puesto que soy yo quien los ha puesto en circulación por orden del soberano. Y ahora caigo; quizá sea para impedir que viniera a decírselo a usted, por lo que me ha tenido preso todo el día de ayer. El príncipe, que no me tiene por loco, no podía dudar que yo vendría a traerle a usted mi cruz y a rogarle que mela pusiese usted mismo sobre mi pecho.

-A1 grano -exclamó el ministro-, y pocas frases.

-Sin duda alguna, bien quisiera el príncipe tener una sentencia de muerte contra el señor del Dongo; pero, como usted sabe, no tiene más que veinte años de prisión, conmutados por él mismo, al día siguiente de la sentencia, en doce de fortaleza con ayuno de pan y agua todos los viernes y otras prácticas religiosas.

-Porque sabia esta condena, me alarmaron los rumores de próxima ejecución que corrieron por la ciudad; me acuerdo de la muerte del conde Palanza, que usted escamoteó tan lindamente.

¡Entonces es cuando debí ganar la cruz! -exclamó Rassi sin desconcertarse-. Debí apretar el tornillo ya que lo tenía en la mano, y que nuestro hombre deseaba esa muerte a rabiar. Buen tonto fui entonces. Y como recuerdo aquello, me atrevo a aconsejar a Vuestra Excelencia que no me imite hoy. (La comparación le pareció al conde del peor gusto, y hubo de contenerse para no dar de puntapiés a Rassi.)

-En primer lugar -dijo éste con la lógica de un jurisconsulto y la perfecta seguridad de un hombre a quien ningún insulto puede ofender-, en primer lugar no puede de ningún modo ejecutarse a del Dongo; el príncipe no se atrevería; los tiempos han cambiado mucho. Además yo, y esperando que me haga usted barón, no me prestaría a ello. Ahora bien; sólo de mí, como sabe bien Vuestra Excelencia, puede el ejecutor recibir órdenes, y yo le juro a usted que el caballero Rassi no las dará contra del Dongo.

-Y hará usted bien -dijo el conde mirándole de arriba abajo con severidad.

-Distingamos -replicó Rassi sonriendo-. Yo soy partidario de las muertes oficiales; si el señor del Dongo se muriese de un cólico, no vaya usted a atribuirme su muerte. El príncipe está irritadísimo, no sé por qué, contra la Sanseverina (tres días antes Rassi habría dicho la duquesa, pero, como toda la ciudad, sabía la ruptura con el primer ministro).

A1 conde le chocó mucho la supresión del título en aquella boca, y puede figurarse el lector la gracia que le haría; lanzó a Rassi una mirada llena de odio. ¡Ángel mío, pensó, sólo obedeciendo ciegamente a tus órdenes, puedo manifestarte mi amor!

-Le confieso a usted -dijo al fiscal-, que no me tomo un interés muy grande en los diversos caprichos de la señora duquesa; sin embargo, como ella me había presentado a ese pícaro de Fabricio, que hubiera podido quedarse en Nápoles y no venir aquí a enredar nuestras asuntos, tengo empeño en que no muera siendo yo ministro. Le doy a usted mi palabra de honor de que será usted barón en los ocho días que sigan a su salida de la prisión.

-En tal caso, señor conde, no seré barón hasta dentro de doce años, pues el príncipe está furioso y su odio contra la duquesa es tan fuerte que trata de ocultarlo.

-Su Alteza se preocupa demasiado. ¿Qué necesidad tiene de ocultar su odio, puesto que su primer ministro ya no protege a la duquesa? Pero no quiero que puedan acusarme de maldad y sobretodo de celos; yo soy quien ha traído a la duquesa a Parma. Si Fabricio muere en la prisión, no habrá para usted la baronía, pero sí quizá una puñalada. Pero dejemos esa bagatela: el hecho es que he contado mi fortuna y no he encontrado ni siquiera 20.000 francos de renta. Así, pues, tengo el proyecto de presentar humildemente mi dimisión al soberano. Abrigo alguna esperanza de entrar al servicio del rey de Nápoles: esta gran ciudad me proporcionará distracciones, que ahora necesito y que no puedo encontrar en un rincón como Parma. No me quedaré, pues, a no ser que obtenga la mano de la princesa Isota, etc., etc.

La conversación fue larguísima en este sentido. Rassi se levantaba ya y el conde le dijo con tono indiferente:

-Sabe usted que se ha dicho que Fabricio me engañaba, en el sentido de que era uno de los amantes de la duquesa.

No acepto este rumor, y para desmentirlo quiero que procure usted que esta bolsa llegue a manos de Fabricio.

-Pero, señor conde -dijo Rassi aterrado y mirando la bolsa-. Hay aquí una suma enorme, y los reglamentos...

-Para usted, querido, puede ser enorme -replicó el conde en el tono del mayor desprecio-; un burgués como usted, si envía a un amigo que está en prisión diez monedas de oro, cree que se arruina. Yo quiero que Fabricio reciba estos 6.000 francos, y sobre todo que en palacio no se sepa nada de este envío.

Como Rassi, temeroso, quería replicar, el conde le empujó hacia a fuera y cerró la puerta con impaciencia. Esta gente, pensó, ve el poder donde ve la insolencia. Dicho esto, este gran ministro se entregó a una acción tan ridícula que nos cuesta trabajo relatarla. Corrió a su mesa y cogió un retrato en miniatura de la duquesa, cubriéndolo de besos apasionados. ¡Perdón, ángel mío, exclamó; perdón por no haber tirado por la ventana a ese bribón que se atrevió a hablar de ti con un matiz de familiaridad; si obro con este exceso de paciencia es por obedecerte! Pero ya llegará su hora.

Habiendo mantenido una larga conversación con el retrato, el conde sintió su corazón muerto en el pecho; se le ocurrió la idea de una acción ridícula y la realizó en seguida con infantil premura. Se puso un uniforme lleno de cruces y de placas y se fue a hacer una visita a la vieja princesa Isota. Nunca se había presentado a ella más que en la fiesta de primero de año. La encontró vestida con traje de corte, alhajada con todas sus joyas, incluso los diamantes, y rodeada de sus perrillos. El conde manifestó el temor de perturbar

los proyectos de Su Alteza, quien iba sin duda a salir. Pero la Alteza respondió al ministro que una princesa de Parma debía a su alto rango el estar siempre así ataviada. Por vez primera, desde su desgracia, el conde sintió un movimiento de alegría. He hecho bien en presentarme aquí; ahora mismo voy a hacer mi declaración. La princesa estaba encantada de ver en su casa a un hombre de tanto talento y primer ministro; la pobre vieja no estaba muy acostumbrada a tales visitas. El conde empezó con un prólogo hábil referente a la distancia inmensa que siempre separa a un simple hidalgo de los miembros de una familia reinante.

-Hay que hacer una distinción -dijo la princesa-. La hija de un rey de Francia, por ejemplo, no tiene esperanza alguna de llegar a la corona. Pero las cosas no son así en la familia de Parma. Por eso nosotros, los Farnesio, debemos siempre guardar una cierta dignidad exterior. Y yo, pobre princesa, tal como usted me ve, no puedo decir que sea en absoluto imposible que un día sea usted primer ministro mío.

Esta idea, por lo que tenía de extraño y de imprevisto, proporcionó al conde otro momento perfectamente jocoso.

A1 salir de la casa de la princesa Isota, que se había puesto muy colorada al oír la declaración que le hizo el primer ministro, éste se encontró con un mensajero de palacio; el príncipe le mandaba llamar sin demora.

-Estoy enfermo -respondió el ministro, encantado de poder fastidiar a su príncipe.

¡Ah! ¡Me irritas, exclamó furioso, y luego quieres que te sirva! Pues sabed, príncipe mío, que ya en este siglo no basta

haber recibido el poder de la Providencia; se necesita mucho talento y un gran carácter para conseguir ser un déspota.

Habiendo despedido al mensajero de palacio, muy escandalizado de la perfecta salud del enfermo, el conde pensó que sería gracioso ir a ver a los dos hombres que en la corte tenían más influencia y con el general Fabio Conti. Lo que más que nada hacía temblar al ministro y le quitaba todos sus arrestos, era el recuerdo de que al gobernador de la fortaleza le acusaban de haberse librado antaño de un capitán, enemigo personal suyo, por medio de la aguetta de Perusa.

Sabía el conde que la duquesa gastaba cantidades locas para buscarse inteligencias en la fortaleza; pero, a su parecer, había poca esperanza de éxito; todo el mundo tenía todavía los ojos muy abiertos. No relataremos las tentativas de corrupción en que se empeñó esa mujer desgraciada. Estaba desesperada. Agentes de todas clases, perfectamente fieles, la secundaban. Pero en las pequeñas cortes, absolutas sólo una cosa se hace bien: la vigilancia de los presos políticos. El oro de la duquesa no tuvo otro resultado que la expulsión de la fortaleza de ocho o diez hombres de todas las graduaciones.

XVIII

Así, pues, a pesar de su absoluta devoción por el preso, la Duquesa y el primer ministro no habían podido hacer gran cosa e su favor. El príncipe estaba furioso, la corte y el público picado contra Fabricio y encantados de verle desgraciado; había sido demasiado feliz. A pesar de tirar el oro a manos llenas, la duquesa n adelantaba nada en el sitio de la fortaleza. No pasaba día sin que la marquesa Raversi o el caballero Riscara mandasen algún aviso general Fabio Conti para robustecer su vigilancia.

Ya hemos dicho que el día de su detención, Fabricio fue conducido primero al palacio del gobernador. Es ésta una pequeña y preciosa construcción del siglo anterior, hecha según dibujos de Vanvitelli y colocada a ciento ochenta pies de altura sobre la plataforma de la inmensa torre redonda. Desde las ventanas de este palacete, aislado sobre el lomo de la enorme torre como la giba d un camello, veía Fabricio el campo y a lo lejos los Alpes. Podía seguir con la vista, al pie de la fortaleza, el curso del Parma, muy torrencial que hace

un recodo, a cuatro leguas de la ciudad y afluye en el Po. Más allá de la orilla izquierda de este río, que formaba como una serie de numerosas manchas blancas en el campo verde su mirada percibía encantada todas las cimas del muro inmenso que forman los Alpes en el norte de Italia. Estas cimas, cubierta siempre de nieve, aún en el mes de agosto, que era entonces, da a las campiñas ardientes como una especie de frescura imaginad: La mirada puede escrutar hasta los menores detalles de las montañas, que, sin embargo, están a más de treinta leguas de la fortaleza de Parma. La vista tan extensa que se abarca desde el palacio de gobernador, queda interceptada al sur por la torre Farnesio, e donde se estaba preparando apresuradamente una habitación par Fabricio. Esta segunda torre fue levantada, como el lector recordar quizá, sobre la plataforma de la torre mayor, en honor de un príncipe heredero, quien, muy indiferente de Hipólito, hijo de Teseo no supo rechazar las cortesías de una joven madrastra. La princesa murió en pocas horas y el hijo del príncipe recobró su libertad diecisiete años más tarde, subiendo al trono a la muerte de su padre. Esta torre Farnesio, adonde tres cuartos de hora después subió Fabricio, es por fuera muy fea; se eleva unos cincuenta pies sobre la plataforma de la torre grande y está llena de pararrayos. Aquel príncipe, quejoso de su mujer, que construyó esta prisión visibles desde todas partes, tuvo la pretensión extraña de convencer a sus súbditos de que ya existía desde hacía muchos años; por eso le impuso el nombre de Torre Farnesio. Estaba prohibido hablar de esta construcción, aunque desde todos los sitios de la ciudad de Parma y de la llanura véase perfectamente a

los albañiles poner las piedras que componen este edificio pentagonal. Con el fin de demostrar que era vieja, se colocó encima de la puerta, que tenía dos pies de ancho y cuatro de alto, un magnífico bajo relieve que representa a Alejandro Farnesio, el célebre general, obligando a Enrique IV a alejarse de París. Esta torre Farnesio, colocada en sitio tan visible, se compone de una planta baja larga de noventa pies y ancha en proporción, toda llena de columnas achaparradas; esta pieza de tan desmedida amplitud no tiene, en cambio, más que quince pies de altura. En ella se halla aposentado el cuerpo de guardia y de en medio arranca la escalera dando vueltas alrededor de una columna. La escalera es pequeña, de hierro, muy ligera, tiene unos dos pies de ancho y está construida en filigrana. Por esta escalera, que se cimbreaba con el peso de los carceleros, llegó Fabricio a unas amplias habitaciones de más de veinte pies de altura, que constituían un magnífico primer piso. Antaño estuvieron lujosamente amuebladas para el joven príncipe, que pasó en ellas los mejores años de su vida. A un extremo de este primer piso, enseñáronle al nuevo preso una capilla magnífica, cuyos muros y cuya bóveda estaban por completo revestidos de mármol negro; unas columnas, también negras y de nobles proporciones, están colocadas en fila a lo largo de los muros, sin tocarlos; estos muros adornan los numerosas calaveras de mármol blanco, de proporciones colosales, de elegante talla y puestas sobre dos huesos cruzados. ¡Qué no inventará el odio impotente!, pensó Fabricio. ¡Qué demonio de idea el enseñarme esto!

Otra escalera, también de hierro y ligerísima, dispuesta alrededor de una columna, conduce al segundo piso de la prisión. Hay en él unas habitaciones de unos quince pies de altura, en cuyo arreglo el general Fabio Conti venía dando, desde hacía un año, las mejores pruebas de su ingenio. Lo primero que hizo fue poner fuertes rejas a las ventanas de esas habitaciones, ocupadas antaño por los criados del príncipe; esas ventanas están a más de treinta pies de altura sobre las losas de piedra que forman la plataforma de la torre grande. A esas habitaciones, que tienen cada una dos ventanas, se llega por un corredor muy oscuro, situado en el centro de la construcción. En este corredor muy estrecho, vio Fabricio tres puertas de hierro formadas con barrotes enormes que llegaban hasta la bóveda. Con los planos, cortes y perfiles de estos hermosos inventos, consiguió el general, durante dos años, una audiencia semanal de su señor. Un conspirador recluido en uno de esos cuartos no podría quejarse a la opinión de ser tratado inhumanamente, y sin embargo le sería imposible comunicarse con nadie en el mundo ni hacer el menor movimiento sin ser oído. El general había mandado poner en cada cuarto unas gruesas vigas de roble, que formaban como unos bancos de tres pies de altura. Aquí viene ahora su invento principal, el que le daba derecho al Ministerio de Policía. Sobre esos bancos había establecido una especie de cabaña de tablas, muy sonora, de diez pies de altura y que no tocaba al muro más que por el lado de las ventanas. Por los otros tres lados formaba como un pequeño corredor, ancho de cuatro pies, entre el primitivo muro de la cárcel, hecho de enormes sillares y la pared de madera de la

cabaña. Esta pared componíase de cuatro gruesas tablas de nogal, encina y pino, sólidamente unidas por pernos de hierro y « innumerables clavos.

Fabricio fue introducido en uno de estos cuartos, contruidos el año antes, obra maestra del general Fabio Conti. Ese cuarto había recibido el nombre de Obediencia pasiva. Fabricio corrió a las ventanas. La vista que se abarcaba desde estas ventanas enrejadas era sublime; solo un punto del horizonte quedaba oculto, hacia el noroeste, por el techo del palacete del gobernador. Este palacio no tenía más que dos pisos; en la planta baja estaban las oficinas del Estado Mayor. Los ojos de Fabricio fueron en seguida atraídos hacia una de las ventanas de una habitación del segundo piso, en donde se veían muchos pájaros de todas clases metidos en preciosas jaulas. Divertíase Fabricio oyéndoles cantar su saludo a los últimos rayos del crepúsculo vespertino, mientras que los carceleros iban y venían en su derredor. Esta ventana de la pajarera estaba frente a una de las suyas, a unos veinticinco pies de distancia, y como se hallaba cinco o seis pies más abajo, podía Fabricio dominar la pajarera con su mirada.

Había luna aquella noche, y en el momento en que Fabricio entraba en su prisión, salía majestuosa por el horizonte a la derecha, encima de los Alpes, hacia Treviso. No eran más que las ocho y media de la noche, y en la otra extremidad del horizonte, por i lado de poniente, un brillante crepúsculo anaranjado dibujaba perfectamente el perfil del monte Viso y el de los otros picos de los Alpes que van de Niza al monte Cenis y a Turín. Sin pensar en s desgracia,

Fabricio estaba conmovido y arrebatado por este sublime espectáculo. En este mundo encantador, pensaba, vive Clelia Conte ella, con su alma seria y pensativa debe gozar más que otro de esta vista hermosa. Aquí se está como en un monte solitario, a cien leguas de Parma. Después de pasarse dos horas en la ventana admirando el horizonte que hablaba a su alma, y deteniéndose a menudo también a mirar el palacio del gobernador, Fabricio exclamó de pronto: Pero ¿es esto una prisión? ¿Es esto lo que tanto temía? El lugar de ver a cada paso motivos de desagrado y de pena, nuestro héroe se encantaba considerando las delicias de la prisión.

De pronto su atención fue violentamente traída a la realidad por un ruido formidable; su cuarto de madera, muy parecido a un jaula y muy sonoro, experimentaba violentas sacudidas; oíanse ladridos de perro y unos gritos agudos muy singulares. ¿Qué es esto pensó Fabricio, ¿voy a poder escaparme tan pronto? Un momento después reía como quizá nunca se ha reído nadie en una cárcel. Por orden del general había subido con los carceleros un perro inglés, muy fiero, que servía de guardia a los oficiales importantes; este perro debía pasar la noche en el espacio ingeniosamente preparado alrededor de la jaula de Fabricio. El perro y el carcelero tenían que dormir en el hueco de tres pies de altura que daba entre las losas de piedra del suelo primitivo y la tarima de madera, sobre la cual el preso no podía dar un paso sin ser oído.

Pero, cuando llegó Fabricio, el cuarto de Obediencia pasiva estaba ocupado por un centenar de ratas enormes, que echaron a correr en todas direcciones. El perro, especie de

sabueso cruzado de inglés, no era hermoso, pero en cambio se mostró alerta. Lo había atado sobre el suelo de piedra, debajo de la tarima de madera; pero cuando sintió a las ratas que pasaban a su lado hizo tan extraordinarios esfuerzos, que consiguió sacar la cabeza del collar. Entonces tuvo lugar esa admirable batalla, cuyo estruendo despertó a Fabricio de sus ensueños tan poco tristes. Las ratas que pudieron escapar de la primera dentellada se refugiaron en el cuarto de madera, y el perro corriendo tras ellas subió los seis escalones que iban desde el suelo de piedra a la cabaña de Fabricio. Entonces empezó a sonar un ruido mucho más espantoso; la cabaña se conmovía toda Fabricio reía como un loco y lloraba de risa. El carcelero Grillo que no reía menos, había cerrado la puerta, y el perro corría las ratas sin ningún estorbo, porque en el cuarto no había mueble sólo una estufa de hierro en un rincón podía entorpecer los saltos del perro cazador. Cuando el perro hubo triunfado de todos : enemigos, Fabricio lo llamó, lo acarició y consiguió agradecerle. alguna vez éste me ve saltar un muro, pensó, no ladrará. Pero esa política refinada era una pura bravata; en el estado de ánimo que se hallaba, cifraba su felicidad en jugar con el perro. Por extraño fenómeno del que se daba cuenta, una secreta alegría reinaba en el fondo de su alma.

Cuando se hubo cansado de correr con el perro:

-¿Cómo se llama usted? -dijo Fabricio al carcelero.

-Grillo, para servir a Vuestra Excelencia en todo cuanto el reglamento permita.

-Pues bien, mi querido Grillo, un tal Giletti quiso asesinar en medio de la carretera; me defendí y lo maté; volvería

a mata: si se repitiera el caso. Bueno; pues tengo la intención de pasar alegremente la vida mientras sea su huésped. Pida usted permiso a ; jefes y vaya a traerme ropa blanca del palacio Sanseverina; además compre usted mucho vino de Asti.

Es un vino espumoso, bastante bueno, que se fabrica en P monte, en la patria de Alfieri, y que es muy estimado, sobre todo por la clase de aficionados a que pertenecen los carceleros. Ocho diez de estos señores ocupábanse en trasladar al cuarto de madera de Fabricio algunos muebles antiguos muy dorados, que sacaron primer piso de las habitaciones del príncipe. Todos oyeron y conservaron religiosamente en su memoria las palabras referentes vino de Asti. A pesar de todo cuanto se hizo, la instalación de Fabricio para aquella primera noche fue malísima. Mas nada pare chocarle, como no fuera la falta de una botella de buen vino.

-Éste parece un buen chico -dijeron los carceleros al irse-; hay más que pedir, sino que los señores le dejen tener dinero .

Cuando se quedó solo y se repuso un poco de todo aquel trajín ¿es posible, pensó, que esto sea una cárcel? Y miraba el horizonte inmenso, desde Treviso al monte Viso, las montañas, los picos llenos de nieve, las estrellas, etcétera. ¿Y ésta es una primera noche prisión? Comprendo que Clelia lo pase bien en esta soledad aérea. Aquí está uno a mil leguas por encima de las mezquindades y las maldades de abajo. Si esos pájaros que hay ahí en esa venta son suyos, la veré... ¿Se pondrá colorada al verme? Discutiendo consigo mismo esta grave cuestión durmióse el preso a una hora muy avanzada de la noche.

Al día siguiente, después de esta primera noche, durante la cual Fabricio no sintió ni un momento de impaciencia, nuestro héroe quedó reducido a la sociedad de Fox, el perro inglés, pues aunque Grillo, el carcelero, le ponía buena cara, sin embargo había recibido al orden de no hablar al preso y no traía ni ropa ni vino.

¿Veré a Clelia?, pensó Fabricio al despertarse. ¿Son de ella esos pájaros? Los pájaros empezaban a lanzar sus primeros cantos, y en esta región tan elevada era éste el único ruido que se oía en el aire. El amplio silencio que reinaba en esta altura produjo en Fabricio una sensación llena de novedad y de placer. Escuchaba encantado los pequeños gorjeos interrumpidos y llenos de vida con que sus vecinos los pájaros saludaban el nuevo día. Si le pertenecen, podré verla un momento en esa habitación, debajo de mi ventana. Y mientras examinaba las inmensas sierras alpinas, frente a las cuales la fortaleza de Parma parecía alzarse como una estribación primera, sus miradas bajaban a cada instante hacia las magníficas jaulas de madera de naranjo y de caoba, con alambre dorado, que estaban en medio de la habitación clara y alegre que servía de pajarea. Lo que Fabricio no supo hasta más tarde, es que este cuarto era el único del segundo piso del palacio, que tenía sombra desde las once hasta las cuatro de la tarde; la torre Farnesio se la proporcionaba.

¡Cuál no va a ser mi pena, pensó Fabricio, si en lugar de la fisonomía modesta y pensativa que espero y que acaso se sonroje un poco al advertirme, veo llegar la faz ordinaria y gorda de alguna camarera encargada de cuidar los pájaros! Pero si veo a Clelia, ¿se dignará mirar hacia aquí? Pues bien;

tendré que cometer indiscreciones para ser visto. Mi situación ha de tener algún privilegio, y además aquí estamos solos los dos y ¡tan lejos del mundo! Soy un preso; por lo visto soy lo que el general Conti y otros miserables de esa ralea llaman un subordinado... Pero si ella tiene tanto talento o, mejor dicho, tanta alma como supone el conde, acaso desprecie el oficio de su padre; ésta será quizá la causa de su melancolía. ¡Noble motivo de tristeza! Pero, después de todo, yo no soy para ella lo que se llama un extraño. ¡Con qué gracia llena de modestia ha saludado ayer tarde! Me acuerdo muy bien de que cuando nos encontramos cerca de Como le dije: Un día iré a ver los hermosos cuadros de Parma: ¿se acordará usted del nombre de Fabricio del Dongo? ¿Lo habrá olvidado? ¡Eran tan joven entonces!

Pero, a propósito, dijo Fabricio extraño e interrumpiendo de pronto el hilo de sus pensamientos, no se me ocurre irritarme. ¿Seré de esos grandes corazones de los que sólo la antigüedad ha dado al mundo algunos ejemplos? ¿Seré un héroe sin saberle !Cómo! ¡Yo, que tanto miedo tenía de la cárcel, estoy en ella y n me acuerdo de que debo entristecerme! Es cosa de pensar realmente que el miedo ha sido cien veces mayor que el daño. ¡qué! ¿Necesito razonar para afligirme de estar en esta prisión que, como dice Blanes, lo mismo puede durar diez años que diez meses? ¿No se la novedad de esta situación la que me distrae y me hace estar alegre? ¡Quizá este buen humor, tan poco razonable y tan independiente de mi voluntad, cese de pronto, y acaso en un instante ir hunda en la negra desventura que debiera estar ya atenazando n corazón!

En todo caso, es cosa bien extraña estar en la cárcel y tener que amonestarse para estar triste. A fe mía, vuelvo a mi primera suposición: quizá sea que tengo un gran carácter.

Los sueños de Fabricio fueron interrumpidos por el carpintero de la fortaleza, que venía a tomar medida de unas pantallas par las ventanas. Era la primera vez que esta prisión entraba en use y se habían olvidado de completarla con tan especial artefacto.

¡Así, pues, pensó Fabricio, voy a estar privado de esa vista sublime! Y se esforzaba en sentir pena por esa privación.

-¿Y qué -exclamó de pronto dirigiéndose al carpintero-, y no volveré a ver los preciosos pajaritos?

-¡Ah, los pájaros de la señorita, que ella quiere tanto! -dijo el hombre con aire bondadoso-; desaparecerán, se eclipsarán, como todo lo demás.

Estaba prohibido hablar con el preso, y la prohibición refería al carpintero tan estrictamente como a los carceleros. Pero aquel hombre sentía conmiseración por la juventud del preso. Le explicó que esas enormes pantallas, colocadas en las ventanas, iban apartándose del muro de abajo arriba, de tal suerte que sólo dejaba: a los detenidos la vista del cielo. Hacen esto por la moral, dijo c carpintero, para que aumente la saludable tristeza del detenido sienta en su alma el deseo de corregirse. El general, añadió, ha pensado también que era mejor sustituir los cristales de la ventana por papel untado en aceite.

A Fabricio le gustó mucho el tono epigramático de esta conversación, tono rarísimo en Italia.

-Yo quisiera tener un pájaro para distraerme. Los pájaros me gustan con locura. Compre usted uno para mí a la doncella de la señorita Clelia Conti.

-¡Cómo! ¿La conoce usted? -exclamó el carpintero-. Dices usted muy bien su nombre.

-¿Quién no ha oído hablar de esa célebre belleza? He tenido el honor de encontrarla varias veces en la corte.

-La pobre señorita se aburre mucho aquí -añadió el carpintero-; se pasa la vida con sus pájaros. Esta mañana acaba de comprar unos hermosos naranjos que se han puesto por orden suya en la puerta de la torre, debajo de las ventanas de este cuarto. Sino fuera por la cornisa, podría usted verlos.

En esa respuesta había palabras de inestimable valor para Fabricio; encontró un modo delicado de dar algún dinero al carpintero.

-Cometo dos faltas a la vez le dijo ese hombre. Hablo a Vuestra Excelencia y tomo dinero. Pasado mañana, cuando vuelva a poner las pantallas, tendré un pájaro en el bolsillo, y si no estamos solos haré como que se me escapa. Si puedo, le traeré a usted un libro de oraciones. Mucho debe usted sufrir de no poder decirlos oficios divinos.

Así, pues, dijo Fabricio cuando estuvo solo, esos pájaros son de ella, pero dentro de dos días ya no los verá. Mientras así pensaba, su mirada tomó un tinte de aflicción. Pero al fin su alegría fue inexpresable cuando después de esperar y de mirar tanto, vio hacia las doce a Clelia que venía a cuidar sus pájaros. Fabricio se quedó inmóvil, sin respirar; estaba de pie, pegado a los enormes barrotes de la ventana. Notó que Clelia no levantaba la vista hacia él; pero sus movimientos

parecían turbados, indecisos, como los de quien sabe que le están mirando. Aunque ella quisiera, la pobre muchacha no hubiera podido olvidar la sonrisa tan fina que había visto dibujarse en los labios del preso la víspera, en el momento en que los policías lo llevaban del cuerpo de guardia.

Aunque, según toda apariencia, estaba cuidadosamente atenta todos sus actos, púsose colorada muy sensiblemente al acercarse a la ventana de la pajarera. El primer pensamiento de Fabricio, pegado a los barrotes de la ventana, fue entregarse a la puerilidad de golpearlos con la mano, lo cual produciría un leve ruido. Pero la idea de tamaña falta de delicadeza le horrorizó. Merecería, pensó, que durante ocho días enviara a su doncella a cuidar los pájaros. Esta idea delicada no se le hubiera ocurrido a Fabricio en Nápoles o en Novara.

Seguía la con mirada de fuego. De seguro, decía, que va a irse sin dignarse volver los ojos hacia esta pobre ventana, y, sin embargo, está bien enfrente. Pero al volver del fondo del cuarto, que Fabricio por su posición más elevada vela todo, Clelia no pudo dominarse y miró de soslayo, sin detenerse. Fue lo bastante para que Fabricio se creyese autorizado a saludarla. ¿No estamos aquí solos en el mundo?, dijo para sí como alentándose. Al ver este saludo, la joven permaneció inmóvil y bajó la vista. Luego Fabricio vio que alzaba lentamente los ojos, y haciendo un evidente esfuerzo, saludó al preso con un movimiento grave y distante. Pero no pudo imponer silencio a sus ojos, que sin darse ella probablemente cuenta, expresaron en un momento la más viva conmisericordia. Fabricio advirtió que enrojecía, hasta el punto de que el

tinte rosa de la cara se corrió rápidamente hasta los hombros, que llevaba descubiertos por el calor, habiéndose echado atrás el chal de encaje negro que trata. La involuntaria mirada con que Fabricio contestó al saludo, aumentó la turbación de la muchacha. ¡Qué feliz sería la pobre mujer, decía ella para sí, pensando en la duquesa, si tan sólo un instante pudiera verlo como yo lo veo!

Fabricio tuvo alguna esperanza de saludarla otra vez a su salida. Pero para evitar esta nueva cortesía, Clelia hizo una sabia retirada, deteniéndose de jaula en jaula, como si los últimos pájaros que tuviese que cuidar fueran los que estaban más cerca de la puerta. Salió por fin; Fabricio se quedó inmóvil mirando la puerta por donde había desaparecido; era otro hombre.

Desde este momento, el único objeto de sus pensamientos fue discurrir cómo podría seguir viéndola a pesar de la horrible pantalla que se iba a poner en la ventana que daba al palacio del gobernador.

La noche anterior, antes de acostarse, se había impuesto el trabajo fastidioso de esconder la mayor parte del oro que tenía, en varios agujeros, que habían hecho las ratas en su habitación de madera. Esta noche voy a esconder mi reloj. He oído decir que con paciencia, un resorte de reloj mellado puede cortar la madera y aun el hierro. Podré, pues, aserrar la pantalla. La labor de esconder el reloj duró muchas horas, no le pareció larga; pensaba en los diferentes modos de conseguir su propósito y en lo que sabía de carpintería. Si me las arreglo bien, decía, podré cortar en la madera de la pantalla un pedazo cuadrado, hacia la parte más baja; quitaré y pon-

dré el pedazo, según las circunstancias; daré todo lo que tengo a Grillo para que haga como que no advierte esta manio-
bra. Toda la felicidad de Fabricio dependió desde este momento, de la posibilidad de ejecutar ese trabajo y no pensaba en otra cosa. Si consigo sólo verla, soy feliz... No, añadió, hace falta también que ella vea que la veo. Durante toda la noche tuvo llena la cabeza de inventos de carpintería, y no pensó quizá ni una sola vez en la corte de Parma, en la ira del príncipe, etc., etc. Hemos de confesar que tampoco pensó en lo que debía sufrir la duquesa. Esperaba impaciente la llegada del nuevo día. Pero no fue el mismo carpintero el que volvió; por lo visto en la prisión lo tenían por liberal. Mandaron a otro de cara adusta, que contestó con gruñidos de mal agüero a todas las frases que Fabricio inventaba para agradarle. Algunos de los numerosos intentos de la duquesa para traba; correspondencia con Fabricio habían sido descubiertos por los agentes de la marquesa Raversi, que avisaba todos los días al general Fabio Conti y, lo tenía atemorizado y vigilante, picándole el amor propio. Cada ocho horas, seis soldados de guardia se relevaban en la sala de las cien columnas de la planta baja; además, el gobernador puso un carcelero delante de cada una de las tres puertas de hierro que daban al corredor, y el pobre Grillo, el único que veía al prisionero, fue condenado a no salir de la torre Farnesio más que cada ocho días, cosa que le contrarió mucho. Dejó ver su malhumor a Fabricio, quien tuvo el talento de no contestarle más que diciendo:

-Mucho vino de Asti, amigo mío -y le dio dinero.

-Pues bien, incluso ese consuelo de todos los males - exclamó Grillo indignado y en voz tan baja que apenas si el mismo preso podía oírlo-, nos prohíben admitirlo; yo debiera regarme a tomar dinero, pero lo tomo. Pero es en balde para usted, porque no puedo decirle nada de nada. ¡Vaya!, es preciso que sea usted un gran culpable, porque por su causa está la fortaleza toda revuelta. Las cosas de la señora duquesa han servido ya para expulsar a tres de nosotros.

¿Estará lista la pantalla antes de las doce? Esta fue la gran cuestión que preocupó a Fabricio durante toda la larga mañana. Contaba los cuartos de hora en el reloj de la fortaleza. Por fin al darlos tres cuartos para las doce, todavía no había llegado la pantalla. Clelia apareció en la pajarera. La cruel necesidad había aumentado tanto la audacia de Fabricio, y el peligro de no volverla a verle parecía tan sumamente grande, que se atrevió a mirar a Clelia haciendo con la mano el gesto de aserrar la pantalla. Pero en cuanto la joven vio ese gesto tan sedicioso en una cárcel, saludó a medias y se retiró.

¡Cómo!, pensó Fabricio extrañado. ¿Será tan poco razonable que estime como una familiaridad ridícula ese gesto dictado por la más imperiosa necesidad? Yo quería rogarle que, al venir a cuidar sus pájaros, se dignase siempre mirar hacia la ventana de la prisión aun cuando la viera oculta por el enorme paño de madera. Quería indicarle que iba a hacer todo lo posible por conseguir verla. ¡Dios mío! ¿Irá a no venir mañana por causa de mi gesto indiscreto? Est temor que quitó a Fabricio el sueño, se realizó por completo. Al día siguiente, a las tres de la tarde, Clelia no se había presentado, cual do acabaron de poner delante de las ventanas de Fabri-

cio las de enormes pantallas de madera. Las diferentes piezas las habían subido desde la explanada de la torre por medio de cuerdas y de poleas atadas por fuera a los barrotes de las ventanas. Oculta detrás de una persiana de sus habitaciones Clelia había visto acongojado todo lo que hacían los obreros; había comprendido muy bien la inquietud mortal de Fabricio, pero conservó bastante valor para cumplir la promesa que se había hecho a sí misma.

Clelia era una pequeña sectaria, entusiasta del liberalismo; en su juventud primera había tomado en serio todas las conversaciones de liberalismo que oía en la sociedad de su padre, quien sólo pensaba en hacerse una posición. De ahí habían arrancado sus meditaciones y sentía un desprecio profundo, casi horror, hacia el carácter flexible del cortesano; ésta fue la causa de su antipatía por el matrimonio. Desde que había llegado Fabricio sentía gran desremordimiento. ¡He aquí, pensaba, que mi indigno corazón pone de parte de los que quieren hacer traición a mi padre! Es joven se atreve a hacerme el ademán de aserrar una puerta.. ¡Pero, añadió en seguida con el alma traspasada de dolor, toda la ciudad habla de su próxima muerte! Mañana será quizá el día fatal. Con los monstruos que nos gobiernan ¿qué hay en el mundo imposible? ¡Qué dulzura, qué heroica serenidad brilla en esos ojos que acaso se cierran mañana para siempre! ¡Dios mío! ¡Cuál será la congoja de la duquesa! ¡Dicen que está desesperada! Y en su lugar, apuñalaba al príncipe, como la heroica Carlota Corday.

Durante su tercer día de cárcel, Fabricio sintió hervir la cólera en su pecho; pero el motivo de esa cólera no era otro

que no haber visto a Clelia. Así como así, hubiera debido decirle que la amaba; exclamó; pues había llegado a descubrir ese sentimiento. No, no por grandeza de alma por lo que no pienso en la cárcel y desmiente la profecía de Blanes: no merezco tanto honor. Pienso sin cesar, en esa mirada de dulce conmiseración que Clelia dejó caer sobre mí cuando los esbirros me llevaban; esa mirada ha borrado toda n vida pretérita. ¡Quién me había de decir que iba a encontrar ese ojos en este lugar, en el momento mismo en que mi vista se de honraba, al ver la cara de Barbone y del señor gobernador! En m dio de tanta vileza se me apareció el cielo. ¿Y cómo no voy a amar la belleza y a tratar de volverla a ver? No, no es por grandeza d alma por lo que me dejan frío las mil pequeñas vejaciones de la cárcel. La imaginación de Fabricio, que recorría rápida todas las posibilidades, llegó a pensar en la de ser puesto en libertad. Sin duda la amistad de la duquesa hará milagros en mi favor. Pues bien, es lo cierto que si tuviera que darle las gracias por mi libertad, lo haría de labios afuera. Estos lugares no son de los que se vuelven a ver. ¡Si me sacan de la prisión y vuelvo a la sociedad en donde tan separados estamos uno de otro, ya no veré casi nunca a Clelia! Y en realidad, ¿qué daño me hace la prisión? Si Clelia se dignase no extremar conmigo su cólera, ¿qué podría yo pedirle al cielo?

Durante la noche de ese día, transcurrido sin ver a su preciosa vecina, tuvo la idea magnífica de emplear la cruz de hierro del rosario que reparten a los presos al entrar, para intentar, con éxito, agujerear la pantalla. Esto es acaso una imprudencia, dijo antes de empezar, porque los carpinteros

han dicho delante de mí que mañana van a venir los pintores, y ¿qué dirán si se encuentran con que la pantalla está agujereada? Pero si no cometo esta imprudencia no podré verla mañana. Y ¿por culpa mía voy a estarme un día sin verla, cuando además se fue ayer enfadada? La imprudencia de Fabricio obtuvo su recompensa; después de quince horas de trabajo vio a Clelia y para colmo de felicidad, la muchacha no creyendo que podía verla Fabricio, permaneció mucho rato inmóvil, con la mirada fija en la inmensa pantalla. Fabricio tuvo tiempo de sobra para leer en sus ojos la más tierna conmiseración. Hacia el final de su estancia en la pajarera, olvidaba Clelia visiblemente los cuidados que debía a sus pájaros, para estarse minutos enteros contemplando la ventana. Su alma estaba hondamente agitada; pensaba en la duquesa, cuya extremada desgracia le inspiró tanta lástima, y sin embargo empezaba a odiarla. No comprendía la profunda melancolía que iba apoderándose de su carácter y se irritaba contra sí misma. Dos o tres veces, durante esta visita, Fabricio impaciente trató de imprimir algún movimiento a la pantalla; parecíale que no sería feliz hasta que pudiera manifestar a Clelia que la estaba viendo. Sin embargo, pensaba, si supiera que la veo fácilmente, sin duda su timidez y su reserva la obligarán a ocultarse a mis miradas.

Al día siguiente fue mucho más feliz. (¡Con qué nimiedades fórjase el amor una ventura!) Mientras ella estaba tristemente contemplando la pantalla, consiguió Fabricio hacer pasar un alambre por el agujero y le hizo señas, que ella comprendió evidentemente, al menos en el sentido de que significaban: estoy aquí y la estoy viendo.

Fabricio tuvo desgracia los días siguientes. Quería recortar en la colosal pantalla un pedazo de madera del tamaño de la mano, que pudiera volverse a colocar a voluntad, lo que le permitiría ver y ser visto, esto es, hablar por señas al menos de lo que pasaba en su corazón. Pero sucedió que el ruido que hacía la sierra fabricada con el resorte del reloj, mellado contra la cruz, inquietaba a Grillo que se venía al cuarto y se estaba muchas horas en él. Fabricio creyó advertir, en cambio, que la severidad de Clelia disminuía a medida que aumentaban las dificultades materiales que se oponían a toda correspondencia. Fabricio notó muy bien que ya no bajaba los ojos ni miraba a los pájaros, cuando él trataba de dar a conocer su presencia por medio del mísero alambre. Tuvo el placer de comprobar que no dejaba de presentarse nunca en la pajarera en el preciso instante en que daban las once y tres cuartos y casi se figuraba ya, el presumido, que era él la causa de esa puntualidad. ¿Por qué se imaginaba esto? No parece razonable esa idea, pero el amor es capaz de observar matices que para el indiferente son invisibles, y saca de ellos infinitas consecuencias. Por ejemplo, desde que Clelia no veía ya al preso, alzaba la vista hacia la ventana casi inmediatamente al entrar en la pajarera. Eran los fúnebres días en que nadie, en Parma, dudaba de la próxima ejecución de Fabricio. Sólo él ignoraba. Pero esa horrible idea no abandonaba un momento a Clelia y ¿cómo reprocharse el excesivo interés que tomaba por Fabricio? ¡Iba a morir! Y por la causa de la libertad! Porque es absurdo suponer que se condenase a muerte a un del Dongo por haber dado una cuchillada a un histrión. ¡Cierto, que el amable joven estaba

unido a otra mujer! Clelia era profundamente desgraciada y no se confesaba a sí misma con precisión el género de interés que sentía por la suerte del preso. ¡Ciertamente, pensaba, si le dan muerte me meteré en un convento y jamás pondré los pies en esa sociedad cortesana, que me horroriza! ¡Son unos asesinos con buenos modales!

El día, octavo y de la prisión de Fabricio, Clelia hubo de sentir una gran vergüenza. Estaba absorta en sus pensamientos mirando fijamente la pantalla que ocultaba la ventana del preso; ese día todavía Fabricio no había dado señales de presencia, cuando de pronto, un pedazo de madera, mayor que la mano, fue retirado y Fabricio asomó la cara mirándola con expresión jocosa y saludándola con los ojos. La pobre niña no pudo aguantar esta inesperada prueba y se volvió rápida hacia los pájaros, para prodigarles sus cuidados; pero temblaba tanto su mano, que derramaba por el suelo toda el agua que les estaba echando. Fabricio podía ver muy bien su emoción; Clelia no pudo soportar más esta situación y se marchó corriendo.

Este momento fue el más hermoso de la vida de Fabricio, sin comparación. ¡Con qué energía hubiera rechazado su libertad, si en este instante vienen a ofrecérsela!

El día siguiente fue el día de desesperación grande para la duquesa. Todo el mundo en la ciudad tenía por cierto que Fabricio estaba perdido. Clelia no tuvo el triste valor de mostrarle una dureza que su corazón no sentía y se pasó hora y media en la pajarera mirando todas las señales y hasta contestando a veces, al menos con la expresión del más vivo y más sincero interés; íbase por momentos para ocultar sus

lágrimas. Su coquetería de mujer comprendí muy bien la imperfección del lenguaje empleado. Si hubieran podido hablarse ¡cuánto no habría dado por adivinar cuál era exactamente la naturaleza de los sentimientos que Fabricio sentía por la duquesa! Ya Clelia casi no podía hacerse ilusiones: odiaba a la señora Sanseverina.

Una noche, Fabricio se puso a pensar algo seriamente en su tía se quedó muy extrañado, porque apenas pudo hallar su imagen en su memoria; la representación que ahora tenía era totalmente distinta; para él la duquesa era ahora una mujer de cincuenta años

-¡Dios mío! -exclamó entusiasmado-, ¡qué bien inspirado es tuve en no decirle que la amaba!

Fabricio había llegado hasta el punto de no poder casi comprender, cómo la había encontrado tan bonita. En este respecto la pequeña Marietta le daba la impresión de un cambio menos sensible: y es que nunca se había figurado que su alma tuviese parte en su amor por Marietta, mientras que muchas veces había; creído que su alma entera pertenecía a la duquesa. La duquesita de A y Marietta dábanle ahora la impresión de dos palomita cuyo encanto para su debilidad, su inocencia, mientras que la imagen de Clelia Conti se apoderaba de todo su ser y llegaba a infundirle terror. Comprendía demasiado bien que la eterna felicidad de su vida iba a obligarle a contar con la hija del gobernador que en poder de ella estaba el hacerle el más desgraciado de los hombres. Cada día sentía el mortal temor de ver terminarse de repente, por un capricho inapelable de la voluntad de Clelia, esta especie de vida singular y deliciosa que llevaba cerca de ella; sin

embargo ya ella había llenado de ventura los dos primeros mese de su prisión. Era el tiempo en que dos veces por semana decía e: general Fabio Conti al príncipe:

-Puedo dar a Vuestra Alteza mi palabra de honor de que e preso del Dongo no habla con alma viviente y pasa la vida en el abatimiento de la más honda desesperación o en dormir.

Clelia venía dos o tres veces al día a ver ;sus pájaros; a veces por sólo unos instantes. Si Fabricio no la hubiese amado tanto, hubiera visto que ella le amaba; pero sobre ese punto tenía Fabricio mortales dudas. Clelia había mandado poner un piano en la pajarera. Mientras golpeaba las teclas, para que el sonido del instrumento anunciase su presencia y al mismo tiempo entretuviese a los centinelas que se paseaban debajo de las ventanas, respondía con los ojos a las preguntas de Fabricio. Sobre un punto tan sólo no daba contestación y hasta, en algunas ocasiones, se escapaba y desaparecía a veces por todo un día; era cuando las señas de Fabricio indicaban sentimientos cuya confesión era difícilísimo no entender.

Así, aunque recluso en un estrecho cajón, Fabricio llevaba una vida bastante densa. Estaba totalmente entregado a este importante problema. ¿Me ama? El resultado de millares de observaciones, renovadas sin cesar y sin cesar puestas en duda, era éste: todos sus gestos y ademanes voluntarios dicen que no, pero lo que hay de involuntario en el movimiento de sus ojos, parece mostrar que me va tomando cariño.

Clelia esperaba firmemente no llegar nunca a una confesión y para alejar el peligro, había rechazado con excesiva cólera un ruego que Fabricio le había dirigido varias veces. La pobreza de los recursos usados por el infeliz preso hubiera debido, al parecer, inspirar lástima a Clelia. Quería Fabricio entablar correspondencia con ella, por medio de letras trazadas sobre la palma de la mano con un pedazo de., carbón que, por dicha inestimable, había descubierto en la estufa; hubiera formado las palabras letra por letra. Esta invención habría duplicado los medios de conversación facilitando el decirse las cosas con precisión. Su ventana estaba veinticinco pies de la de Clelia. Hubiera sido demasiado arriesgado hablarse a voces por encima de la cabeza de los centinelas que se paseaban delante del palacio del gobernador. Fabricio dudaba de si era amado. De haber tenido alguna experiencia en cosas de amor, no hubiera sentido esa duda. Pero nunca una mujer había ocupado su corazón y además no tenía la menor sospecha de un secreto que la hubiera llevado a la desesperación, si lo supiera: tratábase seriamente de casar a Clelia Conti con el marqués Crescenzi, el hombre más rico de la corte.

XIX

La ambición del general Conti, excitada hasta la locura por las dificultades que entorpecían la carrera del primer ministro Mosca, habíale conducido atener con su hija violentas discusiones en las que el padre le repetía, sin cesar, iracundo, que ella iba a ser causa del fracaso de su vida, si no se decidía por fin a aceptar un partido; a los veinte años cumplidos ya era hora de casarse; ese estado de aislamiento cruel en que su obstinación insensata tenía sumido al general, debía terminar, etc., etc.

Para sustraerse a esos ataques de mal humor constante, Clelia se refugiaba en la pajarera; para llegar a ella había que subir por una escalerita de madera muy incómoda, y la gota era para el gobernador un obstáculo muy serio a esa ascensión.

Desde hacía unas cuantas semanas, estaba tan agitada el alma de Clelia, y sabía tan poco ella misma lo que debía querer, que sin dar precisamente su palabra a su padre, se había casi dejado arrancar una promesa. En uno de los ataques de

ira, el general había jurado mandarla al convento más triste de Parma hasta que se dignase elegir un partido.

-Sabes que nuestra casa, aunque muy antigua, no junta ni seis mil francos de renta, mientras que la fortuna del marqués Crescenzi es de más de cien mil escudos de renta anual. Todo el mundo en la corte está de acuerdo en atribuirle el más suave carácter; nunca ha dado motivo de queja a nadie. Es guapo, joven, bienquisto con el príncipe, y yo digo que hay que estar loca rematada para rechazar sus atenciones. Si esta negativa fuera la primera, bien podría aguantarla; pero ya van cinco o seis partidos, los mejores de la corte que rechazas como una tonta. Y ¿qué sería de nosotros, di, si me dan el pase a la reserva? ¡Qué triunfo para mis enemigos, si me vieran habitar un segundo piso, a mí, de quien tantas veces se ha hablado para el ministerio! No, por Dios; ya llevo bastante tiempo haciendo por bondad el papel de Casandro. Ahora mismo vas a presentarme alguna objeción valedera contra ese pobre marqués; Crescenzi que tiene la bondad de estar enamorado, de querer casarse sin dote, de asignarte una donación de treinta mil francos de renta anual, con los cuales al menos podré alojarme; ahora mismo o me hablas en razón o, por Dios, ¡te casas dentro de dos meses!

De todo este discurso una sola palabra notó bien Clelia, la amenaza de meterla en un convento y por consiguiente de alejarla de la fortaleza, en el momento mismo en que la vida de Fabricio parecía pendiente de un hilo; pues no transcurría un mes sin que el rumor de su próxima muerte no volviera a circular por la corte, y la ciudad. Por mucho que razonó y meditó, no pudo decidirse a correr el riesgo de separarse de

Fabricio en el momento mismo el que temía por su vida. Parecíale el peor de los males; era por lo me nos el más inmediato.

Y no es que el estar cerca de Fabricio diera la felicidad de su corazón; creía que la duquesa lo amaba y su alma estaba desgarrada por celos mortales. Sin cesar pensaba en las cualidades de ese mujer tan universalmente admirada. La reserva extremada que si había impuesto con Fabricio, el lenguaje de signos a que lo tenis; reducido, por miedo de caer en alguna indiscreción, todo parecía juntarse para privarla de los medios de llegar a ver claro en su sentimientos hacia la duquesa. Así, cada día sentía con dolor más cruel la horrible desgracia de tener una rival en el corazón de Fabricio y cada día atreviase menos a exponerse al peligro de darle ocasión de decir la verdad acerca de lo que ocurría en su corazón. Y sin embargo, ¡qué encanto oírle confesar sus verdaderos sentimientos! Con cuánta alegría hubiera Clelia aclarado las sospechas horribles que emponzoñaban su vida!

Fabricio era ligero. En Nápoles tenía la reputación de cambia fácilmente de amiga. A pesar de toda la reserva que se impone una señorita, Clelia, desde que iba a la corte, escuchaba con atención, sin preguntar jamás, y había llegado a conocer la reputación de los jóvenes que habían solicitado su mano. ¡Pues bien! Fabricio comparado con todos ellos, era el que más ligereza había puesto el sus relaciones de corazón. Estaba en prisión, aburrido y hacía el amor a la única mujer a quien podía hablar; ¿qué cosa más sencilla?, ¿qué cosa más común, inclusive? Esto es lo que llenaba de pena a Clelia. Aun cuando, por íntegra revelación, llegara a sabe que ya

Fabricio no quería a la duquesa, ¿qué confianza podía tener en sus palabras? Y aun cuando creyese en la sinceridad de sus palabras, ¿qué confianza tener en la duración de sus sentimientos? por último, para acabar de introducir la desesperación en su alma ¿no estaba ya Fabricio muy adelantado en la carrera eclesiástica ¿No estaba en vísperas de comprometerse en eternos votos? ¿No aguardaban en esa carrera las más altas dignidades? Si me quede la más mínima cantidad de sentido común, decía la desgracia Clelia, ¿no debería huir de aquí? ¿No debería suplicar a mi para que me encerrase en un lejano convento? Y, para colmo de mi ira, precisamente el temor de salir de la fortaleza y meterme en convento es el que dirige mi conducta toda. Ese temor el que obliga a disimular, el que me fuerza a la mentira repugnante y honra de fingir que acepto las atenciones del marqués Crescenzi.

El carácter de Clelia era profundamente razonador y en su vida no había tenido que reprocharse una acción desconsiderada Y, sin embargo, en esta ocasión su conducta era el colmo del absurdo; júzquese cuáles serían sus sufrimientos!... Tanto más cruel eran, cuanto que no se hacía ilusiones. Se enamoraba de un hombre amado locamente por la mujer más hermosa de la corte, una mujer que en muchos sentidos la superaba a ella, a Clelia. ese mismo hombre, aunque estuviera libre, no era capaz de ser un serio y profundo afecto, mientras que ella, lo comprendía bien, no podía ya sentir otro cariño en su vida.

Así, pues, con el corazón agitado por los más horribles remedimientos, llegaba Clelia todos los días a la pajarera. Llevába ese lugar una fuerza ajena a su voluntad; una vez allí,

cambiaba objeto su inquietud y se hacía menos cruel; los remordimientos c aparecían por unos momentos; espiaba con indecibles latidos corazón los instantes en que Fabricio podía abrir la especie postigo que había hecho en la inmensa pantalla. A veces el carcelero Grillo estaba en el cuarto y no podía corresponder Fabricio c su amiga.

Una noche, hacia las once, Fabricio oyó en la fortaleza ruin muy extraños. Solía acostarse en el hueco de la ventana y sacar la cabeza por el postigo, conseguía oír el ruido algo fuerte que hacía en la escalera grande, llamada de los trescientos escalones, cual subía desde el primer patio, por el interior de la torre red da, hasta la terraza de piedra sobre la que se levantaban el pala del gobernador y la torre Farnesio, en donde se encontraba.

Hacia la mitad, a la altura de ciento ochenta escalones, la escalera pasaba al lado sur de un gran patio, al lado norte y allí ha un puentecillo de hierro muy ligero y muy estrecho, en medio cual se sentaba un portero. Cada seis horas relevaban a este hombre quien, cuando alguien venía, tenía que levantarse y aparatr el cuerpo para dar paso por el puente que guardaba. Ese puentecillo era de paso forzoso para ir al palacio del gobernador y a la torre Farnesio. Bastaban dos vueltas a un resorte, cuya llave tenía e gobernador, para precipitar el puente de hierro al patio, desde un, altura de más de cien pies. Una vez tomada esta sencilla precaución, como en la fortaleza no había otra escalera y como todas la tardes un sargento dejaba en casa del gobernador, en una habitación a la que se entraba por su despacho, las cuerdas de todos los pozos, el palacio del gobernador permanecía

inasequible siendo as mismo imposible que nadie penetrase en la torre Farnesio. Esto lo sabía muy bien Fabricio por haberlo notado el día de su llegad; a la fortaleza y porque Grillo, amigo, como todos los carceleros, de ponderar su prisión, se lo había explicado varias veces; así, pues no abrigaba grandes esperanzas de evasión. Sin embargo, recordaba una máxima del abate Blanes: "El amante piensa en acercarse a su amada más que el marido en guardar a su mujer; el preso piensa escaparse más que el carcelero en cerrar la puerta; luego sean cualesquiera los obstáculos, el amante y el preso deben vencer.

Aquella noche oyó Fabricio muy bien que un gran número de hombres pasaban por el puente de hierro, llamado puente de esclavo, porque una vez un esclavo dálmata logró escaparse, tirando al portero del puente al patio.

Vienen a llevarse a alguien; quizá van a ahorcarme; pero puede haber desorden; se trata de aprovecharlo. Fabricio había tomad sus armas y sacaba ya oro de algunos de sus escondrijos, cuando de repente se detuvo.

¡Gracioso animal es el hombre!, se dijo, convengamos en ello ¡Qué diría un invisible espectador que estuviera viendo mis preparativos! ¿Es que por ventura deseo yo escaparme? ¿Qué sería de mí al día siguiente de mi vuelta a Parma? ¿No haría cuanto pudiera por acercarme a Clelia? Si hay desorden, aprovechémoslo para deslizarme en el palacio del gobernador; quizá pueda hablar con Clelia; quizá, autorizado por el escándalo, pueda besarle la mano E1 general Conti, muy desconfiado por naturaleza y no menos vanidoso ponía cinco centinelas de guardia en su palacio, uno en cada esqui-

na de la construcción y otro en la puerta de entrada; pero por fortuna, la noche era oscura. Con sumo cuidado, fue Fabricio a ver lo que hacían el carcelero Grillo y el perro: el carcelero dormía profundamente sobre una piel de vaca colgada de cuatro cuerdas y rodeada de una vasta red; el perro Fox abrió los ojos, se levantó y se acercó despacio a Fabricio para acariciarle.

Nuestro preso subió ligero los seis escalones que conducían a su jaula de madera. El ruido se hacía tan intenso al pie de la torre Farnesio, precisamente delante de la puerta, que empezó a teme que Grillo se despertase. Fabricio, con todas sus armas y dispuesta la acción, creía ya que esta noche le esperaban grande aventura, cuando de pronto oyó tocar la más hermosa sinfonía del mundo; a general o a su hija le estaban dando serenata. Soltó el trapo a reír ¡Y yo que me imaginaba ya dando puñaladas, como si una ser nata no fuese cosa infinitamente más vulgar que un rapto, que requiere la presencia de ochenta personas en una cárcel, o que un revuelta ¡La música era excelente y le pareció deliciosa a Fabricio cuyo espíritu carecía de distracciones desde tantas semanas. Vertió lágrimas de emoción y en su éxtasis, dirigía los más irresistibles di; cursos a la hermosa Clelia. Pero al día siguiente, a mediodía, lo encontró tan melancólica, tan sombría, tan pálida, dirigiéndole m; radas cargadas a veces de tanta ira, que no se creyó autorizado preguntarle nada sobre la serenata; temió ser descortés.

Clelia tenía mucha razón en estar triste. La serenata se la daba e marqués Crescenzi. Un acto tan público era en cierto modo el anuncio oficial del matrimonio. Hasta el día mismo

de la serenta, hasta las nueve de la noche, Clelia había resistido heroicamente, pero ante la amenaza que le hiciera su padre de meterla en seguida en un convento, había tenido la debilidad de ceder.

¡Cómo! ¡No le volveré a ver!, había pensado, anegada en llanto. En vano decíale su razón: No volveré a ver a ese ser que labrará mi desgracia de todas las maneras, no volveré a ver a ese amante de la duquesa, no volveré a ver a ese hombre ligero que ha tenido en Nápoles diez amigas conocidas y a todas ha hecho traición; no volveré a ver a ese joven ambicioso que, si sobrevive a su sentencia entrará en las sagradas órdenes. Sería un crimen mirarlo cuando salga de esta fortaleza, y además su natural inconstancia me libraré de la tentación de mirarlo; pues ¿qué soy yo para él? Un pretexto un juguete con que logra distraer algunas horas de cárcel. Pero en mitad de esos insultos, Clelia recordó la sonrisa con que Fabricio miraba a los guardias cuando salió de la oficina para subir a la torre Farnesio. Las lágrimas inundaron sus mejillas: ¡Querido amigo!, ¿qué no haría yo por ti? Serás mi perdición, lo sé; tal es mi destino; me pierdo yo misma atrozmente asistiendo esta noche la horrible serenata; ¡pero mañana, a las doce, volveré a ver tus ojos. Y precisamente al siguiente día de aquella noche en que Clelia hiciera tan grandes sacrificios al joven preso, a quien amaba con tan pura pasión; precisamente al día siguiente de aquella noche en que, aun viendo todos sus defectos, le había sacrificado su vida, fui cuando Fabricio se desesperó por su frialdad. Si empleando sólo el imperfecto idioma de las señales, hubiera Fabricio hecho la menor violencia al alma de Clelia, habría obtenido al instante

la confesión de cuanto sentía por él. Pero le faltaba audacia, temía demasiado ofender a Clelia, que podía castigarle con severísima pena. Dicho de otro modo, Fabricio no tenía ninguna experiencia de ese género de emoción que produce la mujer amada, era una sensación que nunca había experimentado, ni siquiera en su más flojo matiz. Necesitó ocho días para volver a estar con Clelia en la relación habitual de buena amistad. La pobre niña se armaba de la mayor severidad, porque moría de miedo de entregarse; a Fabricio le parecía que cada día estaba en peor relación con ella.

Una mañana, a los tres meses casi de estar Fabricio encarcelado, sin haber tenido comunicación alguna con el exterior y sin sentirse, no obstante, desgraciado, Grillo se había quedado en la habitación hasta muy tarde, y Fabricio, desesperado, no sabía cómo despedirlo. Ya habían dado las doce y media, cuando por fin pudo abrir los dos postiguillos de un pie de altura que había hecho en la faltal pantalla.

Clelia estaba en la ventana de la pajarera, con los ojos fijos en la de Fabricio. Las líneas de su cara, contraídas, expresaban la más violenta desesperación. Apenas vio a Fabricio, hizo señas de que todo estaba perdido; corrió a sentarse al piano y haciendo como si cantase un recitativo de la ópera de moda, le dijo en frases interrumpidas por la desesperación y el temor de ser entendida por los centinelas que se paseaban debajo de la ventana:

-¡Dios mío!, ¿aún está usted vivo? ¡Cuántas gracias le doy al cielo! Barbone, el carcelero cuya violencia castigó usted el día de su llegada aquí, había desaparecido y no estaba ya en la fortaleza. Pero ha vuelto anteayer y desde ayer tengo

motivos para creer que quiere envenenarle a usted. Anda por la cocina privada del palacio, que es la que le hace a usted la comida. Nada sé con seguridad, pero mi doncella cree que ese monstruo no viene a las cocinas del palacio sino con el propósito de quitar a usted la vida. Me moría de inquietud al ver que no se asomaba usted; me creía que había usted muerto. No coma nada hasta nuevo aviso; voy a hacer lo posible por mandarle algo de chocolate. En todo caso, esta noche a las nueve, si la bondad divina hace que tenga usted un hilo o que pueda formar una cinta con su ropa blanca, déjela bajar por la ventana hasta los naranjos; le ataré una cuerda que usted recogerá y con esta cuerda le daré pan y chocolate.

Fabricio había conservado como un tesoro el trozo de carbón que encontró en la estufa de su cuarto: se dio prisa, para aprovechar la emoción de Clelia y escribió en la palma de su mano un serie de letras cuya sucesiva aparición formaba estas palabras: "Amo a usted, y la vida no tiene para mi valor más que porque la veo envíeme sobre todo papel y lápiz."

Como esperaba Fabricio, el extremado terror que se veía pintado en el rostro de Clelia, fue causa de que la joven no rompen la conversación después de esa audaz palabra: "amo a usted". S limitó a manifestarse malhumorada. Fabricio tuvo el talento d añadir: "Con el viento tan fuerte que hace hoy, he oído muy mal el aviso que se ha dignado usted darme cantando; el sonido de piano cubre la voz. ¿Qué es lo que dice usted de veneno?"

A1 oír esta palabra, el terror de la joven reapareció por entero a toda prisa se puso a trazar grandes letras con tinta en las página de un libro que rompió, y Fabricio saltaba de gozo viendo por fin arreglado, después de tres meses de esfuerzos, el medio de corresponder que tanto y tan en vano había solicitado. Buen cuidado tuvo de no abandonar al astuto ardid que tan bien le había servido como su aspiración era escribir cartas, hacia a cada momento como que no entendía bien las palabras que Clelia iba deletreándole coa letras pintadas.

Tuvo Clelia que irse de la pajarera para acudir a una llamada de su padre. Su mayor temor era que al padre se le ocurriera subí a buscarla, pues el suspicaz ingenio del general no hubiera visto sin desagrado la proximidad de la ventana de esa pajarera con 1 pantalla que tapaba la del preso. La misma Clelia, momentos ante: cuando al ver que Fabricio no salía, se sintió mortalmente inquieta, había, pensado en que no sería difícil tirar una piedrecita envuelta en papel, que entrara por la parte superior de la pantalla Si el azar quería que en este instante no se hallase en la habitación de Fabricio el carcelero encargado de su vigilancia, era ese un me dio seguro de correspondencia.

Nuestro preso se apresuró a fabricar con su ropa blanca un especie de cuerda; y por la noche, poco después de las nueve, oyó muy claramente unos golpecitos dados en los cajones de los naranjos que estaban debajo de su ventana. Dejó caer la cuerda y subido con ella una soguilla muy larga con la que sacó luego una provisión de chocolate y además, con inexpresable satisfacción, un rollo de papel y un lápiz.

En vano siguió echando la cuerda; nada más pudo sacar; por lo visto habíanse acercado los centinelas a los naranjos. Pero estaba loco de alegría. Se puso en seguida a escribir a Clelia una carta infinita. Cuando la hubo terminado, la ató a la cuerda y la echó por la ventana. Estuvo más de tres horas esperando a que viniesen por ella y la recogió varias veces para corregirla. Clelia no ve mi carta esta noche, pensaba, mientras aún está coa movida por ideas de muerte y de veneno, quizá mañana rechace la idea de recibir una epístola.

El hecho es que Clelia tuvo por fuerza que acompañar a su padre a la ciudad. Fabricio lo comprendió así cuando oyó hacia las doce y media de la noche el coche del general que regresaba; conocía el paso de los caballos. Cuál no sería su contento cuando unos minutos después de haber oído al general atravesar la terraza y los centinelas presentar las armas, sintió que se agitaba la cuerda que no había dejado de tener enrollada al brazo. Ataban un pez grande; dos sacudidas sirvieron de señal de que ya podía tirar. Trabajo bastante le costó conseguir que el peso que traía salva una cornisa muy saliente que había debajo de la ventana.

El objeto que tanto trabajo le costó subir era una botella de agua envuelta en un chal. Con delicioso arrebató el pobre joven que vivía desde hacía tanto tiempo en completa soledad, llenó de besos el chal. Pero renunciamos a pintar su emoción cuando por fin después de tantos días de vana esperanza, descubrió un papelito sujeto al chal por medio de un alfiler.

"No beba más que esta agua y no coma más que chocolate. Mañana haré cuanto pueda para mandar pan que se-

ñalaré por todos lados con crucecitas de tinta. Horroroso es decirlo, pero ha de saber usted que acaso tenga Barbone el encargo de envenenarle ¿Cómo no ha comprendido usted que el asunto que trata en carta a lápiz me desagrada muchísimo? No le escribiría sin el extremado peligro que corremos. Acabo de ver a la duquesa; está bien salud, como el conde, pero está muy delgada. No me escriba me sobre ese asunto, ¿querría usted enojarme?”

Clelia tuvo que hacer un gran esfuerzo de virtud para escribir la penúltima línea de esa carta. Todo el mundo, en la sociedad de la corte, afirmaba que la señora Sanseverina iba tomando mucha amistad por el conde Baldi, el hermoso joven, antiguo amigo de la marquesa Raversi. Lo cierto era que Baldi había roto del modo más escandaloso con la marquesa, que durante seis años le había servido de madre y le había dado un puesto en la sociedad.

Clelia tuvo que volver a redactar la cartita escrita a toda gris; porque en su primera forma dejaba traslucir de los nuevos amor que la magnitud pública atribuía a la duquesa.

-¡Qué vileza sería por mi parte —exclamó— hablar mal a Fabricio de la mujer a quien ama!

Al día siguiente por la mañana, mucho antes de nacer el de Grillo entró en el cuarto de Fabricio, dejó un paquete bastante pesado y desapareció sin decir palabra. El paquete contenía un pan bastante grande, lleno de crucecitas trazadas a la pluma. Fabricio lo besó apasionadamente; estaba enamorado. Al lado del pan había un rollo envuelto en papel; contenía seis mil francos en moneó de oro. Por último, Fabricio encontró un hermoso breviario nuevecito; una mano,

cuya letra ya empezaba a conocer, había pues estas palabras en el margen:

“¡El veneno! Cuidado con el agua, con el vino, con todo. Viva de chocolate, no toque las comidas que le den y procure que el perro las devore; no hay que demostrar desconfianza, pues el enemigo buscaría otro medio. ¡Nada de imprudencias, en nombre de Dios! ¡Nada de ligerezas!”

Fabricio se apresuró a borrar esas queridas letras que podía delatar a Clelia y rompió un gran número de hojas del breviario con las que hizo varios alfabetos. Cada letra estaba muy bien trazada con carbón desleído en vino. Los alfabetos estuvieron seca cuando a las once y tres cuartos Clelia se presentó en la pajarera retirándose a dos pasos de la ventana. El gran negocio consiste ahora, pensó Fabricio, en conseguir que consienta en usarlos. Mas, por fortuna, sucedió que Clelia tenía mucho que contar al joven preso acerca del intento de envenenamiento: un perro de las criadas había muerto por haber comido un plato que le estaba destinado. Clelia lejos de poner objeciones al uso de los alfabetos, había preparado uno magnífico con tinta. La conversación, llevada en esta forma bastante incómoda al principio, duró más de hora y media, es decir, todo el tiempo que Clelia pudo permanecer en la pajarera. Dos o tres veces Fabricio se permitió decir cosas prohibidas; no le coa testó, y fue un momento a dar a sus pájaros los cuidados precisos.

Fabricio había obtenido de ella que, por la noche, al enviarle agua, le mandara también uno de los alfabetos hechos con tinta que se veían mucho mejor. No dejó de escribir una carta muy largo en la que tuvo buen cuidado de no poner

ternezas, al menos c modo que pudiera ofenderle. Este medio le valió que su carta fuer aceptada.

A1 día siguiente, en la conversación por letras, Clelia no lo dirigió ningún reproche. Le hizo saber que el peligro del veneno disminuía. Barbone había sido atacado por los que cortejaban las mozas de cocina del palacio del gobernador, y había quedado medio muerto a palos. Probablemente no se atrevería a volver por allí. Clelia le confesó que se había atrevido a robar a su padre el contraveneno, que le enviaba; lo principal era dejar en seguida todo alimento que tuviera sabor extraño.

Clelia había hecho muchas preguntas a don César, sin poder averiguar de dónde venían los seis mil francos que había recibo Fabricio. En todo caso era una excelente señal; la severidad disminuía.

El episodio del veneno adelantó muchísimo los asuntos de nuestro preso; sin embargo nunca pudo obtener la menor confesión que pareciese de amor. Pero tenía la infame ventura de vivir con Clelia íntimamente. Todas las mañanas, y a veces hasta por la tarde, había una larga conversación por letras. Todas las noche a las nueve, Clelia aceptaba una larga carta y algunas veces contesten pocas palabras; le enviaba el periódico y algunos libros. En el Grillo se dejó ganar hasta el punto de llevar todos los días pan y vino que le entregaba la doncella de Clelia. El carcelero Grillo había sacado la conclusión de que el gobernador no estaba de acudo con los que habían encargado a Barbone, que envenenase al joven a monsignore. Esto le satisfizo mucho, como a todos sus compañeros porque habíase establecido un refrán en la cár-

cel, que decía: “no hay más que mirar de frente a monsignore del Dongo para tener dinero”.

Fabricio se había quedado muy pálido. La absoluta falta de ejercicio dañaba a su salud. Salvo esto, nunca habíase sentido más feliz y contento. El tono de la conversación era muy íntimo y a veces muy alegre entre Clelia y él. Los únicos momentos de la vida de Clelia, no amargados por funestas previsiones y crueles rendimientos, eran los que pasaba conversando con él. Un día tuvo imprudencia de decirle:

-Admiro su delicadeza; como soy la hija del gobernador, nunca me habla usted del deseo de recobrar la libertad.

-Es que me guardo muy bien de tener tan absurdo deseo -le respondió Fabricio-. Si yo volviera a Parma, ¿cómo ver a usted Y la vida sería para mí insoportable si no pudiera decirle a usted todo lo que pienso , no, precisamente todo lo que pienso, que bien se encarga usted de impedírmelo; pero en fin, a pesar de su crueldad, vivir sin verla a diario sería para mi un suplicio mucho más grande que esta prisión. ¡En mi vida he sido tan feliz como ahora! ¿No es gracioso ver que la felicidad me aguardaba la cárcel?

-Mucho hay que decir de todo eso -respondió Clelia con tono que de repente se hizo muy serio Y casi siniestro.

-¡Cómo! -exclamó Fabricio muy alarmado-; ¿estaré acaso expuesto a perder el rinconcillo que he podido ganar en su corazón y que es mi única alegría en este mundo?

-Sí -dijo ella-; tengo motivos para creer a usted falto de sinceridad conmigo, aunque por lo demás se le considera en el mundo como un caballero; pero no quiero hoy hablar de ese asunto.

Este singular argumento produjo muchas veces turbación en ambos y les hizo muchas veces venir las lágrimas a los ojos.

El fiscal general Rassi seguía aspirando a variar de nombre; estaba cansado del que llevaba y quería ser barón de Riva. Por su parte, el conde Mosca trabajaba con toda la habilidad de que era capaz, en robustecer la pasión que ese juez vendido sentía por la baronía y en duplicar en el príncipe la loca esperanza de ser alguna vez rey constitucional de Lombardía. Estos eran los únicos medios que había podido inventar para retrasar la muerte de Fabricio.

El príncipe decía a Rassi:

-Quince días de desesperación y quince de esperanzas. Con este régimen aplicado con paciencia acabaremos por vencer el carácter de esa mujer altiva. Con alternativas de dureza y de dulzura es como se consigue domar a los potros más rebeldes. Aplíquese el cáustico con firmeza.

Y, en efecto, cada quince días renacía en Parma el rumor de la próxima muerte de Fabricio. Esos rumores sumían a la desgraciada condesa en la más profunda desesperación. Fiel a su resolución de no arrastrar al conde en su ruina, no consentía en verle sino dos veces al mes. Pero su crueldad hacia este pobre hombre era castigada por las continuas alternativas de sombría desesperación en que se pasaba la vida. En vano el conde Mosca, sobreponiéndose a los celos que le inspiraban las asiduidades del hermoso conde Baldi, escribía a la duquesa, cuando no podía verla, y le daba noticia de los datos que había obtenido por el celo del futuro barón Riva. Pero la duquesa hubiera necesitado, para resistir al dolor que

le producían los atroces rumores que sin cesar corrían acerca de Fabricio, vivir con un hombre de talento y corazón como Mosca. La nulidad de Baldi la dejaba entregada a sus pensamientos y le proporcionaba una vida horrible, sin que el conde pudiera conseguir comunicarle sus motivos de esperanza.

Por medio de diferentes pretextos ingeniosos, el ministro había conseguido que el príncipe consintiese en depositar en un castillo amigo, en el centro mismo de Lombardía, cerca de Saronó, el archivo de todas las intrigas muy complicadas, merced a las cuales, Ranuncio Ernesto IV alimentaba la esperanza loca de llegar a ser constitucional de ese hermoso país.

Más de veinte de esos documentos, muy comprometedores, estaban escritos o firmados por el propio príncipe y en el caso de que la vida de Fabricio fuese seriamente amenazada, proponíase el conde de anunciar a Su Alteza que iba a entregar esos documentos a una gran potencia que, con un solo gesto, podía aniquilarlo.

El conde Mosca creía contar con el futuro barón Riva. El veneno era su único temor. La intentona de Barbone le había alarmado profundamente, hasta el punto que se decidió a dar un pase aparentemente de una locura insigne. Una mañana se presentó a la puerta de la fortaleza y rogó al general Fabio Conti que baja; a hablar con él. El general y el conde se pasearon amigablemente por el baluarte, encima de la puerta, y el conde, después de un pequeño preámbulo agrídulce, pero conveniente, no vaciló e decirle:

-Si Fabricio perece de modo sospechoso, su muerte me será atribuida; pasaré por un celoso y esto sería un ridículo que no esto dispuesto a aceptar. Así, pues, para lavarme de esa sospecha, si Fabricio muere de enfermedad, usted morirá por mi mano; cuente usted con ello.

El general Fabio Conti dio una contestación magnífica y habla de su valentía. Pero la mirada del conde, no se le borró de la imaginación.

Pocos días después, como si se hubiera concertado con el conde el fiscal Rassi se permitió cometer una imprudencia muy extraño en un hombre como él. El público desprecio que iba unido a su nombre, le era mucho más insoportable desde que tenía la funda de poder vencerlo. Mandó al general Fabio Conti un copia oficial de la sentencia, condenando a Fabricio a doce año de fortaleza. Según la ley, esto debió haberse hecho al día siguiente del ingreso de Fabricio en la cárcel; pero en Parma, país de secretas resoluciones, lo inaudito era que la justicia se permitiese hacer algo sin orden expresa del soberano. En efecto, ¿cómo alimentar la esperanza de reanimar cada día el terror de la duquesa y de doma ese carácter altivo, como decía el príncipe, si una copia oficial de la sentencia salía de la cancillería de justicia? La víspera del día e que el general Fabio Conti recibió copia del pliego oficial del fiscal Rassi, supo que Barbone había sido tundido a palos al regresar algo tarde a, la fortaleza. Infirió de esto que ya no se pensaba en cierto lugar en deshacerse de Fabricio, y con una prudencia que salvó Rassi de las consecuencias inmediatas de su locura, no habló el príncipe, en la primera audiencia que obtuvo, de la copia oficial de la sentencia que

había recibido. El conde había descubierto, paz la tranquilidad de la duquesa, que la torpe tentativa de Barbone no había sido más que una veleidad de venganza privada, y había mandado dar a ese empleado el aviso contundente de que hemos hablado.

Fabricio fue agradablemente sorprendido cuando, después de ciento treinta y cinco días de prisión en una jaula no muy ancha el buen capellán don César vino a buscarle un jueves para dar un paseo por la terraza de la torre Farnesio. A los diez minutos de estaba paseando, Fabricio, que no estaba acostumbrado al aire libre, se puso malo.

Don César tomó pretexto de este accidente para concederle un paseo de media hora diaria. Fue una tontería; esos paseos frecuente devolvieron pronto a nuestro héroe fuerzas de que abusó.

Hubo varias serenatas; el puntual gobernador las toleraba porque comprometían a su hija Clelia con el marqués Crescenzi. En carácter de Clelia daba miedo al general; sentía vagamente que entre ella y él no había contacto alguno y siempre estaba temeroso de que fuera a dar algún escándalo. Ella podía huir a un convento, y entonces quedaba él inerme. Además, el general temía que esa música cuyos sonidos podían penetrar hasta los calabozos más profundos reservados a los más negros liberales, no encerrase señales. Los mismos músicos despertaban recelo en su espíritu y les obligaba, una vez terminada la serenata, a pasar la noche encerrados en las grandes salas bajas del palacio del gobernador que servían durante el día de oficinas para el Estado Mayor, y no se les abría la puerta hasta una entrada el día. El gobernador mis-

mo, colocado en el puente dé esclavo, los mandaba registrar en su presencia y no le devolvía la libertad sin repetirle varias veces que mandaría ahorca al instante al que se atreviera a encargarse de la menor cosa para un preso. Y se sabia que por miedo de desagradar era capaz de hacerlo, de suerte que el marqués Crescenzi tenía que pagar triple a los músicos, muy molestos por tener que pasar una noche encerrados.

Todo lo que la duquesa pudo, con sumo trabajo, obtener de la pusilanimidad de uno de esos hombres, fue que se encargase d una carta y la entregase al gobernador. La carta estaba dirigida Fabricio; deplorábase la fatalidad que hacía que en cinco meses de cárcel, sus amigos de fuera no habían podido anudar la menor relación de correspondencia con él.

A1 entrar en la fortaleza, el músico comprado se echó a los pie del general Fabio Conti y le confesó que un sacerdote, que le era desconocido, había insistido tanto en encargarle de una carta para del Dongo, que no se había atrevido a negarse; pero fiel cumplidor de su deber, se apresuraba a entregarla en manos de su Excelencia.

La Excelencia quedó sumamente halagada; conocía los recursos de que disponía la duquesa y tenía mucho miedo de ser burlado. En su alegría, el general fue a enseñarle esa carta al príncipe, quien se mostró contentísimo.

-Así, pues, la firmeza de mi administración ha conseguido vengarme. Esa mujer altiva sufre desde hace cinco meses. Pero uno de estos días vamos a mandar levantar un cadalso, y su imaginación loca creará sin vacilar que está destinado al pequeño del Dongo.

XX

Una noche, hacia la una de la madrugada, Fabricio, acostado en su ventana había sacado la cabeza por el postigo abierto en la pantalla, y contemplaba las estrellas y el horizonte menso que se domina desde lo alto de la torre Farnesio. Sus ojos, recorrían el campo por el lado del bajo Po y de Ferrara, advirtieron por casualidad una luz sumamente pequeña, pero bastante vi que parecía salir de lo alto de una torre. Esta luz no debe pode: ver desde la llanura, pensó Fabricio; el espesor de la torre impidió que perciba desde abajo; será alguna señal hacia un punto lejano. De pronto notó que la luz desaparecía y volvía a aparecer, con intervalos muy breves. Será alguna muchacha que habla con su amante que vive en la aldea próxima. Contó nueve apariciones sucesivas. Es una I, dijo. En efecto, la I es la novena letra del alfabeto. Un descanso; luego vinieron catorce apariciones. Es una N. Luego, después de un silencio, vino una sola aparición. Es una A. La palabra es Ina.

S T E N D H A L

Cuál no fue su alegría y su estupefacción al notar que las apariciones sucesivas, separadas siempre por pequeños descansos, dieron las palabras siguientes:

INA PENSA A TE

Evidentemente, Gina piensa en ti.

Respondió en seguida por medio de sucesivas apariciones de lámpara en el postigo:

FABRICIO TE AMA

La correspondencia se prolongó hasta el día. Esta noche era, a su cautiverio, la que hacía ciento setenta y tres, y supo que llevaban cuatro meses haciendo todas las noches esas mismas señales. Pero como todo el mundo podía verlas y entenderlas empezó en seguida a establecer abreviaturas: tres apariciones sucesivas muy rápidas indicaban la duquesa; cuatro, el príncipe; dos, el conde Mosca; dos apariciones rápidas seguidas de dos lentas significaban evasión. Se convino que en adelante se siguiera el antiguo alfabeto alla monaca, el cual, para no ser descubierto por indiscretos cambia el número ordinario de las letras y les da números arbitrarios: A, por ejemplo, lleva el número 10; el 3, es decir, que tres eclipses sucesivos de la lámpara significan B, diez eclipses sucesivos A, etc.; un momento de obscuridad sirve para separar las palabras. Se tomó cita para la noche siguiente a la una, y para esta cita acudió la duquesa misma a la torre, que estaba a un cuarto de legua de la ciudad. Sus ojos se llenaron

de lágrimas al ver las señales hechas por ese Fabricio, a quien tantas veces creyera difunto. Ella misma le dijo, por medio de las apariciones de la lámpara: Te quiero; valor, salud, esperanza. Ejercita tus fuerzas en tu cuarto; vas a necesitar la fuerza de tus brazos. No lo he visto, pensaba la duquesa, desde el concierto de Fausta, cuando se presentó en la puerta de mi salón vestido de cazador. ¡Quién me hubiera dicho entonces la suerte que nos esperaba!

La duquesa mandó hacer señales que anunciaban a Fabricio que pronto iba a ser libre, gracias a la bondad del príncipe (estas señales podían ser comprendidas). Luego volvió a decirle ternuras. No podía irse de allí. Sólo las advertencias de Ludovico, quien por haber sido útil a Fabricio había llegado a ser el "factotum" de la duquesa, consiguieron decidirla, al despuntar el alba, a dejar las señales, que podían atraer las miradas de algún malvado. El anuncio, repetido varias veces, de una próxima liberación, sumió a Fabricio en una profunda tristeza. Clelia lo notó y cometió la imprudencia de preguntarle la causa.

-Estoy a punto de dar a la duquesa un grave motivo de descontento.

-Y ¿qué es lo que ella puede exigir que usted le niegue?

-Quiere que salga de aquí; y a eso no me avendré nunca.

Clelia no pudo contestar: le miró y se echó a llorar. Si él hubiese podido dirigirle la palabra de cerca, acaso obtuviera la confesión de esos sentimientos cuya incertidumbre lo sumía a veces en profundo desaliento; comprendía muy vivamente que la vida, sin el amor de Clelia, no podía reservarle sino amargas penas o insoportable tedio. Parecíale que no

valía la pena de vivir, para volver a gozar aquellas otras venturas que antes de conocer el amor habíanle interesado, y aunque el suicidio no esté aún de moda en Italia, había pensado en él como un recurso, si el destino le separaba de Clelia.

A1 siguiente día recibió de ella una larga carta.

"Es preciso, amigo mío, ,que usted sepa la verdad. Muchas veces desde que está usted aquí han creído en Parma que había llega su último día. Cierito es que sólo está usted condenado a doce años de fortaleza; pero, por desgracia, es imposible dudar de que odio omnipotente se dedica a perseguirle, y veinte veces he temblado pensando en que el veneno puede darle la muerte: aproveche, pues, todos los medios posibles de salir de aquí. Ya ve q falto por usted a los más sagrados deberes; juzgue la inminencia con peligro por las cosas que me aventuro a decirle y que tan fuera de lugar están en mis labios. Si es absolutamente preciso, si no hay otro medio de salvación, huya usted. Cada instante que pase usted en esta fortaleza puede poner su vida en el mayor peligro. Piense que hay en la corte un partido a quien la perspectiva del crimen no detuvo nunca en sus propósitos. ¿Y no ve que todos los proyectos de ese partido son sin cesar desbaratados por la suprema habilidad del conde Mosca? Pues bien: han encontrado un medio cien de echar de Parma al conde, que consiste en provocar la desesperación de la duquesa; y esta desesperación ¿no la conseguirán seguramente dando muerte al joven preso? Esto sólo puede darle usted idea de cuál es su situación. Dice usted que me profesa amistad; piense primero en qué insuperables obstáculos impiden que

ese sentimiento tome nunca alguna firmeza entre nosotros. Nos habremos encontrado en nuestra juventud, nos habremos alarga la mano caritativamente en un período desgraciado; el destino r había puesto en este lugar de severidad para mitigar sus dolor pero sentiría eternos remordimientos si unas ilusiones que no autoriza ni autorizará nunca, fueran causa de que usted no aprovechase todas las ocasiones posibles para sustraer su vida a un peligro tan horrible. He perdido la paz del alma por la imprudencia cruel que he cometido al hacer a usted algunas señales de buena amistad. Si nuestros juegos de niños con abecedarios son causa que usted se forje ilusiones tan infundadas y que pueden ser fatales, en vano trataría yo de justificarme recordando la tentativa de Barbone; yo misma le habré lanzado a usted a un peligro mucho mayor, mucho más cierto, creyendo sustraerle a la amenaza del momento; mis imprudencias serán por siempre imperdonables si h; provocado en , usted sentimientos que puedan conducirle a resistir al consejo de la duquesa. Vea usted lo que me obliga a repetir escápese, se lo mando...”

Esta carta era muy larga; algunos trozos como el de se lo mando que acabamos de transcribir, dieron al enamorado Fabricio momentos de deliciosa esperanza. Parecíale que el fondo de los sentimientos era bastante tierno, si bien las expresiones eran notable mente prudentes. En otros momentos, en cambio, pagaba cara se ignorancia completa de esta clase de guerra, no viendo sino simple amistad o aun sólo humanidad muy vulgar en la carta de Clelia.

Por lo demás, todo lo que ella le decía fue inútil; no varió se propósito ni por un instante. Aun suponiendo que los peligros que le pintaba fuesen reales, ¿era excesivo pagar con algún peligro momentáneo la felicidad de verla todos los días? ¿Qué vida iba a se la suya, refugiado de nuevo en Bolognia o en Florencia? Pues escapándose de la fortaleza no podía pensar en vivir en Parma. Y aun cuando el príncipe cambiase hasta el punto de ponerle en libertad (cosa muy improbable, ya que él, Fabricio, había llegado a se para un poderoso partido el medio de derribar al conde Mosca) ¿cómo vivir en Parma, separado de Clelia por el odio que dividió; a los dos partidos? Una o dos veces al mes, si acaso, la casualidad los reuniría en un mismo salón; pero aun entonces, ¿qué especie de conversación podría él sostener con ella? ¿Cómo volver a encontrar esa intimidad perfecta de la que todos los días gozaba varias horas? ¿qué sería la conversación de salón comparada con la que hacía por medio de alfabetos? Y ¿qué mal hay en comparar esta vida de delicias, esta suerte única en el mundo, con algún peligro pequeño ¿No será también una ventura tener esta ocasión de darle una prueba de mi amor?

Fabricio no vio en la carta de Clelia más que una favorable coyuntura para pedirle una entrevista, que era el único y constante objeto de sus deseos. No le había hablado más que una vez, un instante, en el momento de entrar en la prisión, y de eso hacía ya más de doscientos días.

Presentábase un medio fácil de hablar con Clelia. El buenísimo de don César concedía a Fabricio media hora de paseo en la terraza de la torre Farnesio, todos los jueves du-

rante el día. Pero los demás días de la semana este paseo, que podía ser notado por los habitantes de Parma y de los alrededores y ser causa de disgustos graves para el gobernador, no se hacía hasta la caída de la tarde. Para subir a la terraza de la torre Farnesio no había otra escalera que la del pequeño campanario, dependiente de la capilla, tan lúgubramente decorada de mármol negro y blanco, que el lector acaso recuerde. Grillo acompañaba a Fabricio hasta la capilla y le abrió la escalinata del campanario. Su deber hubiera sido seguirle. Pero las tardes empezaban a refrescar, el carcelero le dejaba subir so lo encerraba con llave en ese campanario que comunicaba con terraza y volvía a calentarse a su cuarto. Pues bien; una tarde ¿podría Clelia encontrarse con su doncella en la capilla de mármol negro?

La larga carta de contestación que Fabricio envió a Clelia es ha calculada para obtener esta entrevista. Por lo demás, confesaba con perfecta sinceridad, como si se hubiese tratado de otra persona todas las razones que le decidían a no abandonar la fortaleza.

Todos los días me expondría gustoso al peligro de morir veces, por tener la felicidad de hablar a usted con nuestros abecedarios, que ahora ya no nos detienen un momento. ¿Y quiere usted que haga la tontería de desterrarme a Parma o quizá a Bolonia hasta a Florencia? ¿Quiere usted que yo mismo haga por alejar de su presencia? Sépalo: semejante esfuerzo me es imposible; en vano daría mi palabra; no podría cumplirla.

El resultado de esta petición de un encuentro fue una ausencia de Clelia que no duró menos de cinco días. En cin-

co días no vi a la pajarera más que en los momentos en que sabía que Fabricio no podía abrir el postiguillo de la pantalla. Fabricio estaba desesperado. De la ausencia de Clelia sacó la conclusión de que, a pe de ciertas miradas que le habían hecho concebir locas esperan nunca había inspirado a Clelia otro sentimiento que el de u sencilla amistad. En este caso, decía, ¿qué me importa la vida? C me la quite el príncipe; será bienvenido. Otra razón más para salir de la fortaleza. Y con un profundo sentimiento de disgusto respondía por la noche a las señales luminosas. La duquesa creyó que se había vuelto loco, cuando leyó cm el parte de las señales de Ludovico le llevaba todas las mañanas, estas extrañas palabras: *No quiero escaparme, quiero morir aquí.*

Durante esos cinco días tan crueles para Fabricio, Clelia aún más desgraciada que él. Ocurriósele la siguiente idea, la patética para un alma generosa: mi deber es huir a un convento lejos de la fortaleza; cuando Fabricio sepa que ya no estoy aquí y se lo mandaré decir por Grillo y por todos los carceleros, entonces se decidirá a intentar la evasión. Pero ir al convento era reno ciar para siempre a ver a Fabricio. Y ¡cómo renunciar a verle, cuando está dando una prueba evidente de que los sentimientos c pudieran antiguamente unirlo a la duquesa, no existían ya ahora ¿Qué prueba de amor más conmovedora puede dar un joven? Después de siete meses largos de prisión que han estropeado gravemente su salud, se niega a recobrar su libertad. Un ser ligero y superficial como Fabricio, que las conversaciones de los cortesanos pintaban a Clelia, habría sacrificado veinte amores por salir de la cárcel un día antes, y ¡qué no habría hecho por

salir de un sitio en donde a cada momento podía morir envenenado!

Faltóle valor a Clelia. Cometió la falta de no buscar un refugio en un convento, lo cual le habría proporcionado al mismo tiempo el medio de romper con el marqués Crescenzi. Una vez cometida esa falta, ¿cómo resistir a este joven tan amable, tan natural, tan tierno, que exponía su vida a horribles peligros por conseguir la sencilla felicidad de verla desde una ventana? Pasó cinco días e horribles combates internos, mezclados con momentos de desprecio hacia sí misma, y por fin se decidió a contestar a la carta en que Fabricio solicitaba la dicha de hablarle en la capilla de mármol negro. Ciertamente se negó, y en términos duros; pero desde ese instante toda su tranquilidad le abandonó. A cada momento sin imaginación le pintaba a Fabricio sucumbiendo al veneno; venía cinco o seis veces al día a la pajarera, sintiendo una apasionada necesidad de asegurarse, por sus propios ojos, de que Fabricio vivía.

Si está aún en la fortaleza, pensaba, si está expuesto a todos los horrores que la facción Raversi trama quizá contra él, con un único fin de derribar al conde Mosca, es tan sólo porque yo he tenido la cobardía de no marcharme a un convento. ¿Qué pretexto le quedaba para permanecer aquí después de haberme marcha de yo para siempre?

Esta muchacha, tan tímida y a la vez tan altiva, llegó hasta afrontar el riesgo de una negativa en los labios del carcelero Grill. Más aún: expúsose a todos los comentarios que este hombre podía permitirse acerca de su conducta extraña. Se rebajó hasta la humillación de llamarle y de decirle con

voz temblorosa y que delataba su secreto, que dentro de pocos días Fabricio iba a obtener su libertad; que la duquesa Sanseverina hacía, con la esperanza de conseguirlo, las más activas gestiones; que muchas veces era preciso obtener al in; ante la respuesta del preso a ciertas proposiciones, que le hiciera, y que le rogaba permitiese a Fabricio practica una abertura en la pantalla de la ventana para poderle comunica por señas los avisos que ella recibía varias veces al día de la señor Sanseverina.

Grillo sonrió y le dio la seguridad de su respeto y de su obediencia. Clelia le agradeció infinito que no añadiera palabra; evidentemente sabía muy bien cuanto ocurría desde hacía varios meses.

Apenas el carcelero salió de su casa, Clelia, hizo la señal convenida para llamar a Fabricio en las grandes ocasiones, le dije todo lo que acababa de hacer. "Usted quiere morir envenenado añadió, mas yo espero que uno de estos días tendré valor para abandonar a mi padre y marcharme a algún convento lejano. He aquí lo que le deberé a usted. Entonces espero que no opondrá resistencia a los planes que se le propongan para salir de aquí. Mientras permanece usted en la torre, paso yo momentos horribles; en vida he contribuido a la desgracia de nadie, y me parece que la causa de su muerte de usted. Si me ocurriera esta idea a propósito de un desconocido, sería para mí un motivo de desesperación piense usted en lo que siento cuando me figuro que mi amigo, con la insensatez me da graves motivos de queja, pero a quien veo a diario desde hace tanto tiempo, es en este momento

víctima de un veneno. Algunas veces siento la necesidad de saber por su boca misma está usted vivo.

Para sustraerme a este horrible dolor acabo de rebajarme a pedir un favor a un subalterno, que puede negármelo y hasta retarme. Por lo demás, acaso fuera mi felicidad que me denuncia mi padre, porque al instante marcharía a un convento y no soy cómplice, aunque involuntario, de estas crueles locuras. Pero, créeme, esto no puede durar mucho; obedecerá usted a las órdenes de la duquesa. ¿Está usted satisfecho, cruel amigo? Soy yo quien solicita de usted que haga traición a mi padre. Llame a Grillo y regala algo.”

Fabricio estaba tan enamorado, la más sencilla expresión de voluntad con Clelia lo sumía en tal temor, que ni aun esta extracomunicación le dio la certeza de ser amado. Llamó a Grillo; quien pagó generoso las pasadas complacencias, y en cuanto porvenir le dijo que por cada día que le permitiera hacer uso del postiguillo abierto en la pantalla, le daría una moneda de oro. A Grillo le encantaron las condiciones.

-Voy a hablarle con toda sinceridad, monseñor. ¿Quiere resignarse a comer comida fría todos los días? Hay un medio muy sencillo de evitar el veneno. Pero le pido la más profunda discreción. Un carcelero debe verlo todo y no adivinar nada, etc. En lugar un perro tendré varios, y usted mismo les dará de los platos que tenga propósito de comer; en cuanto al vino, beberá del mío y tocará más que las botellas de las que yo haya bebido. Pero Vuestra Excelencia quiere perderme para siempre, basta que hubo confianza de estos detalles aun sólo a la señorita Clelia; las mujeres son siempre mujeres, y si mañana se pelea con usted, pasa para vengarse,

contará esta treta a su padre, cuya más dulce alegría sería tener motivó para ahorcar a un carcelero. Después de Barbone quizá el más malo que hay en la fortaleza; este es el verdadero peligro de la situación de Vuestra Excelencia. El general sabe manejar el veneno, esté usted seguro de ello, y no me perdonaría la idea de tener tres o cuatro perrillos.

Hubo una nueva serenata. Ahora Grillo contestaba a todas las preguntas de Fabricio, cuidando, sin embargo, como había decidido de ser prudente y no hacer traición a la señorita Clelia, quien su opinión, aunque estaba a punto de casarse con el marqués Crencenzi, el hombre más rico de los estados de Parma, no dejaba hacer el amor, hasta donde los muros de la prisión lo permitía con el amable monsignore del Dondo. Contestó a las preguntas éste sobre la serenata, pero tuvo la imprudencia de añadir:

-Se cree que se casarán pronto.

Puede pensarse el efecto que esta sencilla palabra produjo en Fabricio.

Por la noche contestó a las señales de la lámpara, diciendo que estaba malo. Al día siguiente por la mañana, a las diez, Clelia presentó en la pajarera y Fabricio le preguntó con un tono de sermioniosa cortesía, nunca usado entre ellos, por qué no le había dicho sencillamente que amaba al marqués Crescenzi y que estaba a punto de casarse con él.

-Es que nada de eso es verdad -respondió Clelia con impaciencia. Pero es lo cierto que el resto de su contestación fue bien claro. Fabricio se lo hizo notar y aprovechó la ocasión para reproducir su petición de una entrevista. Clelia, que veía puesta en duda su buena fe, la concedió casi en seguida,

no sin hacer observe que se deshonraba para siempre a los ojos de Grillo. Ya entrada la noche vino, acompañada de su doncella, a la capilla de mármol negro; é detuvo en medio, al lado de la lámpara; la doncella Grillo se fueron a treinta pasos, cerca de la puerta. Clelia, temblorosa, había preparado un bello discurso, cuyo objeto era no hasta ninguna confesión comprometedor. Pero la lógica de la pasión apremiante; su profundo interés por saber la verdad no le permitió guardar vanas consideraciones, y al mismo tiempo la extrema devoción que siente hacia el objeto amado le quita todo temor de ofender. Fabricio quedó primero deslumbrado por la hermosura de Clelia; hacía cerca de ocho meses que no había visto de cera más que carceleros. Pero el nombre del marqués Crescenzi le devolvió toda su ira, que aumentó cuando vio que Clelia no le cono taba más que con prudentes precauciones; Clelia misma comprendió que en lugar de disipar las sospechas las aumentaba. Esta sensación fue demasiado cruel para su debilidad.

-¿Será para usted una gran felicidad -le dijo con una especie de cólera y con lágrimas en los ojos-, el haberme obligado a salta. por encima de todo lo que me debo a mí misma? Hasta el 3 de agosto del año pasado no había sentido sino aversión por los hombres que querían agradarme. Tenía un desprecio sin límites, acaso exagerado, por el carácter de los cortesanos, y todos los que en esta corte eran felices me desagradaban. Encontré, en cambio, muy sin guaires ,cualidades en un preso que el 3 de agosto fue traído a esta fortaleza. Sin darme cuenta de ello empecé por sentir los tormentos de los celos. Los encantos de una mujer excep-

cional, que yo bien conocía, eran otras tantas puñaladas para mi corazón, porque creía, y todavía lo creo un poco, que ese preso estaba tiernamente unido a ella. Bien pronto las persecuciones del marqués Crescenzi que había pedido mi mano, se hicieron más insistentes; es muy rico y nosotros carecemos de fortuna. Rechazaba yo esas atenciones con gran libertad de espíritu, pero mi padre pronunció la fatal palabra de convento: Comprendí que si dejaba la fortaleza, ya no podría velar sobre la vida del preso, cuya suerte me interesaba. La obra maestra de mis precauciones había sido que, hasta este momento, no sospechara él de ninguna manera los horrorosos peligro; que acechaban su existencia. Había tomado la firme resolución de no hacer traición ni a mi padre ni a mi secreto. Pero la mujer de admirable actividad, de superior talento, de voluntad terrible que protege al preso le ofreció, según creo, medios para evadirse. Él los rechazó y quiso persuadirme de que se negaba a abandonar la fortaleza por no alejarse de mí. Entonces cometí una falta grande que fue la de luchar durante cinco días; hubiera debido al instante dejar la fortaleza y refugiarme en el convento: esto, además, me proporcionaba un medio muy sencillo de romper con el marqués Crescenzi. Pero no tuve valor para irme de la fortaleza; soy una mujer perdida. He tomado afecto a un hombre ligero; sé cuál ha sido su conducta en Nápoles; ¿qué razones tengo para creer que haya cambiado de carácter? Encerrado en una prisión severa, ha cortejado a la única mujer a quien podía ver y que ha sido una distracción de su tedio. Como no podía hablarle, sino con cierta dificultad, esta diversión ha tomado la falsa apariencia de una pasión.

El tal preso se hizo un nombre en el mundo por su valentía, y se imagina demostrar que su amor es algo más que un capricho pasajero, exponiéndose a peligros bastante graves por ver a la persona a quien cree amar. Pero en cuanto esté en una gran ciudad, nuevamente envuelto en las seducciones del mundo, volverá a ser lo que siempre ha sido: un hombre entregado a la disipación, a la galantería. Y su pobre compañera de prisión acaba sus días en un convento, olvidada por el hombre ligero y con un remordimiento eterno de haberle hecho una confesión.

Este discurso histórico, del que hemos entresacado los hechas principales, fue interrumpido, como el lector lo supondrá, veinte veces por Fabricio. Estaba perdidamente enamorado y perfectamente convencido de que no había amado nunca antes de haber visto a Clelia, y de que el destino de su vida era el de vivir sólo para ella.

El lector se figura sin duda las hermosas cosas que diría, cuando la doncella vino a avisar a su ama de que acababan de dar las once y media y el general podía volver de un momento a otro; la separación fue cruel.

-Le veo quizá por última vez -dijo Clelia al preso-, una decisión que favorece de modo evidente los intereses de la facción Raversi, puede proporcionar a usted un modo cruel de probar que es inconstante.

Clelia dejó a Fabricio, ahogada en llanto y muerta de vergüenza, por no poder ocultarlo enteramente a su doncella y sobre todo al carcelero Grillo. Otra conversación no era posible más que cuando el general anunciase que iba a pasar la velada en la ciudad. Pero como desde la prisión de Fabri-

cio y el interés que inspiraba a la curiosidad de los cortesanos, había pensado el general que era prudente tener casi de continuo ataques de gota, resulta que sus salidas a la ciudad, sometidas a las exigencias de una política sabia, decidíanse muchas veces en el instante mismo de subir al coche.

Desde la entrevista en la capilla de mármol, la vida de Fabricio fue una serie de arrebatos de alegría. Grandes obstáculos, ciertamente, parecían aún oponerse a su felicidad; pero, en fin, tenía suprema dicha, que no se atrevió a esperar, de ser amado por la divinidad que llenaba todo su pensamiento.

A la tercera noche después de la entrevista, las señales de lámpara terminaron temprano, casi a las doce. En el momento en que terminaban, Fabricio sintió en la cabeza un tremendo golpe, era una bala de plomo que, lanzada por la parte superior de la pantalla, vino a romper los papeles untados de aceite que servían los cristales y cayó en el cuarto.

Esta bala, muy gorda, no era tan pesada, ni mucho menos, con se podía suponer por su volumen. Fabricio consiguió fácilmente abrirla y encontró una carta de la duquesa. Ésta, por medio d arzobispo, a quien halagaba cuidadosamente, había conquistado a un soldado de la guarnición de la fortaleza. Este hombre, que manejaba muy bien la honda, tenía orden de engañar a los soldados que estaban de centinela en las esquinas y en la puerta del palacio del gobernador o de arreglarse con ellos.

"Tienes que escaparte con cuerdas; tiemblo al darte este extraño aviso y vacilo en decírtelo desde hace más de dos ,meses; el porvenir oficial se entenebrece por tías y puede

ocurrir lo peor. A propósito, recomienza en seguida tus señales con la lámpara para demostrarnos que has recibido esta carta peligrosa; haz la señal de P, B y C a la monaca; es decir, cuatro, diez y dos. No respiraré hasta que haya visto la señal. Estoy en la torre. Se contestará N y O, siete y cinco. Una vez recibida por tí nuestra respuesta, no hagas más señales y ocúpate sólo de comprender mi carta.”

Fabrizio se apresuró a obedecer; hizo las señales convenidas que fueron seguidas de las respuestas anunciadas; luego continuó la lectura de la carta.

"Puede esperarse que ocurra lo peor; así me lo han declarado los tres hombres en que más confianza tengo, después de haberles hecho jurar sobre el Evangelio decirme la verdad, por cruel que pueda ser para mí. El primero de esos hombres es el que amenazó al cirujano denunciador, en Ferrara, de caer sobre él con una navaja abierta en la mano; el segundo es el que te dijo, a tu vuelta de Belgirate, que lo más estrictamente prudente hubiera sido dar un pistoletazo al criado que venia cantando por el bosque, conduciendo por la brida un hermoso caballo, algo flaco; el tercero no lo conoces, es un bandido amigo mío, hombre de acción, si los hubo, y tan valiente como tú; por eso, sobre todo, le he preguntado lo que debías hacer. Los tres me han dicho, sin saber ninguno que hubiese consultado con los otros, que más vale exponerse a romperse la cabeza que pasar aún once años y cuatro meses en continuo sobresalto por la idea de un veneno muy probable.

"Durante un mes deberás ejercitarte en tu cuarto en subir y bajar por una cuerda de nudos. Luego intentarás la em-

presa grande, un día de fiesta, en que la guarnición de la fortaleza haya recibido gratificación de vino; tendrás tres cuerdas de seda y cáñamo, del grueso de una pluma de cisne. La primera, de ochenta pies, te servirá para bajar los treinta y cinco pies que hay desde la ventana hasta los naranjos. La segunda, de trescientos pies, que es la más difícil de manejar por el peso, te servirá para bajar los ciento ochenta pies que tiene el muro de la torre grande; por último, la tercera, de treinta pies, te servirá para bajar el terraplén. Me paso la vida estudiando el gran muro del lado de levante, es decir, de Ferrara; una grieta que produjo una vez un terremoto, se repara con un contrafuerte que forma plano inclinado. Mi bandido asegura que él se compromete a bajar por ahí sin gran dificultad' sólo con algunos arañazos, dejándose ir por el plano inclinado que forma el contrafuerte. El espacio vertical no tiene más que veintiocho pies, abajo del todo; ese lado es el menos vigilado.

“Sin embargo, mi bandido, que se ha escapado tres veces de` cárcel, y a quien amarías si lo conocieras, aunque aborrece a la gente de tu casta, mi bandido, digo, ágil y dispuesto como tú, bien que preferiría bajar por el lado del poniente, exactamente frente al palacete en donde vivió Fausta, y que conoces bien. Lo que decide a adoptar ese lado es que el muro, aunque cae muy en línea recta, está casi todo cubierto de zarzas; hay briznas de madera un dedo de gordas, que pueden arañar si no se lleva cuidado, peque también pueden sostener. Esta mañana estaba yo mirando el lado de poniente con un excelente antejo; el lugar que hay que elegir está precisamente debajo de una piedra nueva que pusiera

hace dos o tres años en el parapeto. Verticalmente debajo de la piedra encontrarás primero un trecho liso de unos veinte pies; hay que bajar por ahí muy despacio (ya comprenderás cómo mi corazón tiembla al darte estas terribles instrucciones, pero el valor consiste en saber elegir el mal menor, por horrible que sea); después del trozo liso encontrarás ochenta o noventa pies de espesas zarzas, en las que se ven pájaros volar; luego, un espacio de treinta pique no tiene más que hierbas, alelís y parietarias. Después, al acercares al suelo, otros veinte pies de zarzas, y por último veinticinco treinta pies recientemente revocados.

"Lo que me decidiría por este lado es que en el suelo, deba precisamente de la piedra nueva del parapeto de arriba, hay una cabaña de madera construida por un soldado en su jardín, y que capitán de ingenieros de la fortaleza quiere obligarle a derribar tiene unos diez y siete pies de altura, y el tejado, que es de paja toca al muro de la fortaleza. Este tejado me atrae, porque en el caso de un accidente, amortiguaría la caída. Una vez que llegues aquí estarás en el recinto de las fortificaciones, bastante mal guardadas te detienen, dispara la pistola y defiéndete unos minutos. Mi amigo Ferrara y otro hombre de corazón, el que yo llamo mi bandido, tendrán escaleras y no vacilarán en escalar la fortificación, bastante baja, para acudir en tu ayuda.

"La fortificación no tiene más que veintiocho pies de altura y una escarpa muy grande. Yo estaré al pie de este último muro con gente armada.

"Espero que podré conseguir mandarte aún cinco o seis carta por el mismo conducto que ésta. Repetiré sin cesar lo

mismo en otros términos para que estemos bien de acuerdo. Figúrate con que ánimo te digo que el hombre del pistoletazo al criado del caballo flaco, que, después de todo, es el mejor de los hombres y se muerde arrepentimiento, cree que escaparás a lo sumo con un braza roto. Mi bandido, más experimentado en esta clase de expediciones, piensa que si quieres bajar muy despacio y sin apresurarse sobre todo, tu libertad no te costará más que algunos arañazos. La dificultad grande es tener cuerdas. En esto es en lo que pienso continuamente desde hace quince días, que esta idea magna ocupa toda mi imaginación.

"Nada contesto a esa locura, única cosa sin talento que has dicho en tu vida: No quiero escaparme. El hombre del pistoletazo al criado del caballo flaco, exclamó que el tedio te había vuelto loco. No te ocultaré que tememos un peligro inminentísimo, que acaso adelante el día de tu fuga. Para anunciarte ese peligro, la lámpara dirá varias veces consecutivas:

"El fuego ha prendido en el castillo.

"Y tú contestarás:

"¿Han sido quemados mis libros?"

La carta tenía aún cinco o seis páginas de detalles; estaba escrito en caracteres microscópicos sobre papel finísimo.

Todo esto es muy hermoso y está muy bien inventado, pensó Fabricio. Al conde y a la duquesa les debo un agradecimiento eterno; quizá crean que he tenido miedo, pero no me escaparé. ¿guíe se escapa de un sitio en donde está en el colmo de la felicidad para ir a meterse en un horrible destierro en donde todo le faltar: hasta el aire para respirar? ¿Qué

haré al mes de estar en Florencia Me disfrazaré para venir a dar vueltas por la puerta de esta fortaleza y espiar una mirada.

A1 día siguiente, Fabricio tuvo miedo. Estaba en su ventana hacia las once, mirando el magnífico paisaje y esperando el feliz momento de ver a Clelia, cuando Grillo entró jadeante en el cuarto.

-Pronto, pronto, monseñor, échese en la cama, finja estar malo tres jueces suben. Vienen a interrogarle; piense bien antes de contestar; vienen para liarle a usted.

A1 decir esto, Grillo se apresuró a cerrar el postiguillo de 1 pantalla, empujó a Fabricio hacia su cama y echó sobre él dos o tres mantas.

-Diga usted que sufre mucho; hable poco. Sobre todo, haga usted que le repitan varias veces la pregunta para tener tiempo de reflexionar.

Los tres jueces entraron. No son jueces, pensó Fabricio al ve esas caras torcidas; no son jueces, son tres que se han fugado de las galeras. Tenían largas togas negras. Saludaron graves y, sin decir palabra, se sentaron en las tres únicas sillas que había en el cuarto.

-Señor Fabricio del Dongo -dijo el de más edad-, mucho no duele la triste misión que hemos de cumplir. Venimos a anunciarle la muerte de Su Excelencia el señor marqués del Dongo, su padre segundo mayordomo mayor del reino lombardoveneto, caballera gran cruz de la Orden de..., etc., etc.

Fabricio rompió a llorar; el juez prosiguió:

-La señora marquesa del Dongo, su madre, le comunica a usted la noticia en una carta; pero como ha añadido al re-

lato del hecho algunas reflexiones inconvenientes, la corte de justicia ha decretado ayer que esa carta le fuera a usted comunicada en extracto, y ese extracto es el que el señor escribano Bona va a leer.

Terminada la lectura, el juez se acercó a Fabricio, que no se había levantado de la cama, y le fue enseñando, en la carta de su madre, los pasajes cuya copia acababa de leerse. Fabricio pudo ver; en la carta las palabras injusta prisión, castigo cruel por un crimen que no es crimen, y comprendió la causa de esta visita de los jueces. En su desprecio por estos magistrados sin probidad, no les dijo exactamente sino las palabras siguientes:

-Estoy enfermo, señores, me muero de languidez y les ruego me dispensen por no levantarme.

Salieron los jueces. Fabricio lloró mucho y de pronto pensó ¿Soy un hipócrita? Me parecía que no le profesaba ningún cariño.

Aquel día y los días siguientes, Clelia estuvo muy triste; llame varias veces a Fabricio, pero apenas tuvo valor para decirle una palabra. Por la mañana del quinto día que siguió a la primer entrevista, le dijo que por la noche iría a la capilla de mármol.

-Poquísimas palabras puedo dirigirle -dijo al entrar. Estaba temblando tanto, que tenía que sostenerse sobre el hombro de su doncella. Le mandó que se situara a la entrada de la capilla: Va usted a darme su palabra de honor -añadió con voz apenas inteligible-, de que obedecerá a la duquesa e intentará escapar el día que ésta lo ordene, y del modo que

indique. Si no, mañana me voy a un convento, y juro aquí que en la vida le dirigiré a usted la palabra.

Fabricio permaneció mudo.

-Prometa usted -dijo Clelia fuera de sí, con las lágrimas en los ojos-, prometa o bien hablamos aquí por última vez. La vida que llevo es horrible: está usted aquí por culpa mía y cada día puede ser el último de su existencia.

En este momento, Clelia estaba tan débil, que tuvo que busca apoyo en un enorme sillón colocado antaño en mitad de la capilla para uso del príncipe preso; estaba a punto de ponerse mala.

-¿Qué hay que prometer? -dijo Fabricio desfalleciendo.

-Ya lo sabe usted.

-Juro, pues, precipitarme a sabiendas en una horrenda desventura y condenarme a vivir lejos de cuanto amo en el mundo.

-Prometa usted cosas concretas.

-Juro obedecer a la duquesa y escaparme el día que quiera como quiera. ¿Y qué será de mí lejos de usted?

-Jure usted que se escapará, suceda lo que suceda.

-¡Cómo! ¿Está usted decidida a casarse con el marqués Crecenzi en cuanto ya no esté yo aquí?

-¡Dios mío! ¿Qué alma cree usted que tengo?... Jure, o ni un momento de paz habrá en mi espíritu.

-Pues bien; juro que me escaparé de aquí el día que lo orden la señora Sanseverina, ocurra lo que ocurra.

Obtenido este juramento, Clelia estaba tan débil que tuvo que retirarse después de dar las gracias a Fabricio.

-Todo estaba preparado para irme al convento mañana por la mañana -le dijo-, si se hubiera empeñado usted en no salir de aquí. Le hubiera visto en este instante por última vez de mi vida había hecho promesa a la Virgen. Ahora, en cuanto pueda salir de mi cuarto, iré a examinar el muro terrible, por debajo de la piedra nueva de parapeto.

A1 día siguiente, Fabricio la encontró tan pálida que el verle le produjo intenso dolor. Ella le dijo desde la ventana de la pajarera. "No nos hagamos ilusión, amigo mío; como en nuestra amistad hay pecado, no dudo de que ocurrirá una desgracia. Será usted cogido durante la evasión y perdido para siempre, o peor aún; no obstante, hay que hacer lo que ordena la prudencia humana e intentarlo todo. Necesita usted para bajar de la torre grande un cuerda sólida de más de doscientos pies de largo. Por mucho que me afano desde que conozco el proyecto de la duquesa, no he podido proporcionarme más que unas cuerdas que, juntas, apenas si llegarán a cincuenta pies. Por orden del gobernador, todas las cuerdas que se encuentran en la fortaleza son quemadas, y toda las noches quitan las cuerdas de los pozos, las cuales son además tan malas que muchas veces se rompen al subir el leve peso del cubo. Pero ruegue a Dios que me perdone; hago traición a mi padre y me ocupo, hija desnaturalizada, en proporcionarle un disgusto mortal. Ruegue a Dios por mí, y si su vida sale salva, haga la promesa de consagrar todos sus días a la gloria de Dios.

Se me ha ocurrido una idea: dentro de ocho días saldré de la fortaleza para asistir a la boda de una hermana del marqués Crescenzi. Volveré por la noche, como es lo conve-

niente, pero haré cuanto pueda por volver muy tarde y quizá Barbone no se atreva a examinarme muy de cerca. A esa boda de la hermana del marqués irán las más grandes damas de la corte y sin duda la señora Sanseverina. ¡En nombre de Dios!, consiga que una de las damas me entregue un paquete de cuerdas bien apretadas, no muy gruesas, y reducidas al más pequeño volumen. Aunque tuviera que exponerme a mil muertes, emplearé los medios más peligrosos para introducir este paquete de cuerdas en la fortaleza, con olvido gravísimo, ¡ay de mí!, de todos mis deberes. Si mi padre lo averigua, no le volveré a ver a usted; pero sea cual sea el porvenir que me espera, me consideraré feliz, dentro de los límites de un cariño de hermana, si puedo contribuir a salvar a usted.”

Aquella misma noche, en la correspondencia nocturna por medio de la lámpara, Fabricio comunicó a la duquesa la ocasión única que había para introducir en la fortaleza una suficiente cantidad de cuerda. Pero le suplicaba que guardase el secreto aun para el conde, cosa que pareció extraña. Está loco, pensó la duquesa. La prisión le ha cambiado y toma las cosas por lo trágico. Al día siguiente, una bala de plomo, lanzada por el hondero, trajo al preso el anuncio del mayor peligro posible; la persona que se encargaba de entrar r las cuerdas, decía 'la carta, le salvaba positivamente la vida. Fabricio se apresuró a dar a Clelia esta noticia. La bala de plomo traía también un dibujo muy exacto del muro de poniente, por el que debía bajar de lo alto de la torre grande en el espacio comprendido entre los baluartes. Desde este lugar era luego bastante fácil escapar, porque la fortificación no tenía, como se ha dicho, más de veintitrés pies de altura.

En la otra cara del plano había escrito con letra muy pequeña un soneto magnífico: un alma generosa alentaba a Fabricio a fugarse y a no dejar que su espíritu se envileciera y su cuerpo se debilitara por once años de cautiverio.

Aquí hemos de interrumpir por un momento el relato de esta audaz empresa para dar cuenta de un detalle necesario, que explica en parte el valor que tuvo la duquesa aconsejando a Fabricio tan peligrosa fuga.

Como todos los partidos que no ocupan el poder, el partido de la Raversi no estaba muy unido. El caballero Riscara aborrecía al fiscal Rassi, a quien acusaba de haberle hecho perder un importante pleito en el que, en verdad, el caballero Riscara no tenía la razón. Por medio de Riscara el príncipe recibió un aviso anónimo diciendo que una copia de la sentencia de Fabricio había sido enviada oficialmente al gobernador de la fortaleza. La marquesa Raversi, hábil jefe de partido, sintió grandísima contrariedad al conocer este paso en falso dado por Riscara, y en seguida se lo hizo saber a su amigo el fiscal general; parecíale muy natural que Rassi quisiera sacar algo del ministro Mosca mientras éste estaba aún en el poder. Rassi se presentó intrépido en palacio, pensando que saldría del paso con algunos puntapiés; el príncipe no podía pasar sin tan hábil jurisconsulto, y Rassi había deserrado por liberales a un juez y a un abogado, únicos hombres del país que habrían podido sustituirle.

El príncipe, fuera de sí, le abrumó a insultos y se fue hacia él para pegarle.

-Pues bien; es una distracción del empleado -respondió Rassi con la mayor sangre fría-. La ley lo prescribe, y debería

haberse hecho al día siguiente de la entrada de del Dongo en la fortaleza. El empleado, celoso de cumplir su obligación, habrá creído que era un olvido y me habrá puesto a la firma la carta de envío, como una formalidad sin trascendencia.

-Y ¿quieres hacerme tragar esas mentiras, mal pergeñadas? -exclamó el príncipe furioso-. Di más bien que estás vendido a ese bribón de Mosca y que por eso te ha dado la cruz. Pero ¡por Dios! que no van a ser golpes esta vez. Te enjuiciaré y te echaré vergonzosamente de tu cargo.

-¡A que no me enjuicia Vuestra Alteza! -respondió Rassi con gran aplomo; sabia que éste era el mejor medio de calmar al príncipe-. La ley está de mi parte y no tiene Vuestra Alteza a un segundo Rassi para saber eludirla. Y tampoco me echará Vuestra Alteza de mi puesto, porque hay momentos en que vuestro carácter es severo; entonces, Señor, tenéis sed de sangre, pero al mismo tiempo empeño en conservar la estimación de los italianos razonables; esa estimación es condición indispensable para vuestras ambiciones. En fin, me volverá a llamar Vuestra Alteza en el primer acto de severidad que le exija su carácter, y, como de costumbre, le proporcionaré una sentencia legal, pronunciada por jueces tímidos y bastante honrados, lo cual satisfará las pasiones de Vuestra Alteza. Encontrad, Señor, en vuestros estados, otro hombre que os sea como yo.

Dicho esto, Rassi echó a correr. Había salido del paso con reglazo en la cabeza y cinco o seis puntapiés. Al salir de palacio fue a sus tierras de Riva; tenía miedo de que el príncipe le mandase dar una puñalada en el primer arrebato de ira; pero no dudaba de que antes de quince días vendría un

correo a llamarlo a capital. El tiempo que pasó en el campo lo empleó en organizar un medio seguro de corresponder con el conde Mosca. Estaba locamente enamorado del título de barón, y pensaba que el príncipe tenía en demasiada estimación esa cosa sublime, que es la nobleza para conferírsele nunca. Mientras que el conde, orgulloso de alcurnia, no estimaba más que la nobleza anterior a 1400.

El fiscal general no se había engañado en sus previsiones. Apenas llevaba ocho días en su casa de campo, cuando llegó por casualidad un amigo del príncipe que le aconsejó volviera a Parma s demora. El príncipe le recibió riendo, púsose luego muy serio le hizo jurar sobre los Evangelios que guardaría el secreto de que iba a decirle. Rassi juró muy grave, y el príncipe, con los ojos inflamados por el odio, exclamó que no sería el amo en sus est dos mientras viviera Fabricio del Dongo.

-No puedo -añadió-, ni echar a la duquesa ni soportar su presencia; sus miradas son un reto y no me dejan vivir.

Después de dejar al príncipe explicarse largamente, Rassi fingiendo una extremada vacilación, exclamó:

-Vuestra Alteza será obedecida, sin duda, pero la cosa es una dificultad tremenda. No se puede condenar a muerte a un d Dongo por el homicidio de un Giletti; ya es un éxito formidable haber podido sacar de eso doce años de fortaleza. Además, sospecha que la duquesa ha descubierto a tres de los aldeanos que trabajaban en las excavaciones de sanguigna, y que estaban fuera del pozo cuando el bribón de Gijetti atacó a del Dongo.

-Y ¿dónde están esos testigos? dijo el príncipe furioso.

-Escondidos en Piamonte, supongo. Haría falta organizar un conspiración contra la vida de Vuestra Alteza...

-No, ese medio tiene su peligro -dijo el príncipe-, hace pensar en la cosa.

-Pues entonces -dijo Rassi con fingida ignorancia-, ese es todo mi arsenal oficial.

-Queda el veneno...

-Pero ¿quién lo administrará? ¿Será ese imbécil de Conti?

-¡Psé! Según se dice, no sería la primera vez.

-Habría que encolerizarlo -replicó Rassi-, y además, cuando mandó al otro mundo al capitán, no tenía treinta años y estaba enamorado y era mucho menos pusilánime que ahora. Sin duda, todo debe ceder ante la razón de Estado; pero así cogido de improviso y a primera vista, no veo para ejecutar las órdenes del soberano más que a un tal Barbone, empleado escribiente en la prisión, a quien del Dongo derribó de una bofetada el día de su entrada en la cárcel.

Ya estaba a gusto el príncipe y la conversación fue infinita; terminó concediendo el príncipe a su fiscal general un plazo de un mes. Rassi quería dos meses. Al día siguiente recibió una gratificación secreta de mil monedas de oro. Durante tres días reflexionó; al cuarto día volvió a su primer razonamiento que le parecía evidente: sólo el conde Mosca tendrá el valor de cumplir su palabra, porque al hacerme barón, no me da una cosa que él estima en mucho; además avisándole, me salvo probablemente de un crimen que ya he cobrado por adelantado y, por último, me vengo de los primeros golpes humillantes que ha recibido el caballero Rassi.

A la noche siguiente comunicó al conde Mosca su conversación con el príncipe.

El conde cortejaba en secreto a la duquesa. A su casa, ciertamente, no iba más de dos veces al mes. Pero casi todas las semanas y además siempre que él sabía provocar ocasiones de hablar de Fabricio, la duquesa acompañada de Chekina, venía por la noche a pasar unos momentos en el jardín del conde. La duquesa sabía engañar a su mismo cochero, que le era devoto y que creía que estaba de visita en una casa próxima.

En cuanto hubo recibido el conde la terrible confidencia del fiscal, hizo a la duquesa la señal convenida. Aunque era muy entrada la noche, la duquesa le rogó por medio de Chekina que viniese al instante a su casa. El conde, encantado como un joven enamorado, de esa apariencia de intimidad, vacilaba sin embargo en decírselo todo a la duquesa. ¡Temía verla loca de dolor! Después de haber buscado medias palabras para mitigar la fatal nueva, acabó sin embargo por decírselo todo. No estaba en su poder el guardar un secreto que ella le exigiera decir. Pero nueve meses de desventura extremada habían tenido una gran influencia en esta alma ardiente, fortificándola, y la duquesa no se deshizo en lágrimas o en quejas. A la noche siguiente, mandó hacer a Fabricio la señal de peligro.

El fuego ha prendido en el castillo.

Y él contestó:

-¿Se han quemado mis libros?

Esa misma noche tuvo la fortuna de hacerle llegar una carta en una bala de plomo. Ocho días después se verificó el

LA CARTUJA DE PARMA

matrimonio de la hermana del marqués Crescenzi, donde la duquesa cometió una enorme imprudencia de la que ya hablaremos.

XXI

En la época de sus desgracias, ya hacia casi un año, la duquesa había conocido a un hombre extraño. Un día, en que tenía la luna, como se dice en aquella tierra, se le ocurrió de pronta por la tarde, irse a su castillo de Sacca, situado más allá de Colorno en la colina que domina al Po. Se divertía embelleciendo esa fina amaba el amplio bosque que corona la colina y toca al castillo mismo y se ocupaba en abrir en él senderos que tuvieran vistas pintorescas.

-El mejor día la raptan a usted los bandidos, hermosa duques -le decía una vez el príncipe-; es imposible que un bosque en donde se sabe que usted se pasea, permanezca desierto.

El príncipe miraba al conde, cuyos celos quería excitar.

-Nada temo, Alteza Serenísima -respondió la duquesa con un ingenuo-, cuando paseo por mis bosques. Tengo un pensamiento que me tranquiliza: no he hecho daño a nadie ¿quién puede odiarme?

Estas palabras fueron consideradas como una audacia; recordaban las injurias que proferían los liberales del país, gente insolentísima.

El día del paseo de que hablamos, las palabras del príncipe volvieron a la memoria de la duquesa, al ver a un hombre muy mal vestido que la seguía de lejos por el bosque. En un recodo imprevisto que hizo la duquesa en su paseo, este desconocido se halló tan cerca de ella, que tuvo miedo. En el primer movimiento, llamó a guarda que había dejado a mil pasos de allí, en la explanada d flores, cerca del castillo. El desconocido tuvo tiempo de acercarse a ella, y se echó a sus plantas. Era joven, hombre guapo, alto, per malísimamente trajeado; sus ropas tenían rotos largos de dos cuantas; pero en sus ojos llameaba un alma ardiente.

-Soy un condenado a muerte, soy el médico Ferrante Palla, m muero de hambre con mis cinco hijos.

La duquesa había notado que estaba horriblemente flaco; pera sus ojos eran tan hermosos, tan llenos de tierna exaltación, que disiparon la idea de crimen. Pallazi, pensó, habría debido pone esos ojos al San Juan en el desierto que acaba de pintar para la catedral. La idea de San Juan le fue sugerida por la increíble delgadez de Ferrante. La duquesa le dio tres monedas de oro de si bolsa, disculpándose de lo poco que era, porque acababa de paga: una cuenta a su jardinero. Ferrante le dio las gracias más efusivas.

-¡Ay! -le dijo-; antes vivía en las ciudades y veía a mujeres elegantes; desde que, cumpliendo mis deberes de ciudadano, me ha hecho condenar a muerte, vivo en los bosques y la seguía a usted no para pedir limosna, ni robar, sino como

un salvaje fascinado por una angelical belleza. ¡Hace tanto tiempo que no he visto dos hermosas manos blancas!

-Levántese -dijo la duquesa; pues Ferrante había permanecido arrodillado.

-Permita usted que siga así -le dijo Ferrante-, esta postura me prueba que no estoy ahora ocupado en robar y me tranquiliza. Pues ha de saber que robo para vivir desde que me impiden ejercer mi profesión. Pero en este momento no soy más que un sencillo mortal que está en adoración ante la belleza sublime.

La duquesa comprendió que Ferrante estaba algo loco, pero no tuvo miedo. Veía en los ojos de este hombre un alma ardiente buena y además no miraba con disgusto las fisonomías extraordinarias.

-Soy médico y en Parma cortejaba a la mujer del boticario Sarasine. Nos sorprendió el marido y la echó de casa con tres niños que, con cazón, sospechaba ser míos y no suyos. Después he tenido otros dos hijos más. La madre y los cinco niños viven en la última miseria, en el fondo de una especie de cabaña que he construido en el bosque con mi propia mano. Pues he de preservarme de los guardias, y la pobre mujer no quiere separarse de mí. Fui condena; do a muerte y muy justamente: conspiraba. Aborrezco al príncipe, que es un tirano. No me escapé por falta de dinero. Mis desgracias son mucho mayores y hubiera debido matarme mil veces. Ya no amo a la desgraciada que me ha dado esos cinco hijos y se ha perdido por mí; amo a otra. Pero si me mato, los cinco hijos y la madre morirán literalmente de hambre.

Este hombre hablaba con el acento de la sinceridad.

-Pero ¿cómo vive usted? -le preguntó la duquesa consternada.

-La madre hila; la hija mayor es alimentada en una granja de liberales en donde guarda los rebaños; yo robo en el camino de Plasencia a Génova.

-¿Cómo concierta usted el robo con sus principios liberales?

Tomo nota de la gente a quien robo y si alguna vez tengo algo, les devolveré las sumas robadas. Estimo que un tribuno del pueblo, como yo, ejecuta un trabajo que, en razón de su peligro, vale cien francos mensuales; así, pues, me guardo muy bien de tomar más de mil doscientos francos al año. Miento: robo algo más de esa suma para hacer frente a los gastos de imprenta de mis obras.

-¿Qué obras?

-*La... ¿tendrá algún día una cámara y un presupuesto?*

-¡Cómo! dijo la duquesa extrañada, usted es, pues, señor, uno de los más grandes poetas del siglo, el famoso Ferrante Palla.

-Famoso, quizá, pero muy desgraciado, de seguro.

-¡Y un hombre de su talento, señor mío, tiene que robar para vivir!

-¡Quizá sea por eso por lo que tengo algún talento! Hasta aquí todos nuestros autores, que se han dado a conocer, eran gente pagada por el gobierno o por el culto que querían minar. Yo, primero, expongo mi vida; además, piense usted, señora, en las reflexiones que me agitan cuando voy a robar. ¿Estoy en lo cierto? me digo. El cargo de tribuno ¿proporciona al bien común servicios que valen realmente

cien francos al mes? Tengo dos camisas, el traje que usted ve, unas armas malas, y estoy seguro de acabar en la horca; me atrevo a creer que soy desinteresado. Sería feliz, sin ese amor fatal que ya no me deja encontrar en la compañía de la madre de mis hijos sino desventura y dolor. La pobreza, por fea, me pesa: gustarme los bellos trajes, las manos blancas. Miraba las de la duquesa de tal suerte que a ésta le entró miedo.

-Adiós, señor -le dijo-, ¿puedo servirle en Parma para alguna cosa?

-Piense alguna vez en esta cuestión: La misión de este hombre es despertar los corazones, impedir que se duerman en la falsa felicidad material que dan las monarquías. El servicio que presta a sus conciudadanos, ¿vale cien francos al mes?... Mi desgracia es amar -dijo con voz muy dulce-, y desde hace dos años, mi alma la llena técnicamente su imagen; pero hasta aquí la he visto a usted sin infundirle miedo.

Y se fue corriendo con prodigiosa rapidez que extrañó a la duquesa la tranquilizó. Trabajo les costaría a los guardias cogerlo, pensó; en efecto, está loco.

-Está loco -le dijeron sus criados-; todos sabemos, desde hace tiempo, que el pobre hombre está enamorado de la señora; cuando la señora está aquí, lo vemos errante en las partes más altas del bosque; y en cuanto la señora se va, viene a sentarse en los mismos sitios en donde la señora se ha parado; recoge cuidadosamente las flores que se han caído del ramillete de la señora y las lleva durante mucho tiempo prendidas en su viejo sombrero.

-¡Y nunca me habéis hablado de esas locuras! -dijo la duquesa casi en tono de amonestación.

-Temíamos que la señora lo dijera al ministro Mosca. ¡El pobre Ferrante es tan bueno! Nunca ha hecho daño a nadie, y porque ama a nuestro Napoleón, le han condenado a muerte.

La duquesa no dijo palabra al ministro de este encuentro y como desde hacia cuatro años era el primer secreto que tenía para él, veinte veces tuvo que pararse en medio de una frase. Volvió a Sacca con oro; Ferrante no se dejó ver. Volvió otra vez, a los quince días; Ferrante después de haberla seguido durante algún tiempo, dando saltos por el bosque a cien pasos de distancia, corrió a ella como una flecha y se prosternó a sus plantas como la vez primera.

-¿Dónde estaba usted hace quince días?

-En el monte, más allá de Novi, robando a unos arrieros que volvían de Milán de vender aceite.

-Tome esta bolsa.

Ferrante abrió la bolsa, cogió una moneda de oro que besó y guardó en su seno; luego devolvió la bolsa.

-¡Me devuelve usted la bolsa y roba!

-Sin duda; lo que yo he estatuido es no tener nunca más de cien francos; pues, bien, ahora la madre de mis hijos tiene ochenta francos y yo tengo veinticinco, luego estoy en deuda de cinco francos. Si ahora me ahorcaran, tendría remordimientos. He tomado esa moneda porque proviene de usted y porque la amo.

El tono de estas sencillas palabras, fue perfecto. Ama realmente, pensó la duquesa.

Aquel día pareció completamente perturbado. Dijo que en Parma le debían seiscientos francos y que con esa suma haría algunas reparaciones en su cabaña en la que sus hijos ahora se resfriaban.

-Pues yo le adelantaré a usted esos seiscientos francos dijo la duquesa conmovida.

-Pero, entonces, ya que soy hombre público, ¿no podría el partido contrario calumniarme y decir que me vendo?

La duquesa enternecida le ofreció un escondrijo en Parma, si juraba que, por el momento no ejercería su magistratura en la ciudad y sobre todo no pondría en ejecución ninguna de las penas de muerte que, según decía, llevaba in petto.

-Y si me cogen por mi imprudencia -dijo gravemente Ferrante-, entonces todos esos bribones tan dañinos para el pueblo, vivirían largos años. ¿De quién será la culpa? ¿Qué me dirá mi padre. al recibirme allí arriba?

La duquesa le habló mucho de sus hijitos a quienes la humedad podía causar enfermedades mortales; acabó Ferrante por aceptar el ofrecimiento de un escondrijo en Parma.

El viejo duque Sanseverina, en el único día que pasó en Parma desde su matrimonio, había enseñado a la duquesa un escondrijo muy extraño que existe en el ángulo meridional de su palacio. El muro de fachada que data de la Edad Media tiene ocho pies de espesor; lo han ahuecado por dentro y hay en él un escondrijo de veinte pies de altura por sólo dos de anchura. Junto a ese muro puede admirarse el depósito de agua, del que hablan todos los viajeros, obra famosa del siglo

XII construida durante el sitio de Parma por el emperador Sigismundo y comprendida más tarde en el recinto del palacio Sanseverina.

Se entra en el escondrijo haciendo girar una enorme piedra, sobre un eje de hierro que pasa por el centro del bloque. La duquesa estaba tan hondamente conmovida por la locura de Ferrante y la suerte de sus hijos, para los cuales negábase éste obstinadamente aceptar todo obsequio de algún valor, que le permitió hacer uso del escondrijo durante bastante tiempo. Lo volvió a ver un mes después, siempre en los bosques de Sacca y como aquel día estaba algo más tranquilo, le recitó uno de sus sonetos que le pareció igual o superior a cuanto se ha escrito de más hermoso en Italia desde hace dos siglos. Ferrante obtuvo varias entrevistas; pero su amor se exaltó, llegó a hacerse importuno, y la duquesa se dio cuenta de que esa pasión seguía el mismo proceso que siguen todos los amores desgraciados, cuando llegan a entrever la posibilidad de concebir alguna esperanza. Le mandó volviera a sus bosques y le prohibió que le dirigiese la palabra: Ferrante obedeció al momento con una sumisión perfecta. Así estaban las cosas, cuando Fabricio fue detenido. Tres días después, a la caída de la tarde, presentóse un capuchino a la puerta del palacio Sanseverina; tenía que comunicar, según decía, un importante secreto a la dueña de casa. La duquesa se sentía tan agobiada, que le mandó entrar: era Ferrante.

-Aquí se está cometiendo una nueva iniquidad, de la que el tribunal del pueblo debe tomar conocimiento -le dijo este hombre loco de amor-. Por otra parte, como simple partícula

-añadió-, no puedo dar a la señora duquesa Sanseverina, más que mi vida; y se la traigo.

Este sincero sacrificio por parte de un ladrón y de un loco, con movió vivamente a la duquesa. Habló largamente con este hombre que pasaba por ser el poeta más grande del norte de Italia, y lloro mucho. He aquí un hombre que comprende mi corazón, pensaba. Al día siguiente volvióse a presentar Ferrante, también a la horade la oración, disfrazado de criado con librea.

-No he salido de Parma: he oído decir una cosa horrenda que mis labios no repetirán. Pero aquí estoy. Piense, señora, en lo que rechaza. El que aquí ve usted no es una muñequita de corte, es un hombre -se había arrodillado al pronunciar estas palabras, con un aire heroico que les daba todo su valor-. Ayer -añadió-, dije para mí: Ha llorado en mi presencia, luego es algo menos desgraciada.

-Pero, señor, piense usted en los peligros que le rodean, le vana detener en esta ciudad.

-El tribuno contestará: Señora, ¿qué es la vida cuando habla el deber? El hombre desgraciado cuyo dolor es sentir que no arde ya en noble pasión por la virtud, desde que se consume de amor, añadirá: Señora duquesa, Fabricio, hombre de corazón, va a perecer quizá; ¡no rechace a otro hombre de corazón que se ofrece! Aquí tiene usted un cuerpo de hierro y un alma que sólo teme en el mundo. desagradar a su ídolo.

-Si me vuelve usted a hablar de sus sentimientos, le cierrro mi puerta para siempre.

La duquesa pensó, esa tarde, en anunciar a Ferrante que iba a dar una pequeña pensión a sus hijos, pero tuvo miedo de que saliera de Vi para matarse.

Apenas hubo salido cuando llena de funestos presentimientos, dijo para sí: Yo también voy a morir, y ojalá fuera pronto; si encontrase un hombre digno de ese nombre a quien recomendar a mi pobre Fabricio.

Una idea se le ocurrió a la duquesa. Cogió un pedazo de papel y reconoció por un escrito en el que mezcló todos los términos jurídicos que sabía, que había recibido de Ferrante Palla la cantidad de veinticinco mil francos, bajo la condición expresa de pagar todos los años una renta vitalicia de mil quinientos francos a la señora Sarasine y a sus cinco hijos. La duquesa añadió: Además dejo una renta vitalicia de trescientos francos a cada uno de esos cinco niños, bajo la condición expresa de que Ferrante Palla prodigaré sus cuidados, como médico, a mi sobrino Fabricio. Se lo ruego. Firmó, puso la fecha del año anterior y guardó el papel.

Dos días después reapareció Ferrante. Era en el momento en que se conmovía la ciudad por los rumores de la próxima ejecución de Fabricio. Esta triste ceremonia ¿iba a tener lugar en la fortaleza o bajo los árboles del paseo? Varios hombres del pueblo fueron a pasearse aquella tarde por el lado de la fortaleza, a ver si estaba ya levantado el cadalso. Este espectáculo había conmovido a Ferrante. Encontró a la duquesa anegada en llanto e incapaz de hablar. Ella le saludó con la mano y le señaló un asiento. Ferrante disfrazado de capuchino estaba soberbio; en lugar de sentarse, se hincó de rodillas y rezó devotamente, a media voz. En un momento

en que la duquesa parecía algo más tranquila, interrumpió un instante su oración y, sin variar de postura, dijo estas palabras:

-Otra vez ofrece su vida.

-Piense usted en lo que dice -exclamó la duquesa con esa mirada turbia que, después del llanto, anuncia que la cólera va a predominar sobre el dolor enternecido.

-Ofrece su vida para ser obstáculo al destino de Fabricio a para vengarlo.

-Hay circunstancias -replicó la duquesa-, en que podría aceptar el sacrificio de su vida.

Ella le miraba con atención severa. Un resplandor de alegría brilló en los ojos de Ferrante; se levantó rápido y alzó los brazos al cielo. La duquesa fue a buscar un papel oculto en el secreto de un armario de nogal.

-Lea -dijo a Ferrante.

Era la donación de que hemos hablado, en favor de sus hijos.

Las lágrimas, los sollozos impedían a Ferrante leer el final; cayó de rodillas.

-Devuélvame ese papel -dijo la duquesa, y delante de él lo quemó en la bujía.

-No debe mi nombre -añadió- pronunciarse si es usted cogido y ejecutado; pues en esto arriesga usted la vida.

-Mi alegría es morir hiriendo al tirano; una alegría mucho mayor es morir por usted. Dicho esto y entendido bien, dignese no mencionar ese detalle de dinero que me parecerá una duda injuriosa.

-Si es usted cogido y deja usted pruebas, pueden llegar quizá hasta mi -replicó la duquesa-, y a Fabricio detrás de mi. Por eso y no porque dude de su valentía, exijo que el hombre que me parte el corazón muera por el veneno y no por el hierro. Por la misma razón importante para mi, le ordeno a usted que haga cuanto pueda por escapar.

-Ejecutaré fielmente, puntualmente y prudentemente. Preveo señora duquesa, que mi venganza irá mezclada con la vuestra; aun que fuera de otro modo, obedeceré asimismo fielmente, puntualmente y prudentemente. Puedo no conseguirlo; pero emplearé e ello toda mi fuerza de hombre.

-Se trata de envenenar al matador de Fabricio.

-Ya lo había adivinado y desde hace veintisiete meses que lleva esta vida errante y abominable, he pensado mucho, por mi cuenta en un acto semejante.

-Si soy. descubierta y condenada por cómplice - prosiguió la duquesa en tono orgulloso-, no quiero que se me pueda acusar d haberle seducido a usted. Le ordeno que no intente verme hasta la época de nuestra venganza. Se trata de no darle muerte antes de momento en que yo dé la señal. Su muerte ahora, por ejemplo, m seria funesta lejos de serme útil. Probablemente no deberá ocurrir hasta dentro de varios meses, pero ocurrirá. Exijo que muera envenenado y preferiría dejarle vivo que verlo muerto de un tiro. Por intereses que no quiero explicar, exijo que salve usted su vida.

Ferrante oía encantado a la duquesa expresarse en ese ton autoritario. Sus ojos brillaban con profunda alegría. Como ya 1 hemos dicho, Ferrante estaba muy delgado, pero se veía que en s primera juventud había sido muy hermoso y

todavía creía ser que fue. ¿Estoy loco?, pensó, ¿o la duquesa querrá un día, cuan le haya dado esa prueba de devoción, hacerme el hombre más feliz? Y, después de todo, ¿por qué no? ¿No valgo yo tanto como es muñeco de conde Mosca que, en la ocasión presente, nada ha podido hacer por ella, ni siquiera organizar la evasión de monsignor Fabricio?

-Puedo querer su muerte mañana mismo -continuó la duquesa sin abandonar el tono autoritario-. Ya conoce usted ese inmenso depósito de agua que está en la esquina del palacio, muy cerca di escondrijo que alguna vez ha ocupado usted. Pues bien, hay u medio secreto de hacer que el agua toda se vierta en la calle. Es será la señal de mi venganza. Si está usted en Parma lo verá; si e los bosques, oirá decir que el gran depósito del palacio Sanseverin ha reventado. Ejecute en seguida, pero por medio del veneno esponga su vida lo menos posible. Que nadie nunca sepa que y he andado metida en este asunto.

-Las palabras son inútiles -dijo Ferrante con entusiasmo m: reprimido-; ya tengo fijados los medios que emplearé. La vida d ese hombre me es más odiosa aún de lo que me era, puesto que n me atreveré a ver a usted antes de su muerte. Esperaré la señal de depósito reventando en la calle.

Saludó bruscamente, salió. La duquesa le miraba ir.

Cuando estuvo en la otra habitación, le llamó.

-Ferrante -exclamó-, ¡hombre sublime!

Volvió, como impaciente por verse retenido. Su figura, su rostro eran en este momento soberbios.

-¿Y sus hijos?

-Señora, serán más ricos que yo; usted les concederá quizá alguna pequeña pensión.

-Tome -le dijo la duquesa entregándole una especie de estuche de madera de olivo-, ahí van todos los diamantes que me quedan: valen cincuenta mil francos.

-¡Ah, señora!, usted me humilla... -dijo Ferrante con un movimiento de horror. Su rostro se alteró por completo.

-No le volveré a ver antes del acto: tome, lo quiero - añadió la duquesa con un aire tan altivo, que Ferrante quedó aterrado.

Metió el estuche en su bolsillo y salió.

A1 salir, cerró la puerta. La duquesa volvió a llamarle. Entró de nuevo con aire inquieto; la duquesa estaba de pie en medio del salón; se echó en sus brazos. A1 cabo de un momento Ferrante se desvaneció casi de felicidad. La duquesa se desasíó de sus brazos y con los ojos le señaló la puerta.

Éste es el un o hombre que me ha comprendido, pensaba. Así hubiera hecho Fabricio, si hubiera podido oírme.

Los dos rasgos esenciales del carácter de la duquesa eran, primero: que lo que una vez había querido, lo quería siempre y segundo: que nunca volvía a deliberar acerca de lo que había decidido una vez. Sobre esto citaba la frase de su primer marido, el amable general Pietranera: ¡Qué insolencia para conmigo mismo!, decía, ¿porqué he de creer que tenga más talento ahora que cuando tomé aquella decisión?

Desde este momento, una especie de alegría reapareció en el carácter de la duquesa. Antes de la resolución fatal, a cada paso que su espíritu daba, a cada cosa nueva que veía, tenía el sentimiento de su inferioridad con respecto al prin-

cipe, de su debilidad; sentíase vencida y engañada cobardemente; y el conde Mosca, por culpa de su espíritu cortesano, había secundado inocentemente al príncipe. Pero en cuanto hubo resuelto su venganza, sintió su fuerza y a cada paso afianzaba en ella una especie de dicha. Me inclino a creer que la inmortal felicidad que los italianos sienten en la venganza, proviene de la fuerza de imaginación de este pueblo; los hombres de los demás países no perdonan propiamente, sino que olvidan.

La duquesa no volvió a ver a Palla hasta los últimos tiempos de la prisión de Fabricio. El lector habrá, sin duda, adivinado que él fue quien dio la idea de la evasión. Había en los bosques de Sacca, a dos leguas del castillo, una torre medioeval, casi en ruinas que tenía más de cien pies de altura. Antes de hablar por segunda vez de evasión a la duquesa, Ferrante le suplicó que enviase a Ludovico, con hombres seguros, a que colocasen una serie de escalera; al lado de esa torre. En presencia de la duquesa, subió Palla por las escaleras y bajó luego de la torre por una cuerda de nudos; repitió por tres veces el experimento y explicó de nuevo su idea. Ocho días después, quiso Ludovico también bajar de esa vieja torre por la cuerda de nudos. Entonces fue cuando la duquesa comunicó su idea a Fabricio.

En los últimos días que precedieron al intento de evasión, que podía acarrear, de varios modos, la muerte del preso, la duquesa no hallaba un instante de tranquilidad como no estuviese Ferrante a su lado. El valor de este hombre excitaba el suyo. Pero se comprende bien que tenía que ocultar al conde tan extraña vecindad. No temía que se rebelase el con-

de, pero sus objeciones la hubiera afligido mucho y aumentado sus inquietudes. ¡Cómo! ¡Tomar de consejero íntimo a un loco rematado, a un condenado a muerte! además de eso, añadía la duquesa hablando consigo misma, ¡a un hombre que más adelante puede hacer cosas tan extrañas! Ferrante estaba en el salón de la duquesa cuando el conde vino a contarle la conversación. Sin que el príncipe había tenido con Rassi; y cuando el conde hubo salido, la duquesa tuvo que esforzarse muchísimo para impedir que Ferrante fuera sin demora a realizar un horrible designio.

-¡Ahora soy fuerte! -exclamaba el loco-. ¡Ya no tengo dudas acerca de la legitimidad de la acción!

-Pero en el momento de ira, que seguirá inevitablemente, ser Fabricio muerto.

-Así se le ahorra el peligro de ese descenso de la torre. Es posible y hasta fácil -añadió-; pero el joven carece de experiencia.

Celebróse el matrimonio de la hermana del marqués Crescenzi y en la fiesta que se dio, fue donde la duquesa encontró a Clelia pudo hablarle sin despertar las sospechas de los observadores de la buena sociedad. La duquesa misma entregó a Clelia el paquete de cuerdas, en el jardín, adonde las damas habían pasado a refrescarse un poco. Las cuerdas, cuidadosamente fabricadas mitad de seda mitad de cáñamo, con nudos, eran muy menudas y flexibles; Ludovico había probado su solidez y en todos sus trozos podían aguantar sin romperse un peso de ocho quintales. Habíanse comprimido manera que entraban varios paquetes de la forma de un volumen in quarto. Clelia las tomó y prometió a la duquesa que

todo lo humanamente posible se haría para que llegasen los paquetes a la torre Farnesio.

-Pero me inquieta la timidez de su carácter de usted, y además -añadió cortésmente la duquesa-, ¿qué interés puede inspirarle usted, desconocido?

-El señor del Dongo es desgraciado, y yo le prometo que será salvado por mí.

Pero la duquesa, que tenía muy escasa confianza en la presencia de ánimo de una joven de veinte años, había tomado otras precauciones de las que se guardó muy bien de hablar a la hija de gobernador. Como era natural, el gobernador se hallaba en la fiesta dada con ocasión del matrimonio de la hermana del marqués Crecenzi. La duquesa pensó que si el gobernador tomaba un fuerte narcótico, podría creerse, en el primer momento, que se trataba de un ataque de apoplejía, y entonces, en lugar de meterlo en su coche para llevarlo a la fortaleza, podría conseguirse con habilidad que prevaleciera la idea de hacer uso de una litera que se hallaría casualmente en la casa donde se daba la fiesta. También allí estaría unos hombres inteligentes, vestidos de obreros, empleados en la fiesta, los cuales en el desorden general se ofrecerían a transportar al enfermo hasta su palacio. Esos hombres, dirigidos por Ludovico llevaban ocultas en sus ropas una gran cantidad de cuerdas. Se ve cómo la duquesa había realmente perdido la razón desde que pensaba seriamente en la fuga de Fabricio. La idea del peligro que corría este ser querido era demasiado fuerte para su alma y soba todo duraba mucho tiempo. Por exceso de precaución estuvo a punto de echarlo todo a perder, como se verá. Todo

sucedió como lo había proyectado, con esta diferencia, que el narcótico produce un efecto demasiado poderoso; todo el mundo creyó, hasta los mismos médicos, que el general sufría un ataque de apoplejía.

Por fortuna Clelia, desesperada, no sospechó la criminal tentativa de la duquesa. El desorden fue tal, en el momento de entra: en la fortaleza la litera donde el general, medio muerto, iba encerrado, que Ludovico y los suyos pasaron sin objeción. En el puente del Esclavo fueron registrados por fórmula, muy someramente. Cuando hubieron dejado al general en su cama, fueron conducidos a las dependencias de la servidumbre donde los criados les dieron muy bien de cenar. Pero después de la cena, que terminó muy tarde, se les explicó que la costumbre de la prisión exigía que pasaran la noche encerrados en las salas bajas del palacio. Al día siguiente le pondría en libertad el lugarteniente del gobernador.

Los hombres se las arreglaron muy bien para entregar a Ludovico las cuerdas que llevaban, pero a Ludovico le costó mucha trabajo conseguir un instante de atención de Clelia. Por fin, en un momento en que pasaba de un cuarto a otro, le hizo ver que dejaba unos paquetes de cuerdas en el rincón obscuro de uno de los salones del primer piso. A Clelia le chocó muchísimo tan extraña circunstancia; en seguida concibió horribles sospechas.

-¿Quién es usted? -dijo a Ludovico.

Y, al oír la contestación muy ambigua, añadió:

-Debería mandarle detener. ¡Usted y los suyos han envenenado a mi padre!... Confiese al instante la naturaleza del

veneno de que ha hecho uso, para que los médicos de la fortaleza puedan administrar los remedios convenientes; confíeselo al momento, o si no, no salen ni usted ni sus cómplices de esta fortaleza jamás.

-La señorita se alarma sin motivo -respondió Ludovico coa perfecta cortesía-. No se trata de veneno, en manera alguna. S ha cometido la imprudencia de administrar al general una dosj de láudano, y parece ser que el criado encargado de este crimen ha puesto en el vaso algunas gotas de más; tendremos por ello un eterno remordimiento. Pero crea la señorita que, gracias a Dios no hay ningún peligro. A1 señor gobernador hay que tratarle, por haber ingerido equivocadamente una dosis demasiado fuerte de láudano. Pero como ya he tenido el honor de decir a la señorita el lacayo, encargado del crimen, no hacía uso de verdaderos venenos como Barbone, cuando quiso envenenar a monseñor Fabricio No se ha pretendido tomar venganza del peligro que corrió monseñor Fabricio; lo que se le entregó al lacayo fue un frasquito d láudano, se lo puedo jurar a la señorita. Pero claro es que si me pregunta oficialmente, lo negaré todo. Además, si la señorita habla a quien quiera que sea, incluso al excelente don César, de láudano y de veneno, Fabricio muere por la mano misma de la señorita. Y la señorita hace imposibles, para siempre, todos los proyectos d fuga; y bien sabe la señorita, lo sabe mejor que yo, que no es coa láudano con lo que se quiere envenenar a monseñor. También sabrá que alguien muy poderoso ha concedido un plazo de un me para la comisión de ese crimen, y que ya hace más de una semana que la orden fatal ha sido dada. Así, pues, si manda

detener o s dice una sola palabra a don César u otro cualquiera, retrasa todo nuestros proyectos por más de un mes; llevo pues razón cuando digo que mata a monseñor Fabricio con su propia mano.

Clelia estaba espantada de la singular tranquilidad de Ludovico.

Así, pues, pensaba, heme aquí conversando con el envenenado de mi padre, que me dirige la palabra con corteses razones. ¡Y es el amor el que me ha llevado a cometer estos crímenes!

El remordimiento le dejaba apenas fuerzas para hablar; dijo Ludovico:

-Voy a encerrarle a usted en este salón con llave. Voy corriendo decirle al médico que se trata sólo de láudano. Pero, ¡Dios mío! ¿cómo le diré que lo sé? Luego vendré a sacar a usted. Pero -dijo Clelia volviéndose corriendo cuando ya estaba cerca de la puerta- ¿sabe Fabricio eso del láudano?

-No, por Dios, señorita. Jamás lo habría consentido. Y además ¿para qué hacer una confidencia inútil? Oramos con la más estricta prudencia. Se trata de salvar la vida de monseñor, que ser; envenenado de aquí a tres semanas. La orden ha sido dada por alguien que no suele hallar obstáculo a sus voluntades, y para decirle todo a la señorita, se asegura que es el terrible fiscal general Rassi quien ha recibido la comisión.

Clelia huyó espantada. Tanto contaba con la probidad perfecta de don César, que con algunas precauciones se atrevió a decirle que al general le habían dado láudano y no otra

cosa. Sin contestar, sin preguntar, don César corrió a ver el médico.

Clelia volvió al salón, donde había encerrado a Ludovico, con la intención de hacerle más preguntas sobre lo del láudano. No lo encontró; había conseguido escaparse. Vio sobre la mesa una bolsa llena de monedas de oro y una cajita que contenía varias clases de venenos. Al verlos se echó a temblar; ¿quién me dice, pensó, que no han dado a mi padre más que láudano y que la duquesa no han querido vengarse de la tentativa de Barbone?

¡Dios mío, exclamó, heme aquí en relación con los envenenadores de mi padre! ¡Y les dejo escapar! ¡Y quizá ese hombre, en el tormento, hubiera confesado algo más que el láudano! Clelia cayó de rodillas deshecha en llanto, y rezó a la Virgen con fervor.

Mientras tanto; el médico de la fortaleza muy extrañado del aviso que le diera don César, según el cual tratábase de una dosis excesiva de láudano, administró los medicamentos convenientes que pronto hicieron desaparecer los síntomas más alarmantes. El general volvió en sí cuando alboreaba. Su primer acto consciente fue llenar de insultos al coronel que mandaba la fortaleza, porque se había ocurrido dar algunas órdenes, las más sencillas del mundo, mientras el general tenía perdido el conocimiento.

El gobernador montó luego en cólera contra una criada que, al traerle caldo, pronunció la palabra apoplejía.

-¿Es que estoy en edad -gritó- de tener ataques de apoplejía? Sólo mis más encarnizados enemigos pueden hacer

correr esos rumores. Y además, ¿he sido acaso sangrado, para que la calumnia misma se atreva a hablar de apoplejía?

Fabricio, ocupado en los preparativos de su fuga, no pudo comprender lo que significaban esos ruidos extraños que llenaron la fortaleza cuando trajeron medio muerto al gobernador. Primero pensó que su sentencia había sido cambiada y venían a ejecutarle. Pero viendo luego que nadie se presentaba en su cuarto, pensó que Clelia había sido sorprendida, que a su regreso a la fortaleza le habían cogido las cuerdas, que probablemente traía, y, en fin, que sus proyectos de fuga eran en adelante imposibles. Al día siguiente, rayando el alba, vio entrar en su cuarto a un hombre que le era desconocido y que, sin decir palabra, dejó un cesto de fruta; debajo de la fruta había la siguiente carta:

"Llena de los más crueles remordimientos por lo que ha ocurrido, no, gracias a Dios, con mi asentimiento, pero sí con ocasión de una idea que yo tuve, he hecho a la santísima Virgen la promesa solemne de que si, por su santa intercesión, mi padre se salva, no opondré la menor negativa a sus órdenes; me casaré con el marqués en cuanto me requiera para ello y nunca le volveré a ver a usted. Sin embargo, creo que es mi deber acabar la obra comenzada. El domingo próximo, al volver de la misa, adonde se le llevará a petición mía (piense usted en preparar su alma, que puede usted morir en la difícil empresa), al volver de misa, digo, retrase usted cuanto pueda el regreso al cuarto. Encontrará usted en él lo que necesita para la acción meditada. Si perece usted, mi alma será traspasada de dolor. ¿Podrá usted acusarme de haber contribuido a su muerte? La duquesa misma, ¿no me

ha dicho en distintas ocasiones que la fracción Raversi está venciendo? Se quiere tener cogido al príncipe por una crueldad que lo separe para siempre del conde Mosca. La duquesa, deshecha en llanto, me ha jurado que no queda más recurso que ése; parece usted si nada intenta. Ya no puedo mirarle a la cara; he hecho esa promesa. Pero si el domingo, hacia la tarde, me ve usted enteramente vestida de negro en la ventana de siempre, ésa será la señal de que por la noche todo estará dispuesto, en lo posible dentro de mis escasos medios. Después de las once; quizás a las doce o a la, una, una lamparita se encenderá en una ventana; ése será el momento decisivo; rece usted una oración a nuestro patrono, tome aprisa los hábitos sacerdotales, y en marcha.

“Adiós, Fabricio, estaré en oración, vertiendo las lágrimas más amargas, puede usted creerlo, mientras usted correrá tantos y tan grandes peligros. Si parece usted, no podré vivir, ¿qué digo, Dios mío? Pero si sale usted bien, no le volveré a ver. El domingo, después de misa, encontrará usted en su cuarto el dinero, los venenos las cuerdas, que le envía esa, mujer terrible que le quiere a usted con delirio y que me ha repetido tres veces que había que tomar esta decisión. ¡Dios le salve y la Santísima Virgen!

Fabio Conti era un carcelero lleno de inquietud y recelo, que veía evasiones de presos hasta en sueños. Era aborrecido por todo el mundo en la fortaleza. Pero la desgracia inspira a todos los hombres las mismas resoluciones, y los pobres presos, los mismos que estaban encadenados en calabozos de tres pies de alto por tres de ancho y ocho de largo, donde no podían estar de pie ni sentados, todos los presos, aun

esos mismos, tuvieron la idea de que se cantase a sus expensas un Te Deum, cuando supieron que su gobernador estaba fuera de peligro. Dos o tres de esos desgraciados escribieron soneto sen honor de Fabio Conti. ¡Oh efecto de la desventura en los hombres! ¡Que quien los censure se vea conducido por el destino a pasar un año en un calabozo de tres pies de altura, con ocho onzas de pan diarias y ayuno los viernes!

Clelia, que no abandonaba la habitación de su padre, sino para ir a rezar a la capilla, dijo que el gobernador había decidido que los regocijos serían el domingo. Por la mañana del domingo, Fabricio estuvo en la misa y en el Te Deum; por la noche hubo fuegos artificiales y en las salas bajas del castillo se distribuyó a los soldados cuatro veces más de vino de lo que el gobernador había concedido. Una mano desconocida había enviado varios toneles de agua ardiente, que los soldados hicieron correr como agua. La generosidad de los soldados, que se emborrachaban, no quiso consentir que los cinco soldados puestos de centinela alrededor del palacio sufrieran privación por estar de guardia. A medida que entraban en sus garitas, un criado apalabrado les daba vino, y, no se sabe cómo, los que entraron de centinela a las doce de la noche y durante el resto de ella, recibieron además un vaso de aguardiente y la botella se quedó olvidada al lado de la garita (como se demostró en el proceso subsiguiente).

El desorden duró más tiempo de lo que había pensado Clelia; y Fabricio, que ya desde hacía ocho días había limado los barrotes de la ventana que no daba a la pajarera, no pudo empezar a desmontar la pantalla hasta la una de la madrugada. Trabajaba casi encima de los centinelas que guardaban el

palacio del gobernador. Pero éstos nada oyeron. Había hecho algunos nudos más en la inmensa cuerda necesaria para bajar de la terrible altura de ciento ochenta pies. Se colgó la cuerda, cruzándola por la espalda, alrededor del cuerpo; le molestaba mucho, pues su volumen era enorme y los nudos le impedían formar una masa compacta. Sobresalía de su cuerpo más de dieciocho pulgadas. Éste es el obstáculo mayor, pensó Fabricio.

Arregló como pudo esta cuerda y tomó luego la que le iba a servir para bajar los treinta y cinco pies que había desde su ventana a la explanada donde se alzaba el palacio del gobernador. Mas, como por muy borrachos que estuvieran los centinelas, no era cosa de bajar exactamente encima de sus cabezas, salió, como hemos dicho, por la otra ventana de su cuarto, la que daba al tejado de una especie de amplio cuerpo de guardia. Por un capricho de enfermo, el general Fabio Conti, en cuanto pudo hablar, mandó subir doscientos soldados a este antiguo cuerpo de guardia abandonado desde hacia más de un siglo. Decía que, después de haberle envenenado, querían matarlo en su cama, y esos doscientos soldados servían para darle guardia. Imagínese el efecto que esta medida imprevista produjo en el corazón de Clelia; esta muchacha piadosa comprendía muy bien hasta qué punto hacía traición a su padre, a un padre que acababa casi de ser envenenado en interés del preso a quien ella amaba. La llegada imprevista de estos doscientos hombres le pareció casi una orden providencial que le prohibía seguir adelante y devolver la libertad a Fabricio.

Pero todo el mundo en Parma hablaba de la próxima muerte del preso. Ese triste tema se había tratado en la fiesta misma que se dio con ocasión del matrimonio de la signora Gudea Crescenzi. Puesto qué por semejante bagatela, un desgraciado pinchazo dado a un cómico, no habían puesto en libertad a un hombre de la alcurnia de Fabricio, a los nueve meses de cárcel y con la protección del primer ministro, es que había alguna cuestión política en el asunto. Y en este caso, inútil seguir ocupándose de él, decíase; si no le convenía al poder, ejecutarlo en la plaza pública, moriría pronto de enfermedad. Un obrero cerrajero, llamado al palacio del general Fabio Conti, habló de Fabricio como de un preso que había muerto ya hacia tiempo y cuya muerte no se divulgaba por razones políticas. Las palabras de este hombre decidieron a Clelia.

XXII

Durante el día, Fabricio fue víctima de algunas reflexiones serias y desagradables. Pero conforme iba oyendo dar las horas que le acercaban al momento de la acción, sentíase más alegre y mejor dispuesto. Habíale escrito la duquesa advirtiéndole que pronto se sentiría como sorprendido por el aire libre y que apenas estuviera afuera de la prisión se encontraría en la imposibilidad de andar. En tal caso más valía exponerse a ser cogido que tirarse por el muro de los ciento ochenta pies. Si esa desgracia me sucede, decía Fabricio, me echaré contra el parapeto, dormiré una hora y volveré a empezar. Ya que se lo he jurado a Clelia, prefiero caer desde alto de un muro que estar siempre meditando acerca del sabor del pan que coma. ¡Qué horribles dolores deben sentirse hacia el fin cuando muere uno envenenado! Fabio Conti no se andará con rodeos; me dará el arsénico con que ha matado las ratas de la fortaleza. Hacia las doce de la noche, una de esas nieblas espesas y blancas que el Po suele despedir a veces en sus orillas, se extendió primero por la ciudad y llegó

hasta la explanada y los baluartes, e medio de los cuales se alza la torre grande de la fortaleza. Fabricio creyó ver que desde el parapeto de la plataforma no se percibía ya las pequeñas acacias que rodeaban a los jardines, hechos por los soldados, al pie del muro de los ciento ochenta pies. Esto viene muy bien, pensó.

Poco después de dar las doce y media, vio Fabricio la señal con la lamparita en la ventana de la pajarera. Estaba dispuesto a la acción; se persignó y ató a su cama la cuerda pequeña, destinada a bajar los treinta pies que hay desde la ventana a la plataforma donde está el palacio. Llegó sin dificultad al tejado del cuerpo c guardia, ocupado desde el día antes por los doscientos hombres c refuerzo, de que hemos hablado. Por desgracia, los soldados, a las doce y tres cuartos que eran entonces, no se habían dormido aún. Mientras andaba muy despacio por el tejado de grandes tejas rojas, Fabricio les ola decir que el diablo iba por el tejado y que había que intentar matarlo a tiros. Algunas voces afirmaban que el intento era de notoria impiedad; otros decían que si se tiró un tiro y no se mataba nada, el gobernador los mandaría a topa la cárcel por haber alarmado inútilmente a la guarnición. En esta discusión fue causa de que Fabricio se apresurase lo más posible al andar por el tejado e hiciese mucho más ruido. El hecho que en el momento en que, colgado de su cuerda, pasó por delante de las ventanas, a cuatro o cinco pies de distancia afortunadamente, por causa del alero del tejado, las ventanas estaban erizadas de bayonetas. Algunos han dicho que Fabricio, loco siempre tuvo la ocurrencia de hacer el papel de diablo y que echó a los soldados un puñado

de monedas. Lo que en esto hay de cierto que había sembrado de monedas el suelo de su habitación y luego también la plataforma, en todo el trayecto desde la torre Farnesio al parapeto, con el fin de darse la probabilidad de distraer a soldados que hubieran podido ir tras él.

Llegó a la plataforma y se encontró rodeado de centinelas quienes ordinariamente gritaban cada cuarto de hora una frase certera: Todo va bien en mi puesto. Se fue hacia el parapeto del teniente y buscó la piedra nueva.

Lo que parece increíble y podría provocar dudas acerca de exactitud del hecho, si del resultado no hubiera sido testigo la edad entera, es que los centinelas, colocados a lo largo del parapeto hayan visto y detenido a Fabricio. Es cierto que la niebla empezaba a subir, y Fabricio ha dicho que cuando se hallaba en plataforma, parecíale que la niebla andaba ya por la mitad de torre Farnesio. Pero esa niebla, no era muy espesa y él veía bien a los centinelas, algunos de los cuales se paseaban. Añade Fabricio que empujado como por una fuerza sobrenatural, fue a colocarse audazmente entre dos centinelas bastante próximos uno otro. Deshizo tranquilamente la cuerda grande, que llevaba enrollada al cuerpo y que se le enredó dos veces; necesitó mucho tiempo para desenredarla y tenderla por encima del parapeto. Oía asoldados hablar por todas partes y estaba resuelto a apuñalarlo primero que se acercase a él. "No estaba turbado, añadía, parecía que realizaba un acto de ceremonia."

La cuerda, desenredada al fin, la ató a un boquete que hay en el parapeto para dejar paso a las aguas, subió al parapeto mis:

y rezó con fervor. Luego, como un héroe de los tiempos de la callejera andante, pensó un instante en Clelia. ¡Qué distinto soy Fabricio ligero y libertino que entró aquí hace nueve meses! Po fin se puso a descender la tremenda altura. Iba mecánicamente según dijo después, como hubiera hecho en pleno día, bajando delante de unos amigos para ganar una apuesta. Hacia la mitad ole trayecto sintió de repente que sus brazos perdían fuerza; hasta cree que un momento soltó la cuerda, pero la cogió en seguida; quizá dice, se agarró a las zarzas sobre las que pasaba arañándose. De ve: en cuando sentía un dolor atroz entre los hombros, que llegaba hasta quitarle la respiración. Un movimiento de ondulación muy incómodo le llevaba sin cesar de la cuerda a las zarzas. Fue golpeado por varios pájaros bastante grandes, que despertaban y se echaban sobre él al emprender el vuelo. Las primeras veces creyó que le cogían soldados que habían bajado por la misma cuerda que é de la fortaleza, y ya se preparaba a defenderse. Por último llegó abajo, sin más inconveniente que tener las manos llenas de sangre Cuenta que desde la mitad del descenso la escarpa que forma k torre le fue muy útil; iba pegado al muro mientras bajaba, y las plantas que crecen entre las piedras le sostenían mucho. Al llegar abajo, a los jardines de los soldados, cayó en una acacia, que vista desde arriba le pareció tener cuatro o cinco pies de altura y quo en realidad tenía quince o veinte. Un borracho que estaba allí dormido lo tomó por un ladrón. Al caer del árbol al suelo, Fabricio casi se dislocó el brazo izquierdo. Echó a correr hacia la fortificación; pero, según dice, las piernas le parecían de algodón y no tenía ninguna fuerza. A pesar del

peligro, se sentó y bebió un poco de aguardiente que le quedaba. Durmió algunos minutos profunda mente, hasta el punto de no saber dónde estaba; al despertarse, no podía comprender cómo, estando en su cuarto, veía árboles. Por fin, la terrible verdad acudió a su memoria. En seguida anduvo hacia la fortificación y subió a ella por una escalera grande. El centinela que estaba al lado de la escalera, roncaba en su garita. Encontró un cañón en la hierba, ató a él su tercera cuerda, que resulté demasiado corta, y cayó en un foso de fango, donde podía haber hasta un pie de agua. Mientras se levantaba y trataba de darse cuenta, sintió que dos hombres le cogían; tuvo un momento de miedo, pero en seguida oyó muy cerca decir en voz muy baja:

-¡Ah, monseñor, monseñor!

Comprendió vagamente que eran hombres de la duquesa y se desmayó. Poco tiempo después sintió que los hombres lo llevaban en silencio y muy de prisa; luego se detuvieron, cosa que le produjo gran inquietud. Pero no tenía fuerzas ni para hablar ni para abrir los ojos. Sintió que le apretaban; de pronto reconoció el perfume de los vestidos de la duquesa. Este perfume le reanimó; abrió los ojos y pudo pronunciar estas palabras:

-¡Ah, querida amiga!

Y se desmayó otra vez profundamente.

El fiel Bruno, con un grupo de policías adictos al conde, estaba de reserva a doscientos pasos de allí. El conde en persona esperaba escondido en una casita muy cerca del sitio en donde la duquesa aguardaba. No hubiera vacilado, de ser preciso, en sacar la espada con algunos oficiales retirados,

sus amigos íntimos. Se consideraba obligado a salvar la vida de Fabricio, que le parecía muy en peligro; además, pensaba, el joven habría conseguido su gracia firmada por el príncipe, si él, Mosca, no hubiera cometido la sandez de querer evitar una tontería escrita al soberano.

Desde las doce, la duquesa, rodeada de hombres armados hasta los dientes, iba y venía en medio de un profundo silencio delante de las fortificaciones. No podía estarse quieta, y pensaba en épicos combates para arrebatar a Fabricio de las manos de los soldados que le perseguían. Esta imaginación ardiente había tomado mil precauciones, que fuera muy largo contar aquí en detalle, y las más de ellas de increíble imprudencia. Se ha calculado que más de ochenta agentes fueron movilizados aquella noche, dispuestos a combatir por algo extraordinario. Por fortuna, Ferrante y Ludovico estaban al frente de ellos y el ministro de la Policía no era hostil; pero el mismo conde observó que la duquesa no fue vendida por nadie y que como ministro nada supo.

La duquesa perdió por completo la cabeza al ver a Fabricio; estrechábalo en sus brazos convulsos y tuvo un ataque de desesperación, viéndose toda llena de sangre; era la sangre de las manos de Fabricio; creyó que su sobrino estaba peligrosamente herido. Ayudada por un criado iba ya a quitarle el traje para vendarle, cuando Ludovico, que por fortuna estaba allí, metió a la duquesa y a Fabricio en uno de los cochecillos escondidos en un jardín cerca de las puertas de la ciudad, y los caballos partieron a todo galope para pasar el Po cerca de Sacca. Ferrante, con veinte hombres bien armados, iba de retaguardia y había prometido sobre su cabeza

detener a los perseguidores. El conde, solo y a pie, no abandonó los alrededores de la fortaleza hasta dos horas después, cuando vio que nada se movía. Heme aquí culpable de alta traición, decía ebrio de alegría.

Ludovico tuvo una excelente idea; metió en un coche a un joven cirujano, adicto a la casa de la duquesa y que se parecía bastante a Fabricio.

-Salga usted por el lado de Bolonia -le dijo-; sea usted m torpe, hágase detener; vacile en las respuestas y confíese, en f que es usted Fabricio del Dongo; gane usted tiempo, cuanto m mejor. Desarrolle toda su habilidad en ser torpe; todo será q esté usted un mes en la cárcel, y la señora le dará cincuenta monedas de oro.

-¿Quién piensa en el dinero cuando se sirve a la señora?

Partió; fue detenido algunas horas después, cosa que produjo una muy graciosa alegría al general Fabio Conti y a Rassi, que con el peligro de Fabricio, veía escapársele su baronía.

La evasión no fue conocida en la fortaleza hasta eso de las s de la mañana, y hasta las diez nadie se atrevió a comunicársela príncipe. La duquesa había sido tan bien servida, que a pesar c profundo sueño de Fabricio, que ella tomaba por un mortal des nacimiento, pasaron el Po a las cuatro de la mañana en una bar En la otra orilla había coche y caballos; anduvieron otras dos grúas rapidísimamente y fueron detenidos más de una hora para comprobación de los pasaportes. La duquesa los tenía de todas cosas para ella y para Fabricio. Pero aquel día estaba loca y se ocurrió dar diez napoleones al empleado de la policía austríaca tomarle una

mano vertiendo copiosas lágrimas. El empleado, asustadísimo, volvió a examinar los pasaportes. Tomaron la posta; duquesa pagaba de tan extravagante manera que en todas pare despertaban sospechas, sobre todo en este país en donde todo extranjero es sospechoso. Ludovico vino esta vez también en su a~ da; dijo que la señora duquesa estaba loca de dolor, a causa de fiebre continua que padecía el joven conde Mosca, hijo del prior ministra, de Parma, a quien llevaba a París para que lo vieran 1 médicos.

Diez leguas más allá del Po, despertóse por completo el preso; tenía una luxación en el hombro y por todo el cuerpo la piel levantada. Todavía la duquesa hacia y decía cosas tan extrañas, que dueño de una posada de aldea, donde comieron, creyó que se t taba de una princesa de sangre imperial, y ya iba a tributarle los honores que creía debidos, cuando Ludovico le dijo que la princesa lo mandaría sin remisión a la cárcel, si se le ocurría echar 1 campanas a vuelo.

En fin, hacia las seis de la tarde, llegaron a territorio piemontés. Allí ya estaba Fabricio plenamente seguro. Fue conducido una pequeña aldea apartada de la carretera; se le hizo una cuna y durmió unas horas.

Fue en esta aldea donde la duquesa cometió una acción, no solo horrible para los moralistas, sino además funesta para la tranquilidad del resto de su vida. Unas semanas antes de la evasión de Fabricio, un día en que todo Parma había ido a la fortaleza para tratar de ver en el patio el cadalso que estaban construyendo para Fabricio, la duquesa había enseñado a Ludovico, convertido "factotum" de la casa, el secreto por medio del cual se sacaba un pequeño marco de

hierro, muy bien oculto, una de las piedras que forman el fondo del depósito de agua del palacio Sanseverina obra del siglo XIII, de la que ya hemos hablado. Mientras Fabricio dormía en la trattoria de la pequeña aldea, la duquesa llamó a Ludovico. Éste creyó que la señora se volvía loca, tan singulares y extrañas eran las miradas que le lanzaba.

-Estás sin duda esperando que te dé unos millares de francos. Pues bien, no; te conozco, eres poeta y pronto habrás gastado dinero. Te regalo la pequeña finca de la Ricciarda, que tengo cerca de Casal-Maggiore.

Ludovico se echó a sus pies, loco de alegría, y afirmando con acento de sinceridad suma, que no era por ganar dinero porque había contribuido a salvar a monseñor Fabricio, a quien había siempre profesado un especial afecto, desde que tuvo una vez que servirle siendo tercer cochero de la señora. Cuando este hombre que realmente tenía buen corazón, creyó que había hablado bastante de su persona a una dama tan elevada, se despidió; pero el brillándole los ojos, le dijo:

-Quédate.

Paseábase sin decir palabra por la habitación de la posada, mirando de vez en cuando a Ludovico con ojos inverosímiles. Por f5 l este hombre, viendo que el extraño paseo no acababa, creyó debe dirigir una palabra a su señora.

-La señora me ha hecho un regalo tan exagerado, tan por encima de lo que un pobre hombre como yo podía figurarse, t;1 superior sobre todo a los servicios que he tenido la honra de prestarle, que creo, en conciencia, no poder aceptar la tierra de Ricciarda. Tengo el honor de devolver esta tierra

a la señora, , le ruego me conceda una pensión de cuatrocientos francos.

-¿Cuántas veces en tu vida le dijo con altivez sombría, cuántas veces has oído decir que yo me vuelva atrás de un proyecto decidido por mí?

Después de esta frase, la duquesa volvió a pasearse aún unos minutos; luego se paró de repente y exclamó:

-Fabricio se ha salvado por una casualidad, porque ha sabido agradar a esa joven Clelia. Si no hubiera sido amable, muere. ¿Podrías negarme esto? -dijo andando hacia Ludovico; y sus ojos lanzaban llamas.

Ludovico retrocedió algunos pasos y la creyó loca, cosa que le produjo no poca inquietud por la propiedad de su tierra de la Ricciarda.

-¡Pues bien! -prosiguió la duquesa cambiando como por encanto el tono en otro más dulce y alegre-, quiero que mis buenos habitantes de Sacca gocen de un día de ventura de que se acuerden toda su vida. Vas a volver a Sacca; ¿tienes algo que objetar? ¿Piensas correr algún peligro?

-Poca cosa, señora. Ninguno de los de Sacca dirá nunca que yo estaba con monseñor Fabricio. Además, si me permite la señor, que se lo diga, ardo en deseos de ver mi tierra de la Ricciarda; ¡me parece tan raro ser yo propietario!

-Me agrada tu alegría. El arrendatario de la Ricciarda me debe, creo yo, tres o cuatro años de renta. Te regalo la mitad de lo que me debe y la otra mitad te la doy también, pero con esta condición: vas a ir a Sacca, dirás que pasado mañana es el día de una de mis santas patronas, y por la tarde después de tu llegada, mandarás iluminar mi castillo de la más

espléndida manera. No ahorre; ni dinero ni trabajo; piensa que se trata de la mayor felicidad de mi vida. Hace tiempo que tengo preparada esta iluminación; desde hace más de tres meses he reunido en los sótanos del castillo lo que hace falta para esta noble fiesta. He dejado en depósito al jardinero todas las piezas necesarias para unos magníficos fuegos artificiales; que mandarás quemar en la terraza que mira hacia el Po. Tengo ochenta y nueve grandes toneles de vino en la cueva; mandarás poner ochenta y nueve fuentes de vino en el parque. Si al día siguiente queda una sola botella sin beber, diré que no amas a Fabricio. Cuando las fuentes estén bien en marcha, te escaparás prudentemente, pues es posible, y así lo espero, que en Parma toda esa hermosura parezca una insolencia.

-No es que sea posible, es seguro, como también es seguro que el fiscal Rassi, que ha firmado la sentencia de monsignore, reventará de rabia. Y hasta... -añadió Ludovico tímidamente- si la señora quisiera dar gusto a su pobre criado, mejor que la mitad de las rentas atrasadas de la Ricciarda, concederíame el permiso de darle una bromita a ese Rassi...

-¡Eres un buen hombre! -exclamó la condesa arrebatada de gozo-. Pero te prohibo en absoluto que le hagas nada a Rassi; tengo el proyecto de ahorcarlo públicamente más tarde. Tú, procura que no te detengan en Sacca; pues todo estaría perdido si te cogieran.

-¡A mí, señora! Cuando haya dicho en Sacca que festejamos a una de las patronas de la señora, si la policía enviara treinta polizontes para estorbar algo, puede estar segura la señora de que antes de llegar a la Cruz Roja, que está en me-

dio de la aldea, no quedaba uno a caballo. No son mancos, no, los de Sacca; todos contrabandistas de lo bueno y todos idólatras de la señora.

-Y además -prosiguió la duquesa con un aire y un tono singularmente desenvueltos, si a mi buena gente de Saca le doy vino, a los habitantes de Parma quiero darles agua. En la noche misma en que mi castillo esté iluminado, toma el mejor caballo de mi cuadra, corre a Parma a mi palacio y abre el depósito.

-¡Ah, qué excelente idea tiene la señora! -exclamó Ludovico, muerto de risa-; vino a la buena gente de Sacca y agua a los burgueses de Parma, que estaban tan seguros, los miserables, de que monsignore Fabricio iba a ser envenenado como el pobre L...

No daban fin las exclamaciones alegres de Ludovico. La duquesa mirábalo, complacida, reírse como un loco y repetir sin cesar:

-¡Vino a los de Sacca y agua a los de Parma! La señora sabe, sin duda mejor que yo, que cuando hace unos veinte años se vació por descuido el depósito, hubo más de un pie de agua en varias calles de Parma.

-Agua a los de Parma -replicó riendo la duquesa-. El paseo delante de la fortaleza se hubiera llenado de gente si llegan a ejecutar a Fabricio... Todo el mundo le llama el gran culpable... Pero, sobre todo, hazlo con habilidad, que nunca alma viviente sepa que esa inundación ha sido hecha por ti ni ordenada por mí. Fabricio, él conde, todo el mundo, debe ignorar esta loca broma... Pero se me olvidaban mis pobres de Sacca; vete a escribir una carta para mi apoderado; yo la

firmaré. Le dirás que por la fiesta de mi patrona, distribuya cien monedas de oro a los pobres de Sacca, y te obedezca puntualmente en lo de la iluminación, los fuegos y el vino; y sobre todo que no quede ni una botella en la bodega.

-El apoderado de la señora no sabrá qué hacer en ese punto, porque desde hace cinco años que la señora tiene el castillo, no ha dejado diez pobres en Sacca.

-Y agua para los de Parma -replicó la duquesa cantando-. ¿Cómo ejecutarás esta broma?

-Mi plan está trazado; salgo de Sacca a eso de las nueve de la noche; a las diez y media, mi caballo está en la posada de los Tres Zotes, en el camino de Casal-Maggiore y de mi tierra de la Ricciarda; a las once estoy en mi habitación del palacio; a las once cuarto, agua para los de Parma, y más de la que quieran, par beber a la salud del gran culpable. Diez minutos después salgo a la ciudad por el camino de Bolonia. Al pasar, saludo cortésmente a la fortaleza, que el valor de monseñor y el talento de la señor acaban de deshorrar; echo por un sendero que conozco muy bien y hago mi entrada en la Ricciarda.

Ludovico levantó la vista hacia la duquesa y sintió miedo: mirada fija, clavada en el muro a seis pasos, tenía un expresión atroz. ¡Ay, pobre tierra mía!, pensó Ludovico. El hecho es que ese loca. La duquesa le miró y advirtió su pensamiento.

-¡Ah!, señor Ludovico, gran poeta, quieres una donación escrita; corre a buscarme una hoja de papel.

Ludovico no esperó a que le repitiera la orden, y la duque; escribió de su puño y letra, un documento que fechó

con fecha de año anterior, en el cual declaraba haber recibido de Ludovico San Micheli la suma de ochenta mil francos y haberle dejado en prenda la tierra de la Ricciarda. Si a los doce meses la duquesa no habías devuelto los ochenta mil francos a Ludovico, la tierra de la Ricciarda pasaba a ser propiedad de éste.

Es hermoso, pensaba la duquesa, regalar a un fiel servidor la tercera parte aproximadamente de lo que me queda para mí.

-Bueno -dijo la duquesa a Ludovico-; después de la broma del depósito te doy dos días para que te diviertas en Casal-Maggiore. La venta será valedera, con que tú digas que el asunto se arregla hace ya más de un año. Volverás en seguida a juntarte con no otros en Belgirate, sin la menor demora. Fabricio irá quizá a Inglaterra, adonde tú irás con él.

Al día siguiente, muy temprano, la duquesa y Fabricio llegaba a Belgirate.

Estableciéronse en esta encantadora aldea. Pero una pena mortal aguardaba a la duquesa en el lago Mayor. Fabricio estaba cambiado por completo; desde los primeros momentos, al despertar d su sueño, en cierto modo letárgico, la duquesa había visto bien que en él ocurría algo extraordinario. El sentimiento profundo, que él ocultaba con mucho cuidado, era bastante extraño y singular. Era nada menos que esto: estaba desesperado de hallarse fuera d su cárcel. Se guardaba muy bien de confesar esta causa de tristeza porque hubiera suscitado preguntas a las que no quería contestar.

-Pero ¡bueno! -le decía la duquesa-. Cuando el hambre te forzaba a comer, para no caerte, uno de esos detestables

manjar que te enviaban de la cocina de la cárcel, ¿no te horrorizaba la tremenda sensación de decir: hay aquí un gusto raro? ¿Me estoy envenenando?

-Pensaba en la muerte -respondía Fabricio-, como supongo que piensan en ella los soldados: era una cosa posible que creía evitar con mi destreza.

Así, pues, ¡qué inquietud, qué dolor para la duquesa! Este ser adorado, singular, vivo, original, veíalo en adelante presa siempre de una profunda melancolía; prefería la soledad al placer mismo de hablar de todo, sin traba alguna, con la mejor amiga que tenía en el mundo. Siempre era bueno, atento, agradecido con la duquesa: como antaño, habría dado cien veces su vida por ella; pero su alma estaba ausente. Con frecuencia ocurriales bogar cuatro o cinco leguas sobre ese lago sublime, sin cruzar palabra. La conversación, el cambio de pensamientos fríos, que ahora ya era posible entre ellos, hubiera quizá parecido agradable a otros; pero ellos recordaban aún, sobre 'todo la duquesa, lo que eran sus conversaciones antes de ese fatal encuentro con Giletti, que los había separado. Fabricio estaba con la duquesa en deuda del relato de los nueve meses transcurridos en una horrible prisión, y sucedía que sobre esa estancia no podía decir más que palabras breves e incompletas.

Esto tenía que ocurrir, tarde o temprano, pensaba la duquesa con tristeza sombría. Las penas me han envejecido, o bien realmente ama a otra y yo no ocupo ya en su corazón sino el segundo puesto. Rebajada, aterrada por este dolor, el mayor posible, la duquesa pensaba a veces: ¡Si permitiera el cielo que Ferrante se hubiera vuelto loco del todo o que le

faltase valor, me parece que sería menos desgraciada! Desde este momento, un semirremordimiento emponzoñó la estimación que la duquesa sentía hacia sí misma, hacia su propio carácter. ¡Así, pues, decía con amargura, me arrepiento de una decisión tomada: ya no soy, pues, una del Dongo!

Lo ha dispuesto el cielo, proseguía: Fabricio está enamorado, y ¿con qué derecho iba yo a querer que no lo estuviera? ¿Es que entre nosotros se ha cruzado nunca una sola palabra de amor verdadero?

Esta idea tan razonable le quitó el sueño. En suma, era cien veces más desgraciada en Belgirate que en Parma, lo cual demostraba que la vejez y la debilidad del alma habían llegado para ella al mismo tiempo que se abría la perspectiva de una venganza ilustre. En cuanto a la persona causante de la extraña melancolía de Fabricio, no había modo de tener razonablemente dudas: Clelia Conti, esa joven tan piadosa, había hecho traición a su padre, puesto que había consentido en emborrachar a la guarnición, y sin embargo, nunca Fabricio hablaba de Clelia. Pero, añadía la duquesa golpeándose desesperada el pecho, si la guarnición no hubiese estado borracha, ¡todos mis inventos, todos mis cuidados eras inútiles; ella es, pues, quien lo ha salvado!

Era sumamente difícil para la duquesa obtener que Fabricio le contara detalles acerca de los sucesos de aquella noche que, pensaba la duquesa, habría constituido en otro tiempo el tema de un, charla sin cesar repetida. En aquella otra venturosa época, hubiera estado un día entero hablando, con gracia y facundia inagotable de la menor bagatela que hubiera yo propuesto.

Como había que preverlo todo, la duquesa estableció a Fabricio en el puerto de Locarno, ciudad suiza situada en la extremidad del lago Mayor. Todos los días iba a buscarlo en barca par; dar por el lago grandes paseos. Pues bien; una vez que se le ocurrió subir a su cuarto, lo encontró literalmente empapelado con vista de la ciudad de Parma, que había mandado traer de Milán o de la misma Parma, tierra que hubiera debido aborrecer. Su saloncito convertido en estudio de pintor, estaba lleno de los chismes necesarios para pintar acuarelas, y encontró a Fabricio acabando un tercera vista de la torre Farnesio y del palacio del gobernador.

-Ya no te falta nada -dijo ella picada- que hacer de memoria el retrato de ese amable gobernador que no quería sino envenenarte. Pero ahora caigo -prosiguió la duquesa-, deberías escribirle una carta de excusas por haberte tomado la libertad de poner el ridículo su fortaleza.

La pobre mujer no podía figurarse que estaba diciendo la pura verdad. El primer cuidado de Fabricio, cuando hubo llegado a sitio seguro, fue escribir al general Fabio Conti una carta muy corté y en cierto sentido ridícula. Le pedía mil perdones por haberse escapado, alegando como disculpa que se había figurado que cierta subalterno de la cárcel estaba encargado de darle un veneno. Poco le importaba lo que escribía; Fabricio esperaba que los ojos de Clelia verían la carta; vertió copiosas lágrimas al escribirla. La terminó con una frase graciosísima; se atrevía a manifestar que, aun estando en libertad, le sucedía a menudo echar de menos su cuarta de la torre Farnesio. Éste era el pensamiento capital de la carta que esperaba que Clelia entendería. Siguiendo este

humor de escribir y esperando siempre que alguien leería las cartas, Fabricio dio las gracias a don César, el buen capellán, que le había prestado libros de teología. Unos días después, Fabricio envió a Milán a librero de Locarno, para que este librero, amigo del célebre bibliómano Reina, comprara las más lujosas ediciones que pudiera encontrar de los libros prestados por don César. El buen capellán recibió los libros y una hermosa carta que decía que en algunos momento de impaciencia, discupables acaso en un pobre preso, había llenado las imágenes de sus libros de notas ridículas. Le suplicaba por tanto, que los reemplazase en su biblioteca por los volúmenes que, con el más vivo agradecimiento, se permitía presentarle.

Fabricio estaba muy lejos de dar el simple nombre de notas los infinitos renglones con que había emborronado las márgenes de un ejemplar en folio de las obras de San Jerónimo. En la cárcel: alimentaba la esperanza de que podría devolver este libro al buen capellán y cambiarlo por otro; había, pues, escrito día por día en las márgenes un diario muy exacto de cuanto le sucedía en la cárcel; estos grandes sucesos no eran sino éxtasis de amor divino (esta palabra divina) estaba en lugar de otra que no se atrevió a escribir) Unas veces este amor divino sumía al preso en una desesperación profunda; otras, una voz que vibraba en los aires devolvía al preso alguna esperanza y le llenaba de ventura. Todo esto, felizmente estaba escrito con tinta de cárcel, hecha con vino, chocolate y hollín don César había pasado la vista por encima, y sin leer nada, había vuelto a poner el San Jerónimo en su biblioteca. Si hubiera leído las márgenes,

habría visto que un día el preso, creyéndose envenenado, se felicitaba por morir a menos de cuarenta pasos de distancia de lo que más había querido en este mundo. Pero otros ojos que no los del buen capellán, habían leído estas páginas, después de la fuga. Esta hermosa idea de morir cerca del objeto amado, expresada en cien modos diferentes, iba seguida de un soneto, en donde se decía que el alma, separada después de horribles tormentos, ore ese cuerpo frágil en que había habitado durante veintitrés años y empujada por el instinto de felicidad natural a todo cuanto existe o ha existido, no subiría al cielo a sumarse a los coros angélicos cuando se viera libre y obtuviera, si lo obtenía, el perdón de sus pecados; sino que, más feliz después de la muerte, de lo que había sido su vida, iría a pocos pasos de la cárcel, donde gimiere tanto tiempo, a reunirse con lo que más había amado en el mundo. Y así, decía el último verso del soneto, habré encontrado mi paraíso en la tierra.

Aunque de Fabricio no se hablaba en la fortaleza de Parma más que para tratarlo de infame traidor que había olvidado sus más sagrados deberes, sin embargo el bueno de don César quedó encantado al ver los hermosos libros que le mandaba un desconocido pues Fabricio había pensado que mejor era no escribir hasta algunos días después del envío, no fuera su nombre a motivar una indignada negativa al recibir el paquete. Don César no habló de esta atención a su hermano, quien se ponía furibundo con sólo oír el nombre de Fabricio; pero desde la fuga de éste, había reanudado su antigua intimidad con su amable sobrina, y como le había enseñado hacía tiempo algunas palabras latinas, le presentó

los hermosos tomos que Fabricio le enviara. Esto era precisamente lo que el fugitivo había esperado. De pronto Clelia enrojeció; acababa de reconocer la letra de Fabricio. Unos pedazos de papel amarillo, largos y estrechos, estaban puestos como señales en diferentes sitios del volumen. Y como es la verdad que en medio de los viles y bajos intereses de dinero, en medio de la frialdad descolorida de los pensamientos vulgares que llenan nuestra existencia, rara vez los actos inspirados por una pasión verdadera fallan su objeto, ocurrió como si una divinidad propicia condujera por la mano y llevara a buen puerto las intenciones de Fabricio; y Clelia, inspirada por un instinto y un pensamiento mismo, rogó a su tío que comparase el antiguo ejemplar de San Jerónimo con el que acababa de recibir. ¡Cómo pintar su delicioso arrebató, en medio de la tristeza sombría en que la ausencia de Fabricio la tenía sumida, cuando leyó en las márgenes del San Jerónimo el soneto de que hemos hablado y las memorias, escritas día por día, hablando del amor que hacia ella sentía!

Desde el primer día supo el soneto de memoria. Cantábalo, apoyada en la ventana, mirando a la otra ventana, solitaria ya, en donde tantas veces había visto abrirse el postiguello en la pantalla. Esta pantalla había sido desmontada para ser guardada en la oficina del Tribunal y servir de pieza de convicción en un sumario ridículo que Rassi instruía contra Fabricio por el delito de haberse escapado, o como decía el fiscal, riéndose él mismo, de haberse sustraído ala clemencia de un príncipe magnánimo.

Clelia sentía vivos remordimientos; rememorábase cada una de sus acciones pasadas, y como era desgraciada, sus remordimientos eran aún más dolorosos. Trataba de calmar un poco los reproches que a sí misma se dirigía, recordando el voto que había hecho de no volver a ver a Fabricio, cuando su padre estuvo medio envenenado. Desde aquel día había renovado mil veces sus promesa.

La evasión de Fabricio hizo enfermar al general, quien además estuvo a punto de perder su cargo, porque el príncipe, loco de ira, destituyó a todos los carceleros de la torre Farnesio y los mandó presos a la cárcel de la ciudad. El general fue salvado, en parte, por la intercesión del conde Mosca, que prefería tenerlo quieto en lo alto de su torre que activo e intrigante en los círculos de la corte. Durante los quince días que duró la incertidumbre relativa a la destitución del general Fabio Conti, realmente enfermo, fue cuando Clelia tuvo el valor de hacer el sacrificio que había anunciado a Fabricio. Había tenido el talento de estar enferma el día de los generales regocijos, que fue el de la fuga del preso, como el lector recordará; también al día siguiente estuvo mala, y en suma supe conducirse tan bien que, con excepción de Grillo, encargado especialmente de la vigilancia de Fabricio, nadie sospechó su complicidad; pero Grillo guardó silencio.

Mas en cuanto ya no tuvo inquietud alguna por ese lado, empezaron a punzarla más crueles sus justos remordimientos; ¿qué razón hay en el mundo, pensaba, capaz de disculpar en algo el crimen de una hija que hace traición a su padre?

Una noche, después de haber pasado casi todo el día llorando en la capilla, rogó a su tío don César que la acompañara a ver a general, cuyos ataques de ira la atemorizaban tanto más, cuanto que a cada paso estallaba en injurias contra Fabricio, el traidor infame.

Llegada a la presencia de su padre, tuvo el valor de decirle que si siempre se había negado a casarse con el marqués Crescenzi, porque no se sentía inclinada hacia él, y estaba segura de no halla la felicidad en su unión. Al oír esto, el general montó en cólera, Clelia estuvo mucho rato sin poder seguir hablando. Añadió luego que si su padre, seducido por la gran fortuna del marqués, creí deber ordenarle terminantemente ese matrimonio, ella estaba dispuesta a obedecerle. El general, muy extrañado de esta conclusión que estaba muy lejos de esperar, acabó por alegrarse.

-Así, pues -dijo a su hermano-, no me veré obligado a vivir en un segundo piso, si ese bribón de Fabricio me hace perder mi cargo por su mala conducta.

El conde Mosca no dejaba de mostrarse profundamente escandalizado de la evasión de esa mala persona de Fabricio, y repetí en ocasiones la frase inventada por Rassi, acerca del bajo procede de ese joven, muy vulgar por lo demás, que se había sustraído a la clemencia del príncipe. Esta frase ingeniosa, adoptada por la buena sociedad, no tuvo arraigo en el pueblo que, en su buen sentido aun creyendo a Fabricio muy culpable, admiraba la valentía que hacía falta para tirarse desde tan alto muro. Nadie en la corte admiró ese valor. En cuanto a la policía, muy humillada por su fracaso, había descubierto oficialmente que una tropa de veinte soldados,

ganados por el dinero de la duquesa, esa mujer atrozmente ingrata, cuyo nombre no se pronunciaba sin un honrado suspiro habían preparado cuatro escalas atadas una a otra y larga cada una de cuarenta y cinco pies; Fabricio echó una cuerda que se ató a 12 primera escala, y no tuvo más que el mérito vulgarismo de tira de la cuerda hacia si y subir las escalas. Algunos liberales, conocí dos por su imprudencia, entre otros el médico C..., agente directamente pagado por el príncipe, añadían, pero al hacerlo corrían peligro, que esta atroz policía había hecho la barbaridad de fusila a ocho de los desgraciados soldados que habían facilitado la fuga del ingrato Fabricio. Entonces Fabricio fue censurado aun por los mismos liberales verdaderos, que le acusaban de haber causado por su imprudencia la muerte de ocho pobres soldados. Así es como lo; pequeños despotismos reducen a nada el valor de la opinión pública.

XXIII

En medio de este odio el general contra Fabricio, sólo el arzobispo Landriani se mostró fiel a la causa de su joven amigo; se atrevía a repetir, aun en la corte de la princesa, la máxima de derecho, según el cual, en todo proceso, hay que conservar un oído puro de prejuicios para escuchar las justificaciones de un ausente. Al día siguiente de la evasión de Fabricio, varias personas habían recibido un soneto bastante mediano que celebraba la fuga como una de las más bellas acciones del siglo y comparaba a Fabricio con un ángel que desciende hacia la tierra con las alas extendidas. Dos días después, por la noche, toda Parma repetía un soneto sublime. Era el monólogo de Fabricio bajando por la cuerda juzgando los diversos incidentes de su vida. Este soneto dio a Fabricio una notable fama en la opinión por dos versos magníficos todos los peritos reconocieron el estilo de Ferrante Palla.

Pero al llegar aquí necesitaríamos acudir al estilo épico, pues ¿dónde hallar colores bastantes fuertes para pintar los

torrentes de indignación que sumergieron de pronto a los corazones de toda; las personas de buenas ideas, cuando se supo la tremenda insolencia de esa iluminación en el castillo de Sacca? Contra la duquesa no hubo más que una voz; aun los verdaderos liberales pensaron que eso era poner bárbaramente en peligro a los pobres sospechosos encerrados en diferentes cárceles y exasperar inútilmente el corazón del soberano. El conde Mosca declaró que a los antiguo amigos de la duquesa no les quedaba más recurso que olvidarla. El concierto de imprecaciones fue unánime y a un extranjero, de paso por la ciudad, le hubiera chocado tanta energía y unidad en la opinión pública. Pero en este país, en donde se sabe apreciar el placer de la venganza, la iluminación y la fiesta admirable dada en el parque a más de seis mil aldeanos, tuvo un éxito inmenso. Todo el mundo contaba en Parma que la duquesa había mandado distribuir mil monedas de oro a sus villanos y así se explicaba la acogida algo dura que habían tenido los treinta esbirros, tontamente enviados por la policía a la aldea, treinta y seis horas después d la velada sublime y de la embriaguez general que había sido la consecuencia. Los esbirros, recibidos a pedradas, tuvieron que escapa y dos de ellos, que se cayeron del caballo, fueron arrojados al Po. En cuanto a la ruptura del gran depósito de agua del palacio Sanseverina, pasó casi desapercibida: era de noche y algunas calle fueron más o menos inundadas; al día siguiente, dijérase que haba llovido. Ludovico tuvo buen cuidado de romper los cristales de una ventana del palacio, de suerte que así se explicaba la entrada de ladrones.

Hasta se encontró una escalera de mano. Sólo el conde Mosca conoció el genio de su amiga.

Fabricio estaba completamente decidido a volver a Parma tan pronto como pudiera. Envío a Ludovico para que entregase un larga carta al arzobispo y este fiel servidor volvió luego a la primera aldea piamontesa, Sannazaro, al poniente de Pavía, a echa al correo una carta en latín que el digno prelado enviaba a se joven protegido. Añadiremos un detalle que, como sin duda muchos otros, parecerá ocioso a los lectores de países en donde ya no hace falta tomar precauciones. Nunca se escribía el nombre de Fabricio del Dongo; todas las cartas para él, dirigíanse a Ludovico San Micheli, en Locarno, Suiza, o en Belgirate, Piamonte. El sobre era de papel basto, el lacre estaba mal puesto, las señas casi ilegible y a veces con recomendaciones propias de una cocinera. Todas la cartas iban fechadas en Nápoles, seis días antes de la verdadera fecha.

De la aldea piamontesa de Sannazaro, cerca de Pavia, Ludovico volvió a "Parma en seguida; estaba encargado de una misión a la que Fabricio concedía la mayor importancia; tratábase nada menos que de hacer llegar a manos de Clelia Conti un pañuelo de sed sobre el que estaba impreso un soneto de Petrarca. Pero en el soneto había una palabra cambiada. Clelia encontró el pañuelo sobre su mesa, dos días después de haber recibido las más efusivas gracia del marqués Crescenzi que afirmaba ser el más feliz de los mortales Y no hay que decir la impresión que esta señal de un recuerdo siempre perenne produjo en el corazón de la joven.

Ludovico tenía el encargo de tratar de averiguar con todo detalle, lo que ocurría en la fortaleza. Él fue quien dio a Fabricio la triste noticia de que el matrimonio del marqués Crescenzi pareció ya cosa decidida. No pasaba día sin que el marqués diera un, fiesta a Clelia en el interior de la fortaleza. Una prueba evidente de que estaba decidido el matrimonio es que ese marqués, inmensamente rico y por consiguiente, muy avaro, como es uso entre los opulentos del norte de Italia, hacía preparativos inmensos y, si embargo tomaba una muchacha sin dote. Es cierto que el general Fabio Conti, cuya vanidad hería esa observación, la primera que se presentaba a la mientes de todos sus compatriotas, acababa de comprar una tierra de más de trescientos mil francos, y como no tenía con qué pagarla, y la había pagado al contado, de seguro que había sido con el dinero del marqués. Por eso el general había declarado que regalaba esa tierra a su hija como dote. Pero los gastos de actas notariales y demás, que subían a más de doce mil franco parecieron al marqués Crescenzi, hombre eminentemente logia totalmente ridículos. Por su parte, el marqués mandó fabricar e Lyon unas magníficas colgaduras de colores bien casados y cala lados para el agrado de la vista, bajo la dirección del célebre Pallaggi, pintor de Bolonia. Estas colgaduras, cada una de las cual llevaba una parte del escudo de armas de la familia Crescenzi, que como sabe el universo entero, desciende del famoso Crescenzi cónsul de Roma en 985, debían constituir el adorno de los diecisiete salones situados en el entresuelo del palacio del marqués. Las colgaduras, los relojes de pared, las arañas, costaron más de trescientos cincuenta mil francos; el

precio de los nuevos espejos, añadido al de los antiguos que había en la casa, subió a doscientos mil francos. Salvo dos salones, obras famosas del Parmesano, el gran pintor del país después del divino Corregio, todas las habitaciones del piso primero y del segundo estaban ahora ocupadas por los pintores más célebres de Florencia, de Roma y de Milán, que las decoraban con pinturas al fresco. Fokelberg, el gran escultor sueco; Tenerani del Roma y Marches de Milán, trabajaban desde hacía un año en diez bajorrelieves que representaban otras tantas hazaña de Crescentius, ese verdadero hombre ilustre. La mayor parte de los techos, pintados al fresco, representaban también alguna lesión a su vida. Era objeto de general admiración el techo en don¿ Hayez, de Milán, había representado a Crescentius entrando en los Campos Elíseos en donde le recibían Francisco Sforza, Lorenzo Magnífico, el rey Roberto, el tribuno Cola di Rienzi, Maquiavelo, Dante y otros hombres ilustres de la Edad Media. La admiración hacia esas almas extraordinarias se considera como una pulla contra los que ocupan el poder.

Todos esos detalles magníficos embargaban por entero la atención de la nobleza y de la burquesía pamesana. Para nuestro héroe cuando los conoció fueron otros tantos puñales que le atravesara el corazón; súpolos por una carta larguísima de más de veinte páginas, llenas de ingenua admiración que Ludovico dictó a un carabinero de Casal-Maggiore.

¡Y yo que soy tan pobre!, pensaba Fabricio. ¡Cuatro mil francos de renta en total! Verdaderamente es una insolencia

por mi parte tener la audacia de estar enamorado de Clelia Conti, para quien se hacen estos milagros.

Sólo una parte de la larga carta de Ludovico estaba escrita con la mala letra que él sabía hacer. Esta parte decía que había encontrado una noche, en la situación de un hombre que se esconde, a Grillo, el antiguo carcelero de Fabricio a quien habían metido en la cárcel y libertado más tarde. Este hombre le había pedido dinero, y Ludovico se lo había dado en nombre de la duquesa. Los antiguos carceleros que acababan de ser puestos en libertad eran doce y se preparaban a dar una fiestecita de puñaladas (un *trattamento di cortellate*) a los nuevos carceleros, sus sucesores, si conseguían encontrarlos fuera de la fortaleza. Grillo le había dicho que casi todos los días había serenata en la fortaleza, que la señorita Clelia Conti estaba muy pálida, enferma y otras cosas por el estilo. Esta palabra ridícula hizo que Ludovico recibiera a vuelta de correo la orden de volver a Locarno. Volvió, y los detalles que dio de vi voz fueron aún más tristes para Fabricio.

Puede juzgarse de la amabilidad con que éste trataba a la duquesa. Habría sufrido mil veces la muerte antes que pronunciar delante de ella el nombre de Clelia Conti. La duquesa aborrecía Parma; y para Fabricio, en cambio, todo lo que le recordaba la ciudad, era a la par sublime y enternecedor.

La duquesa, menos que nunca había olvidado su venganza. ¡Era tan feliz antes del incidente de la muerte de Gilletti! Y ahora ¡cuál era su suerte! Vivía esperando con emoción un suceso horrible, del que se guardaba muy bien de decir una palabra a Fabricio; ¡y pensar que antes, cuando

hizo su arreglo con Ferrante, creía dar a Fabricio una gran alegría asegurándole para algún día una venganza cierta!

Ahora puede el lector tener una idea de lo amenas que podían ser las conversaciones entre Fabricio y la duquesa: un negro silencio casi siempre reinaba entre ambos. Y para dar remate a esta agradable situación, la duquesa había cedido a la tentación de dar una broma pesada a este sobrino demasiado querido.

El conde le escribía casi todos los días; de seguro que, como en tiempos de sus primeros amores, enviaba correos, porque sus cartas traían siempre el sello de alguna ciudad de Suiza. El pobre hombre se estrujaba el cerebro para no hablar demasiado abiertamente con su cariño y para construir cartas divertidas. ¡Apenas si la duque las recorría con mirada distraída! ¿Qué es, ¡ay!, la fidelidad de u amante a quien se estima, cuando se tiene el corazón destrozad por la frialdad del amante a quien se quiere?

En dos meses, la duquesa no le respondió más que una vez, fue para rogarle que tanteara el terreno con la princesa para ve si, a pesar de la insolencia de la iluminación, recibirla aquélla con gusto una carta de la duquesa. La carta que el conde debía presentar, si lo estimaba oportuno, tenia por objeto pedir el puesto de caballero de honor de la princesa, que había quedado vacan) poco tiempo antes, para el marqués Crescenzi, con ocasión de s matrimonio. La carta de la duquesa era un modelo del respeto más tierno y mejor expresado; no se hubiera podido leer en es estilo cortesano la menor palabra cuyas consecuencias, aun las más lejanas, no pidieran ser halagadoras para la princesa. La respuesta de la

princesa expresaba una tierna amistad, dolorida por la ausencia:

"Mi hijo y yo, decía la princesa, no hemos pasado una velada agradable desde vuestra partida, algo brusca. ¿Mi querida duquesa no se acuerda ya de que ella fue la que hizo que se me devolvieron con voz consultiva en el nombramiento de los oficiales de mi casa? ¿Se cree obligada a exponerme motivos para obtener el puesto que solicita el marqués, como si su deseo expreso no fuera para mí y primero de los motivos? El marqués será nombrado, si vale algo mi poder, y en mi corazón habrá siempre un lugar, el primer para mi amable duquesa. Mi hijo hace uso absolutamente de estas mismas las presiones, algo fuertes, sin embargo, en los labios de un chico de veintiún años, y os ruego le mandéis muestras de los minerales del valle de Orta, cerca de Belgirate. Podéis dirigir vuestras cartas, que espero sean frecuentes, al conde, que sigue odiándolos, a quien quiero precisamente por ese sentimiento. También el arzobispo os permanece fiel. Todos esperamos volveros a ver algún día recordad que es preciso. La marquesa Ghisleri, mi camarera mayor se dispone a pasar a mejor vida; la pobre mujer me ha hecho mucho daño, y ahora mismo me desagrade yéndose tan a destiempo. Su enfermedad me hace pensar en el nombre que hubiera puesto con tanto gusto en su lugar, si hubiese podido obtener este sacrificio de la independencia de esa mujer, única en el mundo, quien al marcharse se ha llevado consigo toda la alegría de mi pequeño corte, etc..."

Así, pues, con plena conciencia de haber apresurado, en cuanto de ella dependía, el matrimonio que desesperaba a

Fabricio, la duquesa lo veía a diario. Pasaban a veces cuatro o cinco horas bagando por el lago sin decirse una palabra. Por parte de Fabricio la benevolencia era entera, completa; pero pensaba en otras cosas a su alma ingenua y sencilla no se le ocurría nada que decir. Veía a la duquesa, y esto era su suplicio.

Se nos olvidó contar que la duquesa había tomado una casa en Belgirate, encantadora aldea que cumple la promesa de su nombre (hermoso recodo del lago). De la puerta de su salón la duques; podía poner el pie en su barca. Tomó una muy sencilla para la que cuatro remeros habrían bastado; contrató a doce, y se las arreglo de modo que había un hombre en cada uno de los lugares situado alrededor de Belgirate. La tercera o cuarta vez que se encontró en medio del lago con todos esos hombres bien elegidos, mandó detener los movimientos de los remos, y dijo:

-Os considero a todos como amigos y voy a confiaros un secreto. Mi sobrino Fabricio se ha escapado de prisión; quizá traten d cogerlo a traición, aun cuando está en vuestro lago, país neutra: Mucho cuidado; avisadme de todo cuanto sepáis. Os doy permiso para entrar en mi cuarto de día y de noche.

Los remeros contestaron con entusiasmo; la duquesa sabia hacerse querer. Pero no pensaba que se tratase de recobrar a Fabricio; todas esas precauciones las tomaba por ella misma, y antes d la orden fatal de abrir el depósito de agua del palacio Sanseverina, no habría pensado en tal cosa.

También por prudencia había tomado unas habitaciones par Fabricio en el puerto de Locarno; todos los días venía él

a verlo o iba ella a Suiza. Puede el lector hacerse cargo de lo agradable que eran las horas que pasaban juntos a solas, por el siguiente detalle: la marquesa del Dongo y sus hijas vinieron a verles dos veces y la presencia de esos extraños le produjo un notable placer; pues, pesar de los lazos de familia, puede llamarse extraña a una persona que nada sabe de nuestros más queridos intereses y a quien se v sólo una vez al año.

La duquesa estaba una noche en Locarno en casa de Fabricio con la marquesa y sus dos hijas. El arcipreste y el cura habían ven do a saludar a las señoras. El arcipreste, que tenía intereses en un casa de comercio y solía estar muy al tanto de las noticias, dijo:

-El príncipe de Parma ha muerto.

La duquesa se puso sumamente pálida; apenas tuvo el valor d preguntar:

-¿Hay detalles?

-No -respondió el arcipreste-; la noticia se limita a la muerte, que es cierta.

La duquesa miró a Fabricio. Por él he hecho esto, pensó; mil cosas peores hubiera hecho, y helo ahí delante de mí, indiferente, pensando en otra mujer. Soportar este horrible pensamiento era excesivo para las fuerzas de la duquesa; cayó en un profundo desmayo. Todo el mundo se apresuró a socorrerla; pero al volver en sí, notó que Fabricio se movía menos que el arcipreste y el cura; como de costumbre, soñaba.

Está pensando en volver a Parma, decía para sí la duquesa, y quizá en romper el matrimonio de Clelia con el

marqués. Pero yo sabré impedirlo. Luego, recordando que allí estaban los dos sacerdotes, se apresuró a decir:

-¡Era un gran príncipe, a quien han calumniado mucho!
¡Es una gran pérdida para nosotros!

Los dos sacerdotes se retiraron, y la duquesa, para estar sola, dijo que iba a acostarse.

Sin duda, pensaba, la prudencia me ordena esperar un mes o dos antes de volver a Parma; pero siento que no tendré tanta paciencia; sufro aquí demasiado. Ese continuo ensueño, ese silencio en que vive Fabricio, son para mi corazón un espectáculo intolerable. ¡Quién me dijera que sentiría tedio, paseando con él por este lago encantador, en el momento precisamente en que para su venganza he hecho más de lo que puedo decirle! Después de semejante espectáculo, la muerte no es nada. Ahora es cuando estoy pagando los arrebatos de felicidad y de alegría infantil que sentía por mi palacio de Parma, cuando recibí en él a Fabricio, a su vuelta de Nápoles. Con haber dicho entonces una palabra todo estaba terminado, y quizá entonces, unido a mí, no habría pensado en esa Clelia; sí, pero esa palabra causábame horrible repugnancia. Y ahora, esa niña me vence. Nada más sencillo; tiene veinte años, y yo, alterada por los cuidados, enferma, tengo el doble... ¡Hay que morir, hay que acabar! ¡Una mujer de cuarenta años sólo vale algo para los hombres que la han amado en su juventud! Ya no encontraré otros goces que los de la vanidad. Y esos ¿valen la pena de vivir? Razón de más para volver a Parma y divertirme. Si las cosas se rodean de cierta manera, perderé la vida. Pues bien, ¿qué mal hay en ello? Moriré magníficamente, y antes de terminar,

sólo entonces, diré a Fabricio: ¡Ingrato! ¡Lo hice por tí! ... Eso es, para lo que me queda de vida, no puedo encontrar ocupación más que en Parma, haciendo allí la gran señora. ¡Qué fortuna si ahora pudiera tener sensibilidad para todas esas distracciones, que antes constituían la desgracia de la Raversi! Entonces, para comprender mi felicidad, necesitaba verla reflejada en los ojos de la envidia... Mi vanidad, sin embargo, tiene una dicha: excepto el conde, acaso nadie habrá podido adivinar cuál ha sido el suceso que ha dado fin a la vida de mi corazón... Amaré a Fabricio; me consagraré a su fortuna; pero que no rompa el matrimonio de Clelia, que no acabe por casarse con ella... No, eso no será.

La duquesa había llegado a este punto en su triste monólogo, cuando oyó un gran ruido en la casa.

¡Bueno!, pensó. Vienen a detenerme; Ferrante se habrá dejado coger, habrá hablado. ¡Pues bien, tanto mejor! Voy a tener algo que hacer: voy a defender mi cabeza. Pero lo primero es no dejarse coger.

La duquesa, medio desnuda, huyó al fondo de su jardín y ya pensaba en saltar una pequeña tapia y salir al campo, cuando vio que alguien entraba en su cuarto. Reconoció al fiel Bruno, al hombre de confianza del conde, hablando con su doncella. Se acercó a la ventana. Este hombre hablaba con la doncella de las heridas que había recibido. La duquesa entró. Bruno cayó casi de rodillas a sus pies, suplicándole no dijera al conde la hora ridícula a que había llegado.

-En seguida, después de la muerte del príncipe -añadió-, ordenó el señor conde a todas las postas que no dieran caballos a los súbditos de Parma. Por consiguiente, he llegado

hasta el Po con los caballos de la casa; pero al salir de la barca, mi coche ha volcado, se ha roto, y yo he sufrido tan graves contusiones, que no he podido montar a caballo como era mi deber.

-Bueno -dijo la duquesa-. Son las tres de la mañana. Diré que usted llegó a las doce del día; pero no vaya luego a desmentirme.

-Reconozco bien la bondad de la señora.

La política, en una obra literaria es como un pistoletazo en medio de un concierto, es una grosería a la que, sin embargo, no se puede negar atención.

Vamos a hablar de cosas desagradables, de las que por varios motivos quisiéramos prescindir; pero no tenemos más remedio que relatar sucesos que nos competen, ya que tienen por teatro el corazón de los personajes.

-¡Pero, por Dios! ¿Cómo ha muerto ese gran príncipe? preguntó la duquesa a Bruno.

-Estaba de caza en los pantanos, a orillas del Po, a dos leguas de Sacca. Cayó en un foso oculto por la hierba; estaba sudando y cogió frío. Se lo han llevado a una casa aislada que había por allí y ha muerto en pocas horas. Hay quien afirma que los señores Catena y Borone han muerto también, y que el accidente proviene las cacerolas de cobre del aldeano, en cuya casa entraron, que estaban llenas de cardenillo. Por último, los exaltados, los jacobinos que cuentan lo que desearían que hubiese ocurrido, hablan de veneno. Yo sé que mi amigo Toto, furriel de la corte, habría muerto sin los generosos cuidados de un vagabundo, que parecía saber mucho de medicina y le hizo unas curas muy extrañas. Pero ya

no habla de la muerte del príncipe; en realidad era un hombre crin Cuando yo salía de Parma, el pueblo se juntaba para matar al fiscal general Rassi; también querían ir a prender fuego a las puertas de la fortaleza para dar libertad a los presos. Pero se asegura que Fabio Conti iba a disparar los cañones. Otros afirmaban que los artilleros de la fortaleza habían mojado la pólvora y no querían tirar sobre sus conciudadanos. Pero hay algo mucho más interesante: mientras que el cirujano de Sandolaro me arreglaba el brazo, llegó un hombre de Parma contando que el pueblo había encontrado por la calle a Barbone, el famoso empleado de la fortaleza lo había tundido a palos y se disponía a ahorcarlo en el árbol de paseo que está cerca de la fortaleza. También quería el pueblo roer esa hermosa estatua del príncipe que está en los jardines del palacio. Pero el señor conde ha sacado a un batallón de la guardia lo ha puesto delante de la estatua y ha mandado decir al pueblo que de los jardines no saldría vivo el que entrase. El pueblo tenía miedo. Pero lo más singular, lo que ese hombre que venía de Parma y que es un antiguo policía, me ha repetido varias veces, que el señor conde ha dado de puntapiés al general P..., jefe de la guarnición del príncipe, y lo ha arrojado fuera del jardín entre dos hombres, después de haberle arrancado sus insignias.

-¡En eso reconozco al conde! -exclamó la duquesa con un arrebató de alegría que no hubiera sospechado un minuto antes-. T consentirá nunca un ultraje a nuestra princesa. En cuanto al general P ..., es un hombre que por fidelidad a sus legítimos señor no quiso servir nunca al usurpador, mientras

que el conde, menos delicado, hizo las campañas de España, cosa que muchas veces han reprochado.

La duquesa había abierto la carta del conde, pero interrumpió su lectura para hacer cien preguntas a Bruno.

La carta era graciosísima. El conde usaba los términos más lúgubres, y, sin embargo, la más viva alegría estallaba en cada palabra no daba detalles sobre el género de muerte de que el príncipe falleciera, y terminaba así:

"Sin duda vas a volver, ángel mío, pero te aconsejo que aguardes unos o dos días al correo que la princesa, según yo espero, te mandará hoy o mañana. Tu vuelta debe ser magnífica como tu salida fue audaz. En cuanto al grandísimo criminal que está contigo, estoy decidido a que comparezca ante doce jueces, llamados de todos los rincones de este estado. Pero para poder castigar a ese monstruo como merece, necesito primero hacer con la primera sentencia, si existe, pajaritas de papel."

El conde había abierto la carta y añadido lo que sigue:

"Ahora sobreviene otro asunto. Acabo de mandar distribuir cartuchos a los dos batallones de la guardia. Voy a batirme y a merecer el nombre de Cruel con que los liberales me han bautizado hace ya tiempo. La vieja momia del general P... se ha atrevido a hablar en el cuartel, de entrar en negociaciones con el pueblo, que está medio en revolución. Te escribo en plena calle. Voy a palacio, y no se entrará allí sino pisando mi cadáver. ¡Adiós! Si muero será adorándote, a pesar de todo, como he vivido. No olvides de mandar coger trescientos mil francos que están a nombre tuyo en casa de D ..., en Lyon.

"El pobre diablo de Rassi está pálido como un muerto, sin peluca; no tienes idea de su cara. El pueblo quiere absolutamente ahorcarle, lo cual sería injusto, pues merece ser descuartizado. Venía a mi palacio a buscar refugio, y ha corrido detrás de mi por la calle. No sé qué hacer de él... No quiero llevármelo a palacio, porque sería provocar el estallido de la revuelta por ese lado. F... . verá si le quiero; mi primera palabra a Rassi ha sido: Necesito la sentencia contra el señor del Dongo y todas las copias que pueda haber de ella; y diga usted a todos esos jueces inicuos, que son causa de este levantamiento, que los mandaré a ahorcar a todos, como también a usted, querido amigo, si dicen una palabra de esa sentencia, que no ha existido nunca. En nombre de Fabricio, mando una compañía de granaderos al arzobispo. Adiós, ángel mío, mi palacio va a arder y perderé los encantadores retratos que tengo tuyos. Corro a palacio a destituir a ese infame general P que hace de las suyas; adula vilmente al pueblo, como antes adulaba al difunto príncipe. Todos estos generales tienen un miedo cerval; voy, creo yo, a tenerme que nombrar general en jefe."

La duquesa, maliciosa, no quiso mandar que despertaran a Fabricio; sentía por el conde una admiración que se parecía mucho al amor. En resumidas cuentas, pensó, tengo que casarme con él. Se lo escribió en seguida, y mandó partir a uno de sus criados. Aquella noche, la duquesa no tuvo tiempo para ser desgraciada.

A1 día siguiente, hacia las doce del día, vio venir una bar con diez remeros cortando veloz las aguas del lago. Fabricio y ella reconocieron en seguida a un hombre vestido con la

librea del príncipe de Parma. Era, en efecto, uno de sus correos, quien antes de descender a tierra gritó a la duquesa:

-¡La revuelta está vencida!

El correo le entregó varias cartas del conde, una carta admirable de la princesa y una orden, en pergamino, del príncipe Ranucio-Ernesto V, nombrándola duquesa de San Giovanni y camarero mayor de la princesa madre. El joven príncipe, sabio en mineralogía y a quien ella creía imbécil, había tenido el talento de escribirle un billetito; pero al final hablaba de amor. El billete decía:

"El conde dice, señora duquesa, que está contento de mí; hecho es que he aguantado a su lado algunos tiros y que mi cabal ha sido herido; el ruido que se hace por tan poca cosa me inspira el vivo deseos de asistir a una verdadera batalla, pero que no s contra mis súbditos. Al conde le debo todo; todos mis general que no han estado en la guerra nunca, se han portado como gallinas; creo que dos o tres han corrido hasta Bolonia. Desde que un grande y deplorable suceso me ha concedido el poder, no he formado orden que tanto me haya agradado como la que os nombre camarera mayor de mi madre. Mi madre y yo nos hemos acordar de que un día admirabais la hermosa vista que se contempla des el palazzetto de San Giovanni, que perteneció antaño a Petrarca según se dice al menos. Mi madre ha querido daros ese pedazo de tierra: y yo, no sabiendo qué daros y no atreviéndome a ofrecer todo lo que merecéis, os he hecho duquesa de mi país; no sé si es bastante Cerudita para saber que Sanseverina es título romano. Acabo de conceder el gran cordón de mi Orden a nuestro digno arzobispo, que ha dado prueba

de una firmeza bien rara en los hombres de setenta años. No me guardéis rencor por haber llamado todas las señoras desterradas. Dícenme que ya no debo firmar sino escribiendo primero las palabras: vuestro afectísimo. Duéleme q me obliguen a prodigar una frase que no es enteramente cierta m que cuando os escribo.

"Vuestro afectísimo,

RANUCIO ERNESTO."

¿Quien no dijera, al leer estas cartas, que la duquesa iba a gozar de la mayor privanza? Sin embargo, encontró algo muy extraño i otras cartas del conde que recibió dos horas después. El conde r se explicaba largamente, pero aconsejaba a la duquesa que retrasa algunos días su regreso a Parma y escribiese a la princesa diciendo que estaba muy indispueta. La duquesa y Fabricio, sin embargo partieron para Parma en seguida después de cenar. El propósito de la duquesa, aunque no se lo confesaba a sí misma, era apresurar el matrimonio del marqués Crescenzi; Fabricio, por su parte hizo el camino loco de alegría y dando a su tía espectáculos que ésta le parecieron sumamente ridículos. Tenía la esperanza de volver pronto a ver a Clelia y estaba bien decidido a raptarla, aunque ella se opusiera, si no había otro medio de romper el matrimonio.

El viaje de la duquesa y de su sobrino fue muy alegre. Un posta antes de llegar a Parma, Fabricio se detuvo un instante para ponerse el traje eclesiástico; generalmente iba vestido de luto. Cuando volvió al cuarto de la duquesa, ésta le dijo:

-Encuentro algo turbias e inexplicables las cartas del conde Créme, quédate aquí por unas horas; yo te enviaré un correo E cuanto haya hablado con ese gran ministro.

Costó mucho trabajo convencer a Fabricio. La recepción que conde hizo a la duquesa, a quien llamaba su mujer, fue, por los pueriles arrebatos de alegría, digna de un niño de quince años. Durante largo rato no quiso hablar de política, y cuando por fin llegó la hora del conversar razonable, dijo:

-Has hecho muy bien en impedir la llegada oficial de Fabricio aquí estamos en plena reacción. ¿A que no adivinas el colega que me ha dado el príncipe para el Ministerio de justicia?... Por Rassi, querida, Rassi, a quien he tratado como un miserable que es, el día de nuestros grandes asuntos. A propósito; te advierto que se ha suprimido todo lo sucedido aquí. Si lees nuestra gaceta, ver que un empleado de la fortaleza llamado Barbone, ha muerto c una caída de coche. Y los setenta y tantos bribones que he manda(matar a tiros, cuando atacaban la estatua del príncipe en los jai dines, están todos muy buenos, pero han ido de viaje. El conde Zurla, ministro del Interior, ha ido en persona a las casas de es desgraciados héroes y ha entregado quince monedas de oro a se familias o a sus amigos, con orden de decir que el difunto esta de viaje y con expresiva amenaza de prisión si se les ocurría dar entender que había sido muerto. Un hombre de mi Ministerio, 1 Negocios extranjeros, ha sido enviado en misión a los periódicos Milán y Turín para que no se hable del desgraciado suceso, ésta la palabra consagrada. Ese hombre debe ir hasta París y Londres con el fin de desmentir en todos los periódicos, y casi oficialmente todo lo que pu-

diera decirse de nuestros disturbios. Otro agente ha encaminado hacia Bolonia y Florencia. Me he encogido de hombros. Pero lo más gracioso, a mi edad, es que he tenido un instante de entusiasmo cuando hablaba a los soldados de la guardia y cuando le arranqué las insignias a ese cobarde general P En este instante hubiera dado mi vida, sin vacilar, por el príncipe; confieso ahora que habría sido una bien necia manera de acabar. Hoy, el príncipe, que es un buen muchacho, daría cien escudos porque muriese yo de enfermedad. No se atreve aún a pedirme la dimisión, pero nos hablamos lo menos que podemos y le mando una gran cantidad de partes escritos, como hacia con el difunto príncipe, después de la prisión de Fabricio. Y, a propósito, no he hecho pajaritas de papel con la sentencia, por la razón muy sencilla de que ese bribón de Rassi no me la ha entregado. Has hecho muy bien impedir que Fabricio llegue aquí oficialmente. La sentencia sigue siendo ejecutiva; sin embargo, no creo que Rassi se atreva a mandar detener hoy a tu sobrino, pero puede que se atreva dentro de quince días. Si Fabricio quiere absolutamente entrar en la ciudad, que venga a alojarse a mi casa.

-Pero, ¿cuál es la causa de todo esto? -exclamó la duquesa extrañadísima.

-Le han hecho creer al príncipe que yo me las doy de dictado y de salvador de la patria y que quiero dirigirle como a un niño; es más, que hablando de él he dicho: ese niño. Puede que el hecho sea verdadero, aquel día estaba yo exaltado; considerábalo como un gran hombre, porque no tenía mucho miedo en medio de los primeros tiros que oía en su

vida. No carece de talento y hasta tiene mejor aire que su padre; en fin, no me cansaré de repetir que el fondo del corazón es bueno y honrado. Pero ese corazón sincero y joven se contrae cuando se le cuenta alguna bribonada y cree que es menester que uno mismo tenga muy negra el alma, para percibir tales cosas. Piensa en la educación que le han dado.

-Vuestra Excelencia debió pensar que ese joven un día sería el amo y poner a su lado a un hombre de talento.

-En primer lugar tenemos el ejemplo del abate de Condillac llamado por el marqués de Felino, mi antecesor; el abate hizo de su alumno el rey de los tontos. Iba a las procesiones, y en 1796 no supo tratar con el general Bonaparte, que hubiera triplicado la extensión de sus Estados. En segundo lugar, nunca he creído ser ministro diez años seguidos. Ahora que ya no tengo ilusiones desde hace un mes, voy a juntar un millón antes de dejar abandonada sí misma esta corte de necios que he salvado. Sin mi, Parma hubiera sido república durante dos meses, con el poeta Ferrante Palla de dictador.

A1 oír estas palabras, la duquesa se puso muy colorada; el conde lo ignoraba todo.

-Vamos a volver a la monarquía ordinaria del siglo XVIII : el confesor y la querida. En el fondo, el príncipe no tiene afición m: que por la mineralogía y quizás por ti también. Pero desde que reina, oye decir a diario a su ayuda de cámara, a cuyo hermano acabo de nombrar capitán a los nueve meses de servicio, le oyó decir, digo, que debe ser más dichoso que los demás mortales, por que su perfil va a estar grabado en las monedas. A consecuencia c esta hermosa

idea, ha venido el tedio. Ahora necesita un ayudante de campo para curar su tedio. Pues bien; aunque me diese ese famoso millón que necesitamos para vivir bien en Nápoles o en París no quisiera yo ser el que distraiga su tedio, estando todos los días, cuatro o cinco horas con Su Alteza. Además, como tengo más ingenio que él, al cabo de un mes me tendría por un monstruo. El difunto príncipe era perverso y envidioso, pero había estado en la guerra y había mandado cuerpos de ejército, cosa que le dio cien buen sentido; había en él madera de un príncipe y yo podía ser ministro, bueno o malo. Pero con este hijo suyo, persona honrada cándida y realmente buena, tengo que ser un intrigante, el rival de la última mujercilla de palacio, y un rival muy inferior, porque despreciaré cien detalles necesarios. Por ejemplo: hace tres días una de esas mujeres que reparten todas las mañanas toallas blancas por las habitaciones, ha tenido la ocurrencia de perder la llave de uno de los escritorios ingleses del príncipe. Su Alteza se ha negado a ocuparse de todos los negocios, cuyos papeles están en ese escritorio. Por veinte francos, claro está, podían sacarse los papeles levantando la madera o empleando ganzúas. Pero Ranuccio Ernesto V me ha dicho que eso sería acostumbrar mal al cerrajero de palacio. Hasta aquí le ha sido absolutamente imposible conservar tres días seguidos la misma voluntad. Si hubiese nacido marqués, con una buena fortuna, este gran príncipe hubiera sido uno de los hombres más estimables de su corte, una especie de Luis XVI. Pero con su ingenuidad piadosa, ¿cómo va a resistir a las sabias astucias que le rodean? Así, el salón de tu enemiga la Raversi, es hoy más poderoso que nunca; se ha descubierto en él que yo,

que he mandado tirar contra el pueblo y que estaba resuelto a matar a tres mil hombres, si era preciso, antes que permitir un ultraje a la estatua del príncipe, mi señor, soy un rabioso liberal, quise que se firmase una Constitución y cien otras necedades por el estilo. Con tanto hablar de república, los locos nos impedirán gozar de la mejor de las monarquías... En fin, querida mía, en el partido liberal actual, de que mis enemigos me dicen jefe, tú eres la única persona de que el príncipe no haya hablado en términos molestos; el arzobispo que sigue siendo perfectamente honrado, está en desgracia por haber dicho razonables palabras sobre lo que dice el día desgraciadas. Al día siguiente de ese día, que aún no se llamaba desgraciado, cuando aún era verdad que había existido la revuelta, dijo el príncipe al arzobispo que para que al casarte conmigo no tuvieras que tomar un título inferior al que hoy tienes, pensaba hacerme duque. Hoy creo que el que va a ser conde es Rassi, a quien yo hice noble cuando me vendía los secretos del difunto príncipe. Ante semejante ascenso haré yo el papel de un necio.

-Y el pobre príncipe se hundirá en el fango.

-Sin duda; pero en el fondo, es el amo, cualidad que en menos de quince días hace que se desvanezca el ridículo. Así, pues, querida duquesa, digamos como en el juego: paso. Vámonos de aquí.

-Pero no seremos ricos.

-En el fondo, ni tú ni yo necesitamos lujo. Con tener en Nápoles un palco en San Carlos y un caballo, me declaro satisfecha. Nunca será el lujo mayor o menor el que nos dé un rango a tiene a mí; será el mayor o menor placer que la

gente de talento encuentre en venir a nuestra casa a tomar una taza de té.

-Pero -replicó la duquesa-, ¿qué habría sucedido el día desgraciado si te hubieses retirado, como espero que harás en adelante. Pues que las tropas hubieran fraternizado con el pueblo, que hubiéramos tenido tres días de matanza y de incendio (pues ese país necesita aún cien años para que la república no sea un absurdo), y luego quince días de saqueo, hasta que dos o tres regimientos extranjeros hubieran venido a poner coto a los excesos. Ferrante Palla estaba en medio del pueblo, lleno de valor, furibundo como de costumbre; tenía, sin duda, una docena de amigos que trabajaban de acuerdo, cosa de la que Rassi sacará una soberbia conspiración. Lo seguro es que iba malísimamente trajeado y distribuía oro a manos llenas.

La duquesa, maravillada de todas estas novedades, fue corriendo a dar las gracias a la princesa.

A1 entrar en la cámara, la dama de servicio le entregó la llavecita de oro, que, colgada de la cintura, es la señal de la autoridad suprema en la parte del palacio que depende de la princesa. Clara Paolina se apresuró a despedir a todo el mundo, y cuando estuvo sola con su amiga persistió durante unos instantes en no explicar; sino a medias. La duquesa no comprendía bien lo que todo esto significaba y contestaba con la mayor reserva. Por último, la princesa se echó a llorar y abrazando a la duquesa, exclamó:

-Mis tiempos de desgracia van a volver a empezar; mi hijo tratará peor que me trató su padre.

-Eso lo impediré yo -replicó con viveza la duquesa-. Pero primero necesito -prosiguió- que Vuestra Alteza Serenísima se digne aceptar aquí el homenaje de mi agradecimiento y de mi respeto profundo.

-¿Qué quiere usted decir? exclamó la princesa llena de quietud y temiendo que la duquesa presentase su dimisión.

-Que cada vez que Vuestra Alteza Serenísima me permita ver hacia la derecha la barbilla temblorosa de ese monigote que está sobre la chimenea, me permita que llame a las cosas por verdadero nombre.

-¿Nada más que eso, querida duquesa? -exclamó Clara Paolina levantándose y yendo ella misma a volver la barbilla del monigote-. Hablad con toda libertad, señora camarera mayor -dijo con un tono de voz encantador.

-Señora -replicó la duquesa-. Vuestra Alteza ha visto perfectamente la situación. Corremos aquí los mayores peligros. La sentencia contra Fabricio no está revocada, y por consiguiente cuan quieran deshacerse de mí e inferiros un ultraje, volverán a encarcelarlo. Nuestra posición es peor que nunca. En lo que a mí personalmente me toca, me caso con el conde y nos vamos a vivir Nápoles o a París. El último rasgo de ingratitud, de que el conde es víctima en este momento, le ha quitado para siempre el gusto los negocios, y salvo el interés de Vuestra Alteza Serenísima, no aconsejaría yo que continuase en este desorden, si el príncipe le da una enorme suma. Ruego a Vuestra Alteza me permita explicarle que el conde, que poseía ciento treinta mil francos al llegar al Ministerio, posee hoy apenas veinte mil francos de renta. vano le excitaba yo desde hace tiempo en pensar en su for-

tuna. Durante mi ausencia ha despedido a los arrendatarios de los i puestos, que eran unos bribones, y los ha sustituido por otros botones que le han dado ochocientos mil francos.

-¡Cómo! -exclamó la princesa extrañada-. ¡Dios mío, cuánto siento eso!

-Señora -replicó la duquesa con mucha sangre fría-, ¿pon la barbilla del monigote a la izquierda?

-¡Dios mío, no! -exclamó la princesa-; pero me disgusta q un hombre del carácter del conde haya pensado en ese género ganancia:

-Sin ese robo, era despreciado por todas las personas honrada

-¡Dios mío! ¿Es posible?

-Señora -replicó la duquesa-, salvo mi amigo el marqués Crescenzi, que posee tres o cuatrosientos mil francos de renta, todo mundo roba aquí; y ¿cómo no robar en un país donde el agrade cimienta por los mayores servicios no duran ni siquiera un me No hay, pues, ninguna realidad que sobreviva a la privanza, como no sea el dinero. Voy a permitirme, señora, decir verdades terrible.

-Yo las permito -dijo la princesa suspirando-, y, sin embargo me son cruelmente desagradables.

-Pues bien, señora, vuestro hijo el príncipe es un hombre honrado que puede haceros mucho más desgraciada que su padre. El difunto príncipe tenía carácter, poco más o menos, como todo el mundo. Nuestro actual soberano no sabe si querrá la misma cosa tres días seguidos, y por consiguiente para estar seguro de él ha que vivir continuamente con él y no dejarle hablar con nadie Como esta verdad no es muy

difícil de adivinar, nuestro partido ultra, dirigido por dos buenas cabezas, Rassi y la marquesa Raversi va a intentar buscarle una querida al príncipe. Esta querida tendrá permiso para enriquecerse y para distribuir algunos puestos subalternos; pero tendrá que responder al partido de la constante voluntad del amo. Yo, para estar bien afianzada en la corte de Vuestra Alteza, necesito que Rassi sea desterrado y abrumado; quiero, además, que Fabricio sea juzgado por los jueces más honrados que puedan encontrarse. Si estos señores reconocen, como espere que es inocente, será natural conceder al señor arzobispo que Fabricio sea su coadjutor con futura sucesión. Si fracasa, el conde y yo nos retiramos, y entonces, antes de partir, dejaré a Vuestra Alteza Serenísima este último consejo: que no perdone nunca a Ras; y que no salga tampoco nunca de los Estados de su hijo. De cero; este buen hijo no le hará ningún daño serio.

-He seguido atentamente sus razonamientos -respondió la princesa sonriendo-; ¿será preciso que me encargue yo misma de buscarle una querida a mi hijo?

-No, señora; pero conseguid primero que vuestro salón sea único en donde se divierta.

La conversación se prolongó mucho en este sentido; la venda cayó de los ojos de la inocente e inteligente princesa.

Un correo de la duquesa fue a decir a Fabricio que podía entrar en la ciudad ocultándose. Apenas se le veía; se pasaba la vida disfrazado de aldeano y oculto en la barraca de un vendedor de castañas, delante de la fortaleza, bajo los árboles del paseo.

XXIV

La duquesa organizó encantadoras veladas en el palacio. Nunca la corte había estado tan alegre, tan amable como este invierno. Y, sin embargo, la duquesa vivía en medio de los mayores peligros. Pero en cambio, durante esta temporada crítica no se le ocurrió ni dos veces pensar con cierta intensidad en el extraño cambio de Fabricio. El joven príncipe llegaba muy temprano a las amables veladas de su madre, quien le decía siempre:

-Váyase Vuestra Alteza a gobernar. Apuesto a que hay sobre vuestra mesa más de veinte dictámenes esperando un sí o un no, y no quiero que Europa me acuse de haceros haragán, para reinar yo.

Estas advertencias tenían la desventaja de llegar siempre en los momentos más inoportunos, es decir, cuando Su Alteza, habiendo vencido su timidez, tomaba parte en alguna charada en acción, cosa que le divertía mucho. Dos veces por semana hacíanse gira campestres, en las que con el pretexto de conquistar para el nuevo soberano el afecto de su

pueblo, admitía la princesa a las mujeres más bonitas de la burguesía. La duquesa, alma de esta corte alegre, esperaba que esas burguesas hermosas, que todas veían con mortal envidia la fortuna del burgués Rassi, contarían al príncipe alguna de las innumerables bribonadas de este ministro. Ahora bien; entre otras pueriles ideas, el príncipe pretendía tener un Ministerio moral.

Rassi sentía muy bien que todas esas brillantes veladas de la corte de la princesa, dirigidas por su enemiga, eran peligrosas para él. No había querido entregar al conde Mosca la sentencia legalísima dictada contra Fabricio; era, pues, preciso que la duquesa o él desaparecieran de la corte.

El día de aquel movimiento popular, cuya existencia era de buen tono negar ahora, habíase distribuido dinero entre el pueblo. De aquí partió Rassi. Peor vestido que de costumbre, subió a las más miserables casuchas de la ciudad y se pasó horas enteras de conversación con sus miserables habitantes. Bien le fue; al cabo de quince días tuvo la certeza de que Ferrante Palla había sido el jefe secreto de la insurrección, y más aún, de que este individuo pobre siembre como un gran poeta, había mandado vender ocho o diez diamantes en Génova.

Citábanse, entre otras, cuatro o cinco piedras de alto parecía que realmente valían más de cuarenta mil francos, y que diez días antes de la muerte del príncipe se habían enajenado en treintacinco mil francos, porque según se decía había necesidad de dinero.

¿Cómo pintar la alegría del ministro de justicia cuando hube hecho este descubrimiento? Bien veía que todos los

días le ponías en ridículo en la corte de la princesa madre, y varias veces el príncipe, hablando con él de negocios, se había reído en su cara con toda la ingenuidad de la juventud. Hay que confesar que Rassi tenía maneras singularmente plebeyas; por ejemplo, en cuanto una discusión le interesaba, cruzaba las piernas y cogía su zapato corla mano. Si el interés aumentaba, extendía sobre su pierna un pañuelo de algodón rojo, etc., etc. El príncipe rió muchísimo de la broma de una de las mujeres más bonitas de la burguesía, que sabiendo además que tenía una pierna preciosa, se puso a imitar e ademán, poco elegante, del ministro de justicia.

Rassi solicitó una audiencia extraordinaria, y dijo al príncipe:

-¿Querría Vuestra Alteza dar cien mil francos por saber a ciencia cierta cuál ha sido la clase de muerte de su augusto padre? Con esa suma la justicia se pondría en condiciones de coger a los culpables, si los hay.

La respuesta del príncipe no podía ser dudosa.

Algún tiempo después, Chekina avisó a la duquesa de que le habían ofrecido una fuerte suma por que dejara a un joyero examinar los diamantes de la duquesa; la muchacha se negó indignada. La duquesa le regañó por haberse negado y ocho días después Chekina tuvo diamantes para enseñarlos. El día decidido para esta exhibición de los diamantes, el conde Mosca puso dos hombre; seguros detrás de cada uno de los joyeros de Parma, y hacia las doce de la noche vino a decir a la duquesa que el joyero curioso no era otro que el hermano de Rassi. La duquesa, que aquella noche estaba muy alegre (representábase en palacio una comedia dell' arte,

esto es, en donde cada personaje inventa el diálogo conforme lo va diciendo, con sujeción tan sólo a un plan que está entre bastidores) , la duquesa que representaba un papel, tenía en la comedia por galán al antiguo amigo de la marquesa Raversi, que asistía a la velada. El príncipe, el hombre más tímido de sus estados, aunque guapo y dotado de tierno corazón, estudiaba el papel del conde Baldi y quería hacerlo en la segunda representación.

-Poquísimos minutos tengo que decirle a la duquesa al conde, salgan la primera escena del segundo acto; vamos a la sala de guardia.

Allí, en medio de veinte guardias de corps, todos muy despiertos y atentos a lo que hablaban el primer ministro y la camarera mayor, la duquesa le dijo riendo a su amigo:

-Siempre me regañas cuando digo secretos inútilmente. Yo fui quien hizo subir al trono a Ernesto V. Tratábase de vengar a Fabricio, a quien amaba entonces mucho más que hoy, aunque siempre muy inocentemente. Yo bien sé que no crees en tal inocencia pero no me importa, puesto que me quieres a pesar de mis crímenes. Pues bien; he aquí un verdadero crimen: he dado todos mis diamantes a una especie de loco muy interesante llamado Ferrante Palla, y es más, le he dado un beso para que matara al hombre que pensaba envenenar a Fabricio. ¿Qué hay en esto de malo?

-¡Ah, entonces, de ahí era de donde Ferrante había sacado dinero para su motín! -dijo el conde algo estupefacto-, ¡y me cuentas todo esto en la sala de los guardias!

-Es que tengo prisa; Rassi está, por lo visto, sobre la pista del crimen. Muy cierto es que nunca hablé de insurrec-

ción, pues aborrezco a los jacobinos. Piensa sobre todo, y dime tu opinión cuando la función termine.

-Te diré, desde luego, que hay que inspirar amor al príncipe... Pero ¡sin pasar de ciertos límites, eh!

Llamaban a escena a la duquesa. Salió corriendo.

Unos días después, la duquesa recibió por correo una larga carta muy ridícula firmada con el nombre de una antigua doncella suya. Esta mujer solicitaba ser empleada en la corte. Desde el primer momento había conocido la duquesa que aquella no era ni su letra ni su estilo. Al abrir la hoja para leer la segunda página, la duquesa vio caer a sus pies una pequeña estampa milagrosa de la Virgen doblada en una hoja impresa de un libro viejo. Dio una mirada a la estampa y leyó algunas líneas de la hoja impresa. Sus ojos brillaron. Halló estas palabras:

"El tribuno ha tomado cien francos al mes, ni uno más. Con el resto quiso reavivar el sagrado fuego de las almas, que se encontraron heladas por el egoísmo. El zorro está sobre la pista; por eso no he tratado de ver por última vez al ser que adoro. Me he dicho: ella no ama la república, y ella me supera en el espíritu como en el encanto y en la belleza. Además, ¿cómo hacer una república sin republicanos? Dentro de seis meses recorreré a pie y con microscopio en la mano las pequeñas ciudades americanas, y veré si aún puedo amar a la única rival que tiene usted en mi corazón. Si usted recibe esta carta, señora baronesa, sin que ningún ojo profano la haya leído antes, mande quebrar uno de los plantones de fresno que están a diez pasos del sitio en donde osé hablarle por vez primera. Entonces haré enterrar debajo del gran boj del

jardín, que le llamó a usted la atención una vez en días felices, una caja donde habrá de esas cosas que se hacen que se calumnian a las gentes de mi opinión. Ciertamente, me habría guardado muy bien de escribir si el zorro no estuviera sobre la pista y no pudiera llegar a mi ángel. Véase el boj dentro de quince días.”

Tiene una imprenta a sus órdenes, pensó la duquesa. Pronto tendremos un tomo de sonetos, y ¡sabe Dios el nombre que me dará!

La coquetería de la duquesa quiso hacer una prueba; durante ocho días estuvo indispuesta y la corte se vio privada de las preciosas veladas. La princesa, muy escandalizada de lo que el miedo, que le tenía su hijo, le obligaba a hacer desde los primeros días de su viudez, fue a pasar esos ocho días al convento donde estaba la iglesia que guardaba los restos mortales de su marido. Esta interrupción de las veladas proporcionó al príncipe una enorme cantidad de ocio y dio al ministro de justicia un rudo golpe en su privanza, pues Ernesto V comprendió cuán grande sería el aburrimiento si la duquesa se iba de la corte o cesaba tan sólo de derramar en ella su alegría. Volvieron a empezar las veladas y el príncipe se mostró cada vez más interesado por las comedias dell'arte. Tenía el proyecto de tomar un papel, pero no se atrevía a manifestar esta ambición. Un día, poniéndose rojo, dijo a la duquesa:

-¿Por qué no he de representar yo también?

-Todos estamos aquí a las órdenes de Vuestra Alteza. Si Vuestra Alteza se digna ordenármelo, arreglaré el plan de una comedia. Todas las escenas brillantes del papel de

Vuestra Alteza serán conmigo, y como en los primeros días todo el mundo vacila y se turba un poco, si Vuestra Alteza quiere mirarme con alguna atención, le diré las respuestas que debe hacerme.

Todo quedó arreglado con infinita destreza. El príncipe, muy tímido, se avergonzaba de ser tímido; los cuidados que tomó la duquesa para no hacerle sufrir esta innata timidez, hicieron una impresión profundísima en el joven soberano.

El día en que debutó el príncipe, comenzó el espectáculo media hora antes que de costumbre, y sólo había en el salón, cuando se pasó a la sala de espectáculo, ocho o diez mujeres de bastante edad. Éstas no intimidaban al príncipe, sin contar con que educadas en Munich en los verdaderos principios monárquicos, aplaudían sien pro. Haciendo uso de su autoridad como camarera mayor, la duquesa cerró con llave la puerta por la que el vulgo de los cortesano entraban en el espectáculo. El príncipe, que tenía ingenio literaria y una hermosa figura, salió muy bien de sus primeras escenas; repetía con inteligencia las frases que leía en los ojos de la duquesa que ésta le indicaba a media voz. En un momento en que los escasos espectadores aplaudían con todas sus fuerzas, la duquesa hizo una señal, abrióse la puerta de honor y la sala del espectáculo fue, ocupada en un instante por todas las mujeres bonitas de la corte quienes viendo la encantadora figura y el aire feliz y contento que tenía el príncipe, empezaron a aplaudir; el príncipe se puso rojo de dicha. Hacía el papel de un enamorado de la duquesa. Lejos de tener que sugerirle palabras, pronto tuvo ella que aconsejarle que abreviara las escenas. El príncipe hablaba de amor con

un entusiasmo, que muchas veces hacía vacilar a la actriz; sus parlamentos duraban cinco minutos. La duquesa ya no era esa belleza deslumbradora del año anterior: la prisión de Fabricio, y más aún la estancia en el lago Mayor con el sobrino triste, melancólico y silencioso, habían dado diez años más a la hermosa Gina. Sus rasgos s habían acentuado; tenían más espíritu, pero menos juventud.

Rara vez su rostro volvía a tomar esa expresión de jocosidad que antes tuviera; pero en las tablas, pintada y ayudada por cuantos recursos el arte proporciona a las actrices, todavía era la mujer más bonita de la corte. La pasión con que el príncipe inventaba, decía los parlamentos amorosos despertaron la sospecha de los cortesanos, q iones decían: He aquí a la Balbi del nuevo reinado. El conde protestó interiormente. Cuando hubo terminado la pieza dijo la duquesa al príncipe, delante de toda la corte:

-Vuestra Alteza representa muy bien; van a decir que está Vuestra Alteza enamorado de una mujer de treinta y ocho años, lo que iba a causar el rompimiento de mi matrimonio con el conde. Así pues, no volveré a representar con Vuestra Alteza, como el príncipe no jure que me dirigirá la palabra como a una persona de edad la marquesa Raversi, por ejemplo.

Se repitió tres veces la misma pieza. El príncipe estaba loco de felicidad. Pero una noche pareció muy preocupado.

-O mucho me equivoco -dijo la camarera mayor a la princesa- o Rassi trata de jugarnos alguna mala pasada; yo aconsejaría; Vuestra Alteza que indique algún espectáculo

para mañana; el príncipe representará mal y, desesperado, le dirá a Vuestra A alguna cosa.

El príncipe, en efecto, estuvo muy mal; apenas se le oía sabia terminar las frases. Al final del primer acto casi se le saltan las lágrimas: la duquesa estaba a su lado, pero fría e inmóvil príncipe, viéndose un momento solo con ella en la salita de los actores, corrió a cerrar la puerta.

-No, nunca podré -dijo- representar el segundo y el acto; no quiero de ningún modo aplausos de cortesía; los aplausos de esta noche me han partido el corazón. Aconséjeme, ¿qué hacer?

-Voy a salir a escena; haré una reverencia profunda a Suiza y otra al público, y diré que el actor que hacia de Lelios encontrado indispuerto de repente y que el espectáculo terminó con algunos trozos musicales. El conde Rusca y la pequeña Ghi estarán encantados de poder hacer oír a tan brillante público vocecillas cascadas.

El príncipe tomó la mano de la duquesa y la besó con efusión.

-Si fuera usted un hombre -le dijo- me daría un buen consejo. Rassi acaba de dejar encima de mi mesa ciento ochenta y declaraciones contra los supuestos asesinos de mi padre. Además de las declaraciones hay un acta de acusación que tiene más de doscientas páginas; tengo que leer todo eso, y he dado mi palabra no decir nada de ello al conde. Esto lleva derecho a ejecución suplicios. Ya quiere que mande raptar en Francia, cerca de Antibes, a Ferrante Palla, el gran poeta a quien tanto admiro. Vive allí el nombre de Poncet.

-El día que Vuestra Alteza mande ahorcar a un liberal, estará sujeto al ministerio por cadenas de hierro, y esto es lo que quiere ante todo. Pero entonces Vuestra Alteza no podrá anunciar un paseo con dos horas de anticipación. No hablaré ni a la cesa ni al conde del grito de dolor que acabáis de proferir; como he jurado no tener secretos para la princesa, haríame venturosa Vuestra Alteza, si tuviera a bien decir a su madre las mismas cosas que ha dicho a mi.

Esta idea sirvió de distracción al dolor de haber representado mal.

-Pues bien, vaya a avisar a mi madre que la espero el gabinete.

El príncipe salió de los bastidores, pasó por el salón que c entra al teatro, despidió con duro ademán al gran chambel: al ayudante de servicio que le seguían. La duquesa, por su parte abandonó precipitadamente el espectáculo; cuando hubo llegado el gabinete de la princesa, hizo una reverencia profunda a la madre y al hijo y los dejó solos. Puede pensarse cuál no sería la agitación de la corte; estas son las cosas que la hacen tan divertida. Al cabo de una hora, el príncipe mismo se presentó en la puerta del gabinete y llamó a la duquesa; la princesa lloraba; su hilo tenía la fisonomía alteradísima.

He aquí dos personas débiles y malhumoradas, que buscan u. buen pretexto para enfadarse contra alguien, pensó la camarera mayor. Primero, la madre y el hijo se quitaron uno a otro la palabra para contar detalles a la duquesa, quien en sus contestación tuvo buen cuidado de no adelantar ninguna idea. Durante de horas mortales los tres actores de esta fasti-

diosa escena no se salieron un punto de los papeles que acabamos de indicar. El príncipe mismo fue a buscar las dos enormes carteras que Rassi había deja en su despacho; al salir del gabinete de su madre encontró a toda la corte esperando:

-¡Marchaos, dejadme en paz! -exclamó con un tono muy descortés que nunca se le había conocido.

El príncipe no quería ser visto con las dos carteras; un príncipe no debe ir cargado. Los cortesanos desaparecieron en un momento. Al volver, el príncipe no encontró más que a los criados apagan las bujías; los despidió furioso, como asimismo al pobre Fontana ayudante de servicio, que había cometido, por celo, la tontería de quedarse.

-Todo el mundo parece decidido esta noche a impacientarme -dijo malhumorado a la duquesa, al volver al gabinete.

Tenía a la duquesa por mujer de mucho talento, y estaba furioso porque evidentemente se obstinaba en no opinar. Ella, por su parte, estaba resuelta a no decir nada hasta que le pidieran opinión expresamente. Aún transcurrió media hora larga antes que el príncipe, que tenía el sentimiento de su dignidad, se decidiera a decir:

-Pero, señora, nada dice usted.

-Aquí estoy para servir a la princesa y olvidar en seguida cuanto se dice delante de mí.

-Pues bien, señora -dijo el príncipe poniéndose muy colorido-, ordeno a usted que me diga su opinión.

-Los crímenes se castigan para impedir que se renueven. El difunto príncipe ¿ha sido envenenado? Es muy dudoso. ¿Lo ha sido por los jacobinos? Eso es lo que Rassi quería

demostrar, pues entonces se hace un instrumento necesario para siempre y del que Vuestra Alteza no podrá prescindir. En este caso, Vuestra Alteza, que comienza ahora a reinar, puede prometerse muchas velada como ésta. Vuestros súbditos dicen generalmente, y es enteramente cierto, que Vuestra Alteza tiene un carácter bondadoso. Mientras no haya mandado a la horca a algún liberal, gozará de esa reputación y, ciertamente, nadie pensará en prepararle veneno.

-La conclusión es evidente -exclamó, picada, la princesa-, no quiere usted que se castigue a los asesinos de mi marido.

-Es que, sin duda, señora, estoy unida a ellos por una tierna amistad.

La duquesa veía en los ojos del príncipe que éste la creía di acuerdo con su madre para dictarle un plan de conducta. Hubo entre las dos mujeres una serie de respuestas rápidas y bastante agrías, tras las cuales la duquesa declaró que no diría una sola palabra más, y permaneció fiel a su resolución. Pero el príncipe, después de una larga discusión con su madre, le volvió a ordenar que diese su opinión.

-Juro a Vuestras Altezas que no lo haré.

-Pero es verdaderamente una niñada -exclamó el príncipe.

-Ruego a usted que hable, señora duquesa -dijo la princesa en tono digno.

-Suplico a Vuestras Altezas que me dispensen, señora. Pera Vuestra Alteza -añadió la duquesa dirigiéndose al príncipe- lee perfectamente el francés. Para calmar nuestros agitados espíritus ¿querría tener la bondad de leernos una fábula de La Fontaine?

La princesa encontró ese nos muy insolente, pero pareció a la vez extrañada y divertida, cuando la camarera mayor, que había ido con gran sangre fría a abrir la biblioteca, volvió trayendo un volumen de las Fábulas de La Fontaine, lo hojeó un instante y dije al príncipe, presentándoselo:

-Suplico a Vuestra Alteza que lea toda la fábula.

EL HORTELANO Y SU SEÑOR

*Cierto villano rico, al campo aficionado,
Un jardín en su pueblo tenía.
Adquirid la huerta de al lado
Y la cercó de penca y de zarza bravía
La col y la lechuga en la huerta se daban,
En el jardín las flores no sobraban,
Pero había para regalar
Un ramo de clavel, de jazmín y de rosa
A Teresa, la más hermosa
Moza del lugar.
Mas habiendo esta dicha una liebre turbado,
Al señor de la aldea nuestro hombre se quejó.
"-El maldito animal, dijo, está en el cercado
Y se harta de comer de lo que Dios crió.
Ni trampa, ni palo, ni piedra
Valen con él; nada le arredra.
Es brujo. -¿Brujo? Vamos, que yo le desafío,
Replicóle el señor. Aunque fuera Merlin,
Ten por seguro, amigo mío,
Que mis perros sabrán echar de tu jardín*

LA CARTUJA DE PARMA

*Al voraz animal. -¿Y cuándo? -Sin demora,
Mañana, a la primera hora."*

Llegó el señor con todos sus criados.

-Almorcemos. ¿Están tus pollos bien cebados?

Tras del almuerzo, alegres empezaron

A preparar la caza, con un tumulto ingente

De tropas y de perros y de gente,

Que a nuestro buen villano atónito dejaron.

Pero fue lo peor; que el barón y sus perros

En lamentable estado pusieron el jardín.

¡Adiós flores, rosa, jazmín!

¡Adiós coles, lechuga, puerros!

- Juegos son de señor, suspiraba contrito

El buen hombre, pero la turba cazadora

Destrozó, sin oírle, en menos de una hora

Más que en cien años todas las liebres del distrito.

Resolved, principillos, a solas vuestras guerras.

Fuera locura insigne acudir a los reyes,

No permitáis jamás que os impongan sus leyes

Ni le hagáis entrar en vuestras tierras.

A esta lectura siguió un profundo silencio. El príncipe pas base por el gabinete, después de haber ido en persona a dejar tomo en su sitio.

-¡Bueno!, señora -dijo la princesa-. ¿Se dignará usted hablar? No, ciertamente, señora, mientras Su Alteza no me

haya nombrado ministro. Si hablo aquí, corro el peligro de perder mi puesto de camarera mayor.

Otro silencio que duró un cuarto de hora. Por fin, la princesa recordó la historia de María de Médicis, madre de Luis XIII. Durante todos los días anteriores, la camarera mayor había hecho leer, por la lectora, la excelente Historia de Luis XIII, de M. Bazin. Aunque estaba muy picada, la princesa pensó que la duquesa podía muy bien irse de Parma y entonces Rassi, a quien tenía un miedo atroz, podría quizá imitar a Richelieu y hacerla desterrar por su hijo. En este momento la princesa hubiera dado cualquier cosa por humillar a su camarera mayor; pero no podía. Se levantó y vino con exagerada sonrisa a coger la mano de la duquesa, diciendo:

-Vamos, señora, pruébeme usted que me quiere, hablando.

-Pues bien, dos palabras no más. Quemar, en esa chimenea, todos los papeles reunidos por esa víbora de Rassi y no confesarle nunca que esos papeles han sido quemados.

Y añadió bajito, en tono familiar, al oído de la princesa:

-Rassi puede ser Richelieu.

-Pero, ¡demonio!, esos papeles me cuestan más de ochenta mil francos -exclamó el príncipe con disgusto.

-Príncipe mío -replicó la duquesa con energía-, eso es lo que pasa cuando uno emplea a bribones de baja alcurnia. ¡Ojalá perdiera Vuestra Alteza un millón y no volviera a dar crédito a esos rastrosos bandidos, que no han dejado dormir a vuestro padre en los seis últimos años de su reinado!

Las palabras baja alcurnia agradaron muchísimo a la princesa, que pensaba que el conde y su amiga estimaban con algún excesivo exclusivismo el talento, siempre primo hermano del jacobinismo.

Durante el breve instante de profundo silencio, lleno por las reflexiones de la princesa, el reloj de palacio dio las tres. La princesa se levantó, hizo a su hijo una reverencia y le dijo:

-Mi salud no me permite prolongar por más tiempo esta discusión. ¡Nunca ministros de baja alcurnia! No podréis sacarme de la cabeza que Rassi os ha robado la mitad del dinero que os ha hecho gastar en espionajes- la princesa cogió dos bujías de los candelabros y las colocó en la chimenea de manera que no se apagaran. Luego se acercó a su hijo y añadió:- La fábula de La Fontaine me decide y puede más que mi justo deseo de vengar a mi esposo. ¿Quiere permitirme Vuestra Alteza que quemé todas esas escrituras? -El príncipe permanecía inmóvil.

Su fisonomía es verdaderamente estúpida, pensó la duquesa. El conde tiene razón; el difunto príncipe no nos habría tenido hasta las tres de la mañana para decidirse.

La princesa, de pie, añadió:

-Ese procuradorcillo se sentiría ufano, si supiera que sus papelotes, llenos de mentiras y arreglados para proporcionarle un ascenso, han ocupado toda la noche a los dos más grandes personajes del estado.

El príncipe se precipitó como un furioso sobre una de las carteras, y volcó su contenido en la chimenea. La masa de los papeles estuvo a punto de ahogar a las dos bujías; la ha-

bitación se llenó de humo. La princesa vio en los ojos de su hijo la tentación de coger una botella de agua y salvar esos papeles que le costaban ochenta mil francos.

-Abra la ventana -gritó la princesa vivamente.

La duquesa, rápida, obedeció. Los papeles ardieron todos de un golpe; hubo un gran ruido en la chimenea y pronto fue evidente que se había prendido fuego en ella.

El príncipe tenía un alma mezquina para todas las cosas de dinero; creyó que su palacio ardía y que las riquezas todas contenidas en él iban a ser destruidas. Corrió a la ventana y llamó a la guardia con voz alterada. Los soldados acudieron en tumulto al patio, al oír la voz del príncipe; éste volvió cerca de la chimenea, en donde el tiro producido por la ventana abierta, hacía un ruido realmente tremendo. Se impacientó, gritó, dio dos o tres vueltas por el gabinete, como un hombre fuera de sí, y por fin, salió corriendo.

La princesa y su camarera mayor permanecieron de pie, una frente a otra, guardando un profundo silencio.

¿Va la cólera a volver?, pensó la duquesa. Mi pleito está ganado. Y se disponía a ser impertinente en sus réplicas, cuando un pensamiento se iluminó. Vio intacta la segunda cartera. ¡No, mi pleito está ganado sólo a medias! Dijo entonces a la princesa con un tono bastante frío:

-¿Me ordena la señora que quemé el resto de esos papeles?

-¿Dónde los quemará usted? -dijo la princesa secamente.

-En la chimenea del salón; echándolos uno por uno, no hay peligro.

La duquesa tomó debajo del brazo la cartera llena de papeles, cogió una bujía y pasó al salón próximo. Tuvo tiempo para ver que esta cartera era la que contenía las disposiciones, metió en su chal cinco o seis puñados de papeles, quemó cuidadosamente el resto y desapareció sin despedirse de la princesa.

-Buena impertinencia -dijo riéndose-. Pero ha estado a punto, con su afectación de viuda inconsolable, de hacerme subir al cadalso.

A1 oír el ruido del coche de la duquesa, la princesa se encendió en ira contra su camarera mayor.

A pesar de la hora que era, la duquesa mandó llamar al conde. Había acudido éste al fuego del castillo, pero pronto volvió con la noticia de que todo había terminado.

-El pequeño príncipe ha mostrado realmente mucho valor y le he felicitado con efusión.

-Examina pronto estas disposiciones y a quemarlas cuanto antes.

El conde leyó y palideció.

-Pues andaban muy cerca de la verdad. El sumario estaba admirablemente llevado y están enteramente sobre la pista de Ferrante Palla. Si éste habla, tendremos un papel difícil.

-Pero no, no hablará -exclamó la duquesa-; es un hombre de honor. Quememos, quememos.

-Todavía no; déjame tomar los nombres de doce o quince testigos peligrosos a quienes me permitiré raptar, si Rassi quiere volver a empezar.

-Me permito recordar a Vuestra Excelencia que el príncipe ha dado su palabra de no decir nada a su ministro de justicia de nuestra fogata nocturna.

-La cumpliré por pusilanimidad y por miedo de una disputa.

-Ahora, amigo mío, he aquí una noche que adelanta mucho nuestro matrimonio. No hubiera querido llevarte en dote una causa criminal y por un pecado, además, que me hizo cometer mi cariño hacia otro.

El conde estaba enamorado; cogió la mano de la duquesa; lloraba.

-Antes de irme, dame consejo acerca de la conducta que debo seguir con la princesa; estoy muerta de cansancio. He estado una hora representando la comedia en el teatro y cinco en el gabinete.

-La impertinencia de tu salida es una suficiente venganza de las palabras agrídulces de la princesa, las cuales no eran más que una prueba de debilidad. Adopta con ella mañana el tono con que la tratabas hoy temprano. Rassi aún no está en la cárcel o en el destierro y aún no hemos hecho pedazos la sentencia de Fabricio.

Tú querías que la princesa tomara una decisión, cosa que siempre produce mal humor a los príncipes y aun a los primeros ministros. Además, eres su camarera mayor, es decir, su pequeña sirvienta. En la gente débil es infalible un retorno a la indecisión; dentro de tres días Rassi tendrá más privanza que nunca. Tratará de ahorcar a alguien; mientras no haya conseguido eso, no tiene sujeto al príncipe y carece de toda seguridad.

Ha habido un hombre herido en el incendio de esta noche; es un sastre que se ha portado, a fe mía, como un valiente. Voy mañana a decidir al príncipe a que vaya, apoyado en mi brazo, a hacer una visita al sastre. Estaré armado hasta los dientes y vigilaré con siete ojos; además, el joven príncipe aún no es odiado. Quiero yo acostumbrarle a que se pasee por las calles. Es una jugarreta que le hago a Rassi, quien de seguro será mi sucesor, y podrá permitir esas imprudencias. Al volver de casa del sastre, pasaré con el príncipe por delante de la estatua de su padre. Notará las pedradas que han roto la toga romana que le colgó el necio escultor. En fin, poco talento tendrá el príncipe si no se le ocurrió espontáneamente esta reflexión: ¡Esto es lo que se gana ahorcar a los jacobinos! A lo cual yo contestaré: Hay que ahorcar a c mil o a ninguno: la San Bartolomé ha destruido a los protestar en Francia.

Mañana, querida amiga, antes de mi paseo, hazte anunciar príncipe y dile: Ayer noche he hecho con Vuestra Alteza el oficio de ministro; le he dado consejos y, por vuestras órdenes, he incurrido en el desagrado de la princesa; necesito que Vuestra Alteza me pague. Se figurará que vas a pedirle dinero y arrugará el ceño. Tú lo dejas en esa desdichada idea el mayor tiempo posible y luz le dirás: Ruego a Vuestra Alteza que ordene que Fabricio sea juzgado contradictoriamente (esto significa en su presencia) por doce jueces más respetados que haya. Sin pérdida de tiempo, le p sentarás a la firma una orden escrita de tu hermosa mano, que a dictarte; voy a poner, claro está, la cláusula de que la primera sentencia queda anulada. A esto no cabe más que una objeción pero si

llevas la cosa con calor no se le ocurrirá al príncipe. Puedo decir: Fabricio deberá constituirse preso en la fortaleza. A lo cual tú contestarás: se dará preso en la cárcel de la ciudad (ya sal que mando en ella; todas las noches saldrá a verte). Si el príncipe dice que no, que la fuga ha empañado el honor de su fortaleza que quiere que por fórmula, vuelva al mismo cuarto en donde es ha, entonces le contestarás: No, pues ahí estaría a la disposición mi enemigo Rassi; y, con una de esas frases de mujer que tan bien sabes lanzar, le darás a entender que, para ganar a Rassi podrás muy bien hablarle del auto de fe de esta noche. Si insiste, anuncio que te vas a pasar quince días en tu castillo de Sacca.

Llama a Fabricio y consúltale sobre esta gestión que puede conducirle a la cárcel. Para preverlo todo, si mientras está encerrado Rassi, demasiado impaciente, me envenena, Fabricio puede corer peligro. Mas no es probable; ya sabes que he mandado venir cocinero francés, que es el más alegre de los hombres y hace chistes. Ahora bien; el chiste es incompatible con el asesinato. Ya dicho a nuestro Fabricio que he encontrado a todos los testigos de su acción hermosa y valiente; evidentemente fue Giletti que quiso asesinarle. No te he hablado de esos testigos porque que quería darte una sorpresa; pero mi plan ha fallado porque el príncipe n ha querido firmar. Ya he dicho a Fabricio que con seguridad le proporcionaré un gran puesto en la iglesia, pero me costará mucho trabajo, si sus enemigos pueden objetar, en la corte romana, una acusación de asesinato.

¿No comprendes que si no es solemnemente juzgado, será para él toda su vida desagradable el nombre de Giletti?

Gran pusilanimidad sería no presentarse ante los jueces cuando sabe uno que e inocente. Además, aunque fuera culpable, lo haría yo declarar inocente. Cuando le he hablado, el apasionado joven no me ha dejado acabar; ha cogido el anuncio oficial y hemos elegido juntos los dos jueces más íntegros y sabios. Hecha la lista hemos borrado seis nombres para sustituirlos por seis jurisconsultos enemigos personales míos, y como no hemos podido encontrar más que dos de esos enemigos, hemos puesto cuatro bribones devotos de Rassi.

Esta proposición del conde causó a la duquesa una mortal in quietud, no sin motivo. Por fin se inclinó ante la razón y escribió la orden que le dictó el ministro, nombrando los jueces.

Separáronse el conde y la duquesa a las seis de la mañana. La duquesa trató de dormir, pero no pudo. A las nueve desayunó con Fabricio, a quien encontró deseando ardientemente ser juzgado. A las diez fue a casa de la princesa, la cual no estaba visible. A las once vio al príncipe, que firmó la orden sin la menor objeción. La duquesa envió la orden al conde y se metió en la cama.

Acaso sería divertido contar el furor de Rassi, cuando el conde le obligó a suscribir delante del príncipe, la orden que éste había firmado por la mañana; mas otros sucesos más importantes solicitan nuestra atención.

El conde discutió el mérito de cada juez y ofreció cambiar los nombres. Pero el lector está quizá un poco cansado de todos estos detalles procesales y de todas estas intrigas cortesanas. De aquí puede sacarse una enseñanza y es que el

hombre que se acerca a la corte pone en peligro su dicha, si es feliz; y en todo caso hace depender su porvenir de las intrigas de una doncella.

Por otra parte, en América. en la república, hay que pasarse el día bostezando y haciendo seriamente la corte a los mercaderes de la calle y tornarse tan necio como ellos; en cambio, no hay ópera.

La duquesa, al levantarse, por la tarde, tuvo un momento de vivísima inquietud. Fabricio había desaparecido. Hacia las doce de la noche, durante la función de la corte, recibió por fin una carta de él. En lugar de darse preso en la cárcel de la ciudad, en donde el conde mandaba, había ido a ocupar su antiguo cuarto de la fortaleza, dichoso de poder habitar a pocos pasos de Clelia.

Fue un suceso de consecuencias inmensas. En ese sitio estaba expuesto al veneno más que nunca. Esta locura desesperó a la duquesa; perdonó el motivo, el amor loco hacia Clelia, porque decididamente dentro de unos días iba ésta a casarse con el riquísimo marqués Crescenzi. Esta locura devolvió a Fabricio toda la influencia que antes tuviera sobre el ánimo de la duquesa.

Ese maldito papel que he puesto a la firma del príncipe, le dará la muerte. ¡Qué locos son los hombres, con sus ideas de honor! Como si se pudiera pensar en el honor en los gobiernos absolutos; en los países en donde un Rassi es ministro de justicia. Lo que debió hacerse es aceptar la gracia, que el príncipe habría firmado con igual facilidad que la orden convocando a este tribunal extra ordinario. Y, ¿qué importa, después de todo, que un hombre del nacimiento de Fabricio

sea más o menos acusado de haber matado a un histrión como Giletti?

Apenas leyó el billete de Fabricio, la duquesa corrió a casa del conde, a quien halló sumamente pálido.

-¡Dios mío!, querida amiga, ¡qué mano más mala tengo con este niño! Me vas a guardar rencor otra vez. Puedo demostrarte que he mandado venir ayer noche al carcelero de la cárcel de la ciudad; todos los días tu sobrino habría venido a tomar el té a tu casa. Lo horroroso es que no podemos, ni tú ni yo decirle al príncipe que tenemos miedo al veneno, al veneno administrado por Rassi; esta sospecha le parecería el colmo de la inmoralidad. No obstante, si lo exiges estoy dispuesto a ir a palacio; pero estoy seguro de la contestación. Diré más; te ofrezco un medio que no usaría yo para mí. Desde que tengo el poder en este país no he dado muerte a un solo hombre, y sabes que por ese lado soy tan tonto, que algunas veces, a la caída de la tarde, pienso aún en esos dos espías que mandé fusilar algo ligeramente en España. Pues bien, ¿quieres que te libre de Rassi? El peligro en que pone a Fabricio, no tiene límites; ahí tiene un medio seguro de echarme de Parma.

La proposición agradó extraordinariamente a la duquesa, pero no la aceptó.

-No quiero -dijo el conde-, que en nuestro retiro, bajo el hermoso cielo de Nápoles, tengas pensamientos sombríos por la noche.

-Pero, querida amiga, me parece que no habrá que elegir sino entre ideas sombrías todas. ¿Qué será de ti, de mí mismo, si a Fabricio se lo lleva una súbita enfermedad?

La discusión siguió animada y la duquesa acabó cortándola con esta frase:

-Rassi debe la vida a que te quiero más que a Fabricio. No, no quiero emponzoñar las veladas de nuestra vejez, que hemos de pasar juntos.

La duquesa corrió a la fortaleza. El general Fabio Conti tuvo la alegría de poderle oponer el texto formal de las leyes militares: nadie puede penetrar en una prisión de estado, sin una orden firmada por el príncipe.

-Pero el marqués Crescenzi y sus músicos vienen todos los días a la fortaleza.

-He obtenido para ellos una orden del príncipe.

La pobre duquesa no conocía bien toda su desgracia. El general Fabio Conti se había considerado como personalmente deshonrado por la fuga de Fabricio. Cuando le vio llegar a la fortaleza, no hubiera debido admitirle, pues no tenía orden para ello. Pero, pensó, el cielo me lo envía para reparar mi honor y borrar la ridícula mancha que quedaría en mi carrera militar. Se trata de no perder la ocasión; sin duda lo van a declarar inocente y no me quedan muchos días para vengarme.

XXV

La llegada de nuestro héroe llenó de desesperación el ánimo de Clelia. La pobre niña piadosa y sincera consigo misma, no podía engañarse y sabía que lejos de Fabricio no había para ella dicha posible. Pero había hecho a la Virgen la promesa, cuando se padre fue medio envenenado, de sacrificarse casándose con el marqués Crescenzi. Había hecho asimismo la promesa de no ver más a Fabricio y ya le asaltaban los remordimientos más horribles, por la confesión hecha a Fabricio en la carta que le había escrito el día antes de su fuga. ¿Cómo pintar lo que ocurrió en este corazón tris te, cuando melancólicamente ocupaba en ver volar sus pajaritos alzó la vista por hábito y con ternura hacia la ventana, desde donde Fabricio solfa mirarla y lo vio de nuevo saludándola con sume respeto?

Creyó que era una visión que el cielo, para castigarla, le enviaba. Luego, la realidad atroz acudió a su mente. ¡Lo han cogido pensó; está perdido! Recordaba lo que se dijo en la fortaleza después de la, fuga; los últimos carceleros se consi-

deraban mortalmente ofendidos. Clelia miró a Fabricio, y a pesar suyo esa mirada expresó toda la pasión que la tenía desesperada.

¿Cree usted, parecía decir a Fabricio, que voy a encontrar la dicha en ese suntuoso palacio que preparan para mí? Mi padre no cesa de repetirme que es usted tan pobre como nosotros; pero ¡Dio; mío!, ¡con qué felicidad compartiría yo esa pobreza! Pero, ¡ay!, n debemos volvernos a ver jamás.

Clelia no tuvo la fuerza suficiente para hacer uso de los alfabetos. Al ver a Fabricio, se sintió mala y cayó desvanecida en una silla junto a la ventana. Su cabeza descansaba en el quicio y como había querido verle hasta el último momento, su cara estaba vuelta hacia Fabricio, quien podía contemplarla por entero. Cuando, a los pocos momentos abrió los ojos, su primera mirada fue para Fabricio; vio lágrimas en sus ojos, pero eran causadas por la indecible felicidad de ver que la ausencia no había traído el olvido. Los pobres jóvenes quedaron algún tiempo como encantados, mirando uno a otro. Fabricio se atrevió cantar, como si se acompañara con una guitarra, unas palabras improvisadas, diciendo: Por volverle ver he vuelto ala prisión; voy a ser juzgado.

Estas palabras parecieron despertar de nuevo toda la virtud Clelia; levantóse muy de prisa y se ocultó los ojos con las manos y con los ademanes más vivos trató de explicarle que no debía ve nunca más; se lo había prometido a la Virgen y acababa de mira por olvido. Como Fabricio se atrevía a seguir expresando su ama Clelia huyó indignada, jurándose a sí misma no volverlo a ver m pues tales eran las precisas palabras »de su voto: mis ojos no verán jamás. Las había

escrito en un papelito que su tío don César le permitió quemar ante el altar, en el momento del ofertorio, mientras él decía misa.

Pero a pesar de sus juramentos, la presencia de Fabricio en torre Farnesio había devuelto a Clelia todas sus antiguas costumbres. Generalmente pasaba el día sola en su cuarto. Pero apee repuesta de la imprevista turbación en la que cayó al ver a Fabricio se puso a recorrer el palacio y, por decirlo así, a reanudar el trato con todos sus amigos subalternos. Una vieja habladora, que trabajaba en las cocinas, le dijo con aire misterioso:

-Esta vez el señor Fabricio no sale de la fortaleza.

-No hará la tontería de saltar por encima de los muros - dijo Clelia-. Pero saldrá por la puerta, si los jueces declaran su inocencia.

-Digo y puedo repetirlo a Vuestra Excelencia que saldrá de fortaleza con los pies por delante.

Clelia se puso muy pálida. La vieja lo notó y su elocuencia cesó al instante. Pensó que había cometido una imprudencia, hablan así delante de la hija del gobernador, cuyo deber sería decir a todo el mundo que Fabricio había muerto de enfermedad. Al volver su cuarto, Clelia se encontró con el médico de la prisión, hombre honrado, pero tímido, que le dijo todo aturdido que Fabricio estaba muy malo. Clelia no podía tenerse en pie; sin embargo, bu; por todas partes a su tío, el buen abate don César, a quien encontró por fin en la capilla orando fervorosamente, con la cara al rada. Sonó la campana para la comida. En la mesa, no cambiar una palabra los dos hermanos. Sólo hacia el final, el general d algunas

frases muy agrias a su hermano. Este miró a los criar que salían.

-Mi general -dijo don César al gobernador-. Tengo el honor de prevenirle que voy a dejar la fortaleza; presento mi dimisión.

-¡Bravo, bravísimo! ¡Para hacerme sospechoso!... Y ¿por que razón, quieres decirme?

-Mi conciencia.

-Anda. Eres un curita y no entiendes nada de honor.

Fabricio ha muerto, pensó Clelia; lo han envenenado en la comida y si no, será para mañana. Corrió a la pajarera resuelta a cantar acompañándose en el piano. Me confesaré, decía, y me perdonará Dios el haber roto mi promesa por salvar la vida de un hombre. Cuál no sería su desesperación cuando, al llegar a la pajarera la vio que las pantallas acababan de ser sustituidas por unas planchas unidas a los barrotes de hierro. Loca de dolor, trató de avisa al preso por medio de algunas palabras más bien gritadas que cantadas. No obtuvo respuesta alguna; un silencio de muerte reinaba en la torre Farnesio. Todo ha terminado, pensó. Fuera de sí, baje la escalera, la volvió a subir para tomar el poco dinero que tenía y unos zarcillos de diamantes; también al pasar cogió el pan que quedaba de la comida y que estaba guardado en un aparador. S aún vive, es mi deber salvarle. Avanzó con aire altanero hacia la puertecilla de la torre; esta puerta estaba abierta y acababan de poner ocho soldados en la pieza de las columnas de la planta baja Miró con audacia a los soldados; Clelia pensaba dirigir la palabra al sargento que debía mandarlos; pero este hombre estaba ausente Clelia se lanzó

por la escalerilla de hierro, que subía dando la vuelta en espiral alrededor de una columna; los soldados la miraban atónitos pero no se atrevieron a decirle nada, intimidados sin duda por su chal de encaje y su sombrero. En el primer piso no había nadie pero al llegar al segundo, a la entrada del corredor que, si no lo ha olvidado el lector, estaba cerrado por tres puertas, hechas de barrotes de hierro y que conducía a la habitación de Fabricio, encontró a un empleado a quien no conocía, que le dijo como asustado:

-Todavía no ha comido.

-Ya lo sé -dijo, altiva, Clelia.

Este hombre no se atrevió a detenerla. Veinte pasos más allá Clelia encontró sentado en el primero de los seis escalones que conducían al cuarto de Fabricio, a otro carcelero viejo y muy adulto que le dijo resuelto:

-Señorita, ¿tiene usted orden del gobernador?

-¿Es que no me conoce usted?

A Clelia, en este momento animábala una fuerza sobrenatural; estaba fuera de sí. Voy a salvar a mi marido, pensaba.

Mientras que el viejo carcelero exclamaba:

-Pero mi deber no me permite...

Clelia subía rápidamente los seis escalones. Se precipitó contra la puerta; había en la cerradura una llave enorme; necesitó toda sus fuerzas para darle la vuelta. En este momento el viejo carcelero medio borracho, cogió el filo de su vestido; ella entró muy de prisa en el cuarto, volvió a cerrar la puerta dejando en ella un jirón de la ropa, y como el carcelero la empujase para entrar tras ella, corrió un cerrojo que

halló a mano. Miró en el cuarto y vio a Fabricio sentado de una mesita muy pequeña sobre la que estaba la comida. Se precipitó hacia la mesa y la derribó; cogió el brazo de Fabricio y dijo:

-¿Has comido?

Esta manera de hablarle de tú fue una delicia para Fabricio. En su turbación, Clelia olvidaba por vez primera la reserva femenina y daba a conocer su amor.

Fabricio iba a empezar la fatal comida. Cogió a Clelia en sus brazos y la llenó de besos. La comida estaba envenenada, pensó si le digo que no la he tocado, la religión vuelve a imperar sobre ella y Clelia huye. Si por el contrario me cree moribundo, conseguiré que no me deje. Ella desea encontrar un medio de romper su execrable matrimonio; el azar nos lo proporciona: los carceleros; van a reunirse, echarán la puerta abajo y será un escándalo tal, que quizá el marqués Crescenzi tenga miedo y rompa el trato.

Durante este momento de silencio, ocupado por esas reflexiones, Fabricio sintió que Clelia trataba ya de desasirse de sus brazos. Todavía no siento dolores le dijo; pero pronto me revolcaré por el suelo, a tus pies; ayúdame a morir.

-¡Oh, mi único amigo! —dijo—. Contigo moriré.

Ella le oprimía en sus brazos con un movimiento convulsivo.

Estaba tan hermosa, medio vestida, en ese estado de pasión desordenada, que Fabricio no pudo resistir a un movimiento casi involuntario. No halló resistencia alguna.

En el entusiasmo de pasión y de generosidad, que sigue a una extremada dicha, le dijo, imprudente:

-No debe una indigna mentira venir a macular los primeros instantes de nuestra felicidad. Sin tu valor, yo no sería más que un cadáver o estaría retorciéndome en atroces dolores; pero cuando entraste iba a empezar a comer y no he tocado los platos.

Fabricio insistía largamente sobre esas atroces imágenes, para conjurar la indignación que ya leía en los ojos de Clelia. Ella lo miró algunos momentos, violentamente solicitada por dos sentimientos opuestos, y por fin se echó en sus brazos. Oyóse gran ruido en el corredor, de abrir y cerrar con fuerza las tres puertas de hierro; sonaron voces.

-¡Ay, si tuviera armas! -exclamó Fabricio-; pero he tenido que entregarlas al entrar. Vienen sin duda a rematarme. Adiós, Clelia mía, bendigo mi muerte, ya que ha sido la causa de mi felicidad.

Clelia le abrazó y le dio un puñalito de mango de marfil, cuya hoja no era más larga que la de un cortaplumas.

-No te dejes matar -dijo ella-, defiéndete hasta el último instante. Si mi tío el abate oye el ruido, te salvará; es valeroso y virtuoso. Voy a hablarle -al decir esto se precipitó hacia la puerta-. Si no te matan -dijo con exaltación, teniendo en la mano el cerrojo y volviendo la cabeza hacia Fabricio-, déjate morir de hambre mejor que tocar a ningún alimento. Guarda este pedazo de pan.

El ruido se acerba. Fabricio la cogió por la cintura, ocupó su sitio cerca de la puerta, y abriéndola furioso se precipitó sobre la escalera de los seis escalones de madera. Llevaba en la mano el puñalito de mango de marfil y estuvo a punto de atravesar el chaleco del general Fontana, ayudante

del príncipe, que retrocedió rápido exclamando lleno de miedo:

-Pero si vengo a salvarle, señor del Dongo.

Fabricio subió los seis escalones; dijo a Clelia:

-Fontana viene a salvarme -y volviendo a donde estaba el general, en los escalones de madera, se explicó fríamente con él. Le habló muy largo, rogándole que le perdonase un movimiento de ira.

-Querían envenenarme; esa comida que está ahí, delante de mí, está envenenada; he tenido el buen acuerdo de no tocar nada, pero he de confesar a usted, que el proceder me ha parecido chocante. Al pedirle subir, creí que venían a rematarme a puñaladas... Señor general, le requiero para que dé la orden de que nadie entre en mi cuarto; quitarían el veneno, y nuestro buen príncipe debe saberlo todo.

El general, muy pálido y turbado, transmitió las órdenes indicadas por Fabricio a los carceleros principales que le seguían; éstos, contritos y apenados de ver descubierto el veneno, se apresuraron a bajar. Tomaban la delantera, aparentando no querer estorbar en la escalera, tan estrecha, al ayudante del príncipe, pero en realidad para escapar y desaparecer. Con gran extrañeza del general Fontana, Fabricio se detuvo un buen cuarto de hora en la escalerita de hierro que da vueltas alrededor de la columna de la planta baja; quería dar a Clelia tiempo para esconderse en el primer piso.

Era la duquesa quien, después de varias gestiones insensatas, habla conseguido que el príncipe mandase al general Fontana a la fortaleza; fue una casualidad que lo consiguiera. Al dejar al conde Mosca, tan intranquilo como ella, había ido

corriendo a palacio. La princesa, a quien repugnaba mucho la energía, que consideraba cosa vulgar, la tuvo por loca, y no pareció dispuesta a intentar en favor suyo ninguna gestión insólita. La duquesa, fuera de sí, lloraba a lágrima viva y no hacía más que repetir a cada instante:

-Pero, señora, dentro de un cuarto de hora Fabricio habrá muerto envenenado.

Al ver la perfecta sangre fría de la princesa, la duquesa se volvió loca de dolor. No hizo esta reflexión moral, que no habría dejado de hacer una mujer educada en esas regiones del Norte donde se admite el examen personal: he empleado el veneno la primera, por el veneno muero. En Italia, esta clase de reflexiones, en los momentos de pasión, parecen como una ingeniosidad tonta dicha en pleno dolor, y hacen el efecto que haría en París un chiste en semejante circunstancia.

La duquesa, desesperada, se aventuró a ir al salón en donde el marqués Crescenzi estaba aquel día de servicio. Cuando la duquesa volvió a Parma, el marqués había ido a darle las más efusivas gracias por el puesto de caballero de honor que, sin ella, nunca hubiera podido pretender. Las protestas de una devoción sin límites no fueron escasas por su parte. La duquesa lo abordó con estas palabras:

-Rassi va a envenenar a Fabricio, que está en la fortaleza. Métase usted en el bolsillo chocolate y una botella de agua que le voy a dar a usted. Suba a la fortaleza y devuélvame la vida, diciéndole al general Fabio Conti que rompa usted con su hija, si no le permite entregar a Fabricio esa agua y ese chocolate.

Palideció el marqués, y su fisonomía, lejos de animarse con estas palabras, expresó la turbación más rastrera; no podía creer que se maquinase tan espantoso crimen en una ciudad como Parma, tan moral, donde reinaba tan ilustre príncipe, etc... Y todas estas tonterías las decía lentamente. En dos palabras: la duquesa encontró un hombre honrado, pero sumamente débil, que no podía determinarse a la acción. Después de repetir veinte frases semejantes, interrumpidas por los gritos de impaciencia de la señora Sanseverina, cayó en una idea excelente: el juramento que había prestado como caballero de honor, le impedía mezclarse en intrigas contra el Gobierno.

¿Quién podría figurarse la ansiedad, la desesperación de la duquesa, que sentía volar el tiempo?

-¡Pero, por lo menos, vea usted al gobernador; dígame que pe seguiré hasta el infierno a los asesinos de Fabricio! ..

La desesperación aumentaba la elocuencia natural de la duquesa; pero todo ese fuego servía sólo para asustar aún más al marqués y duplicar su irresolución; al cabo de una hora, estaba menos dispuesto a la acción que en el primer momento.

Esta mujer desgraciada, que tocaba los últimos límites de la desesperación y comprendía que el gobernador no podía negar nada un yerno tan rico, llegó hasta arrodillarse a sus pies. Entonces pusilanimidad del marqués Crescenzi creció más todavía. Ante es extraño espectáculo, temió verse mezclado en el asunto sin saber. Pero sucedió una cosa singular; el marqués, que en el fondo es un buen hombre, se

conmovió de ver llorando a sus pies a una mujer tan hermosa y sobre todo tan poderosa.

Yo mismo, tan noble y tan rico como soy, pensó, quizá un d: tenga que arrodillarme delante de algún republicano. El marqués se echó a llorar, y por fin quedó convenido que la duquesa, en su calidad de camarera mayor; lo presentaría a la princesa, quien daría permiso para entregar a Fabricio un cesto; él declararí que ignoraba el contenido de ese cesto.

La noche antes, ignorando aún la duquesa la locura que Fabricio había hecho, se representó en la corte una comedia dell' arte y el príncipe, que se reservaba siempre los papeles de galán con la duquesa, había estado tan apasionado, hablándole de su amor, que fuera ridículo, sin en Italia pudiera serlo nunca un hombre apasionado o un príncipe.

El príncipe, que era muy tímido, pero que tomaba siempre muy en serio las cosas de amor, se encontró en uno de los corredores del palacio a la duquesa, que arrastraba al marqués Crescenzi, todo tembloroso, a casa de la princesa. Quedó tan deslumbrado por la belleza llena de sentimiento que la desesperación prestaba a la camarera mayor, que por primera vez en su vida demostró tener carácter. Despidió al marqués con un gesto más que imperioso y se puso a hacer una declaración de amor en toda regla a la duquesa: El príncipe la tenía, sin duda, preparada de antemano, porque había en ella cosas bastante razonables.

-Puesto que las conveniencias de mi posición me impiden gozar la suprema dicha de hacerla a usted mi esposa, juraré sobre la santa Hostia consagrada no casarme nunca, sin permiso escrito de su puño y letra. Ya comprendo que pier-

de usted la mano de un primer ministro, hombre de talento y muy amable; pero, en fin, él tiene cincuenta y seis años, yo no tengo aún veintidós. Creería injuriar a usted y merecer su negativa, si le hablase de otras ventajas extraña al amor; pero todos los que en mi corte están afanosos de dinero hablan con admiración de la prueba de amor que le da a usted e conde haciéndola depositaria de cuanto le pertenece. Mi dicha se ría imitarle en este punto. Hará usted de mi fortuna mejor uso que yo, y tendrá a su disposición la suma que mis ministros entregar anualmente al intendente general de la corona; de suerte que ser. usted, señora duquesa, quien decida de lo que yo he de gastar todo los meses.

A la duquesa pereciéronle muy largos estos detalles; el peligro que corría Fabricio le partía el corazón.

-Pero ¿no sabéis, príncipe mío —exclamó—, que en este momento están envenenando a Fabricio en vuestra fortaleza? Salvadle ¡lo creo todo!

El arreglo de esta frase era de una insigne torpeza. Al oír lo del veneno, desapareció todo el abandono, la buena fe que este pobre príncipe, tan moral, ponía en su conversación. La duquesa se dio cuenta de la torpeza cuando ya no era tiempo de remediarla

aumentó su desesperación, cosa que le parecía imposible. ¡Si no hubiese hablado de veneno, pensó, me concedía la libertad de Fabricio!... ¡Oh, querido Fabricio, discurría para sus adentros, esta escrito que soy yo quien he de matarte con mis tonterías)

La duquesa necesitó mucho tiempo y muchas coquetearías para hacer volver al príncipe a sus frases de amor apa-

sionado; pero el príncipe quedó profundamente alterado. Su inteligencia hablaba sola; su alma permanecía helada ante la idea del veneno, primera y además ante esta otra idea tan desagradable como la primera: ¡se da veneno en mis estados, y sin decírmelo!... Rassi quiere, pues deshonorarme ante Europa. ¡Dios sabe lo que leeré el mes que vienen los diarios de París)

El alma de este joven tímido se contrata; su inteligencia concibió una idea.

-¡Querida duquesa! Bien sabe usted cuánto cariño le tengas. Esas atroces ideas de veneno no tienen fundamento, quiero creerlo pero, en fin, me dan qué pensar, me hacen olvidar por un momento la pasión que siento por usted, que es la única que he sentido en mi vida. Ya comprendo que no soy muy amable; no soy más que un niño muy enamorado; pero, en fin, pruébeme.

El príncipe se animó bastante al hablar así.

-Salve Vuestra Alteza a Fabricio, y lo creo todo. Sin duda me arrastran locos temores de mi alma de madre. Pero mande Vuestra Alteza sin demora a buscar a Fabricio a la fortaleza, para que y lo vea. Si aún vive, envíelo a la cárcel de la ciudad, en donde están meses y meses si Vuestra Alteza lo exige, hasta que sea juzgado.

La duquesa advirtió, desesperada, que el príncipe en lugar de conceder con una palabra una cosa tan sencilla, estaba sombrío muy colorado. Miraba a la duquesa, bajaba los ojos y palidecían su mejillas. La idea de veneno, tan torpemente expresada, le había sugerido otra idea digna de su padre o de Felipe II. Pero no se atrevió a decirla.

-Mire usted, señora -le dijo al fin, como violentándose y con un tono poco amable-, me desprecia usted como a un niño y además como a un ente sin encantos; pues bien, voy a decirle una cosa horrible, pero me la ha sugerido la pasión profunda y sincera que siento por usted. Si creyese en eso del veneno, ya habría hecho algo porque era mi deber; pero en lo que me pide usted no veo más que una apasionada fantasía, cuyo alcance, permítame que lo diga; no comprendo completamente. ¡Quiere usted que me mueva sin consultar a mis ministros, yo que reino desde hace unos tres meses Me pide usted que me aparte de un proceder corriente que, además lo confieso, me parece muy razonable. Es usted, señora, la que e~ este momento es el soberano absoluto. Me da usted esperanzas par; el empeño en que cifro todos mis anhelos. Pero dentro de una hora cuando esa imaginación de veneno, cuando esa pesadilla haya des aparecido, mi presencia le será a usted importuna y caeré en des gracia. Pues bien, señora, necesito un juramento; júreme que s Fabricio le es a usted devuelto sano y salvo, obtendré de usted, de aquí a tres meses, todo cuanto mi amor pueda anhelar; asegurar usted la felicidad de mi vida entera, poniendo a mi disposición una hora de la suya, y será usted mía.

En ese instante el reloj de palacio dio las dos. ¡Ah, quizá ya no sea tiempo!, pensó la duquesa.

-¡Lo juro! -exclamó con la vista perdida.

En seguida el príncipe fue otro hombre; corrió al extremo de la galería en donde estaba el salón de los ayudantes.

-General Fontana, corra usted a la fortaleza a galope tendido suba tan de prisa como pueda al cuarto del señor del

Dongo y trágame, tengo que hablarle dentro de veinte minutos, dentro de quince, si es posible.

-¡Ah!, general -exclamó la duquesa, que habla ido detrás del príncipe-, un minuto puede decidir mi vida. Una comunicación falsa sin duda, me hace temer que envenenen a Fabricio. Grítele usted en cuanto llegue al alcance de la voz que no coma. Si ha pro tirado su comida, hágale vomitar, dígame que yo lo quiero, use la fuerza si es preciso. Dígame que voy tras usted, y crea que le quedar obligada por siempre.

-Señora duquesa, mi caballo está ensillado. Paso por saber manejarlo, y corro a galope tendido. Estaré en la fortaleza ocho minutos antes que usted.

-Y yo, señora duquesa exclamó el príncipe, le ruego me con ceda cuatro de esos ocho minutos.

El ayudante había desaparecido; era un hombre cuyo único mérito consistía en montar bien a caballo. Apenas hubo cerrado la puerta, cuando el joven príncipe, que parecía haber adquirido más carácter, tomó la mano de la duquesa.

-Dígnese usted, señora -le dijo con pasión-, venir conmigo: a la capilla.

La duquesa, turbada por primera vez en su vida, le siguió sin decir palabra. El príncipe y ella anduvieron corriendo toda la extensión de la galería grande del palacio; la capilla estaba al otro extremo. Entraron en la capilla; el príncipe se arrodilló, casi tanto adelante de la duquesa como delante del altar.

-Repita usted el juramento -dijo con pasión-. Si hubiera sido usted justa, si esta desgraciada cualidad de príncipe no me hubiese perjudicado, me hubiera usted concedido, por

conmiseración hacia mi amor, lo que me debe usted ahora, porque lo ha jurado.

-Si vuelvo a ver sano y salvo a Fabricio, si vive aún dentro de ocho días, si Su Alteza lo nombra coadjutor del arzobispo Landriani, con sucesión futura, mi honor, mi dignidad de mujer, todo lo pisotearé y seré de Vuestra Alteza.

-Pero, querida amiga -dijo el príncipe, con una mezcla de tímida ansiedad y de ternura, bastante graciosa-, temo alguna astucia que m5 comprendo y que podría destruir mi felicidad: me moriría si así fuera. Si el arzobispo me opone alguna de esas razones eclesiásticas, que aplazan los negocios años enteros, ¿qué será de mi? Ya ve usted que obro con entera buena fe. ¿Va usted a portarse conmigo como un pequeño jesuita?

-No; de buena fe; si Fabricio es salvado y si con todo vuestro poder la hacéis. coadjutor y futuro arzobispo, me deshonor y soy vuestra. Vuestra Alteza se compromete a aprobar una petición que monseñor Landriani presentará dentro de ocho días.

-Firmaré un papel en blanco; reine usted sobre mí y sobre mis estados -exclamó el príncipe, rojo de dicha y realmente fuera de sí.

Exigió otro juramento. Estaba tan conmovido, que olvidaba su natural timidez, y dijo en voz baja a la duquesa unas cosas, que si las hubiera dicho tres días antes, habrían cambiado la opinión que ella había formado de él. Pero en el ánimo de la duquesa, la desesperación que le causaba el peligro de Fabricio había sido sustituido por el horror de la promesa que le había arrancado el príncipe.

La duquesa estaba agitadísima por lo que acababa de hacer. no sentía aún toda la amargura horrible de la promesa fatal, porque su atención estaba ocupada en saber si el general Fontana iba a, llegar a tiempo a la fortaleza.

Para librarse de las frases amorosas del príncipe y variar poco la conversación, púsose a ponderar un cuadro famoso Parmesano, que estaba en el altar mayor de la capilla.

-Tenga usted la bondad de permitirme que se lo envíe a casa -dijo el príncipe.

-Acepto -replícó la duquesa-, pero déjeme Vuestra Alteza que corra a la fortaleza.

Mandó al cochero, con la voz entrecortada, que pusiera a galop los caballos. En el puente del foso halló al general Fontana y Fabricio que salían a pie.

-¿Has comido?

-No, por milagro.

La duquesa se echó al cuello de Fabricio y cayó en un desvanecimiento que duró una hora y causó serios temores, primero por vida, luego por su razón.

El gobernador Fabio Conti palideció de ira al ver llegar general Fontana. Puso tanta lentitud en obedecer a las órdenes c príncipe, que el ayudante, que suponía que la duquesa iba a ocupar el puesto de querida reinante, acabó por enfadarse. El gobernador tenía el propósito de hacer durar dos o tres días la enfermedad Fabricio, y hete aquí, pensó, que el general, hombre de la corte, a encontrar a ese insolente revolcándose en los dolores que son ~ venganza por su fuga.

Fabio Conti, cabizbajo, permaneció en el cuerpo de guardia la torre Farnesio, de donde se apresuró a expulsar a

los soldados. No quería testigos para la escena que se preparaba. Cinco minutos después se quedó como petrificado al oír hablar a Fabricio y al ver muy animado haciendo al general Fontana la descripción de prisión. Fabio Conti desapareció.

Fabricio, en su entrevista con el príncipe, estuvo hecho un perfecto gentleman. No quiso parecer un niño que se asusta por nada. El príncipe, bondadosamente le preguntó cómo se encontraba.

-Como un hombre, Alteza Serenísimá, que se muere de hambre porque no ha almorzado ni comido.

Después de haber tenido el honor de dar las gracias al príncipe solicitó permiso para ver al arzobispo, antes de irse a la cárcel e la ciudad. El príncipe se había puesto blanco como un papel, cuando en su cabecita de niño penetró la idea de que lo del veneno era enteramente una fantasía de la duquesa. Absorto en este pensamiento cruel, no contestó, primero, a la solicitud del permiso que Fabricio le dirigía para visitar al arzobispo. Luego se creyó obligas a enmendar su distracción mostrándose amabilísimo.

-Salga usted solo, caballero, ande usted por las calles de r capital sin guardia alguna. Hacia las diez o las once, vaya a la cárcel, en donde espero no permanecerá mucho tiempo.

Concluyó este día grande, el más notable de la vida del príncipe quien se creía un pequeño Napoleón: había oído decir que es gran hombre no había sido maltratado por las beldades de su corte. Y siendo ya un Napoleón por este lado, recordó que también había sido ante las balas. Su corazón se exaltaba aún, pensando En la firmeza de su conducta

con la duquesa. La conciencia de haber hecho una cosa difícil lo transformó en otro hombre durante quince días; tuvo sensibilidad para los pensamientos generosos; tuvo L poco de carácter.

A1 día siguiente de la escena con la duquesa, empezó por que mar el nombramiento de conde a favor de Rassi, que tenía sobre la mesa desde hacía un mes. Destituyó al general Fabio Conti, preguntó a su sucesor, el coronel Lange, la verdad sobre lo ocurrir en la prisión. Lange, valiente militar polaco, atemorizó a los carceleros y dijo que se había querido envenenar el almuerzo del señor del Dongo; pero hubiera sido preciso poner en el secreto a muchas personas; las medidas se tomaron mejor para la comida, y sin llegada del general Fontana, el señor del Dongo estaba perdido. príncipe al saber esto se horrorizó. Pero como estaba realmente en morado, fue para él un consuelo poder decir: es el caso que he salvado verdaderamente la vida al señor del Dongo, y la duquesa z se atreverá a faltar a su palabra. Además llegó a otra conclusión mi oficio es más difícil de lo que yo creía; todo el mundo conviene aquí en que la duquesa tiene muchísimo talento; la política est pues, de acuerdo con el corazón. Sería divino para mí que quiso ella ser mi primer ministro.

El príncipe estaba tan irritado por los horrores que había de cubierto, que por la noche no quiso actuar en la comedia.

-Sería yo muy feliz -dijo a la duquesa-, si quisiera usted reina sobre mis estados, como sobre mi corazón. Para empezar, voy a decirle lo que he hecho hoy -y entonces le contó

todo muy exactamente: la destrucción del nombramiento de conde a favor de Ras; y el nombramiento de Lange, la investigación de éste acerca del envenenamiento, etc., etc.. Veo que tengo muy poca experiencia para reinar. El conde me humilla con sus bromas; bromea hasta en e: Cortejo; y en sociedad dice de mí cosas que me va usted a negar; dice que soy un niño a quien lleva por donde quiere. Porque se sea príncipe, señora, no deja uno de ser hombre, y esas cosas molestan. Con el fin de hacer inverosímil lo que pueda contar el señor Mosca me han obligado a llamar al Ministerio a ese peligroso bribón de Rassi; y he aquí ahora que el general Conti lo cree aún tan pudente, que no se atreve a confesar que es él o la Raversi, quienes le han aconsejado que envenenase a su sobrino de usted. Tengo ganas de enviar simplemente al general Fabio Conti a los Tribunales. Ya verán los jueces si es o no culpable de intento de homicidio por medio del veneno.

-Pero, príncipe mío, ¿tenéis jueces?

-¿Cómo? -dijo el príncipe extrañado.

-Tenéis sabios jurisconsultos que andan por la calle con suma gravedad; pero éstos fallarán siempre a gusto del partido que domine en la corte.

Mientras que el joven príncipe, escandalizado, pronunciaba frases que demostraban su candor mucho más que su sagacidad, pensaba la duquesa: ¿Me conviene acaso dejar que se deshonoré Conti? No, por cierto; pues entonces el matrimonio de su hija con ese vulgarote de Crescenzi se hace imposible.

Sobre este punto hubo una larga conversación entre la duquesa y el príncipe. El príncipe quedó deslumbrado de admiración. Perdonó al ex gobernador su tentativa de envenenamiento, pero le declaró, irritado, que lo hacía con la condición expresa de activar el matrimonio de su hija con el marqués Crescenzi. Siguiendo el consejo de la duquesa, lo desterró hasta que se verificase el matrimonio. La duquesa creía no amar ya a Fabricio con el amor de antes, pero, sin embargo, aún anhelaba con vehemencia ese matrimonio de Clelia Conti con el marqués; veía en él una esperanza tenue de que fuera desapareciendo poco a poco la preocupación de Fabricio.

El príncipe, en plena felicidad, quería aquella misma noche destituir escandalosamente a Rassi. La duquesa le dijo riendo:

-¿Sabéis un dicho de Napoleón? Un hombre que está colocado en un sitio alto y a quien todo el mundo mira, no debe permitirse movimientos violentos. Pero . esta noche es ya muy tarde; dejemos los negocios para mañana.

Quería la duquesa tomar tiempo y consultar al conde, a quien contó muy exactamente todo el diálogo, suprimiendo, sin embargo, las frecuentes alusiones que el príncipe hacía a una promesa que tenía emponzoñada la vida de la duquesa. La duquesa pensaba que podría quizá hacerse tan indispensable al príncipe que obtendrá un aplazamiento indefinido de su promesa, diciéndole: Si tener la barbarie de querer someterme a esa humillación, que no os podría perdonar, al día siguiente abandono los estados de Vuestra Alteza.

Consultado por la duquesa sobre la suerte de Rassi, el col se mostró filósofo. El general Fabio Conti y Rassi fueron a vía por Piamonte.

En el proceso de Fabricio hubo una dificultad singular: jueces querían proclamar su inocencia en la primera sesión. Necesitó el conde recurrir a la amenaza, para que la causa durase ocho días, por lo menos, y que los jueces se tomasen el trabajo de oír todos los testigos. ¡Siempre los mismos!, pensó el conde.

Terminada la causa, Fabricio del Dongo tomó posesión puesto de vicario general del bueno de monseñor Landriani. Aquí mismo día firmó el príncipe los despachos necesarios para obtener de Roma que Fabricio fuese nombrado coadjutor con futura si Sión; dos meses después tomó posesión de este cargo.

Todo el mundo felicitaba a la duquesa por el aire de graves que tenía su sobrino. La verdad es que Fabricio estaba desespera Al día siguiente de su salida de la fortaleza, a la que siguieron destitución y el destierro de Fabio Conti y la privanza de la duquesa, Clelia fue a refugiarse a casa de la condesa Cantarini, su riquísima anciana, que se ocupaba exclusivamente de cuidar su salud. Clelia hubiera podido ver a Fabricio; pero quien conociera anteriores promesas y analizara ahora su modo de obrar, creerla c al terminarse los peligros de su amante, habla también termine su amor. No sólo pasaba Fabricio por delante del palacio Cantarini cuantas veces podía, sino que además había conseguido alquilar un cuartito frente a las ventanas del primer piso. Una vez, Clelia salió al balcón imprudentemente, a ver pasar una procesión,

y ha de retirarse al momento como herida por un súbito terror; ha advertido a Fabricio, vestido de negro, como un obrero muy pobre mirándola desde una de las ventanas de ese tugurio, que en luz de cristales tenía papeles untados de aceite como el cuarto de torre Farnesio. Fabricio bien hubiera querido persuadirse que Clelia evitaba su presencia, era por causa de la caída de su padre que la voz pública atribula a la duquesa; pero sabia bien que e alejamiento obedecía a otros motivos, y nada podía distraerle de melancolía.

No había experimentado el menor placer, ni al ver declarada su inocencia, ni al tomar posesión de tan eminente cargo, el primero que desempeñaba en su vida, ni al conocer la hermosa situación que ocupaba en la sociedad, ni al sentirse rodeado de las atenciones y la obsequiosa adulación de todos los sacerdotes y las devotas de la diócesis. Las preciosas habitaciones que habitaba en el palacio Sanseverina no eran ya suficientes. La duquesa tuvo gran placer en cederle todo el segundo piso de su palacio y dos hermosos salones del primero, llenos siempre de graves personajes que esperaban el momento de hacer su corte al joven coadjutor. La cláusula de futura sucesión había producido en el país un sorprendente efecto; tornábanse ahora en virtudes las cualidades de firmeza y de carácter que tanto habían escandalizado antes a los cortesanos pobres y necios.

Fue para Fabricio una gran lección de filosofía el encontrarse perfectamente insensible a todos estos honores y el sentirse mucha más desgraciado en este lujoso alojamiento, con diez lacayos vestidos de librea, que en el cuartito de madera de la torre Farnesio, rodeado de odiosos carceleros y

temiendo el veneno a cada instante. Su madre y su hermana, la duquesa Y', que vinieron a Parma para contemplarlo en su gloria, quedáronse atónitas al ver su profunda tristeza. La marquesa del Dongo, que era ahora la menos novelesca de las mujeres, se alarmó tanto que llegó a creer que en la torre Farnesio le habían dado un veneno lento. A pesar de su extremada discreción, creyó que debía hablar a Fabricio de esta extraordinaria tristeza, y Fabricio contestó echándose a llorar.

La multitud de ventajas, que su brillante posición traían consigo, no producían en su ánimo otro efecto que ponerle de mal humor. Su hermano, alma vanidosa y emponzoñada por el egoísmo más vil, le escribió una carta de felicitación, casi oficial, y en la carta iba un cheque de cincuenta mil francos para que Fabricio pudiese, decía el nuevo marqués, comprar unos caballos y un coche, dignos de su nombre. Fabricio regaló esta suma a su hermana menor, que se había casado mal.

El conde Mosca mandó hacer una traducción italiana de la genealogía de la familia Valserra del Dongo, escrita en latín por aquel famoso arzobispo de Parma, Fabricio del Dongo, tíoabuelo de Fabricio. La traducción se imprimió magníficamente, con el texto latino al lado; los grabados fueron reproducidos por medio de soberbias litografías hechas en París. La duquesa había querido que junto al retrato del antiguo arzobispo se pusiera el de Fabricio. Esta traducción se publicó como hecha por Fabricio durante su primera estancia en la fortaleza. Pero todo sentimiento había muerto en el pecho de nuestro héroe, hasta la vanidad, que tiene tan

hondas raíces en los hombres; no se dignó ni a leer una página de esta obra que le era atribuida. Su posición en el mundo le obligó a presentar un ejemplar, magníficamente encuadernado, al príncipe, quien creyéndose obligado a resarcirle por la muerte cruel de que tan cerca había estado, le concedió la libre entrada en su cámara, merced que lleva anejo el título de Excelencia.

XXVI

Los únicos momentos en que Fabricio conseguía salir de su tristeza profunda, eran los que pasaba oculto detrás de la ventana de la habitación que tenía frente al palacio Cantarini, donde, como es sabido, Clelia se había refugiado. Había mandado poner cristales en la ventana, en lugar del papel untado de aceite. Las pocas veces que había visto a Clelia desde su salida de la fortaleza, advirtió en ella un cambio muy grande que le había afligido muchísimo porque le parecía de muy mal agüero. Desde que cometió la falta, la fisonomía de Clelia había tomado un carácter de nobleza y de seriedad verdaderamente notable; difirióse al verla que tenía treinta años. En tan extraordinario cambio, percibió Fabricio el reflejo de alguna resolución firme. A cada instante, pensaba, se repite, sin duda, a sí misma el juramento de permanecer fiel a su voto y no de verme nunca.

Fabricio no adivinaba sino en parte las desgracias de Clelia. Ésta sabía que su padre, caído en el desagrado del príncipe, no podía volver a Parma y presentarse de nuevo en

la corte (sin lo cual la vida para él era imposible), hasta el día de su matrimonio con el marqués Crescenzi. Escribió, pues, a su padre, diciéndole que deseaba ese matrimonio. El general estaba entonces en Turín, enfermo de dolor. La verdad era que el efecto de todo lo ocurrido había sido echarle a Clelia diez años encima.

La joven había descubierto que Fabricio tenía una ventana frente al palacio Cantarini; pero no tuvo la desgracia de mirarlo más que una vez, y desde entonces siempre que veía un escorzo o una figura de hombre que se le pareciese, cerraba los ojos al momento. Su profunda piedad y su confianza en la ayuda de la Virgen eran sus únicos recursos. Tenía el dolor de no estimar a su padre; el carácter de su futuro marido parecía perfectamente vulgar y adocenado, ni más alto ni más bajo que el modo de sentir común en la buena sociedad; por último, adoraba a un hombre a quien nunca debía ver y quien, sin embargo, tenía derechos sobre ella. Este destino, en su conjunto, le parecía ser el modelo de la perfecta desdicha, y habremos de confesar que tenía razón. Hubiera debido, después de su matrimonio, irse a vivir a doscientas leguas de Parma.

Fabricio conocía la profunda modestia de Clelia; sabía muy bien que toda empresa extraordinaria, que, de ser descubierta, pudiera dar lugar a hablillas, era seguro, que le desagrada. Sin embargo, no pudiendo resistir el exceso de su melancolía, siéndole insoportable ver constantemente a Clelia apartar de él sus miradas, se atrevió a ganar con dinero a dos criados de la condesa Cantarini, la tía de Clelia. Un día, a la caída de la tarde, Fabricio, vestido de aldeano rico, se pre-

sentó en la puerta del palacio, en donde le aguardaba uno de los criados pagados por él. Se anunció como recién llegado de Turín y portador de cartas del padre de Clelia. El criado fue a llevar su mensaje y lo introdujo en una inmensa antecámara del primer piso del palacio. En ese lugar fue donde Fabricio pasó el cuarto de hora de su vida más lleno de ansiedad. Si Clelia lo rechazaba, no quedaba para él esperanza alguna de sosiego. Con el fin de acabar con los importunos cuidados que me da mi nueva dignidad, pensó, libraré a la Iglesia de un mal sacerdote, y con un nombre supuesto iré a encerrarme en alguna cartuja. Vino el criado a decirle que la señorita Clelia Conti estaba dispuesta a recibirlo. El valor faltó completamente a nuestro héroe, y estuvo a punto de desfallecer de miedo, al subir la escalera del segundo piso.

Clelia estaba sentada delante de una mesita, sobre la cual ardía una sola bujía. Apenas reconoció a Fabricio bajo su disfraz, echó a correr a esconderse en el fondo de la sala.

-Así es como se cuida usted de mi salvación -gritó, ocultándose la cara con las manos-. Bien sabe usted, sin embargo, que cuando mi padre estuvo a punto de morir envenenado, prometí a la Virgen no volverle a ver jamás. No he faltado a mi promesa más que aquel día, el más desgraciado de mi vida, en que creí en conciencia que debía salvar a usted de la muerte. Es ya mucho que, por una interpretación forzada y sin duda criminal, consienta en escucharle.

Esta última frase extrañó de tal modo a Fabricio, que necesitó algunos segundos para alegrarse. Esperaba ver a Clelia, irradísima, emprender la fuga. Por fin recobró su presencia de ánimo y apagó la única bujía. Aunque pensaba

haber entendido bien las órdenes de Clelia, iba temblando, al avanzar hacia el fondo del salón, en donde ella se había refugiado detrás de un sofá; no sabía si la ofendería besándole la mano; ella estaba toda temblorosa de amor y se echó en sus brazos.

-Querido Fabricio -le dijo-, cuánto has tardado en venir. No puedo hablarte más que un momento, porque sin duda es un gran pecado; y cuando prometí a la Virgen no volverte a ver más, si duda entendía también no volverte a hablar. Pero ¿cómo has podido castigar tan bárbaramente a mi padre, por la idea de vengara que tuvo?, porque al fin y al cabo él fue primero casi envenenado para facilitar tu fuga. ¿No debías tú hacer algo por mí, que tanto expuse por salvarte? Y además, ya estás enteramente ligado por las órdenes sagradas; ya no podrías casarte conmigo, aun cuando encontrase yo manera de alejar a este odioso marqués. Y luego, ¿cómo te has atrevido, la tarde de la procesión, a mirarme en pleno día violando así, del modo más abierto, la santa promesa que hice a la Virgen?

Fabricio la estrechaba sus brazos, fuera de sí de la dicha de la sorpresa.

Una conversación que empezaba con tantas cosas que decirse no podía terminar pronto. Fabricio le contó toda la verdad sobre el destierro de su padre; la duquesa no había tenido ninguna parte por la razón esencial de que no había creído un solo momento que la idea del veneno fuese del general Conti; había pensado siempre que era una ingeniosidad del partido de la Raversi, que quería derribar al conde Mosca. Esta verdad histórica, desarrollada larga mente, hizo

muy feliz a Clelia, que estaba muy apenada por tener que odiar a alguien de la familia de Fabricio. Ahora ya no miraba a la duquesa con malos ojos.

Pocos días duró la felicidad consiguiente a esta entrevista.

Vino de Turín el excelente don César, y sacando fuerzas de la perfecta honradez de su corazón, se atrevió a presentarse a la duquesa. Después de pedirle su palabra de que no abusaría de la confianza que iba a hacerle, le confesó que su hermano, obcecado por un falso pundonor y creyéndose perdido y burlado por la fuga de Fabricio, había creído que era su deber vengarse.

Don César no llevaba dos minutos hablando, cuando ya su causa estaba ganada: su perfecta virtud había conmovido a la duquesa que no estaba acostumbrada a tales espectáculos. Agradóle como una novedad.

-Apresure el matrimonio de la hija del general con el marqués Crescenzi. Le doy a usted mi palabra de que haré cuanto pueda por que el general sea recibido, como si volviera de un viaje. Le invitaré a comer; ¿está usted contento? Sin duda, al principio, habrá alguna frialdad; el general no deberá apresurarse a pedir su cargo de gobernador de la fortaleza. Pero ya sabe usted que soy amiga del marqués y no guardaré rencor a su suegro.

Fortalecido por estas buenas palabras, don César vino a decir a su sobrina que tenía entre sus manos la vida de su padre, enfermo de desesperación: hacía varios meses que no se había presentado en ninguna corte.

Clelia quería ir a ver a su padre, refugiado, con un nombre supuesto, en un pueblecito cerca de Turín; pues se había figurado que la corte de Parma iba a pedir su extradición a la de Turín, para instruirle un sumario. Clelia encontró a su padre enfermo y medio loco. Aquella misma noche escribió a Fabricio una carta de eterna ruptura. Al recibir esta carta, Fabricio, que iba desarrollando un carácter muy semejante al de su amiga, fue a hacer un retiro al convento de Velleja, en las montañas, a diez leguas de Parma. Clelia le escribió una carta de diez páginas: habíale jurado una vez que no se casaría con el marqués sin su consentimiento; ahora le pedía este consentimiento. Fabricio se lo concedió, desde el fondo de su retiro de Velleja, en una carta llena de la más pura amistad.

Al recibir esta carta, de la cual, hay que confesarlo, enojóse lo de la amistad, Clelia fijó por sí misma el día de su matrimonio, que dio ocasión a unas fiestas brillantes que vinieron a aumentar el resplandor de la corte de Parma durante aquel invierno.

Ranucio-Ernesto V era avaro, en el fondo. Pero estaba perdidamente enamorado de la duquesa, a quien esperaba retener para siempre en su corte. Rogó a su madre que aceptase una muy considerable suma y que diese fiestas. La camarera mayor supo admirablemente sacar partido de este aumento de riqueza, y las fiestas de Parma de aquel invierno recordaron los hermosos días de la corte de Milán, con aquel amable príncipe Eugenio, virrey de Italia, cuya bondad ha dejado tan largos y gratos recuerdos.

Los deberes de coadjutor llamaron a Fabricio a Parma; pero declaró que, por razones piadosas, continuaba su retiro en el pequeño alojamiento que su protector, monseñor Landriani, le habla obligado a tomar m el arzobispado. Enceñróse, con sólo un criado. No asistió a ninguna de las brillantes fiestas de la corte, cosa que le valió en Parma y en su diócesis futura, una inmensa reputación de santidad. Un efecto inesperado de este retiro, al que sólo su tristeza profunda y desesperada había decidido a Fabricio, fue que el buen arzobispo Landriani, que le había querido siempre y que en realidad tuvo por sí solo la idea de hacerlo coadjutor, sintió un poco de envidia. El arzobispo creía, con razón, que era su deber asistir a todas las fiestas de la corte, como es costumbre en Italia. En estas grandes ocasiones, llevaba su traje de ceremonia, que e poco más o menos el mismo que el que lucía en el coro de la Catedral. Los centenares de criados, reunidos en la antecámara de palacio no dejaban nunca de levantarse y pedir a monseñor su bendición; el arzobispo condescendía en detenerse para dársela. En un de estos momentos de silencio solemne, oyó monseñor Landriana una voz que decía:

-Nuestro arzobispo va al baile, y monseñor del Dongo no sal de su cuarto.

De este momento, se acabó el inmenso valimiento de Fabricio en el arzobispado. Pero ya podía volar con sus propias alas. Est; conducta suya, inspirada tan sólo por la desesperación en que le sumió el matrimonio de Clelia, pasó por ser el efecto de una piedad sencilla y sublime.

Las devotas leían, como libro de edificación, la traducción de la genealogía de su familia, libro donde campeaba la vanidad más loca. Los libreros hicieron una edición litográfica de su retrato, que se vendió en pocos días, sobre todo entre la gente del pueblo. E grabador, por ignorancia, había reproducido alrededor del retrato de Fabricio algunos atributos que sólo deben llevar los retratos de los arzobispos y a los que un coadjutor no puede pretender. E arzobispo vio uno de esos retratos, y su furor no conoció límites mandó llamar a Fabricio y le dijo mil durezas, en términos que la pasión, a veces, hizo groseros. Ningún trabajo le costó a Fabricio como se supondrá fácilmente, conducirse en esta ocasión como lo hubiera hecho Fenelón; escuchó al arzobispo con la mayor posible humildad, con sumo respeto; y cuando el prelado cesó de hablar le contó la historia toda de la traducción de esta genealogía, hecho por orden del conde Mosca en la época de su primera prisión. Habíase publicado con fines mundanos, que siempre le habían parecido poco convenientes, para un hombre de su estado. En cuanto a retrato, él habla sido totalmente ajeno, tanto a la segunda como la primera edición, y habiéndole enviado el librero, durante su retiro, veinticuatro ejemplares de esta segunda edición, mandó a su criado a comprar un ejemplar más, por donde averiguó que el precio del retrato era de un franco y medio, y envió en seguida al librero cien francos, en pago de los veinticuatro ejemplares.

Todas estas razones expuestas en comedido tono por un hombre que tenía en el corazón muy otros dolores y preocupaciones excitaron más aún la cólera del arzobispo,

quien, en su desvarío llegó hasta a acusar a Fabricio de hipocresía.

¡Así son siempre las gentes de baja clase, pensó Fabricio, aun cuando tengan talento!

Una preocupación importante causó por entonces gran cuidado; escribíale sin cesar su tía exigiendo absolutamente que volviera a su alojamiento del palacio Sanseverina, o por lo menos que viérase a verla a menudo. Fabricio estaba seguro de oír hablar allí de las espléndidas fiestas que daba el marqués Crescenzi con ocasión de su matrimonio, y esto era lo que temía no poder aguantar sin dar un espectáculo.

Monseñor Landriani, sabedor de esta nueva afectación, mande llamar a Fabricio mucho más a menudo que de costumbre y quise mantener con él muy largas conversaciones. Le obligó incluso celebrar frecuentes conferencias con ciertos canónigos rurales, que afirmaban que el arzobispo había ido contra sus privilegios. Fabricio tomó todo eso con la perfecta indiferencia de un hombre, a quien preocupan muy otros cuidados. Más me valdría, pensaba hacerme cartujo; menos sufrirla en las rocas de Velleja.

Fue a ver a su tía, y no pudo contener sus lágrimas al abrazarla. Ella le encontró muy cambiado; sus ojos, que la extremada delgadez del rostro y del cuerpo hacía aún más grandes, parecían salirse de la cabeza; toda su persona presentaba un aspecto tan flacucho y desmedrado, con el trajecillo negro y raído de simple sacerdote que a su llegada la duquesa no pudo tampoco contener las lágrimas. Pero un momento después, cuando reflexionó en que todo ese cam-

bio, en la apariencia del hermoso joven, era debido al matrimonio de Clelia, experimentó sentimientos casi tan vehementes como los del arzobispo, aunque supo hábilmente disimularlos. Tuvo 1; crueldad de hablar largo de ciertos detalles pintorescos que habías llamado la atención en las preciosas fiestas que diera el marqués Crescenzi. Fabricio no contestó; pero sus ojos se cerraron un poco con un movimiento convulsivo de los párpados y se puso aún más pálido de lo que estaba, cosa que hubiera parecido imposible. En esos momentos de dolor agudo, su tez blanca tomaba un matiz verdoso.

Llegó el conde Mosca, y lo que vio, que le pareció increíble borró todo vestigio de los celos que nunca Fabricio había cesado de inspirarle. Este hombre hábil empleó los más delicados, los más ingeniosos giros, para tratar de inspirar a Fabricio algún interés por las cosas de este mundo. El conde habla sentido siempre hacia él mucha estimación y no poca amistad; no siendo esta amistad contenida ya por los celos, tornóse desde este momento casi en devoción. Bien cara ha comprado su hermosa posición, pensaba el conde, recapacitando sus desgracias. Con el pretexto de enseñar el cuadro del Parmesano, que el príncipe había enviado a la duquesa, el conde se llevó a Fabricio aparte.

-¡Vamos, amigo mío, hablemos como hombres! ¿Puedo yo serle útil en algo? No tema usted que le haga preguntas indiscretas; pera en fin, ¿necesita usted dinero?, ¿puede servirle el poder? Hable usted; estoy a sus órdenes. Si prefiere usted escribir, escríbame.

Fabricio le abrazó tiernamente y habló del cuadro.

-La conducta que está usted observando es la obra maestra de la más fina política -le dijo el conde, volviendo a tomar el tono ligero de la conversación-. Se está usted labrando un porvenir muy agradable. El príncipe le respeta a usted, el pueblo le venera, ese trajecillo negro raído le quita el sueño a monseñor Landriani. Tengo alguna experiencia de los negocios, y puedo jurar que no sabría qué consejo dar a usted para perfeccionar lo que estoy viendo. E primer paso que da usted en el mundo, a los veinticinco años, es la perfección completa. Mucho se habla de usted en la corte; ¿y sabe usted a qué se debe esta distinción única, a la edad que usted tiene Pues el trajecillo negro raído. La duquesa y yo disponemos, como usted sabe, de la antigua casa de Petrarca, en esa hermosa colina cerca del bosque, en las cercanías del Po. Si alguna vez está usted cansado de sufrir los alfilerazos de la envidia, he pensado que podría usted ser el sucesor de Petrarca, cuyo renombre aumentará e que usted ya tiene.

El conde se tomaba gran trabajo para conseguir ver dibujarse una sonrisa en aquella faz de anacoreta, pero no lo pudo alcanzar Y lo que hacía más extraño este cambio, es que antes de estos tiempos últimos, si algún defecto tenía la cara de Fabricio era el de presentar, a veces sin motivo, la expresión de la voluptuosidad y de la alegría.

El conde no le dejó marchar sin decirle que, a pesar de su retiro, habría quizá algo de afectación en no ir a la corte el sábado próximo, día del cumpleaños de la princesa. Estas palabras fueron otras tantas puñaladas en el corazón de Fabricio. ¡Dios mío!, pensó ¿qué he venido a hacer a este palacio? Cuando pensaba en el encuentro que podría tener en la

corte, se echaba a temblar. Esta idea absorbió a todas las demás. El único recurso que me queda dijo, es llegar a palacio en el momento mismo de abrirse las puertas de los salones.

Y, en efecto, el nombre de monseñor del Dongo fue uno de los primeros que se anunciaron en la velada. La princesa le recibió con la mayor distinción posible. Los ojos de Fabricio estaban fijos en el reloj, y en el momento mismo en que la aguja marcó veinte minutos transcurridos desde su llegada, levantábase para despedirse, cuando el príncipe entró. Acercóse Fabricio a presentarle sus respetos, y ya iba deslizándose hacia la puerta, ejecutando una maniobra bien calculada, cuando se produjo una de esas pequeñas nimiedades de corte, que la camarera mayor sabía tan bien preparar: el chambelán de servicio corrió tras de él, para decirle que había sido designado para el "whist" del príncipe. En Parma es esto un insigne honor, muy por encima del rango que en el mundo tenía el coadjutor. Sentarse a la mesa de juego del príncipe era un señalado honor, aun para el mismo arzobispo. Al oír al chambelán, Fabricio sintió que el corazón se le abría, y aunque enemigo mortal de las escenas violentas en público, estuvo a punto de ir a decirle que le había tomado de repente un mareo; pero pensó que sería objeto de preguntas y de cumplidos más intolerables aún que el juego misma.. Aquella noche tenía horror de hablar.

Felizmente, el general de los Hermanos Menores estaba en el número de los grandes personajes que habían venido a felicitar a la princesa. Este fraile, sabio y digno émulo de los Fontana y de los Duvoisin, se había colocado en un rincón

lejano del salón. Fabricio se situó de pie delante de él, de manera que no podía ver la puerta de entrada y le habló de teología. Pero no pudo evitar que su oído percibiera el nombre de los señores marqueses Crescenzi, cuando se anunció su llegada. Fabricio, contra lo que esperaba, sintió una violenta cólera.

Si yo fuera Borso Valserra (uno de los generales del primer Sforza), pensó, iría a dar de puñaladas a ese imbécil de marqués, precisamente con el puñalito de mango de marfil que me dio Clelia aquel feliz día, y le haría pagar cara la insolencia de presentarse con la marquesa en un lugar donde yo estoy.

Su fisonomía se alteró de tal suerte que el general de los Hermanos Menores le dijo:

-¿Siéntese Vuestra Excelencia mal?

-Me duele mucho la cabeza..., las luces me marean... y si me quedo es sólo porque he sido designado para el whist del príncipe.

A1 oír esto, el general de los Hermanos Menores, que era burgués, se quedó tan desconcertado sin saber qué hacer, se puso a saludar a Fabricio quien, por su parte, mucho más turbado que el general de los Menores, se puso a hablar con extraña volubilidad; advertía que se iba formando un gran silencio detrás de él y no quería volver la cara. De pronto un arco de violín golpeó un pupitre; oyóse un ritornelio y la célebre señora P ... cantó esa aria de Cimarosa tan celebrada antaño:

¡Quelle pupille tenere!

Fabricio aguantó bien los primeros compases; pero pronto se desvaneció su ira y sintió una irresistible necesidad de llorar. ¡Dios mío, dijo para sí, qué escena más ridícula! ¡Y con este traje, además! Pensó que más valía hablar de sí mismo.

-Estos dolores de cabeza excesivos, cuando los combato, como esta noche -dijo al general de los Menores-, acaban en llanto y como las lágrimas en un hombre de nuestro estado, podrían dar pábulo a los maldicientes, ruego a Vuestra Reverencia Ilustrísima me permita que lllore en su presencia; no se preocupe de ello.

-Nuestro padre provincial de Catanzara sufre de la misma incomodidad -dijo el general de los Menores. Y, en voz baja, empezó a contar una larga historia.

La historia era ridícula y contenta la lista detallada de las comidas de ese padre provincial. Fabricio no pudo por menos de sonreír, cosa que no le había sucedido hacia mucho tiempo; pero pronto dejó de escuchar al general de los Menores. La señora P... cantaba con un divino talento un aria de Pergolese (la princesa gustaba de la música antigua). Se oyó 'un leve ruido a tres pasos de Fabricio; por primera vez desde el comienzo de la velada, volvió la cara. El sillón que había hecho crujir la madera del suelo estaba ocupado por la marquesa Crescenzi, cuyos ojos bañados en lágrimas encontraron je lleno a los de Fabricio que no se hallaban en mucho mejor estado. La marques bajó la cabeza; Fabricio siguió mirándola unos momentos, como si trabara conocimiento con esa cabeza llena de diamantes; pero su mirada expresaba

la cólera y el desdén. Luego dijo para sí: y mis ojos no volverán a verte, y se volvió hacia el padre general, diciendo:

-He aquí que mi afección me ataca con más fuerza que nunca.

Efectivamente, Fabricio lloró a lágrima viva durante más de media hora. Por fortuna, una sinfonía de Mozart, horrorosamente estropeada, como es uso en Italia, vino a ayudarle a enjugar sus lágrimas.

Mantúvose firme y no volvió la cara hacia donde estaba la marquesa Crescenzi. Pero la señora P... volvió a cantar y el alma de Fabricio, consolada por el llanto, se encontró por fin en un estado de paz perfecta. Entonces la vida se le apareció en una nueva perspectiva. ¿Voy a pretender, pensó, olvidarla enteramente desde el primer momento? ¿Es esto posible? Llegó a esta conclusión: ¿Pues ser más desgraciado de lo que soy desde hace dos meses? Y si no consigue ya acrecentar mi pena, ¿por qué he de resistir al placer ~ verla? Ha olvidado sus juramentos; es ligera; ¿no lo son todas las mujeres? Mas ¿quién podrá negarle una belleza celestial? Tiene w mirada que me arrebató en éxtasis, mientras que para mirar a 1 mujeres que pasan por ser las más hermosas, tengo que hacer t verdadero esfuerzo. Pues bien, ¿por qué no he de dejarme arrestar? Será por lo menos un instante de descanso.

Fabricio conocía algo a los hombres, pero no tenía experiencia alguna de las pasiones, pues de tenerla, hubiera comprendido que ese placer de un momento a que iba a entregarse, anulaba cuantos esfuerzos venía realizando desde hacia dos meses por olvidar a Clelia.

Esta pobre mujer había venido a la fiesta, obligada por su marido; quiso al menos retirarse al cabo de media hora, bajo el pretexto de que su salud no era buena. Pero el marqués declaró que mandar que su coche se acercase para marcharse cuando todavía estaban llegando carruajes a la fiesta, era algo totalmente desusado y que podría interpretarse incluso como una crítica indirecta de fiesta que daba la princesa.

-Mi cualidad de caballero de honor -añadió el marqués- me obliga a permanecer en el salón a las órdenes de la princesa, has que todo el mundo haya salido. Puede haber y sin duda habrá que dar órdenes a la servidumbre; ¡son tan negligentes! Y ¿quiere que un simple escudero de la princesa usurpe ese honor?

Clelia se resignó; no habla visto a Fabricio; esperaba aún que no vendría a la fiesta. Pero en el momento en que el concierto iba a empezar, habiendo la princesa permitido a las damas sentarse Clelia, muy poco lista en estos manejos, encontró ocupados los mejores sitios junto a la princesa y tuvo que ir a buscar un sillón con el fondo de la sala, en el lejano rincón donde Fabricio se habrá refugiado. Al llegar aquí, detuvo su mirada en el traje singular de general de los Menores, y al principio no notó al hombre delgado vestido con un sencillo traje negro, que hablaba con el general, sin embargo, un secreto instinto le hizo fijar su mirada sobre ese hombre. Todo el mundo tiene aquí uniformes o casacas con requísimos bordados; ¿quién será ese joven con sencillo traje negro? Faltábale mirando con profunda atención, cuando una señora que venía a colocarse por allí, tropezó con un sillón que hizo crujir el entarimado. Fabricio volvió la cara; Clelia

no lo reconoció, c cambiado que estaba. Primero pensó: he aquí uno que se le parece mucho, será su hermano mayor; pero o creía que no le lleva más que pocos años, y éste es un hombre de más de cuarenta. repente lo reconoció por un movimiento de la boca.

¡Desgraciado! ¡Cómo ha sufrido!, pensó. Y bajó la cabeza, n por la pena que sintió que por cumplir su promesa. Su corazón estaba agitado por la más honda compasión. ¡A los nueve meses cárcel, qué aspecto tan diferente tenía! Ya no le volvió a mirar pero, sin mover la cabeza hacia su lado, atisbaba todos sus movimientos.

Después del concierto, le vio acercarse a la mesa de juego del príncipe, situada a pocos pasos del trono. Respiró al ver que Fabricio iba a colocarse lejos.

Pero el marqués Crescenzi estaba muy molesto porque su mujer se había sentado lejos del trono. Durante toda la velada ocupóse convencer a una señora sentada cerca de la princesa y cuyo marido le debía dinero, de que haría bien en cambiar de sitio con la marquesa. La pobre señora no quería, como es natural; pero el marqués fue en busca del marido deudor, quien hizo entender a mujer la triste voz de la razón. El marqués tuvo el placer de rey zar el ansiado cambio de sitio. Fue a buscar a su esposa.

-Siempre será usted demasiado modesta -le dijo-. ¿Por qué andar así con los ojos bajos? Cualquiera que la vea, la tomará usted por una de esas burguesas que se admiran de verse en el sitio y a quienes todo el mundo ve también con extrañeza aquí. Esa loca de la camarera mayor ¡qué cosas hace! ¡Y luego se ha de retrasar los avances del jacobinismo!

Piense que su marido usted ocupa el primer puesto entre los gentiles hombres de la corte de la princesa; y aun suponiendo que los republicanos consiguieron suprimir la corte y hasta la nobleza, todavía su marido de usted seguiría siendo el hombre más rico de este Estado. Esta es una idea de la que no está usted bastante penetrada.

El sillón en donde el marqués tuvo el gusto de sentar a su esposa, estaba a seis pasos de la mesa de juego del príncipe. Clelia veía a Fabricio de perfil, pero lo encontró tan delgado, y sobre todo tan ajeno a todo lo de este mundo, él, que antes no dejaba pasar menor incidente sin comentarlo, que acabó por llegar a esta conclusión horrible: Fabricio había cambiado por completo, la ha olvidado, y si tan flaco estaba, era por los ayunos severos a que piedad se sometía. Clelia quedó convencida de esta triste idea por la conversación de todas las personas que estaban a su lado. Todo mundo hablaba del coadjutor. Se inquiría la causa de la distinción insignificante de que era objeto; ¡tan joven, ser admitido en el juego con el príncipe! Admirábase la indiferencia cortés y el ademán altivo con que daba las cartas, hasta cuando fallaba a Su Alteza.

-¡Es increíble! -exclamaban los viejos cortesanos-. El valimiento de su tía se le ha subido a la cabeza.. Pero, gracias a Dios, esto no durará mucho; a nuestro soberano no le gusta que tomen con él ese airecillo de superioridad.

La duquesa se acercó al príncipe; los cortesanos, que se mantenían a respetuosa distancia de la mesa de juego, y que no podían oír de la conversación del príncipe más que algunas palabras sueltas, advirtieron que Fabricio se puso muy

rojo. Su tía, dijeron, le habrá dado una lección sobre sus ademanes de indiferencia. Fabricio acababa de oír la voz de Clelia; ésta contestaba a la princesa quien, dando una vuelta por el baile, había visto y hablado a la esposa de su caballero de honor. Llegó el momento en que Fabricio hubo de cambiar de sitio en la mesa de juego; entonces se halló precisamente frente a Clelia y se entregó varias veces a la felicidad de contemplarla. La pobre marquesa, sintiéndose mirada por él, se descomponía por completo. Varias veces olvidó su promesa y en el deseo de adivinar lo que pasaba en el corazón de Fabricio, fijó en él sus ojos.

Terminado que fue el whist del príncipe, las señoras se levantaron para pasar a la sala en donde estaba preparada la cena. Hubo algún desorden. Fabricio se encontró junto a Clelia; y estaba aún muy resuelto y decidido, cuando aspiró un perfume muy suave que ella solía poner en sus vestidos. Esta sensación echó por tierra todas sus resoluciones y acercándose a ella dijo en voz bala, como quien habla consigo mismo, dos versos del soneto de Petrarca que le habla enviado desde el lago Mayor, impreso en un pañuelo de seda:

-“¡Cuan grande era mi dicha cuando el vulgo me creía desgraciado!, y ahora ¡cómo ha cambiado mi suerte!”

No, no me ha olvidado, pensó Clelia en un arrebató de alegría. Su alma tan bella no es inconstante.

No, nunca me veréis cambiar,
Ojos bellos que me enseñasteis a amar.

Clelia osó repetirse a sí misma estos dos versos de Petrarca.

La princesa se retiró después de la cena; el príncipe la acompañó hasta sus habitaciones y no volvió a presentarse en los salones de recepción. Cuando se supo que el príncipe no volvía, todo el mundo quiso marcharse a la vez; hubo mucho desorden en las antecámaras. Clelia se halló otra vez junto a Fabricio; la profunda desventura que expresaba la fisonomía de éste, la conmovió y entonces le dijo:

-Olvidemos el pasado, conserve usted este recuerdo de amistad. -Y colocó su abanico de modo que él pudo cogerlo.

Todo cambió para Fabricio. En un momento se convirtió otro hombre. Al día siguiente declaró que habla terminado retiro y volvió a ocupar su magnífico alojamiento del palacio Sanseverina. El arzobispo dijo, y lo creía sinceramente, que la mes que le hizo el príncipe, admitiéndole en su mesa de juego, ha trastornado la cabeza de este nuevo santo: la duquesa compres que estaba de acuerdo con Clelia. Este pensamiento vino a aumentar la desdicha que le causaba el recuerdo de una fatal proas y acabó de decidirla a ausentarse. Esta locura fue grandemente mirada. ¡Cómo! ¡Alejarse de la corte en el momento en que la privanza de que gozaba, parecía no tener límites! El conde, perfectamente feliz desde que veía que no había amor entre la duquesa y el sobrino, decía a su amiga:

-Este joven príncipe es la virtud misma; pero he dicho de' ese niño. ¿Me lo perdonará algún día? No veo sino un medio volver a estar de buenas con él y es ausentarme. Voy a mostrar perfectamente respetuoso y adicto; pero luego me

pondré mal pediré mi licencia. Me lo permitirás puesto que el porvenir de Fabricio está asegurado ya. Pero ¿hará por mí el sacrificio inmenso de cambiar el titulo sublime de duquesa por otro muy inferior. Para divertirme un poco, dejo los negocios aquí en un horro desorden: tenía cuatro o cinco trabajadores en mis diferentes misterios; les he dado su pensión de retiro hace dos meses so Arete de que leen periódicos franceses y los he sustituido por unos imbéciles de primer orden. Después de nuestra marcha, el príncipe verá en tan apurada situación que a pesar del horror que siente el carácter de Rassi, tendrá por fuerza que llamarle. En cuanto mi, no aguardo sino una orden del tirano que dispone de mi persona, para escribir una carta de tierna amistad a mi amigo Rassi, diciéndole que espero fundadamente que pronto se hará justicia a sus eminentes méritos.

XXVII

Esta conversación grave ocurrió al día siguiente de la vuelta de Fabricio al palacio Sanseverina; la duquesa estaba aún resentida por la alegría que delataban todos los actos de Fabricio. Así, pues, pensaba, esa niña beata me ha engañado. No ha sabido resistir a su amante ni siquiera tres meses.

La certidumbre de un desenlace feliz había dado al joven príncipe, tan pusilánime, el valor de amar. Tuvo alguna noticia de los preparativos de marcha que se hacían en el palacio Sanseverina, y su ayuda de cámara francés, que creía muy poco en la virtud de las grandes damas le dio alientos en el asunto de la duquesa. Ernesto V se permitió dar un paso, que la marquesa y todas las personas sensatas de la corte censuraron con severidad; el pueblo vio en esto el colmo del estupendo valimiento de la duquesa. El príncipe fue a verla a su palacio.

-Se marcha usted -le dijo en un tono serio que le pareció odioso a la duquesa-, se marcha usted. Me engaña usted y falta a la promesa jurada. Y sin embargo, si llego a tardar

diez minutos más en conceder la gracia de Fabricio, estaba muerto. ¡Y me deja usted aquí desgraciado y solo! Sin el juramento que me hizo usted, nunca habría tenido valor para amarla como la amo. ¿No tiene usted honor?

-Reflexione seriamente, príncipe mío. En toda la vida de Vuestra Alteza ¿ha habido época que iguale en dichas y venturas a los cuatro meses que acaban de transcurrir? La gloria de Vuestra Alteza, como soberano, y hasta me atrevo a decir que la felicidad de Vuestra Alteza, como hombre amable, no han llegado jamás a tanto. Propongo a Vuestra Alteza el siguiente pacto; si Vuestra Alteza se digna acceder, no seré su amante por un momento fugitivo y en virtud de un juramento arrancado por el miedo, pero consagraré todos los instantes de mi vida a procurar la felicidad de Vuestra Alteza, seré siempre lo que he sido desde hace cuatro meses y quizá entonces el amor venga a perfeccionar la amistad; no diré que no.

-Pues bien -dijo encantado el príncipe-, ocupe usted otro puesto, sea más aún, reine a un tiempo mismo sobre mí y sobre mi estados, sea usted mi primer ministro: le ofrezco a usted el matrimonio, tal como lo permiten las tristes exigencias de mi cargo. Tenemos un ejemplo no lejano. El rey de Nápoles acaba de casarse con la duquesa de Partana. Le ofrezco a usted cuanto puedo, m matrimonio del mismo género. Voy a añadir una idea de política, triste para mostrar que ya no soy un niño y que he pensado en todo. No haré valer la condición que me impongo de ser el último soberano de mi raza el dolor de ver yo, en vida, cómo las grande potencias disponen de mi sucesión; bendigo esos muy ver-

dadero inconvenientes, puesto que me proporcionan un medio de proba cuánto la estimo a usted, cuán apasionadamente la adoro.

La duquesa no vaciló un momento. El príncipe la fastidiaba el conde le parecía perfectamente amable; no había en el mundo más que un hombre que pudiera serle preferido. Además, reinaba sobre el conde, mientras que el príncipe, dominado por las exigencias de su alto puesto, hubiera reinado más o menos sobre ella Y, por último, el príncipe podía ser inconstante y tomar queridas la diferencia de edad parecía, dentro de pocos años, darle derecho a ello.

Desde el primer momento la perspectiva del aburrimiento cortesano había decidido ya a la duquesa; sin embargo, como quería ser amable, solicitó permiso para reflexionar.

Fuera demasiado largo relatar aquí los giros casi tiernos y lo términos de infinita amabilidad con que la duquesa supo envolver su negativa. El príncipe se encolerizó: veía que su dicha se le escapaba. ¡Qué sería de él cuando la duquesa abandonara la corte Y además, ¡qué humillación la de ser rechazado! Por último, ¿que va a decir mi ayuda de cámara francés, cuando le cuente mi derrota?

La duquesa tuvo el arte de calmar al príncipe y de reducir poca a poco la negociación a sus verdaderos términos.

-Si Vuestra Alteza quiere consentir en no apresurar el cumplimiento de una promesa fatal, horrible para mí y que me llena de vergüenza y de desprecio hacia mí misma, pasaré la vida en su coro y esta corte será siempre lo que ha sido este invierno. Todos mis instantes los consagraré a contribuir

a su felicidad como hombre y a su gloria como soberano. Pero si Vuestra Alteza exige que cumpla mi juramento, habrá marchitado el resto de mi vida y al momento me verá marchar de sus estados para no volver a ellos jamás. El día en que haya perdido la honra, será también el último en que vea a Vuestra Alteza.

Pero el príncipe era obstinado como todos los pusilánimes. Además, al ver rechazada su mano, irritóse su orgullo de hombre y soberano: pensó en todas las dificultades que hubiera tenido que vencer, para que se aceptase este matrimonio, dificultades que no obstante estaba dispuesto a arrollar.

Durante tres horas repitiéronse por una y otra parte los mismos argumentos, a veces mezclados con palabras vivas.

-¿Quiere usted hacerme creer, señora, que no tiene usted honor? Si yo hubiera vacilado tanto tiempo el día en que el gene Fabio Conti administraba el veneno a Fabricio, ahora estaría usted ocupada en levantarle un sepulcro en una de las iglesias de Parma.

-No, por cierto; en Parma no, que es país de envenenadores.

-Pues bien, váyase, señora duquesa -replicó el príncipe irritado-; le acompaña a usted mi desprecio.

Ya se iba; la duquesa le dijo en voz baja:

-Bien, preséntese Vuestra Alteza aquí esta noche a las diez el incógnito más estricto. Va a salir Vuestra Alteza engañado en trato; me verá por última vez y yo hubiera consagrado mi vida hacer a Vuestra Alteza tan feliz como puede serlo un príncipe ab: luto, en este siglo de jacobinos. Piensa Vuestra Alteza en lo que a ser su corte, cuando ya no esté yo

aquí para sacarla, a la fuer; de su bajeza y de su maldad natural.

-Usted, por su parte, rechaza la corona de Parma; más aún q la corona, puesto que usted no habría sido nunca una princesa vulgar, casada por conveniencia política, sin amor. Mi corazón es usted y por siempre hubiera usted sido dueña absoluta de mis acta como de mi gobierno.

-Sí, pero la princesa madre tendría el derecho de desprecian como a una vil intrigante.

-Pues bien, yo hubiera desterrado a la princesa, concediéndole una pensión.

Todavía duraron un cuarto de hora las réplicas punzantes. príncipe qué tenia un alma delicada no podía resolverse ni a hacía uso de su derecho, ni a dejar marchar a la duquesa. Habíanle dicho que después de vencido el primer momento, las mujeres vuelven.

Expulsado por la duquesa indignada, se atrevió a presentar a las diez menos tres minutos, tembloroso y muy compungido. A las diez y media, la duquesa subía en su coche y partía para Bolonia. En cuanto estuvo fuera de los Estados de Parma, le escribió conde:

"Está hecho el sacrificio. No me pida usted alegría en un mes. No volveré a ver a Fabricio; le espero a usted en Bolonia y, cuando usted quiera, seré condesa Mosca. Sólo le pido una cosa, que no obligue a volver jamás al país que abandono. Piense usted que lugar de 150.000 francos de renta, vamos a tener treinta o cuan mil a lo sumo. Todos los necios le miraban a usted con la t abierta y ahora ya no será

usted considerado sino en cuanto se di usted rebajarse hasta comprender sus ideas rastreras. ¡Tú lo quisiste Jorge Dandin!

Ocho días después, celebrábase en Perusa el matrimonio, en iglesia donde los antepasados del conde tienen sus sepulcros. príncipe estaba desesperado. La duquesa había recibido de su p tres o cuatro correos y le devolvió sus cartas metidas dentro del sobre, sin abrirlas. Ernesto V había concedido una magnífica pensión al conde y dio el gran cordón de su Orden a Fabricio.

-Eso es sobre todo lo que me ha gustado en su despedida. hemos separado -decía el conde a la nueva condesa Mosca d Rovere-, los mejores amigos del mundo. Me ha dado el gran cordón de una orden española y unos diamantes que valen tanto con el cordón. Me ha dicho que me haría duque, si no quisiera conservar ese recurso para traerte de nuevo a sus estados. Quedé, pues, encargado de decirte -bonito encargo para un marido que si te dignas volver a Parma aunque sea sólo por un mes, me hará dudar con el nombre que quieras, y nos dará una hermosa tierra.

La duquesa lo rechazó todo con una especie de horror.

Después de la escena ocurrida en el baile de la corte, que pareció bastante decisiva, dijiérase que Clelia ya no se acordaba del amor que por un momento habla parecido compartir. Los más lentos "remordimientos habíanse apoderado de su alma virtuoso creyente. Fabricio lo comprendía muy bien y, a pesar de cuan esperanzas trataba de conservar, no por eso dejaba su ánimo de llenarse de una sombría desesperación. Pero esta vez, sin embargo, le empujó su des-

ventura a retirarse del mundo, como en la época del matrimonio de Clelia.

El conde había rogado a su sobrino que le informase con exactitud de todo cuanto ocurriera en la corte, y Fabricio que empezó a comprender lo mucho que le debía, había decidido cumplir i misión como un hombre honrado.

Fabricio, como la ciudad entera y la corte, no dudaba de su amigo tuviera el proyecto de volver al ministerio y más poder que nunca. Las previsiones del conde no tardaron en realiza Menos de seis semanas después de su marcha, Rassi era primer ministro y Fabio Conti ministro de Guerra. Las prisiones que el con casi habla dejado vacías, se llenaron otra vez. El príncipe, al llamar al poder a toda esta gente, creyó vengarse de la duquesa; esta loco de amor y odiaba sobre todo al conde Mosca, como a un rival.

Fabricio tenía mucho que hacer; monseñor Landriani, con setenta y dos años, había caído en una debilidad constante y apenas salía de su palacio. El codjutor tenía que sustituirle en casi todas sus funciones.

La marquesa Crescenzi, torturada por los remordimientos, atemorizada por su director espiritual, había encontrado un excelente medio de evitar las miradas de Fabricio. Tomando pretexto final de su embarazo, se encerró en su propio palacio. Pero e palacio tenía un inmenso jardín. Fabricio supo entrar en él y colocó en la avenida, que Clelia prefería, flores arregladas en ramillete dispuestas en un orden que les daba un sentido, como las que Clelia les enviaba a él todas las noches, en los últimos días de su prisión de la torre Farnesio.

A la marquesa le irritó mucho este intento; los movimientos su alma dirigíalos unas veces el remordimiento, otras la pasión. Desde ese momento, no consintió bajar ni una sola vez al jardín hasta sentía escrúpulos de mirar por la ventana.

Empezaba Fabricio a creer que estaba separado de ella para siempre y ya la desesperación iba enseñoreándose de su alma. La sociedad en que vivía le desagradaba mortalmente y, si no hubiera sido por la convicción de que el conde no podía encontrar la del alma fuera del ministerio, se hubiera vuelto a retirar a su pequeño alojamiento del arzobispado. Hubiérale gustado vivir a solo con sus pensamientos, sin oír más voces humanas que las precisas para el ejercicio de su cargo.

-Pero —decía— en el interés de los condes de Mosca, nadie puede sustituirme.

El príncipe seguía tratándole con una distinción que le colocaba en primera fila en la corte, y esta merced la debía en gran parte a sí mismo. La extremada reserva que, en el ánimo de Fabricio provenía de una indiferencia, casi de un asco profundo por todas las pasiones que llenan la vida de los hombres, habla picado la vanidad del joven príncipe, quien solía decir que Fabricio tenía tanto talento como su tía. El alma cándida del príncipe comprendía medias una verdad: que nadie se acercaba a él con iguales disposiciones de ánimo que Fabricio. Todo el mundo, hasta el vulgo los cortesanos comprendía muy bien que la consideración de que gozaba Fabricio no era la de un simple coadjutor, sino que excedía a las mismas atenciones que el soberano tenía con el arzobis-

po. Fabricio escribía al conde que, si el príncipe tenía alguna vez bastante talento para percatarse del enredo ingente que los ministros Rassi, Fabio Conti, Zurla y otros de la misma calaña habían armado en los negocios, sería él, Fabricio, el conducto natural por donde el príncipe haría una gestión, sin exponer demasiado su amor propio.

Si no fuera por el recuerdo de la fatal palabra: ese niño, decía Fabricio a la condesa Mosca, aplicada por un hombre genial a una augusta persona, esta augusta persona habría ya exclamado: vuelve usted de prisa y écheme a la calle a todos esos miserables. Hoy mismo, si la esposa del hombre genial se dignara a hacer la más mínima gestión, por insignificante que fuera, el conde sería llamado con alegría. Pero entrará por una puerta mucho más grande, quiere aguardar a que el fruto esté maduro. Por lo demás el aburrimiento es mortal en los salones de la princesa; no hay más objeto de diversión que la locura de Rassi, quien, desde que es conde tiene la manía de la nobleza. Acaban de darse órdenes severísimas para que toda persona que no pueda probar ocho cuarteles de nobleza, no se atreva a presentarse en las veladas de la princesa (son las palabras textuales de la orden). Todos los hombres que tengan derecho a entrar por la mañana en la galería grande para salud, al soberano, cuando éste se dirige a la capilla, seguirán gozando el mismo privilegio; pero los que lo soliciten ahora tendrán que probar los ocho cuarteles. Sobre todo esto se hacen chistes y se di que bien se ve que Rassi es duro y sin cuartel.

Como comprenderá el lector, estas cartas no iban por el corre La condesa Mosca contestaba desde Nápoles: “Tene-

mos conciertos los jueves y conversación los domingos; en nuestros salones no puede uno mover, de gente que hay. El conde está encantado con sus excavaciones; se gasta en ellas mil francos mensuales, y acaba de mandar venir unos obreros de los Abruzzos que no le cuesta más que un franco quince por día. Deberías venir a vernos. Es ésa la vigésima vez, señor ingrato, que se lo digo.”

Fabrizio se guardaba muy bien de obedecer. La carta, que escribía todos los días al conde o a la condesa, le parecía un sacrificio casi insoportable. Se le perdonará, cuando se sepa que transcurrió un año entero sin poder hablar una sola vez con la marquesa. Todos sus intentos de establecer una correspondencia fueron rechazados con horror. El habitual silencio que guardaba Fabrizio en todas partes, salvo en la corte y cuando desempeñaba sus funciones, junto con la perfecta dureza de sus costumbres, habíanle hecho objeto de una veneración tan extraordinaria que se decidió por fin obedecer a ciertos consejos de su tía.

“El príncipe tiene por tí tal veneración -escribíale la condesa-, que estás expuesto a una próxima caída; entonces multiplicará las desatenciones y detrás de sus desdenes vendrán los atroces precios de los cortesanos. Estos pequeños déspotas, por muy honrados que sean, son variables como la moda y lo son por el mismo motivo: el aburrimiento. Contra los caprichos del soberano puedes encontrar fuerzas en la predicación. Tú, que tan bien provistas en verso, por qué no te lanzas a hablar media hora acerca de la religión? Al principio dirás herejías, pero paga a un sabio discreto teólogo

que asista a tus sermones y te corrija luego las faltas; al otro día las habrás reparado.”

La especie de desdicha que produce un amor contrariado, hace que todo lo que exige atención y acción parece un trabajo atroz. Pero Fabricio pensó que su ascendiente sobre el pueblo, si lo adquiriría, podría ser útil a su tía y al conde, hacia quien su veneración aumentaba cada día más, conforme iba conociendo mejor la maldad de los hombres. Se decidió, pues, a subir al púlpito, y su éxito, parado ya por su delgadez y su traje raído, fue de los que hacen época. Sentíase en sus sermones un perfume de profunda tristeza que junto con la figura encantadora y con lo que se decía de su valimiento en la corte, arrebató a todos los corazones femeninos. Las mujeres inventaron la especie de que había sido uno de más valientes capitanes del ejército napoleónico. Pronto este he absurdo pasó por indudable. Había que mandar reservar sillas las iglesias, donde predicaba; y los pobres, para sacar dinero, se talabas en ellas desde la cinco de la mañana.

Fue tal el éxito que Fabricio obtuvo, que por fin se le ocurrió una idea que cambió por completo su alma. Pensó que, aun no fuese más que por simple curiosidad, acaso viniera la marqués Crescenzi a oír uno de sus sermones. De pronto el público, entusiasmado, se dio cuenta de que su talento aumentaba; permitíase, cuando se emocionaba, usar imágenes cuya audacia habría hacer temblar a los más expertos oradores. A veces, olvidándose de todo prorrumpía en frases de apasionada inspiración que arrancaban grimas al auditorio. Mas en vano su ojo *aggrottato* buscaba entre tan-

tos rostros vueltos hacia el púlpito, uno cuya presencia habría sido para él un mágico suceso.

Si alguna vez tengo esa ventura, pensaba, o me pongo mal me quedo parado sin poder seguir hablando. Para evitar este último inconveniente, había compuesto una especie de oración, tierna y apasionada, que colocaba siempre sobre un taburete en el púlpito. Tenla decidido ponerse a leer este trozo, si alguna vez la presencia de la marquesa le causaba tan fuerte emoción que le quitase la palabra.

Supo un día por medio de los criados del marqués, a quienes tenía a sueldo, que se habían dado órdenes para preparar en el gran teatro el palco de la Casa Crescenzi para el día siguiente. Hacía un año que la marquesa no iba a ningún espectáculo, y lo que había alterado sus costumbres era un tenor que tenía entusiasmado a todo Parma y llenaba el teatro cuantas noches cantaba. El primer pensamiento de Fabricio fue de extremada alegría. ¡Por fin podré verla una noche! Dicen que está muy pálida. Y trataba de representarse esa cabeza encantadora con sus mejillas descoloridas por la lucha del espíritu.

Su amigo Ludovico, consternado por lo que él llamaba la locura de su señor, encontró, no sin gran trabajo, un palco de cuarto piso casi frente al de la marquesa. Una idea se le ocurrió a Fabricio: espero inspirarle deseo de venir al sermón; hay que buscar, pensó, una iglesia muy pequeña para poderla ver mejor. Fabricio solía predicar a las tres de la tarde. Por la mañana del día en que Clelia iba a ir al teatro, anunció que las obligaciones de su cargo le retenían en el arzobispado durante todo el día, y que, por excepción, predi-

carla a las ocho y media de la noche en la pequeña iglesia de Santa María de la Visitación, situada precisamente frente a una de las ala, del palacio Crescenzi. Ludovico presentó de su parte una enorme cantidad de cirios a las monjas de la Visitación, rogándoles que iluminaran la iglesia a giorno. Fue una compañía de granaderos de la guardia; se puso un centinela, con bayoneta calada, delante de cada cepilla para impedir los robos.

El sermón estaba anunciado para las ocho y media. A las dos de la tarde la iglesia estaba totalmente llena; figúrese el lector el estruendo que se produjo en la calle desierta donde alza su noble arquitectura el palacio Crescenzi. Fabricio había anunciado que en honor de Nuestra Señora de la Piedad, predicaría sobre la piedad que un alma generosa debe sentir por un desgraciado, aun cuando sea culpable.

Disfrazado con el mayor cuidado posible, Fabricio subió a su palco del teatro en el momento en que se abrían las puertas, cuando aún no habían encendido las luces. El espectáculo empezó hacia las ocho, y pocos minutos después tuvo la alegría, que nadie puede concebir si no la ha sentido, de ver abrirse la puerta del palco Crescenzi. Poco después entró la marquesa. No la había visto tan bien, desde el día en que ella le dio su abanico. Fabricio creyó que la alegría le sofocaba; sentía tan extraordinarias conmociones interiores, que pensó: ¡Quizá voy a morir! ¡Qué divina manera de acaba esta triste vida! ¡Voy a caerme muerto en este palco; los fieles que esperan en la Visitación no me verán llegar, y mañana correrá la noticia de que el futuro arzobispo, olvidándolo todo, se quedó en un palco de la ópera, disfrazado de criado

con librea! ¡Adiós m reputación! Pero ¿qué me importa mi reputación?

Sin embargo, hacia los ocho y tres cuartos Fabricio hizo un es fuerzo supremo; se fue de su palco y con gran dificultad pudo llega a pie hasta el sitio en donde debía desnudarse y volverse a vestir. Hasta las nueve no llegó a la Visitación, y cuando llegó iba tan pálido y desmedrado, que corrió el rumor por la iglesia de que el señor coadjutor no podía predicar aquella noche. Las monjas prodigáronle sus cuidados por la verja del locutorio interior, en donde Fabricio se había refugiado. Estas señoras no cesaban de hablar; Fabricio le rogó que le dejaran solo durante unos minutos y corrió en seguid al púlpito. Uno de sus ayudantes le había anunciado que, desde las tres de la tarde, la iglesia de la Visitación estaba totalmente llena, pero que el público era toda gente baja, atraída sin duda para el espectáculo de la iluminación. Al subir al púlpito, Fabricio tuvo la agradable sorpresa de ver todas las sillas ocupadas por los jovencitos de la aristocracia y por los personajes de mayor distinción.

Comenzó su sermón con algunas frases de disculpa, que fuero y acogidas por gritos contenidos de admiración. En seguida pasó describir apasionadamente al desgraciado, digno de que le compadezcamos, para honrar dignamente a la Virgen de la Piedad, que tanto sufrió también en esta tierra. El orador estaba conmovidísimo; había momentos en que apenas si podía articular las palabra con fuerza bastante para que fuesen oídas en todas las partes de la pequeña iglesia. Para todas las mujeres y para no pocos hombres él mismo parecía ser el desgraciado de quien hay que apiadarse tan

intensa y extremada era su palidez. Algunos minutos después de las frases de disculpa, con que había comenzado su sermón, conoció todo el público que Fabricio no estaba en su ordinario temple; esta noche desprendíase de él una tristeza más profunda y más tierna que de costumbre. Un momento hubo en que se le vio coa las lágrimas en los ojos y al instante una congoja general agitó a auditorio, tan ruidosa, que el sermón fue completamente interrumpido.

Esta primera interrupción fue seguida por diez más; lanzábanse gritos de admiración, prorrumpiáse en llanto; oíanse a cada instante quejidos y súplicas, como ¡Ay Virgen Santísima! ¡Ay Santo Dios! La emoción era tan general, tan invencible en este público selecto, que nadie se avergonzaba de sus exclamaciones, y las personas que se dejaban vencer por el sentimiento no parecían ridículas a las que estaban al lado.

Durante el descanso, que se suele tomar a la mitad del sermón, dijéronle a Fabricio que nadie había quedado en el teatro; sólo una señora estaba aún en su palco, la marquesa Crescenzi. Durante este descanso, oyóse de pronto un ruido grande en la sala: los fieles estaban votando una estatua para el señor coadjutor. El éxito de la segunda parte del sermón fue tan loco, tan mundano, y los arrebatos de cristiana contrición fueron tan patentemente sustituidos por gritos de admiración, que Fabricio creyóse obligado, antes de bajar del púlpito, a dirigir una especie de reprimenda al auditorio. Esto motivó que todo el mundo saliera a la vez con un movimiento que tenia algo de singular y de acompasado; al llegar a la calle, todos empezaron a aplaudir furiosamente y a gritar: *¡Viva del Dongo!*

Fabricio miró su reloj precipitadamente, y corrió a una ventanita que daba luz al pasillo estrecho que conduce del órgano al interior del convento. Desde allí veíase la calle. Por cortesía para que la increíble e insólita multitud que llenaba la calle, el portero del palacio Crescenzi había puesto una docena de antorchas en esos brazos de hierro que suelen estar empotrados en los muros de los palacios medioevales. Unos minutos después y cuando aún no habían cesado los gritos, ocurrió lo que Fabricio esperaba con ansiedad: el coche de la marquesa, de vuelta del teatro, entró por la calle; el cochero tuvo que detenerse e ir avanzando al paso, pidiendo sitio a grandes voces, hasta llegar a la puerta.

La marquesa se había conmovido oyendo una música sublime, como sucede a los corazones desgraciados; pero más aún cuando vio la soledad perfecta del espectáculo, y supo la causa de tal anomalía. A la mitad del segundo acto, estando en escena el admirable tenor, los espectadores del patio de butacas habían abandonado sus asientos para probar fortuna e intentar entrar en la iglesia de la Visitación. La marquesa, al verse detenida por la multitud, delante de su puerta, rompió a llorar. "No había hecho una mala elección", pensó.

Pero precisamente por haberse enternecido así, resistió firme a las instancias del marqués y de todos los amigos de la casa, quienes no concebían que no quisiera ver a un predicador tan extraordinario. Tanto, decían, que vence al mejor tenor de Italia. "Si lo veo, me pierdo", pensaba la marquesa. .

En vano Fabricio, cuyo talento parecía brillar más cada 6' predicó varias veces en esta iglesia, próxima al palacio

Crescenzi nunca vio a Clelia, quien incluso llegó a sentirse molesta por el empeño decidido de venir a turbar la soledad de su calle, después de haberlo expulsado de su jardín.

Cuando recorría con la mirada los rostros femeninos que le escuchaban, Fabricio había notado ya hacía tiempo una carita morena y preciosa cuyos ojos despedían llamas. Estos magníficos ojos solían llenarse de lágrimas no más tarde que en la octava o décima frase del sermón. Cuando Fabricio tenía que desarrollar argumentos largos y fastidiosos, gustaba de posar la mirada en ese rostro cuya juventud le agradaba. Supo que la muchacha se llamaba Anita Marini, hija única y heredera del más rico mercader de paños de Parma, muerto unos meses antes.

Pronto anduvo de boca en boca el nombre de esa Anita Marina hija del pañero; estaba perdidamente enamorada de Fabricio. Cuando empezaron los famosos sermones, su matrimonio con Giacot Rassi, hijo del ministro de justicia, estaba decidido; el muchacho le desagradaba. Pero apenas hubo oído dos veces a monseñor Fabricio, declaró Anita que ya no quería casarse; y como se le preguntase el motivo de tan singular cambio, respondió que era indigno de una mujer honrada dar su mano a un hombre, estando enamorada de otro. Su familia indagó en vano quién pudiera ser este otro.

Pero las lágrimas abrasadoras que vertía Anita en el sermón pusieron a la familia en el camino de la verdad. La madre y tíos le preguntaron si amaba a monseñor Fabricio, y ella responde con audacia que ya que habían descubierto la verdad, no quería ella envilecerse mintiendo. Añadió que aunque no tenía la mera esperanza de unirse al hombre a

quien adoraba, quería por lo menos no lastimarse la vista con la grotesca figura del contino Rassi. Esta noticia lanzada sobre el hijo de un hombre a quien perseguía envidia de la burguesía toda, llegó a ser en pocos días la comidilla de la ciudad. La respuesta de Anita Marini pareció encantadora. Hablóse de ella en el palacio Crescenzi, como en todas partes.

Clelia se guardó muy bien de abrir la boca sobre este asunto en su salón; pero hizo preguntas a su doncella, y al domingo siguiente, después de haber oído misa en la capilla de su palacio mandó a la doncella que subiera con ella en el coche y fue a otra misa a la parroquia de la señorita Marini. Allí estaban reunidos los elegantes de la ciudad a quienes atraía el mismo motivo de curiosidad; estos señores estaban de pie cerca de la puerta. Pronto por el revuelo que hubo entre ellos, comprendió la marquesa que la señorita Marini entraba en la iglesia. Se halló muy bien colocada para verla, y a pesar de su acendrada piedad no prestó ninguna atención a la misa. Clelia encontró en esta belleza burguesa u airecillo decidido que, en su opinión, podría convenir a lo sumo a una mujer casada desde muchos años. Por lo demás, la Marini tenía una talle precioso, aunque era pequeña de estatura, y sus ojos parecían, como dicen en Lombardía, charlar con las cosas que miraban. La marquesa salió antes de que terminase la misa.

A1 día siguiente los amigos de la casa Crescenzi, que venía todas las noche a pasar en ella la velada, contaron un nuevo rasgo ridículo de Anita Marini. Como la madre, temerosa de alguna locura, no le dejaba sino poquísimo dinero,

había ido Anita a ver al célebre pintor Hayez, que estaba entonces en Parma pintando los salones del palacio Crescenzi, y le ofreció una magnífica sortija de diamantes para que hiciera el retrato de monseñor del Dongo; pero quiso que el retrato llevase un sencillo traje negro, y no el traje de sacerdote. La madre de Anita se quedó muy sorprendida, y aún más escandalizada al encontrar en el cuarto de su hija una magnífico retrato de Fabricio, con el marco más hermoso que se había dorado en Parma.

XXVIII

Arrastrados por los acontecimientos, no hemos tenido tiempo de pintar la raza cómica de los cortesanos, que en la corte de Parma hacían comentarios estupendos acerca de los sucesos que hemos contado. En este país, un caballero que tiene tres o cuatro mil francos de renta, ha de llenar varias condiciones para poder asistir, con sus medias negras, a las audiencias matinales que el príncipe da al levantarse. La primera condición es no haber leído nunca a Voltaire y a Rousseau; esta condición es facilísima de cumplir. La segunda es saber enternecerse a punto, al hablar del resfriado del príncipe o de la caja de minerales recién llegada de Sajonia. Con esto y con no dejar de ir a misa un solo día, si además tiene usted por íntimos amigos a dos o tres frailes gordos, el príncipe se dignará dirigirle la palabra una vez al año, quince días ante o quince días después del primero de enero, cosa que le dará a usted singular relieve en su parroquia, y el cobrador de contribuciones no se atreverá a hostigarle si se

retrasa usted algo en el pago de lo cien francos anuales impuestos a su pequeña finca.

El señor Gonzo era un pobre diablo de esta especie; muy noble y propietario de algunas tierras, había obtenido, merced al marqués Crescenzi, un destino magnífico que le daba mil ciento cincuenta francos al año. Este hombre hubiera podido comer en su casa, pero tenía una pasión; no se sentía feliz y tranquilo como no estuviera en el salón de algún gran personaje que le dijese de vez en cuando Cállese, Gonzo, que es usted un necio perfecto. Este juicio era generalmente hijo del mal humor, porque Gonzo tenía casi siempre más ingenio que el gran personaje. Hablaba de todo y no sin gracia; además estaba dispuesto a cambiar de opinión a la mena mueca del dueño de la casa. A decir verdad, a pesar de la destreza profunda con que manejaba sus intereses, carecía de ideas, y cuando el príncipe no estaba resfriado, le sucedía a veces no saber qué decir al entrar en un salón.

Lo que había valido a Gonzo una verdadera fama en Parma era un magnífico sombrero de tres picos, adornado con una pluma negra, algo mustia ya, pero que él se ponía hasta cuando iba frac. Era de ver el modo cómo llevaba la pluma en la cabeza o la mano; en eso resplandecían su talento y su importancia. Preguntaba con verdadera ansiedad por el estado de salud del perrito la marquesa, y hubiera arriesgado su vida por salvar uno de es magníficos sillones de brocato de oro que, desde hacía tantos años rasgaba su calzón de seda negra, cuando, por casualidad, se atrevía a sentarse un instante en ellos.

Siete u ocho personajes de esta calaña acudían todas las tardes a las siete al salón de la marquesa Crescenzi. Apenas se había sentado, llegaba un lacayo vestido magníficamente con una libreta llena de galones de plata y con un chaleco rojo, colmo de magnificencia, y cogía los sombreros y los bastones de los pobres diablo. Detrás de él se presentaba un ayuda de cámara con una taza de café infinitamente pequeña, sostenida en un pie de plata de fi grana; cada media hora, un maitre d'hotel con espada y traje lujoso, a la francesa, venía a ofrecer refrescos.

Media hora después de la llegada de los cortesanos raídos, acudían cinco o seis oficiales, que hablaban recio, se contoneaban muy militarmente y discutían, por lo general, acerca del número y de la clase de los botones que debe tener el uniforme del soldado, para que el general en jefe pueda ganar batallas. Imprudencia notoria hubiera sido citar en este salón un periódico francés, pues aunque la noticia fuera de las más gratas, como por ejemplo, cincuenta liberales fusilados en España, no por eso el narrador dejaría de este convicto y confeso de haber leído un periódico francés. La otra muestra de habilidad de toda esta gente era conseguir cada di. años un aumento de 150 francos en su pensión. Así es como príncipe comparte con su nobleza el gusto de reinar sobre los aldeanos y los burgueses.

El principal personaje, sin disputa, del salón Crescenzi, era caballero Foscarini, hombre perfectamente honrado, que había frecuentado la cárcel durante todos los regímenes. Había sido diputaç en aquella famosa Cámara que, en Milán, rechazó la ley de registro, presentada por Napoleón, rasgo

rarísimo en la historia. El caballero Foscarini, habiendo sido veinte años amigo de la madre del marqués, seguía siendo el hombre influyente de la casa. Nunca faltaba un cuento divertido para contar y nada se escapaba a su penetración inquisitiva; y la joven marquesa, sintiéndose culpable en el fondo de su alma, temblaba ante él.

Gonzo sentía una verdadera pasión por todo gran señor que dijera groserías y le hiciera llorar una o dos veces por año; por su manía consistía en tratar de hacerle pequeños favores, y a ser porque las costumbres de una extremada pobreza lo tenía paralizado, lo hubiera conseguido algunas veces, pues no carecía cierta dosis de viveza y de una mucho mayor de frescura.

Gonzo, tal como le conocemos, despreciaba bastante a la marquesa Crescenzi, porque ésta no le había dirigido nunca una palabra descortés. Pero al fin y al cabo era mujer del famoso marqués Crescenzi, caballero de honor de la princesa, el cual, una o dos veces al mes, le decía:

-Cállate, Gonzo, que eres una bestia.

Gonzo notó que todo lo que decía de Anita Marini tenía la virtud de sacar a la marquesa, por un momento, del estado ensueño y de indiferencia, en que generalmente estaba sumida, hasta que daban las once. A esta hora hacía el té y ofrecía una taza a todos los presentes llamándolos por su nombre. Después de esto, en el momento de retirarse a sus habitaciones, parecía recobrar todo momento de alegría y era este el instante que se elegía para recitar sonetos satíricos.

Se hacen muchos y buenos en Italia: es el único género literario que aún tiene alguna vida. Es cierto que no está so-

metido a la censura, y los cortesanos de la casa Crescenzi anunciaban siempre su soneto con estas palabras:

-¿Quiere permitir la señora marquesa que se recite delante de ella un soneto malísimo?

Y cuando el soneto había hecho reír y se había repetido dos o tres veces, uno de los oficiales decía siempre:

-El señor ministro de Policía debiera ocuparse en ahorcar a los autores de estas infamias.

La sociedad burguesa, por el contrario, acogía a los sonetos de la más franca admiración y los escribientes de procurador vendí las copias.

Por el género de curiosidad que la marquesa mostraba, Gonzo, se figuró que habiéndose ponderado mucho delante de ella la belleza de la pequeña Marini, que además tenía un millón de francos la marquesa sentía envidia. Con su sonrisa invariable y su absoluto desprecio para todo aquel que no fuera noble, Gonzo tenía entrada en todas partes; llegó al día siguiente al salón de la marquesa, manejando un sombrero de plumas con cierto ademán que sólo se le veía usar una o dos veces al año, cuando el príncipe le había dicho: Adiós, Gonzo.

Saludó respetuosamente a la marquesa; pero no se alejó de ella como solía, para tomar asiento en el sillón que acababan de acerarle, sino que de pie, en medio del círculo exclamó brutalmente:

-He visto el retrato de monseñor del Dongo.

Clelia se quedó tan sorprendida que tuvo que apoyarse en los brazos del sillón; trató de aguantar la tormenta, pero no pudo; pronto tuvo que levantarse y salir del salón.

-Hay que confesar, mi pobre Gonzo, que tiene usted una torpeza rara -exclamó altivo uno de los oficiales que estaba acabando de tomar el cuarto refresco-. ¿Cómo no sabe usted que el coadjuto que ha sido uno de los más valientes coroneles del ejército de Napoleón, dio una broma pesada hace tiempo al padre de la marquesa marchándose de la fortaleza, que mandaba el general Conti, como quien se va de la Steccata (la principal iglesia de Parma) ?

-En efecto, ignoro muchas cosas, mi querido capitán, y soy un pobre imbécil que está metiendo la pata todo el día.

Esta réplica, enteramente ajustada al gusto italiano, hizo reír a costa del brillante oficial. La marquesa volvió en seguida; se había armado de valor y alimentaba una vaga esperanza de poder ella misma admirar ese retrato de Fabricio, que todo el mundo calificarse de excelente. Habló con elogio del talento de Hayez, su autor. Sin darse cuenta dirigía encantadoras sonrisas a Gonzo, quien miraba al oficial con aire irónico. Como todos los demás cortesanos de la casa se entregaban al mismo placer que Gonzo, el oficial emprendió la fuga, no sin jurarle odio mortal. Gonzo triunfaba, y al despedirse quedó convidado a comer para el día siguiente.

A1 día siguiente, después de la comida, cuando los criados se hubieron retirado. Gonzo exclamó:

-¡Otra tenemos; figúrense ustedes que nuestro coadjutor se ha enamorado de la Marini!

Puede pensarse cuál no sería la emoción que estas extraordinarias palabras produjeron en el corazón de Clelia. El mismo marqués se alteró.

-¡Pero, hombre, Gonzo, no dice usted más que tontearías, como de costumbre! Más valiera que hablase usted con más comedimiento de un personaje que ha tenido el honor de jugar once veces a "whist" con Su Alteza.

-Bueno, señor marqués -respondió Gonzo, con la ordinaria propia de la gente de su cabaña-, puedo jurarle a usted que e coadjutor bien querría jugar también con la pequeña Marini. Per basta que estos detalles no sean de su gusto de usted, para que y no existan para mi; ante todo quiero agradecer a mi adorable marqués.

Siempre después de comer retirábase el marqués a dormir siesta. Aquel día, como los demás, pensaba hacerlo; pero Gonzo se hubiera cortado la lengua antes que añadir una palabra acerca de la Marini. A cada momento empezaba un discursito arregla de tal manera, que el marqués podía creer que iba a volver por fin a los amores de la burguesía. El Gonzo poseía en sumo gracias ese ingenio italiano que consiste en diferir con deleite el momento de lanzar la palabra deseada. El pobre marqués, muerto de curio; dad, no tuvo más remedio que ser el primero en incitar a Gonzo diciéndole que cuando tenia el gusto de comer con él, comía d veces más. Pero Gonzo no entendió y se puso a hablar de una magnífica galería de cuadros que estaba formando la marques Balbi, la querida del difunto príncipe. Tres o cuatro veces hablo de Hayez con tono lento y lleno de la más profunda admiración. Pensaba el marqués: ¡Bueno, por fin va a llegar al retrato encargado por la Marini! Pero guardábase Gonzo muy bien de hacer tal cosa. Dieron las cinco; el mar-

qués se puso de mal humor porque solía salir en coche a las cinco y media, después de su siesta, par ir al Corso.

-Así es usted, con sus tonterías -dijo groseramente a Gonzo-, va usted a hacer que llegue al Corso después de la princesa, yo que soy un caballero de honor a quien puede tener que dar órdenes. Vamos pronto. Diga usted en pocas palabras, si lo sabe usted, que haya de los supuestos amores de monseñor el coadjutor.

Pero Gonzo quería reservar ese relato para la marquesa, que era quien le había convidado a comer. En pocas palabras despacho la historia que pedía el marqués; éste, medio dormido, se fue acabar su siesta. Gonzo adoptó muy otra actitud con la marques Clelia habla permanecido tan joven, tan ingenua en su nueva fortuna, que creyó deber reparar la grosería con que el marqués acababa de tratar a Gonzo. Este, encantado por un éxito tal, recuperar su elocuencia y tuvo un verdadero placer en cumplir con la que creta su obligación, entrando con la marquesa en detalles infinito.

La pequeña Anita Marini llegaba hasta dar una moneda de oír por cada sitio que le guardaban en el sermón; iba siempre conde de sus tías y el antiguo cajero de su padre. Los sitios que mandar guardar desde el día antes, elegíalos por lo general casi frente al púlpito, pero un poco hacia el lado del altar mayor, pues haba notado que el coadjutor se volvía a menudo hacia el altar. Pero los que también el público había notado, es que los ojos tan expresivos del predicador se detentan no pocas veces en la belleza atrayente de la joven heredera; y, por lo visto, el coadjutor prestaba cierta atención a la muchacha, porque en cuanto ponía sus ojos en

ella el sermón se hacía erudito, abundaban las citas, y ya no se encontraban en él esos movimientos emocionales que partían el corazón. Las señoras, para quienes cesaba el interés en seguida, se ponían a mirar a la Marine hablando mal de ella.

Clelia quiso que Gonzo le repitiera varias veces estos detalles singulares. A la tercera vez, cayó en una profunda meditación. Calculaba que hacía justamente catorce meses que no había visto a Fabricio. ¿Es acaso un acto tan reprehensible, pensaba, el pasar una hora en una iglesia, no para ver a Fabricio, sino para oír a un predicador famoso? Además, me pondré lejos del púlpito y no mirara Fabricio más que una vez al entrar y otra al final del sermón! No, decía para sí Clelia, no es a Fabricio a quien voy a ver; voy a oír al estupendo predicador! Y, sin embargo, a pesar de esos razonamientos no dejaba de remorderle la conciencia. ¡Su conducta habla sido tan hermosa desde hacía catorce meses! En fin, dijo, para encontrar alguna paz interior, si la primera mujer que venga esta noche ha ido a oír predicara monseñor del Don-go, yo también iré si no ha ido, me abstendré de ir.

Una vez decidido esto, la marquesa hizo la felicidad de Gonzo diciéndole:

-Procure usted averiguar qué día predicará el coadjutor y en qué iglesia. Esta noche, antes de irse usted, quizá tenga que dar un encargo.

Apenas Gonzo se marchó al Corso, Clelia bajó a tomar el fresco al jardín de su palacio. No se le ocurrió pensar que hacía diez meses que no ponía los pies en el jardín. Estaba llena de vivacidad de animación; tenía hermosos colores en

las mejillas. Por la noche cada vez que uno de los soporíferos amigos de la casa entraba en el salón, su corazón palpitaba de emoción. Por fin fue anunciado Gonzo, quien desde el primer momento vio que iba a ser el indispensable durante ocho días. "La marquesa tiene envidia de la pequeña Martini, y será una comedia estupenda, pensó, aquella de donde la marquesa haga de dama joven, la Anita de doncella cofidenta y monseñor del Dongo de galán. A fe mía, podrían darse dos francos por una entrada." La alegría de Gonzo no tenía límite toda la noche se la pasó interrumpiendo a unos y a otros con tantas anécdotas más picantes (por ejemplo, la de la célebre actriz y el marqués de Péquigny, que le había contado el día antes un viajero francés) . La marquesa, por su parte, no podía estarse quieta, paseábase por el salón, íbase a una galería próxima, en la que el marqués no había admitido cuadros que costaran menos de veinte mil francos. Esos cuadros hablaban esta noche un idioma tan claro que llegaron a cansar el corazón de la marquesa a fuerza de emociones. Por fin oyó que se abrían las dos hojas de la puerta y corrió al salón: jera la marquesa Raversi! Pero al dirigirle los habituales cumplidos, Clelia sintió que la voz le faltaba. Tuvo que repetir dos veces la pregunta:

-¿Qué me dice usted del predicador de moda? -porque la marquesa no la oyó la primera vez.

-Considerábalo como un intrigante, muy digno sobrino de ilustre condesa Mosca; pero la última vez que ha predicado, cierto ahí enfrente, en la Visitación, ha estado tan sublime, que, de imponer silencio a mi odio, y declaro que lo tengo por el hombre más elocuente que he oído en mi vida.

-Así, pues, ¿ha oído usted sus sermones? -dijo Clelia temblando de felicidad.

-Pero, ¡cómo! -dijo la marquesa riéndose-, ¿no estaba usted escuchándome? No faltaría a un sermón por nada del mundo. Esta enfermo del pecho y pronto ya no predicará.

Apenas salió la marquesa, Clelia llamó a Gonzo a la galería.

-Estoy casi resuelta -le dijo- a oír a ese predicador tan celebrado. ¿Cuándo predicará?

-El lunes próximo, es decir, dentro de tres días; y díriase que ha adivinado el proyecto de Vuestra Excelencia, porque viene a predicar a la iglesia de la Visitación.

Aún no había dicho todo Clelia; pero faltábale la voz; dio cinco o seis vueltas por la galería sin añadir palabra. Gonzo pensaba: aquí la venganza que hierve en su pecho. ¿Cómo puede ser hombre lo bastante insolente para escaparse de una prisión, so todo cuando se tiene el honor de ser guardado por un héroe como el general Fabio Conti?

-Por lo demás, hay que darse prisa -añadió con fina ironía-. Está malo del pecho. He oído decir al doctor Rambo que no ti un año de vida. Dios le castiga por haberse escapado traidoramente de la fortaleza.

La marquesa se sentó en el sofá de la galería e hizo una s a Gonzo para que la imitase. A los pocos momentos le entregó una bolsita en la que había algunas monedas de oro.

-Guárdeme usted cuatro sitios.

-¿Le será permitido al pobre Gonzo deslizarse entre los acompañen a Vuestra Excelencia?

-Sin duda; guarde cinco sitios... No tengo empeño en estar cerca del púlpito; pero me gustarla ver a la señorita Marini, que dicen que es preciosa.

La marquesa no vivió durante los tres días que faltaban para el lunes, día del famoso sermón. Gonzo, para quien era un honor insigne ser visto en público acompañando a tan ilustre señora, se habla puesto su traje a la francesa, con la espada; y no fue esto todo, sino que aprovechando la proximidad del palacio, mandó llevar a la iglesia un sillón dorado magnifico para la marquesa, cosa que los burgueses consideraron como el colmo de la insolencia. Puede pensarse lo que serla de la pobre marquesa al ver ese sillón colocado exactamente frente al púlpito. Clelia estaba tan azorada, con los ojos bajos, encogida en un rincón del inmenso sillón, que no tuvo valor ni siquiera para mirar a la pequeña Marini, a quien señalaba Gonzo con la mano, con una frescura indecible. Para este cortesano, los que no eran nobles no existían.

Subió Fabricio al púlpito; estaba tan delgado, tan pálido, tan consumido, que los ojos de Clelia se llenaron de lágrimas en un momento. Fabricio dijo algunas palabras y se detuvo, como si la voz le faltase: en vano trató de empezar otra frase. Volvióse y cogió un papel.

-Hermanos míos -dijo-, un alma desgraciada y digna de vuestra conmiseración, solicita que roguéis conmigo por que vea terminados sus dolores, que no cesarán sino con su vida.

Fabricio leyó muy despacio lo que tenia escrito en el papel, pero era la expresión de su voz, que, antes de llegar a la mitad de la oración, todo el mundo lloraba, incluso Gonzo.

Así no llamaré la atención, pensaba la marquesa sollozando.

Mientras Jefa el papel escrito, Fabricio encontró dos o tres ideas acerca del estado del hombre desgraciado, para quien acababa de solicitar las oraciones de los fieles. Bien pronto acudieronle los pensamientos en tropel. Haciendo como que se dirigía al público, no hablaba más que para la marquesa. Terminó su sermón algo antes que de costumbre, porque, por muchos esfuerzos que hiciera, las lágrimas le atenazaban la garganta hasta el punto de no poder pronunciar de modo inteligible. Los entendidos dijeron que este sermón era bastante singular, pero que igualaba, si no superaba, en lo patético, al famoso sermón que predicó de noche con las luces encendidas. En cuanto a Clelia, apenas oyó las diez primeras líneas de la oración leída por Fabricio, consideró un gran crimen haber podido estar catorce meses sin verlo. Al volver a su casa se metió en la cama, para poder pensar en Fabricio con libertad. Al día guiente por la mañana recibió Fabricio el siguiente billete:

“Se confía en su honor. Busque a cuatro bravos de cuya discreción esté usted seguro, y mañana, en el momento en que den las doce de la noche en la Steccata, esté usted junto a una puertecilla que lleva el número 19 de la calle de San Pablo. Piense en q! puede usted ser atacado. No venga solo.”

Al reconocer la mano divina que había escrito esta carta, Fabricio cayó de rodillas y prorrumpió en llanto. ¡Por fin, se dijo, los catorce meses y ocho días! Adiós los sermones.

Fuera muy largo contar las locuras que pasaron aquel día f las imaginaciones de Clelia y de Fabricio. La puertecilla

de q hablaba la carta era la del patio de naranjos del palacio Crescen Durante el día, Fabricio encontró manera de pasar diez veces F delante de esa puerta. Cogió armas, y volvió solo, con paso fin y rápido, algo antes de las doce de la noche, delante de la puertecilla; cuál no sería su alegría, al oír una voz bien conocida que decía muy bajito:

-Entra por aquí, amigo de mi corazón.

Fabricio entró con precaución y se encontró en el patio de naranjos, pero frente a una ventana provista de una fuerte reja situada a dos o tres pies del suelo. La obscuridad era profundísima. Fabricio había oído ruido en esa ventana, y estaba palpando la reja con las manos, cuando sintió que una mano, saliendo por entre los barrotes, cogía la suya y la llevaba a unos labios que la besaron.

Soy yo le dijo una voz amada, yo que he venido aquí para decirte que te amo y preguntarte si quieres obedecerme.

Puede el lector figurarse cuál sería la respuesta, cual la alegría y la estupefacción de Fabricio; pasados los primeros arrebatos, Clelia dijo:

-He prometido a la Virgen, como tú sabes, no volverte a v jamás; por eso te recibo en esta obscuridad. Y quiero que sepas bien que si me obligas alguna vez a que te mire en pleno día, todo había terminado entre nosotros. Además, no quiero que prediques delante de Anita Marini, y no vayas a creer que fui yo quien tuvo la idea de mandar un sillón a la casa de Dios.

-Angel mío, no predicaré ya delante de nadie; no predicó más que por la esperanza de que un día podría verte.

-No hables así; piensa que a mí no me es permitido verte.

Llegados aquí, pedimos permiso al lector para saltar un espacio de tres años, sin decir palabra de él.

En la época en que recogemos nuestro relato, ya hacia tiempo que el conde Mosca estaba de vuelta en Parma, de primer ministro y más poderoso que nunca.

A los tres años de divina dicha, el alma de Fabricio tuvo un capricho de ternura que vino a alterar por completo la situación. La marquesa tenía un precioso niño de dos años, Sandrino, delicia de su madre. Siempre estaba con ella o sobre las rodillas del marqués Crescenzi; Fabricio, en cambio, no lo veía casi nunca y no quiso que se acostumbrara a querer a otro padre. Concibió el propósito de raptar al niño antes de que sus recuerdos fueran bien claros.

Durante las largas horas del día, en que la marquesa no podía ver a su amigo, la presencia de Sandrino la consolaba. Pues hemos de decir algo que parecerá extraño allende los Alpes: la marquesa, a pesar de sus errores, había permanecido fiel a su promesa; había prometido a la Virgen no ver nunca más a Fabricio, y cumplía con sus palabras, pues no lo recibía hasta las doce de la noche y nunca había luz en la habitación.

Pero recibíalo todas las noches, -y cosa admirable en esta corte devorada por la curiosidad y el tedio- fueron tan hábilmente calculadas las precauciones de Fabricio, que nadie sospechó siquiera esa amistad, como dicen en Lombardía. El amor que los unía era demasiado fuerte para que no hubiese entre ellos disgustos; Clelia era muy celosa, pero casi

siempre los disgustos tenían otra causa. Fabricio había abusado de alguna ceremonia pública para hallarse junto a la marquesa y mirarla; ella entonces buscaba un pretexto para salir en seguida, y por varios días tenía desterrado a su amigo.

En la corte, todo el mundo se extrañaba de no saber de ninguna intriga atribuible a una mujer tan noble por su belleza y por la elevación de su talento. Dio origen a muchas pasiones, que inspiraron no pocas locuras, y muchas veces era Fabricio el que sentía celos.

El bueno de monseñor Landriani había muerto hacía ya tiempo. La piedad, las ejemplares costumbres, la elocuencia de Fabricio habían hecho olvidar al anterior arzobispo. Murió el hermano de Fabricio, que heredó todos los bienes de la familia. A partir de esta época, distribuía todo los años a los vicarios y a los curas de su diócesis los cien mil y pico de francos que rentaba el arzobispado de Parma.

Difícil hubiera sido soñar una vida más honorable y más honrada y útil que la que Fabricio se había arreglado. Pero todo lo deshizo ese desgraciado capricho de ternura.

-En virtud de esa promesa, que respeto aunque constituye la desgracia de mi vida, puesto que no quieres verme de día dij una vez a Clelia-, me veo obligado a vivir siempre solo, sin m: distracción que mi trabajo, y aun el trabajo suele faltarme. En medio de esta tristeza y severidad en que paso los días, se me ha ocurrido una idea que es mi tormento, y contra la que en vano vengo luchando desde hace seis meses: mi hijo no me querrá, nunca oyó mi nombre. Educado en el lujo amable del palacio Crescenzi, apenas si me conoce. Las

pocas veces que lo veo, pienso en su madre cuya celestial belleza me recuerda, sin que pueda contemplar jamás; el niño debe encontrar en mí una cara seria, que para lo niños significa triste.

-Bueno -dijo la marquesa-, ¿adónde va a parar este discurso que me da miedo?

-Pues va a parar a que quiero tener conmigo a mi hijo; quiero que viva conmigo, quiero verle todos los días, quiero quererlo y mismo a mis anchas. Puesto que una fatalidad única en el mundo se opone a que yo goce de esa ventura, de que gozan tantas alma tiernas, y a que yo pase mi vida con aquellos a quienes adoro quiero por lo menos tener a mi lado un ser que te reemplace en mi corazón, de alguna manera. Los negocios y los hombres son para mí una carga pesadísima en mi forzosa soledad. Ya sabes que la ambición ha sido siempre para mí una palabra sin sentido desde el momento en que tuve la dicha de ser encarcelado por Barbone. En la melancolía que me domina, cuando estoy lejos de ti, paréceme ridículo todo lo que no sea sensación del alma.

Fácilmente se comprenderá el vivísimo dolor que produjo, en la pobre alma de Clelia, la pena de su amigo. La tristeza de la marquesa fue tanto más honda, cuanto que sentía que Fabricio tenía cierta razón. Llegó hasta dudar de si no debería romper su promesa. Entonces hubiera recibido a Fabricio de día, como a cualquier otro personaje de la sociedad, y como la reputación del arzobispo estaba demasiado bien cimentada, nadie habría pensado mal. Gastando mucho dinero, acaso pudiera redimirse de su promesa. Pero también comprendía que este arreglo, totalmente mundano, no se ría

bastante para apaciguar su conciencia, y quizá el cielo irritado la castigase por este nuevo crimen.

Por otra parte, si consentía y se plegaba al deseo natural de Fabricio, si intentaba mitigar la desventura de esta alma tierna, que conocía muy bien y cuya paz interior estaba tan extrañamente turbada por su singular promesa, ¿cómo pensar en raptar al hijo único de uno de los más grandes señores italianos, sin que el fraude fuer descubierto? El marqués Crescenzi se gastaría enormes sumas, se pondría él mismo a dirigir las indagaciones, y tarde o temprano el rapto sería conocido. No había más que un modo de evitar este peligro: era mandar al niño lejos, a Edimburgo, por ejemplo, o a París; pero a esto no podía decidirse la ternura de una madre. El otro medio que proponía Fabricio era, en efecto, más razonable, pero tenía algo de mal agüero, que resultaba aún más horrible para la pobre madre, transida de dolor. Decía Fabricio que había que simular una enfermedad; el niño iría empeorando poco a poco y acabaría por morir, durante una ausencia del marqués Crescenzi.

Pero este plan causaba a Clelia una repugnancia que llegaba hasta el horror; hubo una ruptura entre los dos amantes; pero no pudo durar mucho tiempo.

Decía Clelia que no había que tentar a Dios, que ese hijo tan querido era fruto de un crimen, y que si excitaban aún más la cólera divina, Dios los castigarla llamando al niño a su seno celestial. Fabricio contestaba hablando de su extraño destino. El estado que el azar me ha dado, decía a Clelia, y mi amor me imponen la necesidad de vivir en una eterna soledad. No puedo, como la mayor parte de mis colegas,

gustar la dulzura de una sociedad íntima, puesto que no quieres recibirme más que en la obscuridad, lo cual reduce a unos instantes, por decirlo así, la parte de mi vida que puedo pasar contigo.

Muchas lágrimas fueron vertidas. Clelia cayó enferma; pero amaba demasiado a Fabricio para negarse al sacrificio terrible que pedía. Sandrino cayó aparentemente enfermo; el marqués se apresuró a llamar a los más famosos médicos, y Clelia tropezó en este momento con una dificultad que no habla previsto; era preciso evitar que el niño tomase los medicamentos prescritos por los médicos. Y no era esto pequeña dificultad.

El niño, que pasó en cama mucho más tiempo de lo que su salud permitía, cayó realmente enfermo. ¿Cómo decir al médico la verdadera causa de la enfermedad? Destrozada por dos intereses contrarios, ambos tan queridos, Clelia estuvo a punto de perder la razón. ¿Consentirla en una aparente curación, perdiendo así el fruto de un fingimiento tan largo y tan penoso? Fabricio, por su parte, no podía perdonarse la violencia que hacía al corazón de su amiga, ni renunciar a su proyecto. Había encontrado la manera de introducirse todas las noches en la habitación del niño enfermo, lo cual trajo otra complicación. La marquesa venía a cuidar a su hijo y algunas veces Fabricio tenía forzosamente que verla, a la luz de las bujías, cosa que le parecía a la pobre Clelia, cuyo corazón sana graba, un horrible pecado, presagio cierto de la muerte de Sandrino. En vano los más famosos casuístas, consultados sobre la obediencia a un voto, en el caso de que su cumplimiento fuera evidentemente perjudi-

cial, habían contestado que no podía considerarse que el voto fuera roto de un modo criminal, cuando la persona ligada por la promesa se abstenía de cumplirla, no por un vano placer de lo; sentidos, sino para no ocasionar un evidente daño. No por eso la marquesa dejaba de sufrir los más agudos dolores de desesperación y Fabricio vio el momento en que su extraña idea iba a causar la muerte de Clelia y la de su hijo.

Recurrió a su íntimo amigo, el conde Mosca; quien, a pesar de ser un ministro viejo, se conmovió al oír esta historia de amor que en gran parte ignoraba.

-Le proporcionaré a usted la ausencia del marqués durante cinco o seis días por lo menos: ¿cuándo la necesita usted?

Pocos días después vino Fabricio a decirle al conde que todo estaba preparado para poder aprovechar la ausencia del marqués.

Dos días después, volviendo el marqués a caballo de una de sus fincas de Mantua, unos bandidos, pagados sin duda para ejecuta una venganza privada, lo cogieron sin maltratarle en modo alguno y lo metieron en una barca, que tardó tres días en descender el Po y en hacer el mismo viaje que Fabricio había hecho antaño, después de la famosa pelea con Giletti. Al cuarto día, los bandidos, abandonaron al marqués en una isla desierta del Po, habiéndole robado cuanto llevaba, sin dejarle ni dinero ni objeto alguno de valor. Tardó el marqués dos días en volver a su palacio de Parma; aquí lo encontró todo de luto y a todo el mundo sumido en la aflicción.

El rapto del niño, ejecutado con gran destreza, tuvo un funestísimo resultado: Sandrino, instalado en secreto en una casa grande y hermosa, adonde la marquesa venia a verle todos los días, murió al cabo de unos meses. Clelia se figuró que era éste un castigo del cielo, por haber faltado a su promesa a la Virgen: ¡había visto tantas veces a Fabricio con luz y hasta dos veces en pleno día, durante la enfermedad de Sandrino! La pobre mujer no pudo sobrevivir a este hijo querido y murió meses después; pero tuvo el consuelo de morir en los brazos de su amante.

Fabricio estaba demasiado enamorado y era demasiado creyente para recurrir al suicidio; esperaba ver a Clelia en otro mundo mejor, pero comprendía bien que tenía mucho que purgar.

Pocos días después de la muerte de Clelia, firmó varios documentos, en los cuales daba una pensión de mil francos a cada uno de sus criados y se reservaba para sí mismo una pensión igual. Sus tierras, que valían unos cien mil francos de renta, se las daba a condesa Mosca; una suma semejante, a su madre, la marquesa del Dongo, y el resto de la fortuna paterna, a una de sus hermanas pobremente casada. Al día siguiente, habiendo enviado su dimisión del arzobispado y de los cargos todos con que le habían favorecí su privanza con Ernesto V y su amistad con el primer ministro, retiró a la Cartuja de Parma, situada en los bosques próximos Po, a dos leguas de Sacca.

La condesa Mosca había aprobado, alguna vez, que su marido volviese al Ministerio, pero nunca quiso consentir en pisar el territorio de Ernesto V. Se estableció en Vignano, a

LA CARTUJA DE PARMA

un cuarto de legua de Casal-Maggiore, en la orilla izquierda del Po, y por consiguieron en los estados de Austria. En este magnífico palacio de Vignano, que el conde mandó construir para ella, recibía los jueves a la a sociedad de Parma y todos los días a sus numerosos amigos. Fabricio no había dejado un solo día de venir a Vignano. La condesa, suma, reunía todas las apariencias de la felicidad; pero sobrevivió poco tiempo a Fabricio, a quien adoraba. Éste no pasó más que un año en su Cartuja.

Las prisiones de Parma estaban vacías; el conde era imenmensamente rico. A Ernesto V le adoraban sus súbditos; que comparaban su gobierno con el de los grandes duques de Toscana.

TO THE HAPPY FEW